

ESTUDIO AGUSTINIANO

REVISTA DEL ESTUDIO TEOLÓGICO AGUSTINIANO DE VALLADOLID

Núm. 56 Fasc. 2 Mayo – Agosto 2021



ARTÍCULOS

RESINES LLORENTE, Luis, <i>La Biblia en los catecismos (II)</i>	219
ASENGA, Kosmas, <i>Christian-Chagga afterlife beliefs: pertinent tensions</i>	273
SEVILLA, Yelsin Oswaldo, <i>El mal en la escatología de Juan Luis Ruiz de la Peña</i>	327
MONTES PERAL, Luis Ángel, <i>El Padrenuestro como obra de arte y belleza</i>	359

ESTUDIO AGUSTINIANO

Publicación cuatrimestral

ADMINISTRACIÓN:

Editorial Estudio Agustiniiano
Paseo de Filipinos, 7
47007 VALLADOLID (España)
editorial@agustinosvalladolid.org
Telfs. 983 306 800 – 983 306 900

Imprime: Ediciones Monte Casino
Ctra. Fuentesauco, Km. 2
49080 Zamora
Teléf. 980 53 16 07
C-e: edmontecasino@gmail.com

SUSCRIPCIÓN 2021

España: 54 €
Extranjero: 70 €
Nº suelto: 20 €
IVA no incluido

Depósito Legal: VA 423-1966
ISSN 0425-340 X

© Valladolid 2021

CON LICENCIA ECLESIAÍSTICA

DIRECTOR
David Álvarez Cineira

ADMINISTRADOR
Pío de Luis Vizcaíno

CONSEJO DE REDACCIÓN

Jesús Cano Peláez
José Vidal González Olea
Tomás Marcos Martínez

COMITÉ CIENTÍFICO

Rafael Aguirre Monasterio
(*Prof. emérito Univ. Deusto*)
José Luis Alonso Ponga
(*Prof. Univ. Valladolid*)
Marceliano Arranz Rodrigo
(*Prof. emérito Univ. Pontificia de Salamanca*)
José Silvio Botero
(*Prof. Accademia Alfonsiana, Roma*)
Martin Ebner
(*Prof. Univ. Bonn*)
Enrique A. Eguiarte Bendímez
(*Director Rev. Mayéutica – Augustinus*)
Virgilio P. Elizondo
(*Prof. Univ. Notre Dame, USA*)
José Román Flecha Andrés
(*Prof. emérito Univ. Pontificia de Salamanca*)
Esther Miquel Pericás
(*Investigadora independiente*)
Peter G. Pandimakil
(*Prof. Univ. Saint Paul, Ottawa, CA*)
Fernando Rivas Rebaque
(*Prof. Univ. Pontificia Comillas*)
Gonzalo Tejerina Arias
(*Prof. Univ. Pontificia de Salamanca*)
Luis A. Vera
(*Sto. Thomas of Villanova, Pa, USA*)

Colaboraciones

Estudio Agustiniiano admite artículos de investigadores, que deseen colaborar.

Normas para los autores:

www.agustinosvalladolid.es/estudio/investigacion/estudioagustiniano.html

Acceso libre a los artículos de los vols. 1-54

[www.agustinosvalladolid.es/estudio/investigacion/estudioagustiniano/
estudiofondos.html](http://www.agustinosvalladolid.es/estudio/investigacion/estudioagustiniano/estudiofondos.html)

La revista no asume necesariamente los puntos de vista expuestos por sus colaboradores

La biblia en los catecismos (II)

LUIS RESINES

Estudio Teológico Agustiniano. Valladolid

5. CONTINUIDAD EN EL SIGLO XIX

La prolongada ausencia de la biblia como fuente e inspiración en la catequesis no se solventó de la noche a la mañana. He indicado unas líneas más arriba que la modificación de la normativa que venía de Trento, acerca de la lectura y edición de la biblia, se había flexibilizado con nuevas directrices. Sin embargo, esta incipiente apertura, apenas tuvo repercusión en la catequesis: los autores de catecismos seguían anclados en los patrones tradicionales, y acaso hay que afirmar que se ratificaron más en ellos. Esto se debe, sin duda, a la postura marcadamente defensiva que adoptó la Iglesia, y que, con el paso de los años, se acentuó más y más en este siglo. Todo lo que venía de fuera de la Iglesia era visto con recelo, cuando no con hostilidad. La recomendación de defensa a ultranza, y de no hacer concesiones, llevaba a reafirmarse en lo establecido en Trento, incluso sin atender a propuestas como la de una más frecuente lectura y conocimiento bíblicos. La catequesis, reflejo de las tendencias generales en la Iglesia, no constituyó una excepción.

Es imposible recorrer uno por uno los autores de catecismos del XIX, máxime cuando hay que repetir como tendencia obligada los mismos criterios del pasado. Por eso procede fijar la atención, especialmente en los dos autores de catecismos que tuvieron mayor acogida en sus publicaciones, reflejada esta por las numerosas ediciones que se sucedieron.

5.1. SANTIAGO JOSÉ GARCÍA MAZO

Natural de la sierra de Gredos (Bohoyo), este abulense pasó por diversos cargos hasta llegar a ser magistral en la catedral vallisoletana.

Como obra de madurez hay que calificar su *Catecismo de la doctrina cristiana explicado, o explicaciones del Astete, que convienen también al Ripalda*, Valladolid, Vda. de Roldán, 1837. Como señala el título, García Mazo hizo un comentario directo al catecismo de Astete; y, dada la afinidad de conceptos que tenía el que se conocía como catecismo de Ripalda, –también escrito por Astete– el título indica que tales explicaciones se acomodan igualmente a este otro catecismo, aunque él no llevó a cabo ninguna recomendación, adaptación o síntesis entre ambos catecismos.

Lo que hay que afirmar, sin género de duda, es que García Mazo acertó a expresar lo que estaba demandando la mentalidad de los católicos de su época. Y con una mentalidad marcadamente cerrada y tradicional, su comentario o explicación alcanzó un éxito que se prolongó, sin exageración, hasta ediciones que se continuaron publicando un siglo después, sin contar las muchas ediciones no legales que se hicieron a sus espaldas⁴⁶. Esto muestra que los católicos se aferraron, repitieron, hicieron suyos y se identificaron con los criterios que Santiago José García Mazo plasmó en su Catecismo.

En materia de incorporación o de empleo de la biblia, es obligado decir que ciertamente la empleó, aunque con tales cortapisas que obligan a matizar mucho la afirmación. Es verdad que en su libro se encuentran referencias bíblicas; pero éstas no son demasiado frecuentes. Por otra parte lo que suele ocurrir es que aparece el texto bíblico, o con más frecuencia, la idea de lo que el texto bíblico dice, pero sin reproducirlo, y remite en nota a pie de página a su localización. En algunas ocasiones consta que transmite ideas o expresiones de la escritura, como cuando indica, por ejemplo: Dice san Pablo, o algo similar... Pero en muchas más ocasiones esto ni siquiera se insinúa, por lo cual el lector podría sospechar que se trata de una cita, pero sin saber cuál era su origen. A esto hay que añadir que utiliza el mismo tipo de alusiones cuando se trata de una afirmación bíblica o de una cita de la Suma Teológica, o un aserto de san Agustín. Es decir, todo tiene la misma validez, porque se trata de reforzar un pensamiento ya expresado, con un texto que lo consolida, sin mayor trascendencia para la palabra de Dios que para la reflexión humana.

⁴⁶ L. Resines, «Las ediciones fraudulentas del Catecismo de Mazo», *Estudio Agustiano* 40 (2005) 567-575.

Naturalmente, esto no es un pensamiento bíblico que traspase las páginas del catecismo, ni un criterio que fundamente lo que se afirma. Este tipo de enseñanzas, de marcado corte escolástico y tradicional ya estaba establecido, y no había por qué cambiarlo sin necesidad. Lo que García Mazo pretende es explicarlo, y de vez en cuando un pensamiento bíblico o doctrinal, sea cual sea su origen o autoridad, viene bien para mostrar que se trata de una forma de pensar que tiene sus fundamentos. Ahora bien, estos fundamentos no son punto de partida y manantial del que se surten, sino refuerzos que consolidan lo ya establecido. En esa categoría, la biblia es un apoyo más.

En algún momento se refiere de forma expresa a la escritura, por ejemplo, cuando afirma que «los Apóstoles y Evangelistas escribieron el nuevo Testamento, y en él nos dijeron mucho de lo que enseñó y obró Jesucristo, pero dejaron tanto sin decir...» (p. 21): como se comprueba, no es posible apoyarse en esto para ensalzar su empleo de la biblia. Otro tanto ocurre con el texto en que afirma que «de este modo estamos obligados los cristianos a creer y confesar todo lo que está en la Sagrada Escritura, y cuanto Dios tiene revelado a su Iglesia» (p. 108). Pero una afirmación de esta naturaleza tiene un sentido completamente diferente cuando se conoce lo que dice la escritura, que cuando eso se da por supuesto y se pide un asentimiento incondicional, aunque carente de fundamento, de conocimiento.

Las alusiones a la biblia no pasan de ser un episodio — atinadamente empleado en la mayor parte de las ocasiones — pero que de ninguna manera lleva a entroncar la fe con la palabra de Dios, sino con la síntesis que García Mazo, como otros escritores, ofrece a sus lectores.

5.2. ANTONIO MARÍA CLARET

Dejo intencionadamente a un lado otros catecismos de Claret, que tuvieron menos importancia y difusión, para centrarme en el que resultó más conocido, el titulado *Catecismo de la doctrina cristiana, explicado y adaptado a la capacidad de los niños y adornado con muchas láminas*, Barcelona, Her. Vda. de Plá, 1848. El mismo año publicó las dos primeras ediciones catalana y castellana; y ésta segunda se continuó editando durante más de medio siglo, hasta los primeros años del siglo XX, aunque ciertamente con algunos cambios. Más de cincuenta años de vigencia, edición tras edición, no lo tienen en su haber muchos catecismos. Quiere esto decir

que gozó de una notable aceptación, y que fueron muchos los que se identificaron con sus enseñanzas, y las transmitieron a otras personas.

Respecto al uso de la biblia que hace este *Catecismo*, con cierta frecuencia aparecen en el texto frases bíblicas (en cualquiera de las dos versiones catalana y castellana), ordinariamente bien aducidas según la materia tratada y con su correspondiente cita. Siempre aparecen en la parte explicativa de cada lección, pero nunca en las preguntas y respuestas que, al final, resumen lo explicado. Esto ya es un dato considerable, porque en más de un caso, lo que llegaba hasta los niños, omitidas las explicaciones, eran las preguntas y respuestas que eran aprendidas de memoria. Supone, por tanto, un notable recorte.

A pesar de que hay un número no desdeñable de frases bíblicas, es mucho más frecuente encontrar páginas enteras en que no aparece ninguna: recurrir a la biblia no es algo raro, pero desde luego no es lo habitual. Cuando echa mano de esas frases bíblicas, las otorga, a los ojos del lector, la misma autoridad que concede a otras fuentes que cita igualmente (por ejemplo, Dionisio Areopagita, Rousseau, Melchor Cano, concilio de Trento,...) lo que supone que para Claret se trata de dar con la frase que refuerce una enseñanza previa.

Cuando el tema tratado resulta algo más difícil (por ejemplo, la Trinidad), o más de índole disciplinar (como es el caso de los sacramentos), apenas aparecen referencias bíblicas. Por otra parte, incorpora a la explicación, condensadas, referencias a narraciones bíblicas que da por conocidas, y que se limita a evocar, como el caso de Sodoma y Gomorra, o José vendido por sus hermanos, o el rico Epulón. En estos casos son ejemplos de índole moral que refuerzan la explicación teórica, con la plástica de la narración sintetizada. Pero en cada una de estas ocasiones, se entiende que se trata de la narración de hechos comprobados, y ni siquiera se cuestiona su veracidad histórica. Claret participa de los mismos criterios de toda su generación, con una fidelidad literal al texto bíblico, del que se extrae una lección moral que debe ser aprovechada.

Lo anterior no se puede aplicar a otros catecismos de Claret, como el que escribió en Las Palmas en el transcurso de la misión que impartió allí: *Catecismo brevísimo que solamente contiene lo que indispensablemente ha de saber todo cristiano, compuesto por D. Antonio Claret, presbítero y misionero apostólico*, Las Palmas, J. B. Ortega, 1848. Éste, y

algunos de sus otros catecismos, constituían breves síntesis en forma de preguntas y respuestas, que no daba lugar a la más mínima introducción de enseñanzas bíblicas.

Los dos más difundidos y usados catecismos del XIX, el de Santiago José García Mazo y el de Antonio María Claret no difieren de la tónica general de un escaso uso de la biblia, salvo cuando se trata de dar explicaciones. Pero incluso en este caso, la biblia es una oportunidad más de consolidar la doctrina ofrecida con el refuerzo de historias edificantes, o con enseñanzas que muestran la voluntad divina. Si cabe condensar este empleo de la biblia en una frase breve, ésta sería: la biblia está puesta al servicio de la catequesis.

5.3. LA BIBLIA COMO ARSENAL DE EJEMPLOS

En lo que precede, queda claro que una de las modalidades de utilizar la biblia era la de acudir a ella como recurso para dar con escenas llamativas, episodios que llamaran la atención y en los que resaltar el poder divino. Era el recurso más cómodo y sencillo, con el que parece que no se desconocía la biblia, pero con el que ésta quedaba notablemente reducida.

Una tendencia muy extendida en la catequesis desde principios del siglo XVII consistía en adobar la enseñanza teórica de dogmas, afirmaciones teológicas, o principios morales, con una serie de ejemplos. Estos, hoy serían calificados de «historietas», en el sentido menos serio y más como simple entretenimiento que la palabra historieta conlleva. Pero no sólo eran del gusto de la época, sino que además los autores de catecismos las recomendaban vivamente, al afirmar que esos hechos llamativos, extraordinarios, portentosos, eran los que llegaban a la imaginación de los lectores u oyentes, y era con lo único que se quedaban. Son numerosos los catecismos que incorporan este tipo de literatura aneja; si se eliminaran de sus páginas estas narraciones, posiblemente quedarían unos catecismos aceptables⁴⁷. Pero con estos apéndices integrados en la explicación, la im-

⁴⁷ El proceso más llamativo lo constituyen las ediciones castellanas de la *Declaración más copiosa* de Roberto Bellarmino. Mientras las ediciones italianas no las incluyen, las versiones españolas están adobadas con esos relatos portentosos, que jalonan el texto como si formasen parte integrante del mismo desde su origen.

presión que causan es la de estar en contacto no con lo divino, en el más hondo sentido, sino con lo mágico, lo inexplicable, lo que tocaba los sentimientos, pero no aportaba razones serias. A este tipo de historietas se les quería dar un tono de verosimilitud, por ejemplo, si se citaba genéricamente un autor del que se tomaba, o cuando se proponía: «Sucedió en una ciudad de Alemania...», que siempre quedaba sin comprobación.

La tendencia llegó hasta el siglo XIX, y en él, el francés Ambroise Guillois publicó *Explication historique, morale et canonique du Catéchisme avec la réponse aux objections tirées des sciences contre la Religion*⁴⁸, que contenía con gran abundancia este tipo de narraciones. Pues bien, en España, Miguel Pratmans, hizo una versión de la obra francesa: *El catecismo en ejemplos o la Doctrina católica esplicada* (sic) con más de 650 hechos históricos, parábolas y comparaciones, Barcelona, José Gorjas, 1857. Los 650 hechos históricos que anuncia, no siempre están ajenos a la narración bíblica: aprovecha lo narrable, lo que aparece en forma de historia, tomado de las páginas de la biblia, presentado como hecho histórico indiscutible, para proponer una serie de enseñanzas conectadas con tal o cual momento de la doctrina cristiana.

No deja de ser reseñable que estas historias bíblicas aparecen entremezcladas con otras muchas historias, o historietas, a las que otorga en todos los casos idéntica validez, la misma historicidad, semejante fuerza probativa o edificante.

De esta forma, aparecen unas veces de forma literal, y otras como resumen elaborado por el autor, una serie de «historietas» bíblicas: la casta Susana (Dn 13); la historia de José y sus hermanos (Gn 37-50); Ananías, Azarías y Misael en el horno (Dn 3, 8-97); el relato condensado de la creación (Gn 1, 1-26); el de la creación del hombre y la mujer (Gn 2, 7. 8-24); el de su pecado; el del ángel Rafael, compañero de Tobías (Tob 5, 4-12,20); el de san Pedro liberado de la cárcel (Hch 12, 1-17),... La lista completa sería demasiado larga; y no conduciría más que a comprobar lo que ya se percibe con los ejemplos aducidos: que la biblia es vista como un arsenal de ejemplos, de historias, de narraciones llamativas o moralizantes, edificantes o asombrosas, que pueden servir para ilustrar la fe, tanto como

⁴⁸ Tengo noticias de la edición primera de Le Mans, 1827, y otra del mismo lugar, de 1830; hay otra edición posterior, de Lyon y París, de 1834; y otra más de Lyon, Briday, 1884.

otras historias tomadas de escritores eclesiásticos, de fuentes de dudosa procedencia, o sin más datos para su localización y comprobación que el de proponer un título (*El dogma y la moral*), o un nombre (Schmith). Nada distingue los relatos bíblicos del resto; nada los resalta; nada hace ver que están dotados de otra autoridad diferente. La biblia aparece así como un copioso recurso que puede ser tenido en cuenta entre otros muchos.

El papel de la palabra de Dios ha quedado rebajado a la misma altura que la de otros relatos (que no siempre tienen visos de verosimilitud); la palabra de Dios no tiene un papel relevante o fundamental, y en ocasiones puede ser eclipsado por otra historieta que entrañe más viveza para el lector, o que excite más su imaginación. Cuando se propone la referencia que acompaña al texto bíblico empleado, nada permite ver que esto resulte más importante que el ejemplo anterior o el que sigue. Tampoco la introducción del libro destaca la importancia de la biblia sobre otras fuentes, sino que se limita a subrayar la utilidad que entraña el libro, al proporcionar al sacerdote una serie de ejemplos ya buscados, sin tener que hacer él mismo esa ingrata labor de recogida y selección.

5.4. DOS CASOS SINGULARES

La cerrada actitud de defensa de todo lo católico frente a otras formas de pensar llevó a algunos escritores a redactar unos «catecismos» singulares, en los que, en lugar de presentar la fe católica, se entablaba una dialéctica con otros criterios y modos de pensar. Tal es el caso de Antolín Monescillo, *Catecismo católico sobre la libertad de cultos*, Jaén, Saturnino Largo, 1869, y de Juan González, *Catecismo sobre los fundamentos de la fe formado sobre la base del que escribió M. Aimé y considerablemente añadido*, Madrid, Vda. de Burgos, 1847. Ninguno hace una exposición completa de la fe cristiana, y el uso del sustantivo «catecismo», es porque optan por el sistema de preguntas y respuestas, aunque en ocasiones resultan excesivamente largas o complejas.

Antolín Monescillo era obispo de Jaén cuando publicó su obra, de difícil lectura, compleja, y que se podría resumir como un canto de exaltación a todo lo católico, y una valoración de lo no católico como algo inconsistente y vano. Su lenguaje, rebuscado, tiene tonos de diatriba, y un marcado estilo filosófico.

A pesar de lo cual, en alguna rara ocasión afirma con palabras de la biblia: «Dicen las Santas Escrituras que el impío habló así dentro de su corazón: no hay Dios»; o también «Qui odit fratrem suum fraticida est». Pero no hay más razones bíblicas en la parte central de su catecismo. A título de apéndices, aparecen integrados en la obra, unos capítulos de corte defensivo, –que no expositivo– con el mismo estilo beligerante de toda la obra. El capítulo 10º –que había publicado antes como una carta pastoral– aborda incisivamente la cuestión de los hermanos de Jesús, para dejar a salvo los principios inamovibles, frente a posibles interpretaciones que resquebrajaran la fe católica; naturalmente contiene numerosas referencias bíblicas. Algunas menos aparecen en el capítulo siguiente, el 11º, sobre lo que el evangelio afirma acerca de la Virgen, porque no podía ser de otra forma. Lo mismo sucede con el capítulo 12º, sobre la idea simbólica de la Iglesia, en que acude en numerosas ocasiones a textos bíblicos para mostrar su naturaleza, fundación, actuación,... En el apéndice sobre la forma de la Iglesia y su gobierno –no se olvide que el criterio en este punto era mostrar que la Iglesia es una sociedad perfecta, frente a las que no lo son– aparecen dos textos bíblicos, que aduce con el criterio de reforzar las enseñanzas de la Iglesia. En el primer caso formula la siguiente pregunta:

«- ¿Es tan importante el estudio de las Santas Escrituras?»,

para contestar a la cual aduce el texto de 2Tim 3, 15-16, sobre la autoridad divina de la biblia, que da por sentada. En el segundo caso, la pregunta gira en torno a la interpretación de la biblia:

«- ¿Es tan claro que pertenece a la Iglesia la explicación de las Santas Escrituras?»

La respuesta la condensa en las palabras de 2Pe 1, 20-21, sobre la interpretación de las profecías no por cuenta propia, sino según el Espíritu de Dios. La utilización de la biblia, interesada en función de criterios defensivos, no es precisamente la presentación de la fe cristiana a partir de lo que la palabra de Dios enseña.

En el caso de Juan González, el título de su catecismo, «sobre los fundamentos de la fe», podría inducir a un cierto error de apreciación, si se pensara que propone una explicación fundamentada de todo cuanto constituye el pensamiento cristiano. Se ciñe, al contrario, a diversos puntos, que

son objeto de controversia, y, con el tono que corresponde a este estilo, echa mano de cinco textos bíblicos.

Cuando habla de la autoridad de la Iglesia, señala que Jesús dijo: «Id, pues, enseñad a todas las naciones...» (Mt 28. 19); y cuando señala que la Iglesia dispone de autoridad de gobierno aduce el texto de Mt 18, 17: «Si tu hermano no te oye, ni a las dos personas que has tomado contigo, dilo a la Iglesia,...». La infalibilidad en la Iglesia está asegurada en Mt 28, 20, que cita: «Yo estaré con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos»; esa autoridad la ejercita la Iglesia por medio de una serie de ministerios, que aparecen cuando reproduce 1 Cor 12, 28ss: «Jesucristo ha dado a su Iglesia apóstoles, evangelistas, pastores y doctores para que no seamos como niños...». Finalmente, no podía faltar el pasaje que refuerza la autoridad eclesial: «El que os escucha, me escucha; el que os desprecia, me desprecia» (Lc 10, 16).

Todos los textos contribuyen a la presentación de la Iglesia como una autoridad reforzada por la condición divina de su fundador, y por consiguiente, a salvo de todo fallo o error. La Iglesia, sociedad perfecta, goza de un estatuto especial del que no disfrutaban sus adversarios, y por consiguiente está por encima de todos ellos.

La perspectiva de entablar polémica para contrarrestar a los adversarios de la Iglesia, en la cual se sitúan tanto Monescillo como González, les llevó a presentar respuestas a cuestiones concretas y precisas, pero no a hacer una explicación completa de la fe cristiana. Aun con esa limitación, la biblia no pasa de ser un argumento con el que silenciar a sus adversarios. Pero esta consideración está muy distante de contemplar la biblia como la expresión amorosa de Dios, que comunica a los hombres sus deseos.

5.5. EL CATECISMO ACERCA DEL PROTESTANTISMO

Con grandes paralelismos respecto a los dos catecismos anteriores, es preciso examinar el que tenía como objetivo manifestar el rechazo visceral respecto al protestantismo. Se trata de que publicó Miguel García Cuesta, *Catecismo para uso del pueblo acerca del protestantismo*, Santiago, Revuelta González, 1868. Precisamente ese año, las Cortes Constituyentes aprobaron la nueva Constitución que incluía la libertad de culto, de imprenta y de enseñanza. Contra la libertad de culto reaccionó Antolín Mo-

nescillo, como ya está anotado, e igualmente, con más agilidad, el mismo año de la aprobación de la Constitución, Miguel García Cuesta, arzobispo de Santiago.

Polarizado directamente en descalificar el protestantismo, el catecismo de Miguel García Cuesta adolece de falta de serenidad. Como no podía ser de otra forma, además de inexactitudes y descalificaciones abundantes, entra en el tema de la biblia. Muestra que la apostasía va contra la doctrina de Cristo, y lo argumenta así:

«Enseña [la Iglesia] que la Biblia o Sagrada Escritura es la palabra de Dios escrita, no por el ingenio de un hombre, como los demás libros que hay en el mundo, sino por un autor inspirado por el Espíritu Santo, que le dictaba interiormente lo que había de escribir; que los Apóstoles, enviados por el Hijo de Dios a anunciar la verdad al mundo dijeron a la Iglesia primitiva que se formaba, a los discípulos que en fuerza de sus milagros abrazaban la fe, que tales y tales libros del Antiguo Testamento eran inspirados, como lo eran también los cuatro Evangelios, las Epístolas y el Apocalipsis, que los mismos Apóstoles y sus compañeros escribieron, y estos se llaman el Nuevo Testamento; que la Iglesia primitiva o del siglo I enseñó a la del siglo II esto que le habían dicho los Apóstoles de Jesucristo; la del siglo II lo dijo a la del III, y así sucesivamente hasta hoy» (...).

Enseña que la Biblia se ha conservado íntegra y sin corrupción por la vigilancia de los pastores que siempre desecharon los libros apócrifos, esto es los libros que algunos malévolos quisieron, aun en los primeros tiempos, hacer pasar por inspirados, diciendo siempre: “No recibimos más libros como inspirados que los que nos entregaron los Apóstoles”.

Enseña también la Iglesia y ha enseñado siempre que la interpretación de la Biblia no se ha dejado al capricho de cada particular, sino a aquéllos a quienes Jesucristo dijo: “Id y enseñad: Euntés docete”, y éstos fueron los Apóstoles y sus sucesores los obispos con el Papa, sucesor de Pedro, a la cabeza» (p. 13-14).

Condensa en estos párrafos el criterio sostenido acerca de la biblia, de lo que se deduce un aprecio leal de la palabra de Dios, así como la función eclesial de mantenerla, transmitirla e interpretarla. Contrapone la pureza del texto frente a la inclusión de escritos apócrifos, y la interpretación eclesial frente a la libre interpretación. En estos párrafos reproducidos es moderado y calmado en su lenguaje, mientras que en otros pasajes

no lo es tanto, especialmente cuando muestra las consecuencias de la libre interpretación, que conducen a la ruptura de la unidad.

Más adelante (p. 21-22) García Cuesta manifiesta que quien se hace protestante, abandonando el catolicismo, se rebela contra Dios, y lo hace citando el conocido pasaje del evangelio: «Si no oyere a la Iglesia (...) sea para ti como un gentil o un publicano» (Mt 18, 17), así como también el otro: «Quien a vosotros oye, a mí me oye; quien a vosotros desprecia, a mí me desprecia» (Lc. 10, 16).

En este punto, García Cuesta prosigue la polémica contra los protestantes, tratando de responder a la objeción según la cual, Jesús había mandado, exigido, que sus seguidores leyeran la escritura, cosa que hacen los protestantes y no los católicos. La polémica se centra en el texto de Jn 5, 39: «estudiad las escrituras...». El argumento de García Cuesta es así:

«Nuestro Señor hablaba en este pasaje a los doctores de la ley para convencerlos, con las profecías del Antiguo Testamento, de que Él era el Mesías; y nunca intentó, como pretenden los protestantes, que la Escritura debe ser la única regla de la fe. Porque de otro modo se seguiría que sólo las Escrituras del Antiguo Testamento, de las cuales hablaba en el pasaje citado, serían la regla de la fe cristiana, lo que es una necesidad.

Además, Jesucristo no dijo: “Escudriñad las Escrituras” en modo imperativo, sino “Vosotros examináis las Escrituras”, esto es, vosotros acostumbráis a examinar las Escrituras. Los mismos protestantes, cuando son doctos y leales confiesan que este es el sentido obvio que se deduce del contexto, por más que la expresión sea equívoca».

De lo que antecede, Miguel García Cuesta extrae una conclusión que no deja de resultar sorprendente, y aún más equívoca que todo cuanto él mismo había dicho en las líneas precedentes. La conclusión textual es: «En suma, Jesucristo no mandó la lectura de la Biblia».

A la vista de esto, los católicos hacen bien obedeciendo a sus pastores y acatando la interpretación oficial de la biblia, pero desconociéndola, manteniendo el criterio de no leerla ni hacerla suya; y los protestantes se extralimitan en su celo porque leen apasionadamente la biblia, pero sin que exista un mandato de Jesús, y por tanto no hay necesidad ninguna de hacerlo.

Chocante conclusión, que casi resulta contradictoria, porque García Cuesta defiende unas páginas antes que la Escritura es la palabra de Dios escrita; pero como no está mandado leerla, es cosa buena apreciar la palabra de Dios, pero para tenerla conservada en la estantería, sin leerla, porque no hay obligación alguna de consultarla. «En suma, Jesucristo no mandó la lectura de la Biblia». Es claro que de ese pasaje no se puede deducir como una exigencia cristiana la obligación de leer la biblia. Pero, como no está mandado ni exigido leerla, el pueblo cristiano, o más en particular, el católico, no la lee, y la desconoce. Es una sarcástica deducción, con la que el arzobispo de Santiago de Compostela trata de defender la postura católica, y en la que, por ironía, termina por defender la ignorancia así como el desconocimiento de la biblia. Se trataba de hacer lo contrario que lo que hacían los protestantes; no entraba en sus cálculos imitar a los protestantes –cristianos, al fin y al cabo– en lo que estaban haciendo adecuadamente en el conocimiento de la palabra de Dios.

6. EL SIGLO XX

Llegamos al siglo XX, en el que también hay que destacar la intervención de algunos autores que en sus respectivos catecismos dieron o no dieron cabida a la biblia en las explicaciones que ofrecieron sobre la doctrina cristiana.

Pero no hay más remedio que subdividir las actuaciones catequéticas seleccionadas en dos bloques: lo que precede y lo que sigue al Vaticano II. La diferencia es como la noche y el día, se tiene la sensación de pasar de un continente a otro, de viajar a la otra punta del mundo, porque las diferencias son tan evidentes que no hay forma de soslayarlas. Las fechas de las actuaciones de cada autor marcan, sin duda: somos hijos de nuestro tiempo y vemos las cosas tal como nos las han enseñado y como las perciben quienes están a nuestro alrededor.

Por ello, cuanto precede al Vaticano II muestra unos criterios que conectan directamente con lo que venía de siglos anteriores. Hay en verdad un tímido despegue; pero es tan tímido, tan incipiente, tan escasamente relevante, que casi ni se percibe y hay que hacer esfuerzos para no pasarlo de largo. Ahí está, sin embargo, como la constatación de un lento despartar

del sopor de siglos. Luego será necesario pasar página, y comprobar las trazas del Vaticano II en la catequesis. Poco a poco.

6.1. FÉLIX SOTO Y MANCERA

Fue obispo de Badajoz, entre los años 1904 y 1910, cuando falleció. Era natural de Zafra, y se había trasladado a la ciudad de Cádiz, en la que había sido profesor del Seminario, además de desempeñar el cargo de doctoral en su catedral. Al cabo de unos años de episcopado en Badajoz, editó un libro titulado *Lecciones de doctrina cristiana*, Badajoz, 1907, prácticamente similar a un catecismo. No es muy extenso (192 páginas, en 4º) y su contenido se distribuye en 64 lecciones. Éstas, de tipo explicativo, dejan a un lado el sistema de preguntas y respuestas, para optar por una presentación de la fe por apartados numerados dentro de cada lección; unos más extensos que otros, ofrecen con relativa amplitud las explicaciones más oportunas para cada cuestión.

Las primeras cuatro lecciones versan en general sobre la religión y la revelación; no están exentas de un cierto tono apologético, y en ellas aparece claro que por la revelación, Dios se manifiesta y se da a conocer.

En el inicio mismo de la lección 5ª aparece, expreso, el texto de Hb. 1, 1-2 según el cual, Dios se manifestó a través de los profetas, hasta la plenitud de la revelación en su Hijo. Esto da pie a una división de la revelación en tres etapas: 1ª etapa, la de los patriarcas antediluvianos (lección 5ª) y posdiluvianos (lección 6ª); 2ª etapa, la de la ley escrita, con Moisés y la ley (lección 7ª), y los profetas (lección 8ª); y 3ª etapa, la de la ley de la gracia, con Jesús, que supera y perfecciona la ley (lección 9ª). La exposición condensada de todo esto da posibilidad al lector de contemplar un panorama bíblico bastante apretado, pero bastante completo.

En la p. 29, al hablar de la culminación de todo lo anterior en Jesús, resulta sorprendente esta afirmación:

«La simple lectura de los capítulos 5, 6 y 7 del Evangelio de San Mateo es suficiente para ver la perfección a la que elevó Jesucristo los preceptos de la Ley...».

Una afirmación de este tipo resultaba totalmente impensable muy pocos años antes, ya que presenta como algo normal y perfectamente realizable que los lectores de su obra tuvieran acceso sin problemas a la lec-

tura directa del evangelio, donde podrían encontrar las enseñanzas y propuestas de Jesús. Cuando lo escribe así, parece que habría que entender que cualquier persona pudiera consultar entre sus propios libros el evangelio; la realidad, en 1907, no resultaba tan simple, pues aún se trataba de un libro de rara consulta, y de ediciones restringidas, bien en latín, en manos de clérigos, bien en castellano, pero no siempre accesibles por el coste. Sin embargo, nada de ello quita fuerza a la proposición de una consulta directa del evangelio.

De hecho, en consonancia con lo anterior, la obra de Soto y Mancera remite con frecuencia a los pasajes bíblicos que reproduce (aunque no siempre los acompañe de la cita correspondiente, que de alguna forma impide la consulta directa). Sin embargo, tales pasajes los resalta al aparecer en cursiva, destacando del resto del escrito (aunque no emplea la cursiva de forma exclusiva para los pasajes bíblicos).

Sin llegar a una abundancia notable de citas bíblicas, no se puede decir que estas resulten raras, sino que son algo habitual y perfectamente integrado en el discurrir de su pensamiento. Sin embargo, sí es posible afirmar que se está produciendo una lenta transición, en la que se nota el alborear de otro estilo. Esto hace que no se despegue totalmente de los planteamientos anteriores. Me ha parecido oportuno en este punto recoger lo que aparece en la página 34, a propósito de la necesidad de la fe:

«La fe es necesaria para el hombre, que sin ella no puede agradar a Dios, ni llegar a la dignidad de hijos suyos (...) como enseña el Santo Concilio de Trento».

Remitir a la enseñanza de Trento es mantener la fidelidad a toda una corriente de pensamiento y de actuación; pero llama la atención que no cite antes, de forma destacada y primordial, el texto de Heb 11, 6, donde la palabra de Dios muestra esa enseñanza, que Trento se limita a repetir. Citar a Trento y no a la biblia es todo un estilo, a pesar de la apertura bíblica que el libro de Soto y Mancera muestra.

A veces, como consecuencia de una formación clerical, las citas que hace resultan un poco complicadas para quien no estuviera en la clave de un argot preciso; si a ello se añade en ocasiones la carencia de citas, resulta difícil dar con lo que quiere decir. Así aparece cuando dice:

«El Discípulo amado lo expresó con sublime laconismo: El Verbo se hizo carne» (p. 53).

Esta muestra, y otras posibles, pone a la consideración que Soto y Mancera es deudor de toda una corriente; y que sus numerosas citas de la biblia no se despegan de un estilo de expresarse por parte de los curas, que resultaba complejo y nada sencillo para quienes carecían de formación bíblica. Si a ello se añade el dato ya apuntado de un talante defensivo bastante notable, tenemos una visión global del libro de quien fue obispo de Badajoz, que apunta nuevas formas, nuevo estilo, nuevo procedimiento de presentar la religión precisamente por la presencia de la biblia.

6.2. CAYETANO SOLER

Muy escasamente conocido, este sacerdote catalán, posiblemente de Barcelona, debía estar dedicado a la enseñanza. Publicó en 1913⁴⁹ un libro titulado *Tratado completo de religión*, que al menos alcanzó una cuarta edición. Dispone de una no frecuente disposición, ya que tiene una primera parte sobre la apologética, que justifica por las dificultades y desprecios de que es objeto la religión; una segunda parte dogmática, que explica fundamentalmente el credo, cuyos artículos 10º y 11º están consagrados a los sacramentos como parte de la dogmática; y una tercera parte dedicada a la moral, de la cual, la segunda sección la constituye la liturgia.

Ya en la página 1 aparece la idea de defender la fe de las acometidas y desprecios, falsas interpretaciones y contrastes a que está siendo sometida. Todavía en el prólogo, la p. 2 incluye un párrafo que es toda una declaración de principios:

«He seguido el sistema ya empleado contra los protestantes de dar, a continuación de la verdad propuesta por la Iglesia, la sentencia bíblica, el fundamento teológico, el testimonio de la Revelación, para que se vea que los dogmas de nuestra fe no son una invención de Roma».

No he podido averiguar si el sistema a que alude, ya empleado contra los protestantes (carácter de defensa poco serena), ha sido empleado por él en alguna otra publicación, o lo ha tomado de algún autor a quien le

⁴⁹ Fecha del imprimatur del obispado de Barcelona: 21 de noviembre de 1913.

hubiera dado resultado. Pero no puede por menos de subrayarse que la intención es que aparezca la frase bíblica que constituye el fundamento teológico de las afirmaciones de la fe católica; incidentalmente, también pretende que se vea con evidencia que este fundamento bíblico avala el conjunto de creencias, y que no es posible mantener que sean invención humana, romana. Por consiguiente, se puede esperar una notable presencia de la biblia, tanto en cantidad, para justificar cada afirmación, como en calidad, para mostrar los fundamentos de la fe.

Un poco más adelante concreta el sistema que ha seguido en la presentación de los datos bíblicos:

«He distribuido las citas de la Sagrada Escritura y siempre con el epígrafe Revelación, para que a simple vista se distinga lo que es fundamento in-conmovible de la doctrina católica, como palabra infalible del mismo Dios» (p. 5).

Los dos párrafos anteriores parecen prometer una sólida argumentación bíblica de los contenidos de la fe. Las frases empleadas, rotundas, hacen esperar lo mejor. Y sin embargo no es así. El desarrollo de los temas está concebido con preguntas amplias a las que da respuestas también amplias y explicativas. Y solo después de haber ofrecido estas respuestas de la teología tradicional, o de otras tradiciones irrelevantes y no comprobadas (nombre de los padres de María, por ejemplo), aparece el apartado bajo el epígrafe de Revelación. Este suele consistir en un solo texto bíblico, bien referenciado, copiado íntegro, y que viene a avalar lo que ha sido presentado anteriormente. La biblia, que parecía que era el fundamento teológico de las afirmaciones de la fe, queda reducida a un aval de lo que ofrece la reflexión teológica. Los papeles se han invertido, y la biblia viene a confirmar lo ya expuesto.

Más aún: no en todas las ocasiones aparecen textos bíblicos, a pesar de que en varios momentos hubiera sido fácil acudir a alguno. Para poder vislumbrar por dónde va la intensidad de citas bíblicas, en el artículo que dedica a reflexionar sobre Dios, de 25 preguntas, sólo 11 están dotadas de algún texto bíblico; cuando habla sobre el misterio de la creación y la aparición de los ángeles, las preguntas son 26, y tan solo constan 3 textos bíblicos; al presentar la creación del mundo, figuran otros 3 pasajes bíblicos entre las 20 preguntas del tema; y al enfocar la creación del hombre, hay solo 1 proposición bíblica entre las 12 preguntas que consagra al tema. La

proporción no siempre es igual; y en más de una ocasión, no figura ni un solo texto bíblico en un apartado concreto. Las promesas iniciales, que hacían concebir esperanzas de una adecuada utilización de la biblia, y una presencia habitual, se desinflan, y se quedan en un deseo no cumplido.

Presenta la biblia con el epígrafe de «testimonios de la revelación», y señala como equivalente los nombres de Sagrada Escritura y de Libros sagrados. Hace la descripción del antiguo y nuevo testamento y proporciona la enumeración de todos y cada uno de los libros bíblicos.

Por descontado, con todas estas limitaciones, el libro de Cayetano Soler tiene mucha más presencia de la biblia que la mayor parte de los catecismos y libros contemporáneos para la escuela. Pero produce una desilusión grande el ver que una declaración de principios como la transcrita, se queda, de hecho, en muy poca cosa. Acaso hay que reconocer que el despeque bíblico, tras años y siglos de sequía, no resultaba nada fácil; y que lo que hoy decepciona, fue en su momento un paso digno de alabanza.

6.3. CATECISMO PRESCRITO POR PÍO X

Lo habitual en España es que haya una total confusión con este catecismo. Porque, en realidad, hubo dos catecismos diversos, bajo el nombre de Pío X. En 1905 se publicó en Roma el *Compendio de la doctrina cristiana prescrito por su Santidad el Papa Pío X a las diócesis de la provincia de Roma*. Traducido al castellano se publicó ya desde 1906 y 1907. Dicho *Compendio* estaba constituido, en realidad por tres catecismos: las *Primeras nociones de catecismo para niños de corta edad*; el *Catecismo breve. Primera parte del Compendio de la doctrina cristiana para las clases inferiores*; y, finalmente, el *Catecismo mayor. Segunda parte del Compendio de la doctrina cristiana para las clases superiores*. La pronta traducción al castellano, además de una actitud de obediencia a lo que venía de Roma, hizo que se planteara su adopción como texto oficial en las diversas diócesis; en contra estaba el arraigo tradicional de los catecismos conocidos como de Astete, Ripalda, Ramo, Vives,... Y lo cierto es que el texto romano tuvo solo una relativa acogida, adoptado de forma oficial por las diócesis catalanas, más alguna otra y como material complementario, de consulta, en el resto de España. El mismo hecho de que integrara tres catecismos hizo que se editaran de forma independiente cada uno de ellos, y, más raramente, todo el conjunto.

Ese catecismo venía dotado de una especie de aureola de autoridad, de forma que el papa lo prescribió en la provincia eclesiástica romana, y expresó su deseo de que fuera adoptado como texto único para toda Italia. Pronto surgieron críticas por su gran extensión, por el lenguaje empleado, por la teología de fondo que lo sustentaba, por los criterios de defensa a ultranza con visión apologética, por su visión abstracta y neoescolástica. Esto determinó que el mismo Pío X promoviera una revisión a lo largo de varios años, que dio como resultado un texto diferente y más aligerado de los defectos señalados: *Catecismo de la doctrina cristiana publicado por orden de Su Santidad el Papa Pío X* (Roma 1912). Sorprendentemente, este segundo texto, en el que Pío X intervino personalmente, y que podría contribuir a una renovación, no fue editado en España, y se continuaron repitiendo mecánicamente ediciones del texto anterior. Se silenció su existencia, y resulta totalmente desconocido en España⁵⁰.

Por consiguiente, es preciso centrarse en el primero, y dejar de lado el segundo. El *Compendio*, que incluía los tres catecismos, tenía un apéndice sobre las fiestas religiosas, y otro segundo apéndice titulado «Breve historia de la Religión». Este disponía de una reducida introducción, con principios bíblicos fundamentales, y a continuación dos partes, una dedicada al antiguo testamento y otra al nuevo; seguía una tercera parte, condensada, con algunas noticias de historia eclesiástica. La parte que abarcaba la biblia se desarrollaba en un total de 27 páginas, en las que desgranaba lo narrable como relato, como historia, como hechos sucedidos en que se veía la intervención divina. El apartado del antiguo testamento dedicaba una sola pregunta a los profetas, y otra a las profecías en torno al Mesías; el apartado del nuevo testamento se centraba, lógicamente en los acontecimientos relativos a Jesús, al final de los cuales aparecía únicamente la narración de Pentecostés, el apóstol Pablo y la dispersión de los apóstoles.

Con esta descripción rápida, es posible apreciar por qué sendas discurría la presentación bíblica, entendida como historia sagrada, como narración de hechos asombrosos, que proclamaban la verdad y santidad de los siervos de Dios, y el papel central de Jesús. Sin embargo, los criterios

⁵⁰ L. Nordera, *Il catechismo di Pio X. Per una storia della catechesi in Italia (1896-1916)* (Roma 1988).

de interpretación bíblica estaban ausentes de unos relatos entendidos siempre de forma literal.

Hasta aquí no aparece nada de particular, respecto a otros catecismos precedentes. La exposición doctrinal estaba presentada con preguntas y respuestas en las que primaba el criterio de que todo estaba ya previsto con unas respuestas que contenían con exactitud la doctrina, y, con un marcado tono neoescolástico, buscaban la más depurada expresión, aunque resultaran abstractas, o difíciles para los destinatarios. La materia de la doctrina cristiana se distribuye en el *Catecismo Mayor* en cinco partes: credo, oración, mandamientos y sacramentos, más la quinta, que se centra en las virtudes, y, tras hablar de la fe y de los misterios, dedica un apartado entero a la escritura. Vale la pena transcribirlo, a pesar de resultar un poco extenso, porque esos eran los criterios «oficiales» que se respiraban en Roma respecto al mundo de la biblia y su lectura:

De la Sagrada Escritura.

P. ¿Dónde se contienen las verdades que Dios ha revelado? - R. Las verdades que Dios ha revelado se contienen en la Sagrada Escritura y en la Tradición.

P. ¿Qué es la Sagrada Escritura? - R. La Sagrada Escritura es la colección de los libros que escribieron los Profetas y Hagiógrafos, los Apóstoles y los Evangelistas por inspiración del Espíritu Santo, y que ha recibido la Iglesia como inspirados.

P. ¿En cuántas partes se divide la Sagrada Escritura? - R. La Sagrada Escritura se divide en dos partes: antiguo Testamento y nuevo Testamento.

P. ¿Qué contiene el antiguo Testamento? - R. El antiguo Testamento contiene los libros inspirados escritos antes de la venida de Jesucristo.

P. ¿Qué contiene el nuevo Testamento? - R. El nuevo Testamento contiene los libros inspirados escritos después de la venida de Jesucristo.

P. ¿Con qué nombre se llama comúnmente la Sagrada Escritura? - R. La Sagrada Escritura se llama comúnmente con el nombre de Sagrada Biblia.

P. ¿Qué quiere decir la palabra Biblia? - R. La palabra Biblia quiere decir la colección de los libros Santos, el libro por excelencia, el libro de los libros, el libro inspirado por Dios.

P. ¿Por qué la Sagrada Escritura se llama el libro por excelencia? - R. La Sagrada Escritura se llama el libro por excelencia, por razón de la excelencia de la materia que trata y por su Autor.

P. ¿No puede haber error en la Sagrada Escritura? - R. En la Sagrada Escritura no puede haber error alguno, porque siendo toda inspirada, el autor de todas sus partes es el mismo Dios. Esto no quita que en las copias y traducciones de la misma no hayan podido deslizarse algunos yerros o de los copistas o de los traductores. Mas en las ediciones revisadas y aprobadas por la Iglesia católica no puede haber error en lo que atañe a la fe o a la moral.

P. ¿Es necesaria a todos los cristianos la lectura de la Biblia? - R. La lectura de la Biblia no es necesaria a todos los cristianos, enseñados como están por la Iglesia; pero es muy útil y a todos recomendada.

P. ¿Puede leerse cualquier traducción vulgar de la Biblia? - R. Puede leerse cualquier traducción vulgar de la Biblia, con tal que esté reconocida como fiel por la Iglesia católica y vaya acompañada de explicaciones aprobadas por la misma Iglesia.

P. ¿Por qué solo pueden leerse las traducciones de la Biblia aprobadas por la Iglesia? - R. Sólo pueden leerse las traducciones de la Biblia aprobadas por la Iglesia, porque ella sola es la guarda legítima de la Biblia.

P. ¿Por quién hemos de conocer el verdadero sentido de las Sagradas Escrituras? - R. El verdadero sentido de las Sagradas Escrituras sólo podemos conocerlo por la Iglesia, porque sólo la Iglesia no puede errar en su interpretación.

P. ¿Qué debe hacer el cristiano a quien le ofrece una Biblia un protestante o emisario de los protestantes? - R. El cristiano a quien le ofrece una biblia algún protestante o emisario de los protestantes, debe rechazarla con horror como prohibida por la Iglesia, y, si la hubiere recibido sin darse cuenta, debería inmediatamente arrojarla a las llamas o entregarla a su párroco.

P. ¿Por qué la Iglesia prohíbe las Biblias protestantes? - R. La Iglesia prohíbe las Biblias protestantes porque están alteradas y contienen errores, o porque faltándoles la aprobación y notas declarativas de los sentidos oscuros, pueden dañar a la fe. Por esto la Iglesia prohíbe hasta las traducciones de la Sagrada Escritura aprobadas antes por ella, pero reimpresas después sin las explicaciones aprobadas por la misma» (ed. 1907, p. 231-233).

Están perfectamente claros los criterios que sustentan el uso de la biblia. No es necesario acudir a la biblia, puesto que los cristianos están suficientemente enseñados por la Iglesia, y sería un esfuerzo innecesario; y, aunque afirma que es «útil y recomendada», lo cierto es que se trata de

una mera declaración de principios, inoperantes: a lo largo de todas las páginas del catecismo no hay constancia alguna de recurrir a la biblia como algo «útil», y que, al menos sirviera para ratificar lo que la Iglesia había mostrado o enseñado; la utilidad se trastoca en inutilidad, y la teórica recomendación no aparece por parte alguna, ya que las expresiones aquilatadas del catecismo todo lo explican. Ni una sola cita bíblica.

La defensa a ultranza de la inerrancia en la biblia, particularmente en las ediciones católicas, se ciñe a las cuestiones de fe y moral, expresamente anotadas, pero se trata de blindar todo el texto dejando claro que si hay algún yerro es consecuencia de los copistas o de los traductores, pero en modo alguno hay que buscar otros responsables, pues el principio de estar a salvo del error resultaba evidente. De ahí que las versiones vulgares, suficientemente acompañadas de notas explicativas puedan ser aceptadas; pero en modo alguno se puede consentir la lectura de cuanto proceda del protestantismo, puesto que inevitablemente difundirán el error. El principio se impone con fuerza: del error no puede surgir la verdad; y, en consecuencia, siempre se ha de ver mala voluntad o ediciones trucadas, que han de ser desechadas.

Es posible preguntarse, a la vista del texto –y de la ausencia total de referencias bíblicas en el resto del catecismo– si esto constituía una invitación leal, abierta o animosa a la lectura de la biblia. Como expresión formal, era preciso decir lo que antecede sobre la importancia de la biblia; pero de ahí a que los cristianos la consultasen y la conociesen había una gran distancia. Estaban suficientemente enseñados por la Iglesia, y no tenían necesidad de más.

Las ediciones de los diversos catecismos de este *Compendio*, no alteraron lo que aparece en él. Tan sólo en otro orden de cosas, los comentarios o explicaciones que se hicieron de ellos cambiaron esto. Y lo cambiaron, como en el caso de Perardi⁵¹, con una amplia y ordinaria incorporación de textos bíblicos a las explicaciones que se les facilitaban a los catequistas, junto con ejemplos, historias edificantes, reflexiones,... que podrían servirles de ayuda. Sin embargo, esta riqueza se volvía contra sí misma, porque al tratar de ofrecer materiales al catequista para que ex-

⁵¹ G. PERARDI, *Manual del catequista católico* (Madrid 1922). (La primera edición italiana data de 1906, a raíz de la publicación del *Compendio*).

plicara las 65 páginas del *Catecismo breve*, se le ponían en las manos 800 páginas de comentarios, entre los cuales un apartado lo constituían los textos bíblicos, pero no era el único.

Cuando el año 1912 apareció el nuevo catecismo ordenado por Pío X, en que intervino de forma directa, que resume en gran manera el anterior, y revisa sus contenidos, en lo referente a la biblia, tan sólo aparece una cita expresa y referenciada en la portada del catecismo, más otra en la página 89, como conclusión de uno de los capítulos, pero de la que no se dice de dónde procede. El apéndice final, que evoca ligeramente la biblia es el que responde al título de «Cenni storici della rivelazione divina» y, en un rápido recorrido de sólo 7 páginas (112-119) esboza algunos de los principales hechos. Y la única pregunta que se refiere expresamente a la biblia (pregunta 234) dice así:

«P. Che cos'è la Sacra Scrittura? - R. La Sacra Scrittura è la raccolta dei libri scritti per ispirazione di Dio nel Vecchio e nel Nuovo Testamento, e ricevuti dalla Chiesa come opera di Dio stesso».

6.4. EL CATECISMO ALEMÁN

En octubre de 1955 se publicó el *Katholischer Katechismus*, obra del episcopado alemán, que había sido preparado concienzudamente en las décadas anteriores. Era un fruto esperado de la renovación kerigmática que había sido emprendida particularmente en Alemania y Austria, y que no se contentaba con una simple revisión metodológica, sino que revisaba los contenidos mismos de la fe, en orden a poner de relieve lo nuclear del cristianismo frente a tantos elementos secundarios que se entrecruzaban y que no permitían una visión clara del cristianismo. En materia de catequesis también se produjo una honda revisión de formas y de contenidos.

En 1957, a los dos años de su publicación alemana, ya se habían llevado a cabo tres ediciones en castellano (en enero, marzo y agosto), lo que denotaba que un buen número de personas estaba interesado en una nueva forma de presentar la fe. No solo se trata de un nuevo catecismo, sino sobre todo que su estilo es radicalmente nuevo. Es cronológicamente anteconciliar, pero es uno de tantos aspectos que prepararon la afloración de los criterios que después aparecieron en el aula conciliar.

No carece de esquema vertebreador, pero este inicia un despegue desde unos criterios puramente dogmáticos y teológicos, en los que aparecían epígrafes y afirmaciones abstractas, para dar un tímido paso a un modelo que está más cercano al destinatario del catecismo (1ª parte: Dios y nuestra redención; 2ª parte: la Iglesia y los sacramentos; 3ª parte: la vida según los mandamientos de la ley de Dios; 4ª parte: las postrimerías). Además, su estilo de redacción es profundamente antropológico, para que el lector se vea reflejado en sus páginas, en lugar de encontrar unas afirmaciones frente a las cuales no tuviera otra cosa que hacer más que obligatoriamente aprenderlas y repetirlas de memoria.

Además, es hondamente bíblico; todo él está traspasado de un sentido bíblico que se manifiesta desde principio a fin. Sea cual sea la página por la que se abra, la biblia está presente. Cada tema tiene un apartado, tras la explicación y las preguntas, que se denomina «Palabra de Dios», y que reproduce uno o varios textos del antiguo y del nuevo testamento, bien seleccionados y oportunos, así como breves; en la explicación, que constituye la parte central de cada tema, está oportuna y bien citada la palabra de Dios. El estilo de redacción adoptado, en que predominan las frases cortas, antes que los largos párrafos, permite también introducir en la explicación numerosas sentencias breves de la biblia que se insertan en la explicación de forma natural, hasta el punto de que esta aparece siempre fundamentada en lo que enseña la palabra de Dios. Ese hábil ensamblaje permite que la biblia no sea un elemento forzado que haya que insertar en una formulación teológica, sino que se constituye como la trama sobre la que se sustenta todo lo que se presenta al lector.

Cada tema viene a disponer de una media de 5 o 6 citas bíblicas, lo que permite calcular que en el conjunto de los 136 temas aparezcan por encima de las 680 citas. No aparece toda la biblia (ni se pretende siquiera), como tampoco hay una relación de relatos bíblicos al estilo de la tradicional historia sagrada. Pero la presencia de la palabra de Dios tiene una extraordinaria fuerza, al aparecer como fundamento ordinario, normal, de la fe cristiana; y esto, sobre todo, al hacerlo de forma expresa, y no sólo como algo supuesto a la vez que desconocido.

El tema 51 se puede proponer como clara referencia; se titula: «La Iglesia saca su doctrina de la Sagrada Escritura y de la tradición oral». En él describe cómo está constituida la biblia, junto con la consideración fun-

dante de que «lo que la Iglesia enseña procede de Dios, fuente de toda verdad». Y esto que se proclama, no solo es una declaración de principios, sino el motor principal de la exposición de todos y cada uno de los temas. En lugar del criterio sustentado por el catecismo prescrito por Pío X (el de 1905), según el cual «la lectura de la Biblia no es necesaria a todos los cristianos, enseñados como están por la Iglesia», el catecismo alemán opta por el criterio de que los cristianos sean enseñados por la Iglesia con la propia palabra de Dios como fundamento. Se han invertido los términos. La distancia entre ambos criterios resulta abismal.

Con este catecismo se ha producido un punto de inflexión respecto de los siglos precedentes, en que la palabra de Dios estaba ausente del horizonte catequético de los cristianos. Con él están brotando los primeros y tempranos frutos conciliares.

6.5. EL CATECISMO DE LA DOCTRINA CRISTIANA. TEXTO NACIONAL

A diferencia del catecismo anterior, el texto nacional surgido en España es buena muestra de que junto a los avances, también existen los frenazos.

Aparecido su *Primer grado* el año 1957, tras una lenta gestación, pretendía hacer frente al problema de la multiplicidad de textos tradicionales en las diócesis españolas, algunos de los cuales tenían a sus espaldas siglos de implantación y uso. Pero al producirse el cambio, no se aprovechó la oportunidad de sustituirlo por uno mejor, porque la mentalidad, los criterios, la formación de los responsables de la Iglesia española en aquellos años de posguerra y de aislamiento marcaban otros derroteros. El apego a unas formas tradicionales y convencionales pesaba demasiado.

Se publicó este primer grado en 1957; es el mismo año en que se publicaron tres ediciones castellanas del *Catecismo católico*, ya examinado. Pues bien, el balance de su examen es demoledor: este catecismo no tiene ni una sola cita de la palabra de Dios.

Hay que echar la vista al *Segundo grado*, publicado en 1958. El silencio absoluto del catecismo de *Primer grado* en torno a la palabra de Dios se rompe, aunque muy tímidamente. Aparecen tres citas bíblicas. La primera con un dibujo de Jesús que enseña a sus discípulos a rezar, y el texto de Mt 6, 8-9 (p. 2). La segunda, a continuación de los mandamientos, con la incorporación de «el mandato nuevo de Jesús» y el texto de Jn 13, 34-

35 (p. 8). La tercera, al final del impreso, con un dibujo que representa a Jesús como sembrador, junto con el texto de la parábola de Lc 8, 11-15 (p. 70). No hay más. La verdad es que tres citas bíblicas son realmente poco.

Cuando en la p. 11 se incluye una pregunta que pretende concitar al asentimiento de los niños a los que se destina, se formula de esta manera:

«¿Qué es el Catecismo? - El Catecismo es el resumen de la doctrina enseñada por Jesucristo, que todo cristiano debe saber y practicar».

Pero esa doctrina enseñada por Jesucristo, resumida y acomodada, no aparece de forma intuitiva, a los ojos de los niños, como algo que descubrimos en las páginas bíblicas, donde encontramos sus palabras, su mensaje, su estilo de vida. Es una declaración de principios inoperante, porque el niño no percibe que lo que se le enseña y lo que contiene el catecismo haya sido enseñado por Jesús, aunque se le diga que es así. Tres únicas citas, y la presentación de una doctrina que se dice que viene de Jesús, aunque no se vea.

En el propio texto hay, además, una magnífica oportunidad, desperdiciada. Porque contiene numerosos dibujos, algunos de los cuales hacen referencia directa a pasajes bíblicos, pero a los autores del libro les pareció que el dibujo era suficiente, y que no había necesidad de más. De ahí que la evocación plástica quedara inoperante, muda, al no estar acompañada por la escena que trata de presentar⁵². Hacer la lectura bíblica correspondiente podría quedar a criterio del catequista, aunque no siempre es seguro que esto se llevara a cabo. Las sucesivas evocaciones podían quedar como simples complementos, igual que otros dibujos que no tienen una resonancia bíblica. La fuerte dependencia en España de una tradición multiseccular de prescindir de la biblia en la catequesis pasaba factura. En contraste con lo que se publicó en Alemania (y se difundió en las ediciones castellanas) por las mismas fechas conviven dos concepciones bien diversas, sin apenas punto de contacto.

⁵² Las escenas dibujadas son estas: P. 13: bautismo de Jesús; p. 15: la creación; p. 18: el pecado original; p. 21: el descendimiento y la resurrección; p. 23: Pentecostés; p. 25: la vid y los sarmientos; p. 26: el perdón de los pecados; p. 28: Cristo como juez; p. 31: la negación de Pedro; p. 37: Jesús ante Pilato; p. 39: la entrega de las llaves a Pedro; p. 44: el centurión ante Jesús; p. 47: el discurso de Pedro en Pentecostés; p. 50: el fariseo y el publicano; p. 51: la conversión de Pablo.

6.6. EL IGNORADO *PROYECTO DEFINITIVO*

Al hablar del *Catecismo de la doctrina cristiana. Texto Nacional*, no hay más remedio que echar la vista a lo publicado. Sin embargo, resulta obligado romper el orden lógico, para volver a los esquemas preparatorios⁵³. Entre los borradores impresos enviados para hacer indicaciones y mejoras, es preciso destacar el último de ellos, que responde al título de *Catecismo de la doctrina cristiana. Texto único nacional. Proyecto definitivo*, Valencia, Semana Gráfica, 1956. En el mismo, una advertencia previa fija la atención en los distintos cuerpos de letra, que responden a los cuatro grados en que se había previsto el proyecto. El cuarto grado era el que aparecía impreso «en letra de menor tamaño y sin preguntas», es decir, meramente explicativo.

Este cuarto grado no se llevó nunca a la práctica, y cuando se editó, en 1962, el denominado «tercer grado», se fundieron en él tanto las preguntas previstas para el nivel superior (o tercer grado), como las explicaciones que se reservaban para el cuarto grado. El hecho de que este pequeño libro haya sido utilizado solo para consulta, en tanto se llegaba a los textos oficiales hace que su acceso sea muy difícil.

⁵³ En L. Resines, *La catequesis en España*, 792-801; en p 797: «Por ello, inmediatamente antes de la fecha de aparición, se completa el ciclo de consultas con otro folleto de la Comisión Episcopal de Enseñanza, *Catecismo de la doctrina cristiana. Texto único nacional. Proyecto definitivo*, Valencia, Semana Gráfica, 1956. Este folleto recogía lo que había sido publicado en los anteriores, lo ampliaba ligeramente en cuanto al número de respuestas, pero introducía una notable variación: con bastante frecuencia a medida que parecía oportuno, intercalaba con otro tipo de letra breves explicaciones entre pregunta y pregunta; tales explicaciones, abundantes, incorporaban en ciertas ocasiones textos bíblicos, ejemplos, reflexiones, o ampliaciones a los conceptos más difíciles, haciendo posible una intelección de lo que estaba enunciado en la pregunta que iba acompañada de una explicación. La novedad no puede dejar de constatarse, ni es justo pasar por ella con tal rapidez que no se la valore adecuadamente, pues el hecho de romper el molde del pasado, de simples preguntas y respuestas, para pasar a otro esquema distinto, ha de ser tenido como un paso valiente. No se trata de las grandes y extensas explicaciones de los catecismos para adultos, sino de párrafos en general bien pensados (algunos con un estilo teológico subido), que buscaban el acompañamiento del catequizando, a la vez que suministraban al catequista o al maestro, fundamento suficiente para hacer una exposición válida. Sin embargo, esta notable aportación no pasó a los textos definitivamente aprobados, que fueron publicados sin ella».

Pero para el empeño de este trabajo, resulta de una consulta poco menos que imprescindible, por lo que supone de comienzos de un giro en materia de incorporación de la biblia. Después de haber visto lo de los grados primero y segundo, nada había que añadir respecto a las preguntas que se reservan para el tercero, en un orden cíclico, que para entonces era una adquisición ya normal.

En cambio, cuando se pone la vista en el cuarto grado, con explicaciones pero sin preguntas, sorprende que este proyecto abra las puertas sin problema a la incorporación masiva de textos bíblicos, casi como un torrente, en auténtico aluvión respecto a la carencia total que apareció cuando se publicaron en 1957 y 1958 los textos oficiales de primer y segundo grado.

En este Proyecto definitivo, siempre en lo relativo al cuarto grado, en letra de cuerpo menor, para explicación y complemento, aparecen nada menos que 97 pasajes bíblicos. Una irrupción insospechada, que nada hasta entonces hacía prever. Los textos están ordinariamente fundidos con breves explicaciones, impresos en el mismo tipo de letra, sin más elementos que los destaquen que las comillas, más las citas correspondientes (en alguna rara ocasión se omite la cita). Los textos están bien seleccionados, con oportunidad respecto al tema que se trata en cada momento. De los posibles textos para cada tema, suelen estar presentes las más notables enseñanzas bíblicas, aunque en ciertas ocasiones cabe pensar en la mayor o menor oportunidad de algunas frases.

En algunas ocasiones no se ofrece el texto bíblico propiamente dicho, sino una síntesis, que no es literal, aunque recoge el sentir bíblico. Así, una síntesis de Rom 9, un tanto forzada, sobre la voluntad divina de poner a Adán como cabeza del género humano. Otra síntesis, igualmente forzada, es la que remite a Gal 5, 22-23, con arreglo a la cual propone los consabidos doce frutos del Espíritu Santo, que en el texto bíblico no aparecen así⁵⁴. Hay además otra síntesis que trata de condensar los principales momentos de la vida de Jesús, en apretado compendio bien realizado. En cambio, resulta curioso que se propongan las bienaventuranzas como si se tratara de un formulario ordinario de la catequesis, y no se haga constar

⁵⁴ Gal 5, 22-23: «En cambio el fruto del Espíritu es amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio de sí».

que es una enseñanza bíblica que procede de Jesús, ni se den pistas para su localización.

No vale la pena hacer una larga relación de las 97 ocasiones en que está citada la biblia, para juzgar la oportunidad o el acierto de cada cita seleccionada. Sería una lista larga en exceso. Pero sí que es imprescindible hacer otra consideración. Para ello es obligado tener presente que el proyecto se había concebido como un catecismo cíclico, que en su grado cuarto, el último, incorporaba tales textos bíblicos. Por eso, tal como figuran en la disposición tipográfica, aparecen en cada tema, dosificadas, las preguntas de los grados primero, segundo y tercero, y, siempre a continuación, la explicación del grado cuarto. Sería imposible analizar todos los casos, pero sirve un ejemplo para caer en la cuenta de lo que presenta: en el tema de la gracia (p. 127-128) aparecen preguntas sobre la gracia como medio principal para la santificación (grado tercero), qué es gracia (grado primero), cómo puede ser la gracia (grado segundo), qué es gracia actual (grado segundo), y a continuación la explicación para el grado cuarto que dice así:

«Dios concede a todos los hombres las gracias necesarias para salvarse. Si alguno se condena es por su culpa, por haber resistido a estas gracias. “...El cual quiere que todos los hombres sean salvos” (1 Tim. 2, 4)».

Es claro que se ha producido una inversión de términos respecto a lo que hoy se entiende debería ser el uso de la biblia en la catequesis. En el proyecto definitivo, el texto bíblico aparece al final, reservado para el cuarto grado, como remate y complemento de una enseñanza que ha seguido los pasos siguientes:

- primer grado: qué es gracia;
- segundo grado: cómo puede ser la gracia; qué es gracia actual;
- tercer grado: cuál es el principal medio para la santificación;
- cuarto grado: Dios concede sus gracias; el hombre puede resistirse; pero Dios quiere la salvación para todos.

La reflexión teológica, doctrinal; la elaboración de subdivisiones en la gracia, son nociones que se considera que ha de saber el cristiano; y tan solo cuando se llega al nivel superior aparece la consoladora enseñanza de que Dios quiere que todos los hombres se salven. En lugar de ser este

el punto de partida, la fuente de la que dimana, el primer puesto lo ocupa la reflexión de los teólogos, la conveniencia o subdivisiones, las explicaciones humanas. Si el texto bíblico tuviera la consideración fontal, aparecía en primer plano, pues no resulta nada difícil de comprender incluso para los niños pequeños; y desde ahí tienen sentido las definiciones, aplicaciones, o divisiones que no tendrían que empañar la pujanza de la palabra de Dios.

Pero eran otros tiempos. Y bastante era con que hiciera su aparición la escritura en el panorama de la catequesis, aun con todas las cortapisas: que estuviera reservada para el cuarto grado, que estuviera en letra que no se diferenciaba de otras explicaciones, que no llegara a todos. Por eso, no hay más remedio que realzar este desconocido *Proyecto definitivo*, y saludar que en él desembarcara la biblia en la catequesis de una manera articulada, ordenada y realmente nueva en el panorama español.

6.7. EL TEXTO NACIONAL. TERCER GRADO

Por fin, en 1962, fue publicado el tercer grado del catecismo. El grado primero, lo fue en 1957 y el grado segundo en 1958. Pasaron cuatro años hasta que el tercero vio la luz. En él se vieron hechas realidad algunas de las propuestas que aparecían en el «*Proyecto definitivo*», a que me he referido antes. Se rompían moldes, pero con una particularidad: aunque en ninguna parte se mencione, lo que estaba detrás, como referencia y modelo a imitar, era el catecismo alemán (*Katholischer Katechismus*), en cuanto a la forma y a la disposición, pero no así en cuanto al contenido, y la orientación de fondo.

«Lo cierto es que este *Catecismo de la Doctrina Cristiana. Grado Tercero* heredaba algo, poco, del prácticamente olvidado «*Proyecto Definitivo*», de 1956, que contenía algunas explicaciones junto a las preguntas y respuestas. Y en su mayor parte, era un calco, malo, deficiente, del *Catecismo católico*, traducido del alemán. Se había limitado a copiar el formato externo del texto alemán, pero en lo relativo a la teología de fondo, así como en la concepción de la obra la diferencia era abismal. (...) Cuando en 1962 aparece el *Catecismo de la Doctrina Cristiana. Grado Tercero*, el catecismo alemán iba ya por la 11ª edición castellana: de ninguna manera era un texto ignoto o que hubiera pasado desapercibido, sino todo lo contrario. El hecho de que se tradujera a 30 lenguas es buena prueba de su ca-

lidad intrínseca, ampliamente reconocida. Y sin embargo, al texto español que aparecía en 1962, ya en vísperas del Concilio, solo le llegaba el esquema externo de las lecciones: una exposición amplia, a la que seguían las preguntas (ordinariamente muchas y densas, frente a las pocas y bien pensadas del texto alemán), una referencia a la liturgia (algunas veces traída por los pelos), a la oración, y un texto breve para ser recordado. El aspecto bíblico, estaba entremezclado en la explicación primera y, en ocasiones, en la frase final para el recuerdo»⁵⁵.

Es el momento de pararnos a contemplar la presencia de la biblia en este catecismo. Cada tema (denominado «lección», con evidente resonancia escolar) comienza por una introducción que podría denominarse «explicación», aunque carezca de epígrafe propio, en letra de cuerpo pequeño; sigue la parte de preguntas y respuestas, abundantes, y concluye con tres referencias a la liturgia, la oración personal, y una frase para encomendar a la memoria; todo esto que sigue a la «explicación» figura en letra de cuerpo mayor. En las «explicaciones» se entreveran con abundancia las referencias bíblicas, unas veces breves y otras más extensas. Esto también se había hecho en el catecismo alemán, y suponía la ventaja de que la fundamentación bíblica no aparecía como algo aislado, sino vinculado a la reflexión que toda la «explicación» ofrecía. Las referencias bíblicas son completas, reproduciendo el texto entrecomillado y bien citado. Y varían en número, dependiendo del tema tratado. Se podría hacer una media de unas seis citas bíblicas en la «explicación» de cada tema, lo que quiere decir que en los 55 temas hay aproximadamente un total de 330 citas. No es un número despreciable.

Las citas están bien seleccionadas, con oportunidad, y bien relacionadas con cada tema; hay variedad, aunque abundan, como es natural, las del nuevo testamento respecto a las del antiguo. Si hay que decir en verdad que en la «explicación» las razones que se ofrecen están bien trabadas con los textos bíblicos, con la misma verdad hay que reconocer que toda esa información bíblica apenas tiene repercusión inmediatamente después en las preguntas y respuestas. Estas aparecen informadas de una teología dependiente de los criterios tradicionales de la catequesis y de la teología que se practicaba en España. En la misma condición hay que situar el es-

⁵⁵ L. Resines, *La catequesis en España*, 799.

quema al que responde el catecismo, concebido como una serie de propuestas que deben ser aprendidas, para, una vez sabidas, ser buen cristiano. De ahí que predomine el elemento informativo, de conocimientos, de «saberes» que han de ser aprendidos con la misma exactitud con que han sido expresados en el catecismo. Planteado así, la riqueza bíblica, así como la que se puede encontrar en las «explicaciones» con que se inicia cada tema, quedan en gran forma inutilizadas.

No hay más remedio, pues, que reconocer que este catecismo no estaba transido de un sentido bíblico en lo que transmitía. Esta serie de conocimientos estaba vinculada a los criterios escolásticos tradicionales, anclados en la preocupación por la integridad y por la ortodoxia, aunque digan poco al destinatario. La biblia aparece como un elemento introductorio, no despreciable; pero en modo alguno nuclear.

Lo dicho tiene una doble comprobación. Por un lado, en la p. 26, en el tema inicial sobre el credo, se habla de la revelación divina (escritura y tradición); y se explica con amplitud lo relativo a la escritura. Llega un momento de la «explicación» en que aparece esto:

«No todos están obligados a leer la Sagrada Escritura, porque ya la Iglesia nos enseña las principales verdades que contiene; y, por otra parte, por ser libros tan antiguos y difíciles de entender, no todos podrían sacar fruto de su lectura.

Sin embargo, la Iglesia nos aconseja y desea que la leamos, con tal que sea en ediciones por ella aprobadas, que siempre tienen notas aclaratorias de los puntos más difíciles.

Debemos estar en guardia y rechazar las ediciones de la Biblia hechas por autores no católicos, que a veces omiten varios libros sagrados, o alteran el texto, y carecen de las debidas notas aclaratorias».

Es más que notorio que están resonando las palabras —ya citadas— que aparecían en el catecismo publicado en Roma en 1905, y que había sido prescrito por Pío X para la provincia eclesiástica romana. Los criterios de 1905 marcaban la mentalidad de quienes aprobaban y avalaban el catecismo que se publicaba en 1962, a las puertas mismas del concilio.

La otra razón es estrictamente posconciliar. Los criterios que fueron cristalizando en los documentos conciliares dejaban desfasados muchos de los razonamientos y fundamentos que aparecían en las explicaciones

con que se abría cada tema. Ante este hecho, mientras surgieron otros catecismos con estilo netamente diferente, este fue mantenido casi en plan numantino por el episcopado, argumentando que era el texto oficial que había sido aprobado por el episcopado.

Y entonces, en 1971, nueve años después, se procedió a una edición cercenada respecto a la anterior, que únicamente contenía las preguntas y respuestas, y que en cubierta y en portada hacía constar: «Formulario oficial de preguntas y respuestas extraído del Texto Nacional». Se producía, pues, en pleno posconcilio, la inconsecuencia de que sólo se mantenían las preguntas y respuestas, que eran lo fundamental del catecismo nacional en su grado tercero; mientras que las explicaciones previas, donde estaban presentes con abundancia y oportunidad las enseñanzas bíblicas quedaban eliminadas. Durante varios años se mantuvo esta edición, y, con ella, la inconsecuencia, hasta que en 1976, tras catorce años, se publicó el titulado *Con vosotros está*, que lo sustituía.

6.8. EL NUEVO CATECISMO PARA ADULTOS (CATECISMO HOLANDÉS)

En 1966, a la clausura misma del concilio, vio la luz el que fue conocido por su origen como «Catecismo holandés», si bien su verdadero título propone otros matices no despreciables: *Nuevo catecismo para adultos*. Y lo era en verdad. Era nuevo en su concepción, en su planteamiento, en su estilo de proponer afirmaciones, en asumir preguntas e interrogantes del ser humano, en su mano tendida a los creyentes de otras religiones. Y era para adultos, ya que así lo indica la presentación de la fe cristiana a lo largo de 500 páginas, como finalidad perseguida por el Instituto Catequético de Nimega.

Pero, además, era el fruto primero del concilio. No se trataba en modo alguno de un fruto inmaduro, precipitado, sino todo lo contrario: había sido elaborado por medio de una amplia consulta sin reservas a cuantos pudieran aportar en Holanda algún punto de vista que resultara válido para expresar uno u otro punto de la fe. Toda esa amplia serie de aportaciones enriquecieron un esquema que el Instituto Catequético había trazado, y que tenía muy presentes los criterios que habían aparecido en el aula conciliar. En cierto modo hay que decir que se trataba de los mismos criterios, sin esperar a que los documentos conciliares fueran votados y aprobados oficialmente, ya que algunos de sus portavoces estaban tam-

bién colaborando en la redacción de este catecismo. Un trabajo serio, de varios años de duración, con la vista puesta en la redacción de un texto que pudiera ser leído con facilidad, soltura y aprecio por parte de los adultos creyentes; estos disponían así de un texto acomodado a los planteamientos del hombre de nuestros días, con interrogantes sobre su fe, en convivencia diaria con cristianos de otras confesiones cristianas así como con creyentes no cristianos.

El resultado pretendido fue enseguida apreciado por sus destinatarios naturales, y, precisamente por la novedad que suponía su estilo franco y dialogante, pronto se difundió merced a las traducciones a varias lenguas. Era una bocanada de aire fresco, que proponía la fe cristiana con seriedad, sin tener que echar mano de un lenguaje de corte dogmático, abstracto y difícil. Y por esto pronto se ganó el aprecio de los lectores. Bien es verdad que los grupos más refractarios a la apertura conciliar de miras encontraron una serie de inexactitudes, de afirmaciones no matizadas, o de nuevas expresiones que parecían poco adecuadas para aquilatar con justeza la enseñanza tradicional. Las quejas suscitaron una reacción que obligó — tras varios años y numerosas reflexiones — a publicar un suplemento que sustituía algunos pasajes por otros más ajustados a la doctrina tradicional, igualmente dotados de un lenguaje más tradicional, con el que se pretendió poner punto final a las encendidas posturas a favor o en contra del catecismo.

Pero en lo que respecta a la utilización de la biblia, no hay más remedio que decir que se trata de un uso ejemplar. La enseñanza bíblica está presente a lo largo de todo el escrito. Es verdad que hay páginas en que no se cita ni una sola vez (por el tema que aborda, por ejemplo); pero a lo largo de su desarrollo hay una permanente consideración de la palabra de Dios como fuente de la que se surte el cristiano y la comunidad para fundamentar y expresar su fe. Incluso en algunos pasajes en que no se cita de forma expresa, pero se está haciendo una proposición de enseñanzas dogmáticas o morales, el trasfondo bíblico que sustenta las afirmaciones es claro. Además, las referencias en el texto son abundantes y oportunas; y las citas literales, a las que se recurre con asiduidad, constituyen el entramado sobre el que se construye la presentación de la fe.

Al finalizar la parte segunda, tras haber hablado de la experiencia religiosa del pueblo de Israel, a través del cual Dios se ha manifestado a la

humanidad, dedica 20 páginas (p. 47-67) a la explicación de los aspectos más notables de la palabra, oral y escrita, que reviste la forma de escritura en la que Dios se hace presente en la experiencia religiosa de un pueblo, Israel. Esto cristaliza en una buena presentación del antiguo testamento, y los criterios básicos para su lectura.

Más adelante, en la parte cuarta, tras haber presentado la figura de Jesús, hace algo similar al presentar cómo la experiencia vivida por los testigos presenciales empieza a tomar forma en escritos que centran el descubrimiento de que Dios se ha manifestado en su Hijo, Jesús; en él han percibido la culminación de la revelación de Dios, y los escritos del nuevo testamento reflejan y transmiten esa experiencia, bajo la inspiración del Espíritu.

Nada forzado en el empleo de la biblia. Discurre con la misma naturalidad con la que se acude a una poesía, o a una reflexión, o cuando se propone un ejemplo o anécdota. Acaso este sea el mayor valor: al resultar tan natural su empleo, parece que discurre por la vía de lo que se espera como lógico, sin que llame la atención más que cuando se trata de algunos textos poco usuales.

En una expresión sincera de verdad religiosa, y de sabia humildad, los autores del catecismo tienen la elegancia de saberse retirar a un lado para dejar paso, por derecho propio, a la palabra misma de Dios. Aparece expresado así:

«Tal vez convenga decir aquí algo sobreentendido más de una vez en el curso de este libro, a saber: este catecismo tiene por objeto exponer claramente la doctrina viva de la fe; pero en la Sagrada Escritura se encontrará siempre más vida, más calor, fuerza y verdad. Cuando uno lee directamente la Sagrada Escritura, nos viene como una llama que nos inflama, un calor de fe, de experiencia viva, de revelación divina. Es el ardor de las palabras mismas de Jesús. La biblia no separa ni analiza las cosas, sino que, por lo general, las trae juntas, lo mismo que en la vida las cosas están juntas, implicadas» (p. 457).

Lo cierto es que esto no se quiere dar por sobreentendido, y dejar correr las cosas, para que haya quien lo descubra, en tanto que otros no lleguen a hacerlo. El propio catecismo cede la prioridad a la palabra de Dios, que en modo alguno intenta sustituir ni suplantar. En todo caso, la función mediadora del catecismo, para explicitar algunas afirmaciones, o

sistematizadora, para presentarlas con un esquema ordenado, no deja de tener una importancia siempre secundaria respecto a la que se reconoce a la palabra de Dios. ¡Cuánta diferencia en comparación con otros textos de catecismos que no la citaban siquiera, o que la solapaban entre explicaciones! Palabras modélicas, que resultan nuevas, cuando en realidad, las cosas deberían haber discurrido siempre en otra dirección; de ser así, no hubiera sido preciso escribir el párrafo anterior.

6.9. CON VOSOTROS ESTÁ

El primer fruto de la catequesis del posconcilio en España fueron los denominados *Catecismos escolares* que fueron publicados con la intención de suministrar una referencia válida a la enseñanza religiosa que se desarrollaba en las escuelas. Por consiguiente, aparecieron graduados conforme a los cursos de la que se denominaba Educación General Básica, de tal forma que a cada curso correspondía un catecismo. Con ello se conseguía un doble objetivo: graduar la materia que debía ser enseñada en cada curso, de forma que hubiera una progresión de uno a otro; y además, que se llevara a cabo una síntesis a la conclusión de cada uno de los dos ciclos, que sirviera para sistematizar y estructurar armónicamente lo aprendido.

Como fruto derivado del concilio, donde se había puesto de relieve la importancia que tenía para los cristianos la palabra de Dios, esta se hacía presente de forma natural y progresiva, a medida que los cursos progresaban, y aparecía claro, a los ojos del niño que manejaba cada uno de estos catecismos, que la palabra de Dios no era un apéndice, sino un elemento que había que tener en cuenta en el aprendizaje de la religión; y, poco a poco, que este era un elemento central.

Esta presencia de la biblia puso de manifiesto que muchos maestros no estaban muy duchos en el manejo y conocimiento de la misma, y hubo que organizar, en consecuencia, unos mecanismos que hicieran posible un conocimiento básico, que dejara atrás los planteamientos anecdóticos de lo que hasta entonces había sido la historia sagrada.

Cuando se publicó en 1976 el catecismo titulado *Con vosotros está*, habían transcurrido diez años desde la finalización del concilio, y había ya una experiencia de diez años en el empleo habitual de la biblia en la escuela. De ahí que este nuevo libro enriquecía y ampliaba lo que ya estaba presente en los que se habían publicado antes.

Con esta obra se trataba de responder a la enseñanza religiosa de los preadolescentes, en los últimos cursos (6º, 7º y 8º, que correspondían a los 11, 12 y 13 años), con los que concluía la escuela primaria. Estaba previsto que el mismo libro sirviera durante el desarrollo de los tres cursos, y se confiaba que los maestros fueran quienes seleccionaran los temas correspondientes a uno u otro curso, según estimaran oportuno. La dificultad en la presentación era que el libro se había editado en cuatro tomos, por lo cual, muchos educadores simplificaron el asunto utilizando un tomo para cada curso, y dejando uno sin consultar. Por otro lado las más de 600 páginas de la obra hacían que, en una distribución equitativa, correspondieran unas 200 para cada curso, lo que se demostró ineficaz, ya que muchos temas precisaban un desarrollo pausado.

A pesar de que esos eran los destinatarios naturales para los que se había diseñado el catecismo, no deja de ser cierto el aserto de algún responsable conocedor del tema que afirmó que firmaría sin problema que los padres de los niños conocieran el contenido de la fe allí presentado. El catecismo para preadolescentes se mostraba más útil para los padres que para sus hijos.

Ahora bien, las cualidades positivas del texto le acercaban mucho a la sensibilidad y modo de percibir las cosas por parte de los muchachos. Era un catecismo que partía de la experiencia humana, entremezclada con las propuestas de reflexión, de enseñanza doctrinal o moral, de tal modo que no había una escisión en compartimentos para desarrollar cada tema, sino un discurrir fluido, en el que se hacían presentes sin violencia ni estridencia todos los elementos que lo integraban.

Entre ellos, con una importancia notable, aparecía la biblia. Es cierto que no hay un tema que específicamente se ocupe de enseñar o mostrar qué es la biblia, puesto que resultaba algo que era manejado de modo ordinario, tanto en el propio catecismo, como en los de los cursos anteriores. La palabra de Dios se entremezclaba con las palabras y reflexiones humanas, para presentar de esta forma el cristianismo, inserto en la vida, las preocupaciones, las alegrías y los deseos del destinatario. Esa forma de insertarse la biblia, llena de ventajas, evitaba todo cuanto pudiera sonar a un elemento que se incrustara a la fuerza. Por otro lado, se había elegido un estilo literario en que predominaban las frases cortas frente a los períodos largos; esto hizo que la palabra de Dios fuera presentada con ese

mismo estilo, y ello hacía posible una gran abundancia de textos que jalaban la enseñanza.

El tema que podría aproximarse un poco más a lo que podría entenderse como una presentación de la biblia era el tema 8º, que responde al título de «Los profetas. Nos encontramos con Cristo en los que anuncian su palabra. En ellos quiere ser escuchado». En las 6 páginas dedicadas al tema aparecen 20 textos bíblicos: la mayor parte de ellos transcritos, y algunos sólo como referencias. Además, ordinariamente la palabra de Dios es citada resaltándola por medio de un recuadro que enmarca cada cita; en otras ocasiones, –inscrito en el desarrollo del texto– aparece entrecuadrada, o solo la referencia. Así presentada, la palabra de Dios tiene una evidente relevancia que no hace falta resaltar especialmente, porque se deduce desde el manejo ordinario del libro.

Esta apreciación cualitativa a la hora de acudir a la biblia se complementa con una apreciación cuantitativa. No resulta tarea sencilla enumerar todas y cada una de las ocasiones en que la biblia es citada. Pero haciendo una estimación media seleccionando varios temas, se puede concluir que la biblia aparece unas 11 veces aproximadamente en cada uno. Puesto que son 74 los temas presentados, la biblia está presente en no menos de 800 ocasiones en este catecismo.

Tanto la cantidad, como el que aparezca como un recurso frecuente, habitual, normal, hace que a los ojos del muchacho, la biblia se integre también de forma habitual y normal en su formación como cristiano. La presencia del antiguo testamento es, por lógica, menor que la del nuevo; pero de ninguna manera se puede decir que esté ausente de sus páginas.

No es posible dejar de hacer una comparación con otros textos anteriores al Vaticano II, incluso de tiempos no excesivamente lejanos. Frente a la presencia de los profetas, como un episodio más de la historia sagrada, en cierto modo marginal, y no siempre tratado, los profetas aparecen como los portavoces de la palabra de Dios para su época, con las exigencias de un culto purificado, de una justicia social inaplazable, de la defensa de los débiles y marginados de la sociedad, con la fuerza de denunciar los abusos en el ejercicio del poder, o en el comercio, o señalando los abusos de las clases dirigentes. Se hace una muy válida síntesis de los más destacados aspectos de su misión, como centinelas del pueblo de Israel; y se invita a los cristianos a sentirse profetas en el nuevo pueblo de Dios, manifestando con la palabra y con el testimonio su condición de pueblo profético.

La diferencia con esos textos anteriores supera, con abundancia y recto sentir, la sequía que hasta entonces habían sufrido los catecismos respecto a la presencia de la biblia. Parecían olvidados aquellos textos de catecismo que jamás citaban la biblia, y en los que aparecía la reflexión elaborada por la teología, pero distante de sus fuentes. Entre uno y otro estilo, había tenido lugar la celebración del concilio Vaticano II. Era normal que surgiera otro estilo bien diferente, de acuerdo con sus enseñanzas:

«El Concilio recomienda insistentemente a todos los fieles (...) la lectura asidua de la Escritura para que adquieran la ciencia suprema de Jesucristo, ‘pues desconocer la Escritura es desconocer a Cristo’» (*Dei Verbum*, 25).

6.10. RUDOLF BECKER, MARIE LUISE FISCHER, GOTTARD FUCHS

Estos tres autores alemanes resultan poco conocidos en España, a pesar de que la traducción de su obra conjunta ha conocido varias ediciones. Aunque la suerte editorial, o la fama de los que han escrito catecismos, no siempre vayan parejas. La obra que han redactado se titula *Exposición de la fe cristiana. Catecismo católico para el estudio personal y la enseñanza*⁵⁶. El título es absolutamente exacto, puesto que se trata, en verdad, de una exposición bien elaborada y equilibrada de la fe cristiana. El empleo del adjetivo «cristiana» podría hacer suponer a más de uno que se trata de una presentación de cualquier confesión cristiana, evangélica o luterana, por ejemplo. Pero el subtítulo despeja inmediatamente todas las dudas, cuando asegura que se trata de un catecismo católico.

Desconozco si en la edición alemana hay alguna advertencia sobre los destinatarios previstos; pero desde luego no aparece en la muy cuidada y bien adaptada edición española. Podría ser este el mayor fallo que se podría achacar al libro, de no ser porque en cuanto se abren sus páginas se ve claro que está escrito pensando en jóvenes y adultos, por el tipo de explicaciones, el nivel de las mismas y las cuestiones que suscita.

Vale la pena detenerse siquiera brevemente en el prefacio, ya que desde sus primeras líneas se hace eco de una queja no siempre formulada,

⁵⁶ Salamanca 1983.

ni verbalizada por los creyentes, pero que resulta muy real para los cristianos de los siglos XX-XXI:

«Para muchos, la fe cristiana es como un vetusto y venerable edificio con numerosas piezas [salas], escalinatas, pasillos y recovecos. ¡Es tan fácil perderse en su interior! Hay tantos artículos de fe, mandamientos y normas de conducta, que uno no sabe cuáles son importantes y cuáles tienen solo interés marginal. Hace falta orientación. Y la presente obra trata de darla».

Y realmente consigue lo que se propone, desde el momento mismo que clarifica muchas cosas con un esquema limpio, con un lenguaje sencillo y directo, con unas explicaciones breves y bien condensadas en aquello que es posible explicar, con una referencia fácil de unos pasajes a otros para completar las explicaciones sin necesidad de repetirlas. El propósito inicial de ayudar a distinguir lo importante de lo marginal en la presentación de la fe tiene unos evidentes ecos conciliares que evocan el importantísimo principio que se encuentra en el Decreto de ecumenismo, 11, y que dice:

«Al comparar las doctrinas, [los teólogos] han de recordar que existe un orden o 'jerarquía' de las verdades de la doctrina católica, puesto que es diversa su conexión con el fundamento de la fe cristiana».

El catecismo comentado cuida delicada e inteligentemente este principio, y lo lleva a la práctica, de manera que las explicaciones de cuanto es principal queda suficientemente expresado; y, al contrario, cuanto no es fundamental o resulta marginal ocupa un claro lugar secundario, que ayuda a clarificar la respectiva importancia de cada afirmación.

Esto se consigue inicialmente con un esquema claro, articulado en cuatro partes, cada una de las cuales está subdividida en tantos temas como parecen necesarios a los autores. Tales temas se subdividen igualmente en apartados, cuyo número varía en función de las necesidades del propio tema. El esquema es ágil, y cada uno de los apartados sobre los que se edifica la obra resulta igualmente ágil: la extensión de cada uno viene a ser la de una página, o incluso menos, lo que evita las divagaciones para ir directamente a centrarse en la cuestión propuesta.

Cada apartado está presentado de la siguiente forma: el epígrafe propio; una serie de referencias rápidas a otros lugares que pueden ser consultados, con una frase telegráfica que señala la idea principal a la que se

remite, además del lugar preciso. A esto sigue un desarrollo o explicación, normalmente en varios párrafos no muy extensos, que utiliza con preferencias las frases cortas, directas y claras; unas complementan el pensamiento de las anteriores, y preparan para las explicaciones que siguen; están bien pensadas y bien ordenadas. Toda esta parte de explicación se destaca con un cuerpo de letra mayor que el que cerrará cada apartado, con explicaciones complementarias; este detalle — muy bien cuidado — permite percibir intuitivamente, sin necesidad de indicaciones, lo que es importante y lo que resulta secundario⁵⁷.

Al término de la explicación de cada apartado se encuentra siempre un recuadro, tramado en color de fondo, que destaca una frase breve, una oración, una reflexión, un canto,...; es un elemento que introduce variedad y frescor por su origen variado, a la vez que una breve frase lo enlaza con la explicación que ha precedido. Estos recuadros actúan a modo de sencillas y fundamentales síntesis que rematan las explicaciones precedentes.

Tras cada recuadro, en letra menor que evidencia su menor importancia, aparecen otros conceptos relacionados con lo que ha constituido cada apartado; suelen estar explicados como breves definiciones, que además incluyen las aclaraciones precisas para situar cada concepto. Estas breves aclaraciones no suelen pasar de cinco líneas, aunque lo normal es que sean más breves, al estilo de la redacción directa con que está escrito el catecismo.

Si hasta aquí he descrito lo básico de la estructura y presentación de este catecismo, hay que dar un paso más, en consonancia con el objetivo de este estudio: analizar cómo se emplea la biblia en la presentación de la fe cristiana. Centrados en este preciso objetivo, no hay más remedio que señalar que todo él está transido de un estilo y un tono bíblico cuidado, acertado.

Puesto que el objetivo de la obra era ayudar a discernir lo importante de lo marginal, resulta imposible presentar lo importante sin remitir a la

⁵⁷ Otros catecismos han pretendido utilizar el mismo procedimiento. Pero un desmedido afán de proponer más y más cosas ha llevado a que las explicaciones secundarias resultaran excesivas en cantidad; también ha sucedido que se han reservado para lo secundario datos verdaderamente fundamentales, y, al contrario, entre lo fundamental haya cuestiones que realmente no lo son.

consulta de la biblia. No podía ser de otra manera, ni se podía buscar otro fundamento. Se acude a la palabra de Dios para cimentar la fe, la oración, el cumplimiento de los mandamientos, el estilo de vida cristiano. Las citas están cuidadas y seleccionadas con tino. Con ellas no se trata de apabullar con una cantidad exagerada de citas en aquellos temas o cuestiones muy desarrollados en la biblia (por ejemplo, la adoración a Dios, la eucaristía); se ha preferido no recurrir a la abundancia, en aras de la claridad y de la sólida cimentación de la fe. Las citas bíblicas son expresas en numerosas ocasiones, salvo cuando se hace una rápida referencia que puede ser consultada, pero que no interrumpe el discurso. Esta combinación de cantidad y calidad permite que el lector no se tope con un cúmulo de frases bíblicas que le desbordaría, y a la vez muestra con naturalidad que lo que se afirma y propone no es una compleja propuesta de sabios o teólogos, sino que el fundamento es la misma palabra de Dios que legitima las afirmaciones de la fe.

En estas condiciones en que se desarrolla la obra, es posible encontrar unos apartados que solo tienen una o dos citas bíblicas, junto a otros que llegan hasta la decena. El número desigual no constituye obstáculo para percibir que la palabra de Dios tiene carácter fundante en la presentación de la fe. La presencia constante de la biblia, el acompañamiento de cada explicación con el recurso a la escritura permiten ver claro que la biblia no constituye un simple apéndice ilustrativo, sino todo lo contrario. Y lo que se dice y enseña para fundamentar el constante recurso a la biblia, no tiene desperdicio:

«El cristianismo no es una religión que se base en un libro como autoridad suprema. El cristianismo se basa en una persona. Jesús de Nazaret es para los cristianos el testigo más fiel del amor de Dios. Ahora bien, todos los cristianos se guían por un libro, que es el documento de su fe: la Biblia. La Biblia es el testimonio de una larga historia de fe, una historia que se remonta hasta los comienzos de Israel como pueblo de Dios. Las sagradas Escrituras de Israel –los escritos del antiguo testamento, como los llamamos nosotros– son también normativos para los cristianos.

Los cristianos equipararon a esos escritos los documentos que atestiguan la fe de los discípulos de Jesús. Estos documentos constituyen las sagradas Escrituras de la nueva alianza» (p. 17).

Resulta patente una conclusión: que el empleo atinado de la biblia (bien seleccionado, oportuno, habitual) constituye la mejor forma de pre-

sentar la fe cristiana. Esto no excluye las aclaraciones o las reflexiones adecuadas; pero en ningún momento constituyen un obstáculo para llegar a la palabra de Dios, sino que son la consecuencia lógica de tenerla muy en cuenta.

6.11. ANTONIO SALAS

El año 1977 el agustino Antonio Salas asumió un reto que flotaba en el ambiente: el de redactar un catecismo para adultos. Y, dada su especialidad como biblista la obra que publicó lleva el título de *Catecismo bíblico para adultos*⁵⁸. El título resulta absolutamente exacto, puesto que la presentación que hace de la fe cristiana –en la que están presentes casi todos los temas habituales– tiene un hondo sentido bíblico. El tono de las explicaciones así como la presentación, reclaman un público adulto, con un nivel de formación algo superior a la media; en ocasiones cabe señalar que las explicaciones que ofrecen, por el deseo de aquilatarlas, tienen una cierta dificultad para la lectura, y es preciso llevar a cabo una segunda lectura con calma.

Pero es más que evidente que lo que aparece es el sentir de que en toda la obra se trata de tomar el pulso a la biblia para deducir de ella cuáles pueden ser las afirmaciones, y el pensar y sentir de un cristiano de finales del siglo XX.

No se enreda en cuestiones sutiles derivadas de la exégesis, o susceptibles de ser entendidas como propuestas de uno u otro autor, a la hora de interpretar pasajes de la biblia. Lo que hace es tratar de presentar en cada ocasión cuál es lo nuclear que se desprende de la palabra de Dios, para que el creyente pueda fundamentar su fe en lo que la biblia transmite.

El que denomina como «catecismo» no es un catecismo al uso, a base de preguntas y respuestas, que despejan dudas y consolidan un saber. Lo que la obra pretende es hacer pensar, reflexionar, y, en consecuencia, cimentar la fe tras una seria consulta de la misma palabra de Dios. Abundan las citas bíblicas, como no podía ser de otra manera, pero no se acude a ella como si se tratara de una serie de afirmaciones que silenciaran las preguntas o acallaran la inquietud del hombre creyente, sino que son en-

⁵⁸ A. Salas, *Catecismo bíblico para adultos* (Madrid 1979).

tendidas como propuestas que incitan a pensar, con la ayuda y acompañamiento de la palabra misma de Dios.

He seleccionado dos pasajes que no citan más que en una sola ocasión texto bíblico alguno, pero que, sin embargo, están empapados de un genuino sentir sobre lo que la escritura dice al hombre de todos los tiempos, y que el autor pone en claro. El primero de ello se refiere a la importancia y a la actualidad de la palabra de Dios para el creyente, en el que realiza el desplazamiento desde la «palabra» a la «Palabra», centrándola hábilmente en Cristo:

«Por eso, desde el momento mismo en que se hizo presente la figura de Cristo, quedó cancelado por parte de Dios el proceso revelador. Pero es precisamente entonces cuando comienza a realizar el hombre un complicado e ininterrumpido esfuerzo, cuyo objetivo es adquirir un conocimiento cada vez más auténtico de las verdades que Dios se ha dignado desvelarle. Pues bien, siendo la misma “palabra” divina objeto de revelación, esta reivindica una fuerza y sonoridad infinitas. En consecuencia, jamás logrará el hombre agotar todas sus posibilidades. Esto justifica que los creyentes de todas las épocas acudan a Cristo en busca de respuestas, sin que estas (Dios es inagotable) excluyan que la búsqueda prosiga hasta el fin de los tiempos» (p. 44).

El segundo ejemplo propuesto ahonda en las consecuencias que se derivan de una fe pascual que no se limite a la mera enunciación de verdades conocidas, sino que pase al terreno de los convencimientos. Tras haber presentado lo que la biblia aporta acerca de la resurrección de Jesús, añade:

«El cristianismo comienza a existir desde el momento en que los hombres (apóstoles) apoyan su existencia en la vida del resucitado. Ello exige adherirse a él con un nexo de fe. El cristianismo se apoyó, pues, desde sus mismos orígenes en la fe pascual (...) El cristianismo no siempre ha comprendido cuánto debe a la resurrección de Cristo. Ha centrado su interés en la pasión y muerte, hasta tal punto que ha llegado a ignorar el evento pascual. Por supuesto que el sacrificio de Jesús en la cruz es capital para la fe cristiana. Sin embargo, el calvario solo carecería de fuerza para justificar la subsistencia del cristianismo. Así lo dice Pablo: “Si Cristo no hubiese resucitado vana sería nuestra fe” (1Co. 15,14) (...) Nadie ignora, a este respecto, que las asambleas y familias cristianas suelen estar presididas por una imagen de Jesús clavado en la cruz. No es que tal costumbre

pueda tildarse de equivocada. Pero, ¿acaso no sería mucho mejor colocar en el lugar de honor la figura de un Cristo resucitado? Jesús muerto es, sin duda, idéntico a Cristo resucitado. Mas nuestra fe debe apoyarse fundamentalmente en la resurrección» (p. 324-325).

Los ejemplos seleccionados muestran que una verdadera catequesis bíblica no consiste únicamente en la repetición maquinal de unos pasajes o textos entresacados de cualquiera de los libros bíblicos, sino que discurre sobre todo por la captación del sentido que la palabra de Dios transmite al hombre, con vistas a fundamentar su fe y su relación con Él.

CONCLUSIÓN

Cuanto ha aparecido en las páginas precedentes es una serie de muestras, más o menos representativas, de lo que ha acontecido en el uso de la biblia por parte de los catecismos. Refleja de una manera veraz lo que ha sucedido en el pasado, porque no se trataba de retorcer las cosas para mostrar la excepción en lugar de la norma habitual. Y cuando ha aparecido la excepción ha sido preciso hacerlo notar, porque es lo que se manifiesta de manera distinta del resto de los catecismos contemporáneos.

Si ha sucedido así en el pasado, no hay más remedio que preguntarse: ¿qué sucederá en el futuro?, ¿por dónde irán las tendencias?, ¿cuáles serán los acentos que aparecerán subrayados en los catecismos del porvenir? Parece que el logro de la incorporación de la biblia en los catecismos es una adquisición irrenunciable. Pero... en otras épocas estuvo incorporada a la catequesis, y por cierto bien incorporada; y sin embargo, se fue desdibujando su papel y su importancia hasta el punto de desaparecer. ¿Volverá a suceder lo mismo?

Los documentos más solemnes, desde el concilio para acá (*Dei Verbum*, *Catechesi tradendae*, *Verbum Domini*,...), afirman con nitidez y fuerza, con garra y convencimiento, que no es posible una catequesis que cimiente adecuadamente la vida cristiana sin el sustento ordinario de la palabra de Dios. Es de esperar y desear que las afirmaciones no caigan en el vacío, y se olviden. En ese caso, estaríamos de nuevo en una más de las inconsecuencias de la Iglesia, como sucedió ya. Nadie tendría que escandalizarse por esto; pero sí sería posible lamentarse de esto.

No cabe duda que se ha dado un importante avance en la lectura, el conocimiento y la consulta de la biblia, y que, en consecuencia, la liturgia, los catecismos, la lectura personal, e incluso la teología han realizado grandes avances precisamente por esa actitud. El conocimiento, la veneración, la aceptación cordial de la palabra de Dios ha experimentado un avance nada desdeñable. Con el mismo convencimiento es preciso afirmar que aún queda mucho por hacer, que aún quedan muchas ocasiones de leer la palabra de Dios, y aún quedan muchas oportunidades para conocerla y para darla a conocer.

La formación de los catequistas, en este punto concreto, resulta mucho mejor que en el pasado, pero es claramente insuficiente. Es una formación ocasional, por contraste con un conocimiento sistemático y suficientemente completo; es una formación fragmentaria, que se queda reducida en muchas ocasiones solamente al nuevo testamento, y ni siquiera este está libre de lagunas y vacíos; además, es una formación temporal, en el sentido de ceñirse casi en exclusiva al momento de la realización de la catequesis así como su preparación, pero sin una prolongación en el estudio personal. No es la única laguna en la formación de catequistas, aunque sea la que ahora centra esta reflexión.

Suele ocurrir que el catequista acude a los pasajes bíblicos que le proporcionan los materiales que emplea para desarrollar su catequesis. Pero ahí aparece la limitación de los autores de materiales catequéticos, que no siempre facilitan un uso adecuado de la biblia. No se trata de que sea preciso aducir una gran cantidad de textos, como sugerencias; pero sí es factible ofrecer unos cuantos textos alternativos para que sea el catequista el que elija el más oportuno o el más adecuado. Es ocasiones, los autores de materiales han de cuidar algo tan básico como citar bien, para que sea posible la localización del texto, pues no siempre sucede así. Si junto a ello se ofrece un comentario orientador al texto o textos propuestos, se pueden estar dando pasos notables de una manera sencilla y eficaz. Por desdado, los autores de materiales catequéticos no se pueden permitir el tergiversar los textos bíblicos para hacerles decir lo que no dicen, o para subrayar un criterio o una opinión personal, respetable pero no siempre objetiva; pero también esto sucede, y podrían proponerse algunas muestras, que molestarían a quienes las han publicado.

Sobre todo, se tendría que dar a entender de forma clara, evidente, y convencida, que en toda catequesis la palabra de Dios tiene un carácter de fuente de donde brotan todos nuestros convencimientos, todos nuestros conocimientos y todas nuestras seguridades de cristianos. Esto tanto si se presenta al principio, como al medio o al final de cada tema de catequesis y en el nivel que sea. Porque ese convencimiento es algo más que una moda pasajera, una estrategia para vender, o una procedimiento para amenizar la catequesis. Es el íntimo reflejo de quien, personal o comunitariamente, se pliega ante Dios para decirle: «Habla, Señor, que tu siervo escucha». Y asimismo es el íntimo reflejo de quien, en la catequesis no transmite sus palabras, sus ideas o sus criterios, –ni personales ni grupales– sino quien remite más allá, más lejos, más alto, a la palabra y la voluntad que Dios ha expresado.

Es cierto que hay signos reales, no imaginarios, que invitan al optimismo en cuanto al empleo de la biblia en los catecismos y en la catequesis. La travesía de un desierto bíblico se podría dar por superada, sin pecar de ingenuidad. Sin embargo, ha dejado huellas y cicatrices (lectura literal, carencia de adaptación en el lenguaje, recursos a unos pocos textos selectos,...). No será siempre fácil superar estos defectos de una forma fácil ni rápida.

Pero es posible vislumbrar un futuro esperanzador.

APÉNDICE

Examen del Catecismo de Gaspar Astete y sus vinculaciones con la Biblia

CATECISMO DE ASTETE	TEXTO DE LA BIBLIA
P. ¿Sois cristiano? <i>Respondo.</i> Sí, por la gracia de Dios.	En Antioquía fue donde se empezó a llamar a los discípulos «cristianos» (Hch 11.26). Pero por la gracia de Dios, soy lo que soy (1Cor 15, 10).
P. ¿Qué quiere decir cristiano? R. Hombre de Cristo.	Pero si es por cristiano que no se avergüence, sino que glorifique a Dios por llevar ese nombre (1Pe 4, 16).
P. ¿Cuál es la señal del cristiano? R. La santa Cruz.	Jamás presumo de algo que no sea la cruz de nuestro Señor Jesucristo (Gal 6, 14).

P. ¿Por qué? R. Porque es figura de Cristo crucificado, que en ella nos redimió.	Se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte y una muerte de cruz (Flp 2,8).
P. Mostrad cómo. R. En el nombre del Padre y del Hijo + y del Espíritu Santo. Amén.	Haced discípulos a todos los pueblos y bautizadlos para consagrarlos al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo (Mt 28, 19).
P. ¿Por qué tantas veces? R. Porque en todo tiempo y lugar nuestros enemigos nos combaten y persiguen.	El diablo, vuestro enemigo, ronda como león rugiente, buscando a quién devorar (1Pe 5,8).
P. ¿Qué enemigos son estos? R. El Demonio, el Mundo y la Carne.	El diablo, vuestro enemigo, ronda como león rugiente, buscando a quién devorar (1Pe 5,8). Si el mundo os odia, recordad que primero me ha odiado a mí (Jn 15,18). Pero experimento en mí otra ley que lucha contra el dictado de mi mente y me encadena a la ley del pecado que está en mí (Rom 7, 23).
P. Y vos, ¿para qué lo decís? R. Para confesar esta fe que tenemos los cristianos.	Estad siempre dispuestos a dar razón de vuestra esperanza a todo el que os pida explicaciones (1Pe 3,15).
P. ¿Qué cosa es fe? R. Creer lo que no vimos.	La fe es el fundamento de lo que se espera y la prueba de lo que no se ve (Heb 11,1).
P. ¿Por qué lo creéis? R. Porque Dios nuestro Señor así lo ha revelado y la santa Madre Iglesia así nos lo enseña.	Toda Escritura ha sido inspirada por Dios y es útil para enseñar, para persuadir, para reprender y para educar en la rectitud (2Tim 3, 16).
P. ¿Para qué son los Artículos de la Fe? R. Para dar noticia distinta de Dios nuestro Señor y de Jesucristo nuestro Redentor.	Timoteo acaba de llegar a nosotros desde Tesalónica con buenas noticias sobre vuestra fe y vuestro amor (1Tes 3, 6).
P. La Santísima Trinidad, ¿quién es? R. Es el mismo Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas distintas y un solo Dios verdadero.	Haced discípulos a todos los pueblos y bautizadlos para consagrarlos al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. (Mt 28, 19). La gracia de Jesucristo el Señor, el amor de Dios y la comunión en los dones del Espíritu Santo estén con todos vosotros (2Cor 13, 13).

P. ¿El Padre es Dios? R. Sí, Padre.	Pablo, apóstol, (...) por designio de Jesucristo y de Dios Padre (Gal 1, 1).
P. ¿El Hijo es Dios? R. Sí, Padre.	«Te conjuro por Dios vivo: dinos si tú eres el Mesías, el Hijo de Dios». Jesús le respondió: «Tú lo has dicho» (Mt 26, 63-64).
P. ¿El Espíritu Santo es Dios? R. Sí, Padre.	El Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, hará que recordéis lo que yo os he enseñado (Jn 14, 26).
P. ¿Son tres Dioses? R. No, sino un solo Dios verdadero, <i>como también un solo Omnipotente, un solo Eterno y un solo Señor.</i>	Sabemos que el ídolo no es nada en el mundo y que no hay más que un Dios (...) para nosotros no hay más que un Dios, (1Cor 8, 4.6).
P. ¿El Padre es el Hijo? R. No, Padre.	Yo y el Padre somos uno. (Jn 10, 30).
P. ¿El Espíritu Santo es el Padre, o el Hijo? R. No, Padre.	El Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, hará que recordéis lo que yo os he enseñado (Jn. 14, 26).
P. ¿Cómo es Dios todopoderoso? R. Porque con solo su poder hace todo cuanto quiere.	Se le apareció el Señor y le dijo: «Yo soy el Dios Poderoso» (Gn 17, 1).
P. ¿Cómo es Criador? R. Porque todo lo hizo de la nada.	Dios hizo todo esto de la nada. (2Mac 7, 28).
P. ¿Cómo es Salvador? R. Porque da la gracia y perdona los pecados.	Decid a la ciudad de Sión: Mira, ya viene tu salvador. (Is 62, 11).
P. ¿Cómo es Glorificador? R. Porque da la Gloria a quien persevera en su gracia.	Jesús le contestó: «¿No te he dicho que, si tienes fe, verás la gloria de Dios?» (Jn 11, 40).
P. ¿Cuál de las tres Divinas Personas se hizo Hombre? R. La segunda, que es el Hijo.	Concebirás y darás a luz un hijo, al cual pondrás por nombre Jesús. Él será grande, será llamado Hijo del Altísimo (Lc 1, 31-32). Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único (Jn 3, 16).
P. ¿Pues quién? R. Solamente el Hijo, el cual hecho Hombre se llama Jesucristo.	Al cual pondrás por nombre Jesús (Lc. 1, 31). Al que José puso por nombre Jesús (Mt. 1, 25).
P. Pues, según eso, ¿quién es Jesucristo? R. Es el Hijo de Dios vivo, que se hizo hombre por nos redimir y dar ejemplo de vida.	El Sumo Sacerdote le dijo: «Te conjuro por Dios vivo: dinos si tú eres el Mesías, el Hijo de Dios». Jesús le respondió: «Tú lo has dicho; y además os digo que veréis

	al Hijo del hombre sentado a la diestra del Todopoderoso, y que viene sobre las nubes del cielo» (Mt 26, 63-64).
P. ¿Qué quiere decir Jesús? R. Salvador.	Le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de los pecados (Mt 1, 21).
P. ¿Qué quiere decir Cristo? R. Ungido.	El Espíritu Santo le había revelado que no moriría antes de ver al Mesías enviado por el Señor (Lc 2, 26).
P. ¿De qué fue ungido? R. De las gracias y Dones del Espíritu Santo.	Me refiero a Jesús de Nazaret a quien Dios ungió con Espíritu Santo (Hch 10, 38).
<i>P. ¿Pues cómo se obró el misterio de su Concepción? R. En las entrañas de la Virgen María formó el Espíritu Santo de la purísima sangre de esta Señora un Cuerpo perfectísimo, crió de la nada un Alma y la unió a aquel Cuerpo; y en el mismo instante a este Cuerpo y Alma se unió el Hijo de Dios; y de esta suerte el que antes era sólo Dios, sin dejar de serlo, quedó hecho hombre.</i>	Al sexto mes Dios envió al ángel Gabriel a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, a una joven prometida a un hombre llamado José, de la estirpe de David; el nombre de la joven era María (...) María dijo: «Aquí está la esclava del Señor; que me suceda según dices palabra» Y el ángel la dejó. (Lc 1, 26-38).
<i>P. ¿Y cómo nació milagrosamente? R. Saliendo del vientre de María SS. sin detrimento de su Virginidad, a la manera que el rayo del Sol sale por un cristal sin romperlo ni mancharlo.</i>	Y dio a luz a su hijo primogénito, le envolvió en pañales y le acostó en un pesebre (Lc 2, 7).
P. ¿Por qué quiso morir muerte de Cruz? R. Por librarnos del pecado y de la muerte eterna. P. ¿Pues cómo incurrimos en ella? R. Pecando nuestro primer Padre Adán, en quien todos pecamos	El Padre me ama, porque yo doy mi vida, para tomarla de nuevo. Nadie tiene poder para quitármela; soy yo quien la doy por mi propia voluntad (Jn 10, 17-18).
P. ¿Qué entendéis por el Infierno a que bajó Cristo nuestro Señor después de muerto? R. No al lugar de los condenados, sino al Limbo donde estaban los Justos.	Fue entonces cuando proclamó el mensaje a los espíritus encarcelados (1Pe 3, 19).
P. ¿Cómo resucitó al tercer día? R. Tornando a juntar su cuerpo y alma gloriosa para nunca más morir.	Jesús resucitó en la madrugada del primer día de la semana (Mc 16, 9).

P. ¿Cómo subió a los Cielos? R. Con su propia virtud.	Después de hablarles, el Señor Jesús fue elevado al cielo (Mc 16, 19). Mientras los bendecía, se separó de ellos y fue llevado al cielo (Lc 24, 51).
P. ¿Qué es estar sentado a la diestra de Dios Padre? R. Tener igual gloria con Él en cuanto Dios, y mayor que otro ninguno en cuanto hombre.	Ascendido al cielo, está a la derecha de Dios (1Pe 3, 22).
P. ¿Cuándo vendrá a juzgar los vivos y los muertos? R. Al fin del mundo.	Cuando venga el Hijo del hombre en su gloria con todos sus ángeles... (Mt 25, 31ss).
P. ¿Y entonces han de resucitar todos los muertos? R. Sí, Padre, con los mismos cuerpos y almas que tuvieron.	Llegará el momento en que todos los muertos oirán su voz y saldrán de los sepulcros (Jn 5, 28-29).
P. ¿Quién es la Iglesia? R. La Congregación de los Fieles Cristianos, cuya cabeza es el Papa.	Sobre esta piedra edificaré mi Iglesia (Mt 16, 18).
P. Además del Credo y los Artículos, ¿creéis otras cosas? R. Sí, Padre, todo lo que está en la Sagrada Escritura y cuanto Dios tiene revelado a su Iglesia.	Toda Escritura ha sido inspirada por Dios y es útil para enseñar, para persuadir, para reprender y para educar en la rectitud (2Tim 3, 16).
P. Decid ¿quién dijo el Padre Nuestro? R. Jesucristo.	Jesús les dijo: «Cuando oréis, decid: Padre, santificado sea tu Nombre, venga tu reino... (Lc 11, 2-4).
P. ¿Para qué? R. Para enseñarnos a orar.	Un día estaba Jesús orando en cierto lugar. Cuando acabó, uno de sus discípulos le dijo: «Señor, enséñanos a orar, como Juan enseñó a sus discípulos» (Lc 11, 1).
P. ¿Quién dijo el Ave María? R. El Arcángel San Gabriel, cuando vino a saludar a nuestra Señora la Virgen María.	El ángel le dijo: «Dios te salve, llena de gracia, el Señor está contigo» (Lc 1, 28).
P. ¿Luego vos Ángel tenéis que os guarde? R. Sí tengo, y cada uno de los hombres tiene el suyo.	Os digo que sus ángeles en el cielo contemplan sin cesar el rostro de mi Padre (Mt 18, 10).
P. Decid, ¿cuál es el primer Mandamiento de la Ley de Dios? R. Amar a Dios sobre todas las cosas.	Yo soy el Señor, tu Dios, el que te sacó de Egipto, de aquel lugar de esclavitud (Ex 20, 3).

P. ¿Quién ama a Dios? R. El que guarda sus Mandamientos.	El que acepta mis preceptos y los pone en practica, ése me ama de verdad (Jn 14, 21).
P. ¿A qué más nos obliga este Mandamiento? R. A adorarle a él solo con suma reverencia de cuerpo y alma, creyendo y esperando en él con Fe viva.	¿Acaso algún pueblo cambia de dioses?, –y eso que no son dioses– (Jr 2, 11).
P. ¿Quién peca contra esto? R. El que adora o cree en Ídolos o Dioses falsos;	No tendrás para ti otros dioses fuera de mí (Ex 20, 3).
P. ¿Cuál es el segundo? R. No jurar su Santo Nombre en vano.	No tomarás en vano el nombre del Señor (Ex 20, 7). También habéis oído que se dijo a nuestros antepasados: No jurarás en falso, sino que cumplirás lo que prometiste al Señor (Mt 5, 33).
P. ¿Quién se dice jurar en vano? R. El que jura sin verdad, sin justicia o sin necesidad.	Jurarás: «¡Por vida de Yahveh!» con verdad, con derecho y con justicia (Jr 4, 2).
<i>P. ¿Y el que jura o hace voto o promesa de hacer alguna cosa buena está obligado a cumplirla? R. Sí, Padre, y el no cumplirla o dilatarla notablemente, [...] es pecado mortal siendo la materia grave.</i>	Cuando hagas una promesa a Dios no tardes en cumplirla, porque no le agradan los necios; lo que prometas, cúmplelo. Mejor es no hacer promesas que hacerlas y no cumplirlas (Eclo 5, 3-4).
P. ¿Qué remedio hay para no jurar en vano? R. Acostumbrarse a decir sí o no como Cristo nos enseña.	Que vuestra palabra sea sí, cuando es sí; y no, cuando es no (Mt 5, 37).
<i>P. ¿Y se prohíbe alguna cosa más en este mandamiento? R. Sí, Padre, se prohíbe también la blasfemia, que es decir palabras injuriosas contra Dios o sus Santos, lo que es pecado mortal.</i>	Saca al blasfemo del campamento (Lv 24, 14).
P. ¿Cuál es el tercero? R. Santificar las Fiestas.	Acuérdate del sábado para santificarlo (Ex 20, 8).
P. ¿Cuál es el cuarto? R. Honrar Padre y Madre.	Honra a tu padre y a tu madre (Ex. 20. 12).
<i>P. ¿Quiénes pecan mortalmente contra esto? R. Los hijos que no obedecen a sus Padres en las cosas tocantes al gobierno de la casa y buenas costumbres; los que no los socorren en sus necesidades;</i>	Pero vosotros decís: El que diga a su padre o a su madre: «He ofrecido a Dios los bienes con los que te podía ayudar», no tiene obligación de socorrer a su padre. Así anuláis el mandamiento de Dios (Mt 15, 5-6).

P. ¿Cuál es el quinto? R. No matar.	No matarás (Ex 20, 13).
P. ¿Cuál es el sexto? R. No fornicar.	No cometerás adulterio (Ex 20, 14).
P. ¿Cuál es el séptimo? R. No hurtar.	No robarás (Ex 20 15).
P. ¿Cuál es el octavo? R. No levantar falso testimonio ni mentir.	No darás falso testimonio contra tu prójimo (Ex 20, 16).
[P. ¿Cuál es el noveno? R. No desear la mujer de tu prójimo].	Ni codiciarás la mujer de tu prójimo (Ex. 20, 17).
[P. Cuáles el décimo? R. No codiciar los bienes ajenos].	No codiciarás la casa de tu prójimo (...) ni su siervo, ni su sierva, ni su buey, ni su asno, ni nada de lo que le pertenezca (Ex 20, 17).
La segunda, dar de comer al hambriento...	Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber... (Mt 25, 35).
P. ¿Por qué se llaman de misericordia? R. Porque no se deben de justicia.	Daba mis alimentos a los tenían hambre y mis ropas a los que estaban desnudos (Tob 1, 17).
P. ¿Cuándo obligan de precepto? R. En necesidades que a juicio de hombres discretos sean graves.	Si alguno que tiene bienes de este mundo ve a su hermano en necesidad y no se apiada de él, ¿cómo puede permanecer en él el amor de Dios? Hijos míos, no amemos de palabra ni con la boca, sino con hechos y de verdad (1Jn 3, 16).
P. ¿Qué cosa es Fe? R. Creer lo que no vimos, porque Dios lo ha revelado.	La fe es el fundamento de lo que se espera y la prueba de lo que no se ve (Hb. 11,1).
P. ¿Qué cosa es Esperanza? R. Esperar la gloria, mediante la gracia de Dios y nuestras buenas obras.	Porque ya estamos salvados, aunque sólo en esperanza; y es claro que la esperanza que se ve, no es propiamente esperanza (Rom 8, 24).
P. ¿Qué cosa es Caridad? R. Amar a Dios sobre todas las cosas, y a nuestros prójimos como a nosotros mismos, habiéndonos con ellos como quisiéramos que se hubiesen con nosotros.	Él le contestó: «Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Este es el primer mandamiento y es el más importante. El segundo es semejante a éste: Amarás a tu prójimo como a ti mismo (Mt 22, 37-39).

<p>P. ¿Qué es pecado original? R. Aquel con que todos nacemos heredado de nuestros primeros padres.</p>	<p>Por un hombre entró el pecado en el mundo y con el pecado la muerte. Y como todos los hombres pecaron, a todos les alcanzó la muerte (Rom 5, 12).</p>
<p>P. ¿Para qué es el Sacramento de la Confirmación? R. Para confirmarnos y fortalecernos la Fe que recibimos en el Bautismo.</p>	<p>Estos bajaron y oraron por ellos para que recibieran el Espíritu Santo (Hch 8, 15).</p>
<p>P. ¿Para qué es el Sacramento de la Penitencia? R. Para perdonar los pecados cometidos después del Bautismo.</p>	<p>A quienes perdonéis los pecados, Dios se los perdonará (Jn 20, 23).</p>
<p>P. ¿Para qué es el Santísimo Sacramento de la Comunión? R. Para que, recibéndole dignamente, sea mantenimiento de nuestras almas y nos aumente la gracia.</p>	<p>Mientras cenaban, Jesús tomó pan, pronunció la bendición, lo partió y, se lo dio a sus discípulos, diciendo: «Tomad y comed: esto es mi cuerpo». Tomó luego una copa y, después de dar gracias, se la dio diciendo: «Bebed todos de ella» (Mt 26, 26-27).</p>
<p><i>P. ¿Por qué decís dignamente? R. Para manifestar que este Sacramento no será mantenimiento de nuestras Almas si no le recibimos con la disposición necesaria, tanto de parte del Alma como de parte del cuerpo.</i></p>	<p>Por eso, quien coma el pan o beba el cáliz del Señor indignamente, se hace culpable de profanar el Cuerpo del Señor (1Cor 11, 27).</p>
<p><i>P. ¿Y el que llega a la comunión, sin las disposiciones dichas, recibe también a Jesucristo? R. Si, P., mas sin provecho alguno, porque comete un gravísimo pecado.</i></p>	<p>Por eso, quien coma el pan o beba el cáliz del Señor indignamente, se hace culpable de profanar el Cuerpo del Señor (1Cor 11, 27).</p>
<p>P. ¿Para qué es el Sacramento de la Extrema Unción? R. Para tres cosas. P. ¿Cuáles son? R. La primera, para quitar los rastros y reliquias de la mala vida pasada. La segunda, para dar esfuerzo al alma contra las tentaciones del demonio. La tercera, para dar salud al cuerpo, si le conviene.</p>	<p>Si alguno de vosotros cae enfermo, que llame a los presbíteros de la Iglesia, para que oren sobre él y le unjan con óleo en nombre del Señor. Y la oración hecha con fe salvará al enfermo, el Señor lo restablecerá, y le serán perdonados que hubiera cometido (Sant 5, 14-15).</p>

<p>La primera, Prudencia. La segunda, Justicia. La tercera, Fortaleza. La cuarta, Templanza.</p>	<p>A quien ama la justicia de da como fruto las virtudes, porque enseña templanza y prudencia, justicia y fortaleza (Sab 8, 7).</p>
<p>El primero, Don de Sabiduría. El segundo, Don de Entendimiento. El tercero, Don de Consejo. El cuarto, Don de Ciencia. El quinto, Don de Fortaleza. El sexto, Don de Piedad. El séptimo, Don de Temor de Dios.</p>	<p>Sobre él reposará el espíritu del Señor, espíritu de inteligencia y sabiduría, espíritu de consejo y valor, espíritu de conocimiento y temor del Señor (Is 11, 2).</p>
<p>El primero, Caridad. El segundo, Paz. El tercero, Longanimidad. El cuarto, Benignidad. El quinto, Fe. El sexto, Continencia. El séptimo, Gozo. El octavo, Paciencia. El nono, Bondad. El décimo, Mansedumbre. El undécimo, Modestia. El duodécimo, Castidad.</p>	<p>En cambio, los frutos del Espíritu son: amor, alegría, paz, tolerancia, amabilidad, bondad, fe, mansedumbre y dominio de sí (Gal 5, 22-23).</p>
<p>Bienaventurados los pobres de Espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos. Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra. Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. Bienaventurados los que han hambre y sed de la Justicia, porque ellos serán hartos. Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios. Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios. Bienaventurados los que padecen persecución por la Justicia, porque de ellos será el Reino de los Cielos.</p>	<p>Dichosos los pobres en el espíritu, porque suyo es el reino de los Cielos. Dichosos los que están tristes, porque Dios los consolará. Dichosos los humildes, porque heredarán la tierra. Dichosos los que tienen hambre y sed de hacer la voluntad de Dios, porque Dios los saciará. Dichosos los misericordiosos, porque Dios tendrá misericordia de ellos. Dichosos los que tienen un corazón limpio, porque ellos verán a Dios. Dichosos los que construyen la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios. Dichosos los perseguidos por hacer la voluntad de Dios, porque de ellos es el reino de los cielos (Mt 5, 3-10).</p>

Christian - Chagga Afterlife Beliefs: Pertinent Tensions

KOSMAS ASENGA

Jordan University College, Morogoro, Tanzania

Resumen: En la tarea de cumplir el mandato del Señor de anunciar el Evangelio a todo el mundo, el cristianismo se ha encontrado con otras culturas que poseen una concepción diferente de la creencia en la otra vida. El cristianismo tiene su propia antropología y escatología, con su comprensión propia de la realidad del más allá caracterizada por lo que le ocurre al individuo inmediatamente después de la muerte y lo que se refiere a la consumación comunitaria en la Parusía de Cristo. El autor de este artículo examina a los cristianos Chagga de Rombo que han recibido la fe cristiana, basada esta en el evento de Cristo, mientras que el pueblo Chagga se caracteriza por su creencia dominada por los antepasados y los muertos vivientes. El presente artículo abordará la cuestión de cómo conciliar estas dos creencias que parecen estar bien arraigadas en la vida espiritual del pueblo Chagga.

Palabras clave: Escatología, fe, Chagga, antropología, muerte, más allá, cultura, religión, África.

Abstract: In fulfilling the commandment of the Lord to share the Gospel to the entire world, Christianity has encountered other cultures with different comprehension regarding the afterlife belief. Christianity has its own anthropology and eschatology. It has different understanding of the afterlife reality characterized with it: that which occurs to the individual immediately after death and what is concerned with the communitarian consumation in the Parousia of Christ. The author of this paper is examining the Chagga Christians of Rombo who have received Christian faith with its own belief on the afterlife dominated by Christ event while the Chagga people have their belief dominated by the ancestors and the living-dead.

How to reconcile the two beliefs which seem to be well rooted in the spiritual life of the Chagga people is the key question of this paper.

Key words: Eschatology, faith, Chagga, anthropology, death, afterlife, culture, religion, Africa.

Introduction

This paper attempts to examine how the Chagga Christians manage to live the Christian eschatology and that of the African Traditional Religion almost simultaneously. It will be a kind of comparative and synthetic study of the two beliefs. The term eschatology is used here to refer to the situation of the human being after this earthly life, while aware that the term has a long historical development in Christian theology with different conceptions and contents from what is found in African Traditional Religion's belief on the afterlife.

It will begin with a discussion on man and his relation to the different dimensions of time, followed by a brief presentation of the Chagga anthropology, for maybe in this aspect, is rooted the reason for their religious activities. From these anthropological presuppositions will follow a discussion on the Chagga religious perspectives especially those in tension with Christian eschatology. A brief and synthetic discussion on the possibility of reconciling the two eschatologies will follow dwelling on the theme of discontinuity and continuity, true conversion and that of the ultimate end of man. A discussion on the manner of communicating the Gospel (alternative for the Chagga people) will be presented because the way the Gospel has been communicated and accepted may affect the Chagga process of conversion to Christ. This paper will be concluded with a reflection on the foundation on which the Gospel is communicated as part and parcel of God's offer of salvation to all human beings, and at the same time recognizing that God elevates and facilitates this human being for the acceptance of his call while respecting his freedom.

1. Man and his Future

The today of man is a magnitude unceasingly triggered by the tomorrow, a provocation which elicits the invocation of this tomorrow and the

tendency towards it¹. Man is constitutively a being, which tends towards the future in such a way that it is not easy to find a normal human being who lives without self-questioning about his tomorrow or about the proximate future and about the distant future; and this about himself, his family, work, projects and aspirations².

However, not all kinds of future understanding coincide with the genuine human future³. Ruiz de la Peña warns that two elements operating dialectically are necessary for having a genuine human future: that of continuity and novelty in order to avoid falling into regressive and bi-dimensional temporality⁴. It means that any authentic future must have some kind of continuity because a total discontinuity between the present and the future would eliminate the identity of the cases, resulting into a future totally alien and strange to the present⁵. The future then should be the total, realization of that which is virtually present, the hatching of that which is actually in gestation, the deployment of the dynamic potentiality included in the actual form of that which is real, and if it is not like this, that is not a human future⁶. This questioning becomes critical especially when death takes its toll touching the very close members: what will happen to them or is this event the end of everything or there is some kind of hope?⁷

For this reason, it is not possible not to find in the men of all epochs an attitude of considering death as an absurd interrupter of life, while at the same time finding the conviction that in the unity and totality formed by life and death, always it is life that results stronger. Due to this, there have been many ways of presenting the future hope in this afterlife using different images, symbols and signs. Different cultures and religions in the world have developed and elaborated their proper images of hope on the situation after this life⁸.

¹ Cf. RUIZ DE LA PEÑA, Juan Luis, *La pascua de la creación. Escatología* (Madrid 1996), 5.

² Cf. JOHN PAUL II, *Fides et Ratio* (hence then FR) 1.

³ Cf. RUIZ DE LA PEÑA, Juan Luis, *La pascua*, 6.

⁴ Cf. *ibid.*, 6.

⁵ Cf. *ibid.*, 6.

⁶ Cf. *ibid.*, 6.

⁷ Cf. RUIZ DE LA PEÑA, Juan Luis, *La pascua*, 3; GRESHAKE, Gisbert, *Más fuertes que la muerte* (Santander 1981) 17.

⁸ Cf. GRESHAKE, Gisbert, *Más fuertes que la muerte*, 85.

The question about the distant future or remote future cannot be separated from the human being and his life or in other words the present of man cannot be disconnected when speaking about his future⁹. When man formulates the question about the future is an indication that he maintains himself as a historical being, as someone who is not complete in himself alone, recognizing that he can achieve or not achieve his goal. Some are convinced that man would not initiate any task or any activity or conceive any project if in his inner most being, there were not to exist an orientation towards the future as something capable of producing satisfaction and gain sometimes and in other cases deceptions and loss¹⁰.

Generally, the question about what is to come touches the proximate future or that which is foreseeable; it does not embrace all the reality, rather only the determined sectors of life which are potentially attainable. The question becomes serious when the event of death is to be addressed because before this mystery, it is not only the question of proximate or distant future, rather fundamentally the question of the ultimate future, because the hoped future in this case is not in the manner of the ordinary proximate future regarding some aspects of human life to be tackled such as aspirations which may be satisfied or not within the limits of human's life¹¹. The question of the ultimate future in relation to death is critical because it embraces the whole man's being and his destiny. This ultimate future embraces and completes all, and it is capable of giving sense and meaning even to those realities, which from man's point of view, do not have sense or any hope, including death itself. This ultimate future is capable of assuring fulfilment and full realization to all that has fragmentary or incomplete development and capable of conquering even death. Without this ultimate future hope the human life and even more concretely human history would have become absurd¹².

About the question of the afterlife, different societies have tried to speak about it and provided different responses using different images to explain the reality of their afterlife expectations. Such images should not

⁹ Cf. RAHNER, Karl, *Foundations of Christian Faith. An introduction to the Idea of Christianity* (New York 1989) 432.

¹⁰ Cf. GRESHAKE, Gisbert, *Más fuertes que la muerte*, 15-16.

¹¹ Cf. Vatican II Council, *GS* 18.

¹² Cf. JOHN PAUL II, *FR* 1.

be interpreted and understood as if they give information about the future events dominating in the afterlife. It means that the one who hopes does not hope in things rather in a situation characterised with that ultimate future in which something better and immeasurable in comparison to the present world is expected¹³. For example, in the cultures which believe that their ultimate future lies in reuniting with their ancestors and their living dead forming their community in the afterlife is one way of giving meaning to their life in this present world and especially in responding to the enigma of death, because on this hope they will be empowered to move forward in their daily life¹⁴. Bujo describes this situation in some cases of Africa as follows:

Dying people therefore are conscious that they participate in the life-force of the ancestors. There is no question of despair in the face of death, and no sense that one is being deprived life. The dying African, especially one in authority, who is conscious that he or she has lived a life according to the traditional rules, sets out on the journey to the land of the ancestors in full confidence that he or she will be received into their community¹⁵.

It is the same manner for the Christian tradition whose ultimate future lies on the belief on a personal God who invites man to be in communion with Him through Christ in the Spirit¹⁶. Though it uses different concepts in elaborating this ultimate reality, what moves them is the hope that they will achieve the full realization of their aspirations, personally and communally in the love of God. Though immortality of the soul and resurrection of the body are in principle two images of hope which may seem to be totally different, surely they have helped in the Christian faith to express the hope that there is life beyond death¹⁷. For the Greeks, the principle which survives death is found in the proper human being; man has an immortal soul which overcomes death. For the Hebrews it is the contrary because the antidote against death is found outside man, in the

¹³ Cf. *ibid.*, 22-30.

¹⁴ Cf. MBITI, J., *African Religions Philosophy* (Nairobi, 1995), 25-27; LEMA, A.A., "Chagga Religion and Missionary Christianity on Kilimanjaro: The Initial Phase 189-1916", in: SPEAR, T. – KIMAMBO, I. N. (eds.), *East African Expressions of Christianity* (Oxford 1999), 46.

¹⁵ BUJO, B., *African Theology in its Social Context* (Nairobi 1992), 114.

¹⁶ Cf. JOHN PAUL II, *Catechism of the Catholic Church* (hence then CCC) 1701-1709.

¹⁷ Cf. CULLMANN, Oscar, *La inmortalidad del alma*, 5-73.

power of God to resurrect him. The two beliefs (immortality and resurrection) have become key elements in the Christian understanding of life-after-death because departing from the resurrection of Christ, man's body will be raised and this, once with its soul, the man will come before the presence of God for either eternal enjoyment with God or eternal missing of this divine enjoyment¹⁸.

In man there is a power that drives him toward the infinity as if he has been tied to it, the desire for happiness put in the heart of man by God with the aim of attracting him towards him¹⁹, but this does not remove the profound ambiguity of his experience for in one part there are signs indicating the provisional character of death and on the other side due to the senselessness of the death, man has to accept that he does not see clearly by his own power the possibilities he may have in order to overcome the power of death and to make real the drive which he experiences towards the infinity²⁰. Consequently, emerges the necessity to search for a power capable of withdrawing man from falling into nothing, leading him to that which has been destined, a divine and creative power. This demand of a power capable of making real the experiences and aspirations of the finite being towards the infinite being finds its response in the Christian hope founded in the resurrection of Jesus or in general in the Christ event²¹.

Christian ultimate hope cannot be separated from the actual life. It is obvious that living by the power of love and sustained by hope has as its end communion with God, not only in a future heaven rather already in the present. The communion with God is inseparable from the communion with the brothers for we cannot say that we love God if we do not love our fellow men²². To love our neighbour is to desire their good and to work efficaciously for them²³. So hope is called to make the people act in their vocation as responsible builders of the earthly city, and to sustain

¹⁸ Cf. GRESHAKE, Gisbert, *Más fuertes que la muerte*, 86-87.

¹⁹ Cf. JOHN PAUL II, CCC 1718.

²⁰ Cf. GRESHAKE, Gisbert, *Más fuertes que la muerte*, 87.

²¹ Cf. JOHN PAUL II, CCC 1701.

²² Cf. MOLERO, J.B., "La acción temporal en la esperanza de los bienes futuros": *TyC* 130/III (2014) 188-191.

²³ Cf. Pope FRANCIS, *Christus vivit* (hence then CV) 7; MOLERO, J.B., "La acción temporal", 190.

such activities for the development of all in and for all the generations, aware that man lives his hope working for the kingdom not simply to make the world a better place, rather through it the works of God may be realized²⁴.

This perspective is different from the response given by the Chagga people to the question about their ultimate hope or their afterlife whose answer is found in their belief that after this life their ultimate hope is to be with their ancestors and their living-dead forming the community of intermediaries between the living and God²⁵. The question here is whether these two positions can be brought together in the same person and form part of his spiritual life²⁶. We know that for the Christians, the ultimate hope has adapted the already mentioned two positions immortality of the soul²⁷ and resurrection of Jesus Christ as the fundamental of what they hope, knowing that they are not the end in themselves because resurrection of the dead and the immortality of the soul have as their end, the salvation of the entire man, in his being in communion with God²⁸.

2. Chagga anthropological perspectives

Who is man for the Chagga? This study will dwell in the Chagga language usage alone in order to get their real conception of man without external influences. In the Chagga dialect of Rombo the term *mndu* refers to the human being. This *mndu* operates in the visible world because of *mó*. This *mó* is the one which leaves *mndu* at death and this *mndu* enters into another dimension known as *var'imu* or *warumu*. The proof of the existence of *mó* is through the heart beat, breath and body warmth and

²⁴ Cf. MOLERO, J.B., "La acción temporal", 190-191.

²⁵ Cf. BUJO, B., *African Theology*, 23-24; MBITI, J., *African Religions*, 26-27.

²⁶ Some authors would claim that it is not possible unless efforts are made to reconcile the two perspectives while others would prefer strict adherence to the African cultural forms as the case of THOMAS, D. E., *African Traditional Religion in the Modern World* (Jefferson 2015), 15, 19. The majority of the moderate authors opt for the inculturation of the Gospel in the context of Africa.

²⁷ Cf. JOHN PAUL II, CCC 1703: endowed with a spiritual and immortal soul, man from his conception is destined to eternal blessedness.

²⁸ Cf. Vatican II Council, GS 24.

this even when there is no sign of movement. *Mó* is the force that enables this *mndu* to be a living being in the sense of *bios*. This *mó* includes also *nafsi* which normally is the element that distinguishes the human beings from the brutes because it is associated with *uloosu* (intelligence or rationality). This *mó* is found in all creatures with life and not restricted to human beings but they know that the *mó* of the brutes does not have *uloosu*²⁹. *Mó* should not be confused with *ngoo* (heart) though sometimes it can cause confusion because when one dies it is said “*mó sho ukaba se ku*” – “the heart is no longer beating”; which refers to the heartbeat normally realized through the heart but the force itself is not believed by them to be the heart (*ngoo*). But *ngoo* (heart) is closely associated with the *mó* for normally when the heart stops beating the *mó* is no longer there and the *mndu* is taken to be dead in the visible world. Once the *mó* leaves the *mndu*, a journey towards the invisible world began because the disappearance of *mó* does not mean that the *mndu* disappears rather this *mndu* continues with his history and qualities in the invisible world invisibly as *var’imu*. *Mndu* enters the dimension of the dead as *var’imu* who is an invisible dead *mndu* (with invisible body but representing the same *mndu* who lived in the visible world).

Even after death and even after the corruption of the physical body *mndu* has the ability to relate with its particular body (now invisible). Due to this, is the belief that having the remains of the dead *mndu* is to have the whole *mndu* because *mndu* is always linked with its body invisibly especially with the skull and this may be the reason for the Chagga people to keep always the skull in the shrines of the bones³⁰. Hence *var’imu* has

²⁹ Trying to use the Christian anthropology terms, we can say that *mó* consists of life (*bios*) and irrational soul for the brutes, while for the human beings *mó* consists of life (*bios*) and *uloosu* or rationality or call it rational soul, *nafsi* (person) or all the spiritual aspect of man which operates in the flesh of man. The Chagga do not distinguish *spirit*, *life* and *person*; all these are considered in man as *mó*. And these are the ones which leaves the visible body at death and join with it after the process of death and integration in the afterlife, but they will never refer to them as *mó* in the invisible world or after death, rather as *mndu efiye* that is a dead human being or *var’imu* (living-dead).

³⁰ Cf. HASU, P., “For Ancestors and God: Rituals of Sacrifice among the Chagga of Tanzania”: *Eth.* 48/III (2009) 195-213, 196; DUNDAS, C., *Kilimanjaro and its People. A History of the Wachagga, their Laws, Customs and Legends, together with some Accounts of the Highest Mountain in Africa* (London ²1968), 193-195.

the same *mndu* as the one existed in the visible world that is why it is believed that it can appear and be recognized by the living members. The identity of the *mndu* continues to be maintained because of this invisible *mndu*, the result of the transformation occurred with death. It is from this reason they believe that the dead family members form a family in the afterlife and there they can enjoy the sacrifices and offerings of the living offered to them and are capable of influencing the life of the living positively and negatively.

Some beliefs give the impression that the visible *mndu* in some cases may join the world of the ancestors and the living-dead or in the afterlife without passing through the door of death. This claim can be substantiated by the belief on the reality of *ichondokya* (to submerge alive into the world of the ancestors or to pass into the afterlife without suffering death). The relation between the *mndu* and *mó* is believed to be so strong that some people are believed to enter the world of the ancestors entirely without passing through the door of death, without the decaying of the body. Of interest here is that this belief shows how these people think of the afterlife status which allows even physical bodies to be there and not only the transformed bodies after death as *var'imu* (living-dead). Even with this for the Chagga it is not found a belief that the *mndu* would exist as an autonomous pure spiritual element without associating it with a material element of identity though invisibly. There is always a belief that the invisible *mndu* after death represents the visible *mndu* before death.

If the Chagga are asked for their understanding of death they would answer that death moves one from this visible world to the invisible world of the ancestors and the living-dead. What happens with *mndu* at death? The *mó* leaves the visible *mndu* who now joins the invisible world as invisible *mndu*. After the burial the invisible *mndu* initiates the journey of integration in the invisible world as a *var'imu* or *warumu*. They do not think that at death everything disappears rather transformed into another reality invisible to the living but it can appear to them as *var'imu* in case of demanding of sacrifices or certain ceremonies required or correcting some misbehavior in the family. An evil *var'imu* is believed to be very dangerous for its living family members if its wishes are not fulfilled.

To simplify this then *mndu* operates in this body in the visible world through *mó*. When this *mó* is no longer there this *mndu* together with all

his spiritual activities leaves the body and initiates a journey towards the world of the ancestors which culminates in rejoining with its transformed invisible body and initiates a new existence as *var'imu* now together with the ancestors and the living-dead. That is why the rituals associated with the dead are taken seriously in order to make sure that the visible *mndu* continues in the invisible world harmoniously. Relying on the Chagga language we cannot speak of soul and body, or intellectual or rational soul. All these are included in the notion of *mndu*. *Mndu* has these qualities whether dead or alive only with the difference that when alive he is visible and after death he possess them invisibly³¹.

The reason behind these may be found in the following words of Mbiti,

For the majority of the African peoples, the hereafter is only a continuation of life more or less as it is in its human form. This means that personalities are retained, social and political statuses are maintained, sex distinction is continued, human activities are reproduced in the hereafter, the wealth or poverty of the individual remains unchanged, and in many ways the hereafter is a carbon copy of the present life. Although the soul is separated from the body it is believed to retain most, if not all, of the physical-social characteristics of its human life³².

2.1. What is the relationship between *mndu* and God?

From their religious practices it can be said that God has a little place to play directly in their life because even the ceremonies and especially sacrifices and offerings are directed to the ancestors and the living-dead alone; they do not really have a direct cult to God³³. Though God is be-

³¹ These reflections are the result of the author's research and study of the Chagga people. It is not easy to find the Chagga people dealing with these questions, rather they can be extracted from their religious practices and especially the way they administer the rituals and different ceremonies. For example, when the elders are asked the reason for celebrating the ceremony of bringing the dead person back from the maternal clan, the answers helped to understand their concept of man.

³² MBITI, J., *African Religions*, 161.

³³ There are some scholars in African thought who maintain different position but my study of the Chagga of Rombo indicates that they do not offer sacrifice to God nor

lieved to be the origin of man, does not play a direct big role in their religious life because of the role played by the intermediaries in the figure of the ancestors and the living-dead who are believed to be the receiver and transmitter of life and who are believed to be the ultimate end of this life transmitted³⁴. Man's vocation is not to be with God rather to be with the living-dead and the ancestors who are the ultimate end³⁵.

The Chaga perspectives do not promise a better future world rather the world of the ancestors and since ancestors are of the past it means they resort to the good past. Man is called to live in the world according to the norms established by the ancestors and finally to join them in their community believed to be close to God and to continue with their role as intermediaries for the living. As it can be seen, this world view is anthropocentric but does not mean that God is not within it because the Chagga believes that when they honour their ancestors, they act implicitly somehow honoring God³⁶.

Mbiti claims that the emphasis on the ancestors and the living-dead who form part of the past may make it difficult for the Chagga people as many other African people to entertain a glorious hope to which mankind may be destined³⁷. It is even harder when things go well with the individual and community, for example when there is good harvest, the couples have children and when there is good health, because it means that they are in harmony with the ancestors and thus they have approached something of the original state, making them not bother with God rather concern themselves with the ancestors offering sacrifices of praise and thanksgiving for their well-being³⁸. It is only when things are not going well that they will generally turn to God and this after assuring themselves that the ancestors have failed³⁹.

really have a cult to God. All the religious spheres are associated with their living-dead. I could not find a place dedicated to God except the reverence rendered to Kibo as a holy place where God dwells but they do not have a particular cult to this God. I insist that this does not mean that God is not believed to be there but he has left all tasks to the ancestors and the living dead.

³⁴ Cf. LEMA, A.A., "Chaga Religion", 41-45.

³⁵ Cf. *ibid.*, 51.

³⁶ Cf. BUJO, B., *African Theology*, 22-23.

³⁷ Cf. MBITI, J., *African Religions*, 98.

³⁸ Cf. LEMA, A.A., "Chaga Religion", 45-46.

³⁹ Cf. MBITI, J., *African Religions*, 98.

2.2. The Achilles tendon of the Chagga Traditional Religion

Mbiti sees behind this transient foretaste of the original state and bliss of man, the enticing and unattained gift of the resurrection, the loss of human immortality and the threat of death to be the place where the African traditional religion and philosophy have to admit inadequacy because they have not been able to provide solutions. For him, maybe it is in this point that we may find the greatest weakness and poverty of the traditional religions in Africa in comparison to the other world religions: it does not offer for mankind at large a way of escape or a message of redemption⁴⁰.

Mbiti asks himself whether it is not in this very issue, that the other religions have made a universal appeal and won adherents from all mankind. He seems to be convinced, though indirectly through questioning, that religion becomes universal only when it has been able to abandon the cradle of looking towards the past with all its mythological riches and makes break-through towards the future with all the promises of redemption. This redemption for him involved the rescue from death, regaining immortality and attaining the gift of resurrection. For it is in this area that the world religions may hope to conquer African traditional religions and philosophy not so much by coercion rather by completing in adding this new element of future redemption to the two dimensional life and thinking of the African traditional religion⁴¹.

Mbiti may have reason in this case because the afterlife among the Chagga, as it is to some extent for the other African peoples, is almost characterized by the present realities, and is like its carbon copy⁴². The ancestors are believed to control both worlds, while it is known that many of the customary norms claimed to be placed by the ancestors are oppressive and unfair⁴³. There is no new hope here, it is to move from the same world and enter in the same world, and the subjects are the same. It is easy for the Chagga people as well as the other Africans to be attracted with

⁴⁰ Cf. *ibid.*, 99.

⁴¹ Cf. *ibid.*, 99.

⁴² Cf. *ibid.*, 80, 161.

⁴³ Cf. KIMAMBO, I.N., "The Impact of Christianity among the Zaramo", in: SPEAR – KIMAMBO (ed.), *East African Expressions of Christianity* (Oxford 1999), 75-76.

the world religions especially Christianity⁴⁴. For the Chagga this is even more attractive for they believe that Ruwa dwells up there in the sky; thus they seem to be comfortable to the presentation of Christianity about heavens, hell and purgatory, which are not found in their perspectives⁴⁵. If they considered that Ruwa (God) dwells on the top of Mount Kilimanjaro⁴⁶, it can be said that for them to be with that God is more consoling than being with the ancestors in their world which is almost similar to that of the living and may be with the same dissatisfactions. There is no fulfillment in the world of the ancestors for they rely on the living members to assure their continuity and their existence⁴⁷. “The personal immortality of the living-dead is for all practical purposes dependent on his progenies”⁴⁸.

Regarding the Chagga anthropological perspectives, we can say that the afterlife belief is strong among the Chagga people but it does not form or constitute a hope for a future and better life. They do not hope for a paradise or hell or purgatory. If we denote the invisible *mndu* as soul then we can affirm that it neither longs for spiritual redemption, nor for a closer contact with God in the world to come just as it is for African traditional religion in general⁴⁹. We do not find in them the messianic hope or the apocalyptic visions in which God will step in at some future time to bring about the reverse of man’s actual history and thus to change the condition of life for the better⁵⁰.

This understanding of man and his ultimate vocation according to the Chagga people can help in understanding their afterlife belief but especially their current religious practices and the place given to the ancestors and the living-dead in their life. It is of capital importance to recognize

⁴⁴ Cf. MBITI, J., *African Religions*, 99. Thomas maintained the opposite position from that of Mbiti regarding this because for him it is “Neither Christianity nor Islam has provided Africans with the security available to them within their own sacred traditions”. Also see THOMAS, *African Traditional Religion*, 111.

⁴⁵ Cf. LEMA, A.A., “Chagga Religion”, 56-57.

⁴⁶ Cf. BAUR, J., *2000 Years of Christianity in Africa. An African History 62-1992* (Nairobi 1994), 227.

⁴⁷ Cf. BURGOS, B., *Culturas africanas y desarrollo. Intentos africanos de renovación* (Madrid 2007), 317-322.

⁴⁸ MBITI, J., *African Religions*, 162.

⁴⁹ Cf. *ibid.*, 5.

⁵⁰ Cf. *ibid.*, 5, 165.

that the basic belief is there: that after death there is something that survives, and this is what should be tapped in the encounter with Christianity though it may take some time to be achieved fully⁵¹.

3. The unresolved and resolved tensions

The Chagga people seem not to be interested in searching for the exact moment in which human beings were created because they take it for granted that they are from God⁵². This can be seen especially in the moment of death when they affirm that “God has taken what is his” (*Ruva aira kyake*), implying that human beings are property of God and at death it is taken back by God, and this is because of their integral conception of man within his cultural milieu imbued with the belief that at the end it is God who controls everything⁵³. Saying this does not mean that being taken by God would imply that man will have life with God. For a Chagga as many Africans, one joins his ancestors and the living dead after his death and this is the ultimate end, being with his foreparents who themselves are not with God⁵⁴.

The Chagga people believed on the omnipotence of God: that God has the power to do all things freely; he does not change because as was of old so he is now, nor lies, what he says as he says he fulfills it⁵⁵. God sees all evil done by man be it during the day or at night, and even when enemies surround a man they cannot harm him if God does not permit it. Even when a sick man visits the diviners and the medicine doctors and then offers sacrifice of many goats and oxen he will not be cured if God does not wish it⁵⁶. The omnipotence and the omniscience of God are stressed obviously but God as the creator where everything has origin and end is not explicitly stressed by the Chagga. Even the few mythologies compiled show that the mysteriously Ruwa (God) merely liberated the

⁵¹ Cf. LEMA, A.A., “Chaga Religion”, 55.

⁵² Cf. *ibid.*, 41.

⁵³ Cf. *ibid.*, 42.

⁵⁴ Cf. BUJO, B., *African Theology*, 23.

⁵⁵ Cf. DUNDAS, C., *Kilimanjaro*, 121.

⁵⁶ Cf. *ibid.*, 122.

first human beings from a mysterious vessel by bursting it⁵⁷.

This manner of thinking whereby the origins are not given priority can be a major difference between the two conceptions of a life beyond death, -Christian and the Chagga- because for the Christian faith everything has been created by God and moving towards God who is the beginning and the end; the *alfa* and *omega*⁵⁸. The world has a beginning in God and it will have an end in God. This conception encounters a conception which places omnipotence in God but it does not put emphasis on his role as the beginning and end of all the creation. Due to this their ultimate end is believed to be the union with the ancestors and the living dead: history begins from the ancestors and culminates in the ancestors. And here is where the Chagga religion and Christian faith regarding eschatology encounter complexity. It seems that for the Chagga religio-culture, history is moving towards itself circularly and not towards a new reality different and transformed by the power of God⁵⁹.

It is enough to remember here that life though has its origin in God, it is transmitted through the ancestors and lived under their guidance and at death the individual will join the ancestors. In other words, if for Christianity all begins in God and ends in God through Christ and that salvation (eternal life) is to be with God; for the Chagga religion their ultimate end is to be with their ancestors and their living-dead. From a Christian theological point of view there cannot be two ultimate ends for man, and since here the concerned are Chagga Christians, then a theological response must be given in order that the Chagga Christians may live their faith healthily especially regarding the ultimate end of man,

⁵⁷ Cf. DUNDAS, C., *Kilimanjaro*, 107-108. It is not found easily in the traditional Chagga religion the consideration of Ruwa as the creator of the universe and neither that the world has a beginning nor an end. Dundas maintains the position that for the Chagga Ruwa is not the creator of the universe and neither is really the creator of mankind as it is understood in the Judeo-Christian tradition. Lema affirms the opposite that they consider God to be the origin of the universe and man because they believe that everything has its origin in God. May be here one can associate with the claim that in the traditional Africa the concept of the world which has a beginning and end is not found easily as it is not easily found in the religions of nature. Cf. LEMA, A.A., *Chaga Religion*, 40-45; MBITI, J., *African Religions*, 163.

⁵⁸ Cf. VATICAN II COUNCIL, *Dei verbum* (hence then DV) 6.

⁵⁹ Cf. MBITI, J., *African Religions*, 163.

which should be only one, and secondly is the fact that the ancestors are human beings who need also to be redeemed by the work of Christ.

The ceremonies are connected with the afterlife in such a way that the belief on the ancestors and the living-dead is the one that makes them establish and perform those ceremonies⁶⁰. They believe that they have to fulfill the traditions of their foreparents if they are to live happily in this world and join them after this life⁶¹. They believe that God is good and does not harm human beings and he does not occupy himself with creatures for he has entrusted the direction of everything to the ancestors and the living-dead as his messengers⁶². Dundas gives a pictorial elaboration from the daily life experience of the Chagga people and their relationship with God and the ancestral spirits, according to the response received from a Chagga when asked the reason for them to fear and obey more the spirits than God⁶³.

Now, this pre-eminent place granted to the ancestors and the living-dead in the Chagga religion –though does not eliminate the belief that they cannot receive anything or any favor from the ancestors if it is not from God for they regard him as fundamentally the originator of all the good in the world– still makes it difficult to see how they may accept another mediator, because such belief must be associated with fear of punishment from the ancestors and the living dead, in case of abandoning them⁶⁴. For if God has given all the goods to man through the ancestors, then, it is man's duty to live under their guidance⁶⁵.

⁶⁰ Cf. LEMA, A.A., "Chaga Religion", 49.

⁶¹ Cf. *ibid.*, 49.

⁶² Cf. *ibid.*, 47.

⁶³ "When the Chief sends to demand something that is his due, and on that day you have naught to give, whom will you try to appease, the Chief or his messenger that he may speak well of you to the Chief and the Chief may have mercy on you? And if you give bad words to the spirit who is sent to you, or refuse him that which the diviner has counselled you to give (i.e. sacrifice), that spirit will go to Ruwa and accuse you, and Ruwa will be angered and will send another spirit, a foreign spirit who is not of your ancestry, to afflict you greatly and to kill you. For this reason, we honor the spirits more". Cf. DUNDAS, C., *Kilimanjaro*, 123.

⁶⁴ Cf. LEMA, A.A., "Chaga Religion", 46-47.

⁶⁵ Cf. MUNUNGURI, *The Closeness of the God of our Ancestors. An African Approach to the Incarnation* (Nairobi 1998), 55.

Boulaga sees this belief on the ancestors and the related features, to be fundamental in the religious perspective of an African, thus making a serious call to those who may not have conceived it rightly to review their thought, insisting that even the studies about the ancestors are to be put into practice in order to help in the process of evangelization without unnecessary interference⁶⁶. He thinks it useful for African Traditional Religion with the important belief on the ancestors and the living-dead, be used in a practical way in the evangelizing task because it forms the base of the African religio-culture, that it should be allowed to be read just as an old testament for the people of Africa on which the Gospel would correct the deficiencies in the course of time⁶⁷. This call of Boulaga can be useful if it can help the Chagga Christians to move towards the fulfillment of their afterlife belief in the person of Christ who is the fulfillment of the promises of God (Heb 1:1-2).

It is true that if the Chagga religio-cultural values are not well digested and assimilated by the Christian theology they may run the risk of disappearing and this may create a vacuum that can have negative repercussion on the African person and hence in his Christian faith because the religio-culture contains traditions and customs which are not cultic as such rather strictly cultural⁶⁸. The process of conversion should be carried carefully so that it may not destroy the human subject who is the event of God's self-communication⁶⁹. Pope John Paul II is right in emphasizing that "the synthesis between culture and faith is not only a demand of culture but also faith, because a faith that does not become culture is not fully accepted, not entirely thought out, not fully lived"⁷⁰.

⁶⁶ Cf. F. EBOUSSI BOULAGA, *Contretemps. L'enjeu de Dieu in Afrique* (Paris 1991) 78-80.

⁶⁷ Cf. MUNUNGURI, *The Closeness of the God*, 71-74; F. EBOUSSI BOULAGA, *Dieu en Afrique* (Tchad 1977) 79.

⁶⁸ Cf. MUNUNGURI, *The Closeness of the God*, 56-57.

⁶⁹ Cf. RAHNER, K., *Foundations*, 119-120.

⁷⁰ JOHN PAUL II, *Ecclesia in Africa*, 78; JUAN PABLO II, "Discurso a los Participantes en el Congreso Nacional del movimiento Eclesial del Compromiso Cultural, 16-1-1982", in: <https://w2.vatican.va> (10 January 2018).

3.1. Discrepancies regarding the afterlife belief

Practically, the Chagga afterlife belief as well as that of the other African people is different profoundly in comparison with the Christian eschatological affirmations. Christian faith maintains the destiny of the individual who is judged immediately in his soul, after death, because the soul survives death, either to heaven or purgatory for a transitory period of purification or eternally in hell. This conception is practically missing in the Chagga belief on afterlife as well as in other African groups⁷¹.

The question of judgment is not contemplated in this manner because one encounters his ancestors and there he will be allowed or not allowed to join them depending on how he had fulfilled the traditions put by these ancestors⁷². If it is spoken of a judgment, then it is a judgment by the ancestors and the living dead using the criteria of fulfilling the traditions established by them. Here God is not involved as such because they believe that he works through the ancestors⁷³.

The Christian belief on the states of heaven, hell and purgatory are not found among the Chagga just as it is not found among other Africans⁷⁴, though one may be tempted to make a theoretical interpretation saying that not being accepted by the ancestors may be considered as hell, and the ceremonies and rituals demanded to be performed to the dead family members in order to enable them to join the community of the ancestors could be considered as the situation of purgatory; and being with the ancestors as their “heaven and being saved” if we agree with Bujo that communion with the ancestors has both eschatological and soteriological dimension⁷⁵.

⁷¹ Cf. MBITI, J., *African Religions*, 5.

⁷² Cf. LEMA, A.A., “Chaga Religion”, 45-47.

⁷³ The Chagga believes that God has left all the mediation to the ancestors so he does not interfere in their task. This can be the origin of the claimed tendency in African Traditional Religion of God being far away from the life of the people. What is unobjectable easily is that the majority of the adherents of traditional religion in Africa do not have a direct cult to God.

⁷⁴ Cf. MBITI, J., *African Religions*, 5: “There is neither paradise to be hoped for nor hell to be feared in the hereafter. The soul of man does not long for spiritual redemption, or for closer contact with God in the next world”.

⁷⁵ Cf. BUJO, B., *African Theology*, 23.

It is even complicated regarding the question of hell because even those who are not accepted by the ancestors may be allowed once the requirements are fulfilled on their behalf by the living through sacrifices and other offerings. At the end, even the concept of hell as eternal condemnation is not found among the Chagga because no one is denied being with the ancestors if all the deficiencies have been cleared by the living. But this is pure theoretical speculation because the eschatology of the individual in Christianity has a long tradition of acceptance and theological elaboration and is based on revelational data directly and indirectly as has been in the fourth chapter. The double phase eschatological belief in Christianity is neither found among the Chagga. Once one dies and enters the world of the dead, the series of relations with the living through different rituals, sacrifices and prayers begin⁷⁶. The positive thing with the Chagga belief is that it can be easy to permeate their conception of afterlife with the Christian eschatology because the seeds and the desire for eternity are found there also, for at least they believe that something survives after death which they identify it with the person who had lived among them⁷⁷.

Though the Chagga people do not reflect much about the relation between the body and soul what is promising is that something survives at death though they may not explain how it survives or use the same terminology as used in the Judeo-Christian and Greek traditions⁷⁸. There is something immaterial (invisible) which exists after death and so when it is spoken of the immortality of the soul that is to be judged immediately after death it can easily be captured and incorporated, but in their own understanding, to be judged by the ancestors and the living dead. For the Chagga, since death is transformation from the visible to the invisible, it seems that resurrection would be superfluous for them or not needed

⁷⁶ Cf. LEMA, A.A., "Chaga Religion", 45-46.

⁷⁷ Cf. VATICAN II COUNCIL, *GS* 18: "But a deep instinct leads him rightly to shrink from and reject the utter ruin and total loss of his personality".

⁷⁸ Arguing against those who attacked the concept of soul as alien to the Scripture and to Christian tradition, Ratzinger seems to move in the same direction that for the intermediate state between death and resurrection, the church affirms the survival of a spiritual element endowed with conscious and employs the term soul to designate it. The ground for employing this term is that something spiritual survives after our death. Cf. RATZINGER, *Escatología*, 294-295.

because the individual continues to live after the physical death though invisibly with the ancestors. After death the individual continues with his body invisibly, for his spirit will return to the buried body and initiate a new existence in the invisible world⁷⁹. Here the universe is understood to be composed of the visible world of the living and the invisible world of the dead, thus implying that when one dies enters into the invisible world with an invisible personality⁸⁰. To some extent they believe that the visible world and the invisible intermingle thus indicating a major difference between the Christian conception, which place the life-after-death with a linear perception of time and hence the eschatological realities are conceptually placed linearly beyond the present world, they do not intermingle⁸¹.

Moreover, the Chagga religion does not contemplate that there is a moment in which all will be judged, implying that the realities associated with the Second Coming of Christ do not form part of their belief because as already said before, for them all will culminate in their being with the ancestors and the living dead, and life there is more or less similar to that of the present world though it is not a return to the same life possessed before death⁸². There is no waiting for new world or new creation as it is seen in Christian faith. Practically this concept is missing and the ultimate hope is to enjoy with their dead departed family members in the manner of this present world, enjoying the sacrifices and prayers from their living family members.

⁷⁹ Cf. MBITI, J., *African Religions*, 159.

⁸⁰ Cf. *ibid.*, 162.

⁸¹ It can be said briefly that the debate among African scholars regarding the concept of time whereby some have claimed that the concept of time for the traditional religion believer is cyclic and thus to some extent reminding one of the myth of eternal return: that everything begins at one point and returns at the same point, different from that of Christianity, thanks to the novelty introduced by the biblical notion of creation which conceives the movement of time in a linear dimension, with a beginning and an end, with an alfa and an omega. The linear conception of time and the cyclic one may be considered to be one of the major causes of the differences regarding the Chagga belief on the life after death and the Christian faith on the afterlife because the way they understand the universe in terms of visibility and invisibility implies that it is almost moving around the actual world and thus there is no hope for a better world to come. Cf. MBITI, J., *African Religions*, 24, 75, 94, 99.

⁸² Cf. MBITI, J., *African Religion*, 4.

Christian eschatology is Trinitarian: it has its ultimate end being with God and this is salvation. It is a faith built on the revelation of God through Jesus Christ who now is the beginning and the end of all. All eschatological declarations must be made departing from the Christ event. So in order to have healthy Chagga belief on the afterlife, it must be inserted with the dose of Christ and once they are full of Christ in their faith and life, they may claim to be Christians. This does not mean that they have to abandon their culture or their being; rather they have to open themselves to a God who has revealed himself as the beginning and end of all in Christ through the Holy Spirit. They have to believe in Christ because he is the perfect revealer of the Father and through him all men will join him in his Parousia when all will be put under the rule of his Father. The Chagga afterlife belief does not contemplate this aspect, or the associated eternal life full of Christ. So qualitatively and quantitatively this belief differs from that confessed in the Christian faith.

3.2. Christology and eschatology: African perspectives

In order to have a correct understanding of Christian faith on the afterlife, it is important to have proper understanding of Christ and his relationship with God⁸³. African theology scholars have tried to associate the belief on the ancestors with their understanding of Christ in their effort to develop an African understanding of Christ: For example Nyamiti considers Jesus as our brother ancestor in fullness and from there he developed the ancestor Christology, which has become a point of departure of his thought and on which many other theologians have developed, improved and challenged⁸⁴. Kabasele prefers to understand Jesus as an ancestor and elder brother for being the first and transmitter of the life received from God. As a human being, he is above all the ancestors for being at the origin of humankind and as God is the origin and giver of life, the mediator of all mediators⁸⁵. Penoukou relying on the

⁸³ Cf. LEMA, A.A., "Chaga Religion", 56-58.

⁸⁴ Cf. C. NYAMITI, *Christ as our Ancestor: Christology from an African Perspective* (Gweru 1984), 7-21; *Id.*, "African Christologies Today", in: R. J. SCHREITER (ed.), *Faces of Jesus in Africa* (New York 1991) 3-23; NYAMITI, NYAMITI, "Some Moral Implications of African Ancestral Christology": *African Christian Studies* 8/III (1992), 37.

⁸⁵ Cf. F. KABASELE, "Christ as Ancestor and Elder Brother", in: SCHREITER, *Faces of Jesus*, 119-126.

Ewe-Mina ethnical group considers Christ as a proto-ancestor signifying that Christ is a source of life and fulfillment of human life for he receives it first from God and transmits it to the living⁸⁶. Pobee departing from a functional Christology, which he considers to fit the mentality of the Akan people to which he belongs, proposes to understand Christ as *Nana* or Greater Ancestor in Akan language⁸⁷.

Bujo sees Jesus as a proto-ancestor, a unique ancestor who is the source of life and thus presenting the highest level of ancestorship⁸⁸. This quality of man Jesus is the fruit of Incarnation and Easter in which Jesus the Only Begotten of God assumed in a certain way the whole humanity and became the First Born of many brothers and in the Head of his Body which is the church in the hierarchy after God. For Bujo the term ancestor can only applied to Jesus analogically or eminently, since to treat him otherwise would be to make of him only one founding ancestor among many that is why the title Proto ancestor is reserved to Jesus⁸⁹.

The title ancestor when applied to Jesus must be examined critically regarding the life transmitted by the ancestors as intermediaries and that transmitted by Jesus, for such “lives” cannot be identified or put on equal levels because the life transmitted by Jesus is not of this world, it is life of God, God himself, which is fulfilled in the world to come. Jesus is salvation itself whose name means “Yahweh saves”⁹⁰. Jesus does not only teach and promise that salvation, he is salvation itself⁹¹. While the ancestors do work in favor of their descendants⁹², Jesus works for all and that they do not communicate the divine life, which is accomplished only by Jesus Christ⁹³.

⁸⁶ Cf. E. J. PENOUKOU, “Christology in the Village”, in: SCHREITER, *Faces of Jesus*, 37-51.

⁸⁷ Cf. J. POBEE, *Towards an African Theology* (Nashville 1979) 81-98.

⁸⁸ Cf. BUJO, B., *African Theology*, 74.

⁸⁹ Cf. BUJO, B., *African Theology*, 74-75; Also see NYAMITI, “The Mass as Divine and Ancestral Encounter between the Living and the Dead”: *African Christian Studies* 1/I (1985) 28-48; R. MALONEY, “African Christology”: *Theological Studies* 48/III (1987) 505-515; STADLER, “Christological Approaches in Africa”, 219-222; MUNUNGURI, *The Closeness of the God*, 56-100.

⁹⁰ Cf. JOHN PAUL II, CCC, 430.

⁹¹ Cf. *ibid.*, 432.

⁹² Cf. CHENU, *Teologías cristianas de los terceros mundos* (Barcelona 1989), 180-187.

⁹³ Cf. B. SESBOÛE, *Jesucristo el único mediador* I (Salamanca 1990) 19-21.

The ancestors are only human beings while Jesus is also God and so this is something important and fundamental missing in the part of the ancestors to be compared with Jesus⁹⁴.

For this reason Shorter warns that when one speaks of Christ as an ancestor could be ambiguous and misleading “if it is intended to convey more than that Christ is God, the ancestor and source of all life, and even this meaning requires further clarification in view of Christ’s relationship as Son to the Father”⁹⁵.

The reflection on the different titles applied to Jesus in Africa is a good attempt to develop a theology rooted in the African thought. As Bujo said of the title proto-Ancestor that it should be applied analogically⁹⁶, it can be said in the same way for all the other titles because Jesus Christ is different from the human ancestors due to his relationship to his Father⁹⁷. It is also to be accepted that the understanding of Jesus using those concepts should not claim to be the only legitimate interpretation for understanding Jesus in Africa. Jesus surpasses all of them and no one can claim to exhaust the whole mystery of Christ⁹⁸. They are ways to help in our understanding and approach the figure of Jesus, conscious that the mystery surrounding him cannot be exhausted by one category or concept⁹⁹.

These observations are useful in order to avoid dichotomization of Jesus Christ for he was one person with two natures, human and divine¹⁰⁰. Any attempt to separate the two may run the risk of falling into the ancient heresies¹⁰¹. The right interpretation and understanding of Jesus is fundamental for a healthy encounter of the Christian faith with any culture because the mystery of Christ is inseparably connected with that of the church and other disciplines¹⁰². Jesus Christ is the same today as

⁹⁴ Cf. CHENU, *Teologías cristianas*, 180-187.

⁹⁵ SHORTER, “Ancestor Veneration Revisited”, 198.

⁹⁶ Cf. BUJO, B., *African Theology*, 74.

⁹⁷ Cf. SHORTER, “Ancestor Veneration Revisited”, 198.

⁹⁸ Cf. KASPER, *Jesús, El Cristo*, 13-26.

⁹⁹ Cf. J. RATZINGER, –POPE BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret I. Desde el bautismo a la Transfiguración* (Madrid 2007) 50.

¹⁰⁰ Cf. Concilio de Calcedonia (451): DH 301.

¹⁰¹ Cf. B. SESBOÛE - J. WOLINSKI, *Historia de los Dogmas I. El Dios de la salvación* (Salamanca 2004) 188-221.

¹⁰² Cf. G. O’COLLINS, *Para interpretar a Jesús* (Madrid 1986) 14.

yesterday and continues to be so forever (Heb 13:8); the African Christians cannot develop their own Christ independent of the Gospel and against the tradition of the church¹⁰³.

If Christ is understood exaggerating either of the aspects of his person -he is both God and man- necessarily it will become difficulty for the Chagga people to develop a profound faith regarding the mystery of life and death. If Jesus is seen as mere ancestor no matter how analogical it can be applied he will be seen as one among them who cannot free them from sin because he is a man as the ancestors and if he is considered only God, the Chagga may feel to have nothing with him: Jesus must remain God and man so that the Chagga may walk with him towards the plenitude prepared by God the Father¹⁰⁴.

The mystery of incarnation though brings Jesus Christ close to men it also makes him different from them qualitatively because now he is God-man. He cannot be separated in order to fit the African context. With faith in Jesus as the Son of God who has introduced into the history a new age, and that everything now is under his rule for he is the way, truth and life, the Chagga must put themselves under him in terms of their destiny because it is only him who assures them salvation after their death because he has lived it and died like them and then conquered death –through his resurrection– which is the major hindrance for the Chagga people making them to search refuge in the belief on the ancestors and the living-dead¹⁰⁵.

¹⁰³ Cf. BAUR, *2000 Years of Christianity*, 292-293.

¹⁰⁴ Cf. Vatican II Council, *GS* 18.

¹⁰⁵ The majority of the ceremonies and rituals are born from this fear of what will happen after this life. The ancestors become like shock absorbers for the challenges brought by death and other misfortunes. They believe that without fulfilling the traditions of their ancestors they would not be able to be with them after death and thus becoming wandering spirits. It should not be forgotten that their ultimate end is to be with the ancestors. May be that is what seems to give the Africans a kind of courage in accepting death because the dying people “are conscious that they participate in the life-force of the ancestors. There is no question of despair in the face of death, and no sense that one is being deprived of his life” especially “the one who is conscious that he or she has lived a life according to traditional rules, sets out on the journey to the land of the ancestors in full confidence that he or she will be received into their community”. Cf. BUJO, B., *African Theology*, 114.

The evangelization of the Chagga people by the church has to find the point of contact between their religious search and the novelty of the Gospel, for example regarding their relationship with the ancestors¹⁰⁶. In the liturgy and in the life of the Chagga Christians, their faith in Christ who will raise their bodies as he himself has risen must be reflected (Rm 6:8-9; 2Tim 2:8-13). This does not eliminate the ancestors and the living dead because they will also be raised at the Parousia of Christ and after the final judgment will either enjoy with God or condemned depending on how they have lived in this world (Mt 25:31-46).

We have already seen that the Chagga afterlife belief affirms that after this life one joins the ancestors or the living dead of their family forming a community of the dead in the hereafter¹⁰⁷. The Chagga eschatology or their belief on the man's destiny after death should be conformed with what has been revealed by God in Jesus Christ, if really they are to be Christians, and this must be manifested in their life, for faith which is not lived in the practice is lifeless, it is dead as body without breath (Jas 2:14-26).

4. Possibility of reconciliation?

How to reconcile the Chagga belief on life-after death centered on the ancestors with Christian eschatology centered on Christ? The Christocentric eschatology is plausible only from an understanding of man created in the image and likeness of God in Christ as we have presented in the first section of this paper. Man is created by God in his image and likeness and this man is called to be with God. Man's vocation is to be with God and not with the ancestors only. From the beginning God has created man and destined him to be with him in Christ through the Holy Spirit¹⁰⁸.

¹⁰⁶ Some have tried to use the Chagga traditional leadership perspective (*Mangi*) to develop an inculturated Christology and such efforts are still needed for other Chagga cultural categories. Cf. S. A. MAFIKIRI, *Christ as the Mangi: Ideal King of Christian Transformation. A Christology from Chagga Perspective*. Doctoral Dissertation (CUEA Press, Nairobi 2010).

¹⁰⁷ Cf. Lema, A.A. "Chaga Religion", 60.

¹⁰⁸ Cf. JOHN PAUL II, *CCC* 27-30.

The dignity of man rests above all on the fact that he is called to communion with God. The invitation to converse with God is addressed to man as soon as he comes into being. For if man exists it is because God has created him through love, and through love continues to hold him in existence. He cannot live fully according to truth unless he freely acknowledges that love and entrusts himself to his creator¹⁰⁹.

Since God is believed to work through the ancestors in his relation with the human beings, then Jesus who is also God works through the same ancestors for his power has been extended because of his incarnation¹¹⁰ and thus he becomes the link between God and the humanity and here the ancestors included¹¹¹. The mystery of incarnation makes it possible for the Chagga people to believe in Jesus as God-man, and since God is believed to be far away and leaving the treat with men to the mediators (ancestors and the living-dead), then Christ is to be placed in the same place as God and all the relations with him are those of human beings with God¹¹². In this framework, Jesus cannot be restricted to the realm of ancestors because he overflows and assumes it through his incarnation. He is also God and neither should he be limited to the divine realm for he is also man because of his incarnation. The ancestors in this perspective should not remove or destroy the mediation of Christ; rather it is they who are strengthened by it, which is both divine and human while theirs is only human¹¹³.

According to the Chagga people, God uses ancestors as mediators. We Christians believe that Jesus is God and can participate in the work of his Father and also acts through ancestors. When they were in this world, the ancestors had to live the commandment of Jesus' love. In the history of evangelization, one of the great debates has been to distinguish Jesus' message from the cultural elements that carry it. Some conflicts were the result of considering elements of secondary importance as primary and essential elements of the Gospel, rather than considering them as cultural elements associated with the historical development of

¹⁰⁹ Vatican II Council, GS 19.

¹¹⁰ Cf. BEYER – Mphahlele, "Jesus Christ as Ancestor", 41.

¹¹¹ Cf. STINTON, *Jesus of Africa*, 140.

¹¹² Cf. DUNDAS, C., *Kilimanjaro*, 107-108.

¹¹³ Cf. MUNUNGURI, *The Closeness of the God*, 61.

Christianity. Although it is difficult to find a naked Gospel without a cultural matrix, an effort must be made not to cover it too much with what does not have much to do with the Good News of Jesus that is why the commandment of God's love and neighbor has to be considered as the best measure in cases of conflict¹¹⁴.

4.1. Continuity and discontinuity

The continuity and discontinuity will be determined by the way the Chagga live according to the norms of their ancestors, believed to be given by God. If they need to have security for their future situation after their death, they have to fulfill the rules believed to be given by God through the ancestors and in order to be accepted by Jesus they have to live according to the Gospel of Jesus, but since Jesus is God and they believe that the norms given to them are from God through the ancestors, then there should not be conflict between the message of Christ with the rules and norms given by the ancestors because all are believed to come from the same God¹¹⁵ unless it is affirmed that God the Father of Jesus is not the same God as the one believed by the Chagga. In case of conflict between the two norms, the greatest commandment of love should be the criterion¹¹⁶ especially for the very clear religio-cultural elements, which

¹¹⁴ Cf. LEMA, A.A. "Chaga Religion", 52-61; RATZINGER, *Fe, verdad y tolerancia*, 53-64; FRANCIS, *Evangelii Gaudium*, (Hence then EG) 117-118.

¹¹⁵ Cf. Lema, A.A. "Chaga Religion", 60.

¹¹⁶ The reason for this claim is from the fact that faith is not a system of truths rather a self-giving of God to a person. It is a personal encounter with a person (Cf. BENEDICT XVI, *Deus caritas est* 1, 28). Christian faith, which is an encounter with Christ who is the image and likeness of God, demands a personal and communitarian commitment. To believe in God and to love the neighbour cannot be separated, that is why the commandment of love has been taken here as a measure not only because it is affirmed by Jesus, rather because it can be claimed to be a kind of universal value, which for one whose eyes are open and is humble would not be able to deny it. Also the theory takes the great commandment of love as a measure because it is simple to be understood though difficult to be put into practices, and it is in line with the other values which are found among the Chagga people and many other African peoples such as the importance of community and hospitality. When these are illumined with the commandment of love it would be possible to give birth to a healthy and reasonable Chagga Christian and ultimately African Christian morality and faith. Cf. J. RATZINGER, *Fe y futuro* 25; S. G. ACUÑA, "La moral: ¿Cómo vivir? Ra-

have nothing to do with the truth itself and especially with the Gospel of Jesus and which really impede achieving the plenitude of man in Christ¹¹⁷.

Even with the differences in origin and the long way, which the Gospel has passed, the commandment of love still remains intact as a means to remain in communion with God, a need for both Chagga religion and Christianity. The fundamental and privileged means to stay in communion with God is the great commandment of love because since the incarnation man has become the privileged place of encounter with God¹¹⁸. Loving the neighbor is nothing than loving the community in which one lives by fulfilling the norms of Christ and those of the proper community, but since the community for the Chagga is composed of the visible and invisible, then both communities must be taken into account in the moment of fulfilling the norms in the community, for now there are three references: Jesus, ancestors and the living community whereby Jesus is the supreme reference¹¹⁹.

cionalidad o irracionalidad en el vivir la vida”, in: *Una ley de libertad para la vida del mundo* (Madrid 2007) 509-512; E. I. IFESIEN, “Vatican II and Traditional Religion”: *African Ecclesial Review* 25/IV (1983) 234; VATICAN II COUNCIL, *GS* 38.

¹¹⁷ Practically after Vatican II Council, the church in Africa embarked on what has been finally known as inculturation, with the aim of making the Gospel be interpreted, understood and be lived in the context of African Culture. The theme of inculturation has been an object of discussion practically throughout the history of Christianity, but for the case of Africa it has begun strongly since the pontificate of Pope Paul VI in *Africae terrarum*, 13-14, though he did not mention the term inculturation, the vocabulary had this intention; the same in *Evangelii Nuntiandi*, 1975, and more energetically during the pontificate of Pope John Paul II which can be seen in all his messages during his visit in Africa beginning with his message during the opening of the C.H.I.E.A, now CUEA on the 18th of August 1985, and then in *Redemptoris Missio* (hence then RM) (1990) where he dealt also with the issue of inculturation (RM 25; 52-54), and in a special way during the African Synod opened in 10th of April 1994 where the theme of inculturation was at the heart of the synod as it can be seen in the issued document *Ecclesia in Africa*. Cf. JOHN PAUL II, *Ecclesia in Africa*, 55-64; *Id.*, “The Address of His Holiness Pope John Paul II”: *African Christian Studies* 1/II (1985) 10; BENEDICT XVI, *Africae Munus*, 36.

¹¹⁷ Cf. LEMA, A.A. “Chagga Religion”, 55-57.

¹¹⁸ MUNUNGURI, *The Closeness of the God*, 76.

¹¹⁹ Cf. BUJO, B., *African Theology*, 18-26; BUJO, B., *The Ethical Dimension of Community. The African Model and the Dialogue between the North and South* (Nairobi 1998), 15-23; MBITI, J., *African Religions*, 142; MENKITI, “Person and Community”, 171-181; THOMAS, D.E., *African Traditional Religion in the Modern World* (Jefferson 2015), 21-22.

If we use an anthropomorphic language we can then say that because of his incarnation, death and resurrection, Jesus enters the ancestral world and from there brings all who believe in him to God, because he knows the way¹²⁰. In case of fearing not fulfilling the ancestral traditions, here things are different because it is not enough to fulfill the norms of the ancestors who are only human beings rather the norms of Jesus because he has revealed to man what he should do to live well in the present world and what to do in order to please God as is well elaborated by the conciliar fathers in the following text.

Christ the Lord, Christ the new Adam, in the very revelation of the mystery of the Father and of his love, fully reveals man to himself and brings to light his most calling ... By suffering for us he not only gave us an example so that we might follow in his footsteps, but he also opened up a way. If we follow this path, life and death are made holy and acquire new meaning¹²¹.

4.2. Authentic and true conversion to Christ

Once Jesus Christ is accepted as the supreme measure of the entire Chagga existence, it would mean that the destiny of the Chagga people after this life would be Christ himself and this is what they confess in the Creed and what it means to have faith in Christ: to believe in Jesus Christ the Son of God and the one who sent him (Jn 6:29). Jesus teaches man to turn his gaze to the Father, entrusting himself to the Father's safe hands in the power of the spirit¹²². Believing in Christ does not allow one to have another destiny which is not the God who revealed himself in Him because after his coming the condition of the believers after their death is imbued by the mystery of Christ death and resurrection¹²³. In this manner the Chagga beliefs and the practices associated with the ancestors cannot bring them salvation because salvation is only brought by Christ. The ancestors need also the salvation of Christ in order for them to be

¹²⁰ Cf. BUJO, B., *African Christian Morality at the Age of Inculturation* (Nairobi 1990), 74-77.

¹²¹ Vatican II Council, *GS* 22.

¹²² Cf. FRANCIS, *CV* 31.

¹²³ Cf. Vatican II Council, *GS* 22.

raised in the Last Day, if they are conformed to the image of the Son who is the first born of many brothers¹²⁴.

This theoretical analysis can enable one affirm that the Chagga Christians have to integrate Jesus within their eschatological belief built on their ancestors and the living-dead if they want to be followers of Christ or if an effective conversion is to be achieved. Their afterlife belief is limited to the ancestors who are only human beings and thus unable to achieve the true divinization, eternal life, which can only be achieved through Jesus¹²⁵. In other words, the Chagga belief on afterlife ends in the midway between God and men, while Christian eschatology leads him towards the plenitude of his existence because Christ is from God and knows the way and the means (Jn 14:6). The Chagga Christians must have put their trust on Christ whose sacrifice has been done once and for all; all the other sacrifices pretended for the ancestors cannot redeem man, they are only human actions which belong to this world (Heb 10:5-9). Man cannot have two ultimate ends: ancestors and God in Christ¹²⁶, rather the latter alone.

4.3. God, the plenitude of man

St Thomas Aquinas is of great help in this case especially his reflection on beatific vision which is for him the only ultimate end of man¹²⁷; all the other intermediate ends are not the definitive good. The ultimate end that constitutes the happiness of man is the vision of God for it is impossible that the happiness of man be in created beings. Supreme happiness can only be found in perfect good, which completely calms desire. If there is still something to be desired, there is no full happiness. Now the object of human desire is the contemplation of God. It is from here that nothing satisfies or fulfils the human will, except for the universal good, which is not found in any creature, but only in God because all creatures have a participated good. Thus only God can satisfy man's desire for happiness¹²⁸.

¹²⁴ Cf. *ibid.*, 22.

¹²⁵ Cf. MUNUNGURI, *The closeness of the God*, 71-72.

¹²⁶ Cf. SAYES, *Escatología* (Madrid 2006) 90-92.

¹²⁷ Cf. THOMAS AQUINAS, *ST I/II Q. 1 a.4*.

¹²⁸ Cf. *ibid.*, Q. 1 a.8.

The ultimate end of man is then the uncreated God, who will be enjoyed in heaven in the supernatural contemplative vision¹²⁹. Man has the capacity for this ultimate end, not in the sense that by his own power could achieve it, rather because there is nothing of this world that can satisfy his desire, and so the will tends to the vision naturally¹³⁰. There is in man a natural desire for the vision of God. Though Thomas never speaks of natural vision, he speaks of two perfections for man: the supernatural vision, which is the ultimate perfection, and the imperfect happiness which can be possessed by man in this life and which can be achieved by his natural capacity¹³¹.

In this manner of thinking, the ancestors cannot be the ultimate end of the Chagga people because they are created beings that cannot be the plenitude of their fellow created beings. It is found only in God and so the need to aim at this universal truth which is the gift of God to them in order to pursue the universal good. To see God as he is, is the ultimate goal to be desired, and not to be with the ancestors and the living-dead¹³².

5. Adequate proclamation of the Gospel

The communication of the Gospel in the different cultures and among the Chagga should be done diligently in order to be able to integrate in their life the fundamental aspects of Christian faith especially those pertained to the afterlife¹³³. If the church has nothing to say about

¹²⁹ Cf. *ibid.*, Q. 3 a.8.

¹³⁰ Cf. *ibid.*, 5 a.8 ad 2.

¹³¹ Cf. *ibid.*, Q.5 a.5; I Q. 62 a.1; SAYÉS, *Escatología*, 80-89.

¹³² Cf. JOHN PAUL II, *CCC 27*; POZO, *Teología*, 86.

¹³³ It is to be remembered that the traditions and many practices practised by the Chagga of Rombo are the consequence of the belief on the life-after-death. If it is well addressed it means many of the traditions especially the bad ones may be eradicated. If their eschatology is well addressed by the message of Christ, it can be transformed and in this way the adherence to Christ through faith would be authentic because the essence of the Christian faith which is resurrection would take its course in their life, for finally they will recognize that the ancestors are human beings and mere human beings that cannot save their fellow human beings. It is only Jesus, God-man who is able to realize this. This does not mean that ancestors do not have sense in their life, rather their role remain in the

the afterlife to the Chagga people, it would be bankrupt¹³⁴. That is why it is fundamentally important the way the Gospel is communicated to the man of today in the effort of the church to offer answers to the multitude of questions from this man¹³⁵. The Christian faith on afterlife must be a real alternative to the Chagga people, so that they may be challenged by it regarding their traditional belief¹³⁶.

The proclamation of the Gospel is realized within a concrete culture and the main subject of this proclamation is Christ who was crucified, died and rose on the third day and that through him is accomplished the full and authentic liberation of man¹³⁷. It is through him that God bestows new life, which is divine and eternal¹³⁸. This proclamation is directed to individuals and even to societies with their own cultural beliefs rooted in their life for a long time, forming practically the prism through which they see and understand the reality¹³⁹. In the majority of the known historical cultures, religion has been an essential and determining factor and continues to be so today¹⁴⁰. Religion can determine the structure of values and the inner ordering of these cultures¹⁴¹. Geertz understands religion as a cultural system, which is a product of history and also subject to the standards established historically in such a way that it can be questioned, disputed, affirmed, developed, formalized, contemplated and that it may vary from one people to the next¹⁴².

Seen from this perspective the communication of the Gospel or the sharing of the Christian faith with other cultures can be a hard task

human realm and the relation they have with the living would be considered highly psychological.

¹³⁴ Cf. SAYÉS, *Escatología*, 10.

¹³⁵ Cf. POZO, *Teología*, 542.

¹³⁶ Cf. R. HORTON, "African Traditional Thought and Western Science II": *Africa* 37 (1967) 185-186.

¹³⁷ Cf. JOHN PAUL II, *RM* 44.

¹³⁸ Cf. *ibid.*, 44.

¹³⁹ Cf. SHORTER, *Christianity and the African Imagination. After the African Synod Resources for Inculturation* (Nairobi 1996), 16.

¹⁴⁰ Cf. RATZINGER, Fe, *verdad y tolerancia. El cristianismo y las religiones del mundo* (Salamanca 2005), 54.

¹⁴¹ Cf. *ibid.*, 54.

¹⁴² Cf. C. GEERTZ, *Local Knowledge: Further Essays in Interpretative Anthropology* (New York 1983) 73-93; also see STARKLOFF, "Inculturation and Cultural System I", 72-73.

because this message is carried within particular cultural matrix with long tradition accumulated throughout its history¹⁴³. Now, Christian faith encounters cultures different from that which carries it, making the possibility of their encounter to rely on their readiness for a mutual openness and when the ground of their encounter is in their essences and not on the external properties¹⁴⁴.

For Ratzinger there is a potential universality found in all cultures that is capable of becoming effective and this is the human essence¹⁴⁵. In this human essence there is a common truth, that of being a human, who is always attracted to the truth and thus open to this truth¹⁴⁶. In the communication of the Gospel to the cultures, this universality found in all cultures should be a fundamental presupposition¹⁴⁷. Anything that excludes or impedes the openness and exchange between the different cultures should be considered their proper insufficiency and weakness, and in fact, the exclusion of the other is contrary to the essence of human being who is social by nature and open to new horizons¹⁴⁸.

This openness is rooted in the nature of man who is capable of transcending himself, through reflection and contemplation, the man who desires the truth and normally tends to pursue it¹⁴⁹, and the fact that in most cases culture involved a process of learning in the course of one's life giving the human being the capacity to learn and acquire new knowledge and new experiences from infancy and develop them throughout one's life, enabling him to relate cognitively, emotionally and behaviorally to the world, sharing his understanding in the community, receiving and filtering the new experiences coming during his life, so that he may consolidate his identity as a being that is always open and moves beyond itself¹⁵⁰.

¹⁴³ Cf. RATZINGER, *Fe, verdad y tolerancia*, 54.

¹⁴⁴ Cf. *ibid.*, 54-55.

¹⁴⁵ Cf. *ibid.*, 55.

¹⁴⁶ VATICAN II COUNCIL, *GS* 15: "The intellectual nature of man finds at last its perfection, as it should, in wisdom, which gently draws human mind to look for and to love what is true and good. Filled with wisdom man is led through visible realities to those which cannot be seen".

¹⁴⁷ Cf. RATZINGER, *Fe, verdad y tolerancia*, 55.

¹⁴⁸ Cf. RATZINGER, *Fe, verdad y tolerancia*, 55; also see VATICAN II COUNCIL, *Dignitatis humanae* (hence DiH) 3.

¹⁴⁹ Cf. Vatican II Council, *DiH* 2.

¹⁵⁰ Cf. SHORTER, *Christianity and African Imagination*, 16.

The human being is the father and son of culture. Thus in contact with any new culture there is always a possibility of learning it and incorporating into one's proper culture something new from these encountered cultures¹⁵¹. Now depending on the degree of openness or closeness of a cultural subject or depending on the narrowness or their inner openness, one may achieve deepening and purification of the proper knowledge and values¹⁵². This movement can lead to a deep transformation of the proper concrete cultural forms, without necessarily being a suffered violence or alienation¹⁵³. The self-opening together with self-transcendence can lead precisely to the opening up of the hidden alienations in man with respect to the truth and with respect to man himself that reside in different cultures, and thus giving birth to a new and better understanding regarding the fundamental elements of culture, which are the world, man and the divinity¹⁵⁴.

In this perspective, Ratzinger is not comfortable with the term inculturation when used without proper understanding of its significance¹⁵⁵. He would prefer to speak of encounter of cultures with a preferential use of the term "interculturality"¹⁵⁶. The reason is that inculturation for him gives the impression or even presupposes that a faith culturally naked is moved into a culture religiously indifferent¹⁵⁷. Such conception, for him, is artificial and unreal because there is no faith, which exists without cultural mediation and rightly he claims that culture without religion does not exist except in the modern technological civilization¹⁵⁸.

¹⁵¹ Cf. FRANCIS, *EG* 122.

¹⁵² Cf. RATZINGER, *Fe, verdad y tolerancia* 58.

¹⁵³ Cf. AETTM, "Conclusiones del Encuentro de Dar Es Salaam (Tanzania) 5-12 agosto 1976", in: *Teología Africana* (Madrid 1978) 31-34.

¹⁵⁴ Cf. RATZINGER, *Fe, verdad y tolerancia*, 58.

¹⁵⁵ Cf. *ibid.*, 57-58.

¹⁵⁶ *Ibid.*, 58.

¹⁵⁷ Starkloff agrees with Ratzinger, that all the human phenomenon is affected and determined by some aspects of a cultural system, even the church with all the claim of being Catholic shares features of cultural systems, since her initial moment with the Jewish phenomenon, then achieving an act of transcendence from that system only to enter into other determinations in the Greek and Roman worlds, then the Frankish and Anglo-Saxon, all of which have deeply influenced its development. Cf. STARKLOFF, "Inculturation and Cultural Systems I", 73.

¹⁵⁸ Cf. RATZINGER, *Fe, verdad y tolerancia*, 58; PAUL VI, *Evangelii nuntiandi*, (hence EN), 20.

5.1. Inculturation (Gospel and Cultures)

The question of inculturation¹⁵⁹ can be of greater help in the process of sharing the Christian faith because a proper inculturation of the faith in a culture, and in our case among the Chagga, can help them in developing a proper belief on the afterlife and hence the reduction of the tensions, which may result from the two perspectives. Inculturation should be understood as a mutual process of purification and transformation in the encounter of Gospel or the Christian faith with the other cultures¹⁶⁰. Inculturation has occupied the first place in the theological discourse in Africa in the years after independence till our days with improvement and better understanding of it, though in the protestant cycles the term contextualization is more commonly used¹⁶¹. The term inculturation

¹⁵⁹ The word inculturation has been closely associated with the term enculturation whose first usage is attributed to J. M. Herskovits which meant a “cultural education of a person”. This term was borrowed by the Catholic theology and was given another significance connected with the Gospel and the cultures as a permanent dialogue between the two since the 1960s and hence the use of the term inculturation. According to Shorter, a Jesuit priest Fr. J. Mason seems to be the first one to give it a theological sense when he affirmed in 1962 that “today there is more urgent need for a Catholicism that is inculturated in a variety of forms”, but it was the Jesuit Superior Fr. Pedro Arrupe who tried to define it in his letter on Inculturation in 1978 after being directed by the 32nd General Congregation of the Society of Jesus of 1974-1975. From then Arrupe has been taken as the first one to give the definition of inculturation. The word was used for the first time in an official document of the Church later by Pope John Paul II where he identifies inculturation with the concept of incarnation in explaining the dynamism of the Gospel which has to penetrate the heart of all cultures. It is important to note that the term at that moment was new but the idea and the practice was not new because in line with the understanding of the encounter of two cultures, always there is a kind of relationship which results into the penetration of some values in both cultural subjects. Cf. SHORTER, *The African Synod: A Personal Response to the Outline Document* (Nairobi 1991) 53-54; ID, *Towards a Theology of Inculturation*, 10; P. ARRUPÉ, “Letter to the Society of Jesus on Inculturation, May 14, 1978”: *Jesuit Apostolates Today*, 171-181, the original Spanish text: P. ARRUPÉ, “Carta y Documento de trabajo sobre la Inculturación (14-V-78)”, in: *Acta Romana Societatis Iesu XVII* (1978) 229-255; C. F. STARKLOFF, “Inculturation and Cultural Systems, I”: *TS* 55 (1994) 66-81; J. M. HERSKOVITS, *Man and his Works, the Science of Cultural Anthropology* (New York 1948) 39-48; U. E. UMOREM, “Enculturation and Inculturation”, in: <https://sedosmission.org> (5 March 2018).

¹⁶⁰ Cf. MVENG, *Identidad africana y cristianismo. Palabra de un creyente* (Estella 1999), 119-149; C. MCGARRY (ed.), *What happened at African Synod?* (Nairobi 1995) 52; JOHN PAUL II, *RM* 52.

¹⁶¹ Cf. BAUR, *2000 Years of Christianity*, 289.

should not be taken as an absolute independent concept because in working with it, one may not discard the other terms such as adaptation, indigenization, acculturation, enculturation, contextualization and incarnation¹⁶² for they may help in the moment of analyzing and discerning the meaning of inculturation. We can associate the term inculturation strictly with the relation of the Gospel with cultures, and say that it is a theological term connected with the field of missiology¹⁶³ while acculturation is sociological process involving intercommunication with other cultures involving a kind of mutual understanding and sometimes tolerance, while enculturation is an anthropological term referring to the capacity of the individual to insert himself, especially through a cultural learning process in his context¹⁶⁴. In principle it is not right to consider inculturation, enculturation and acculturation as terms with the same meaning though they are related¹⁶⁵.

The word inculturation seems to appear for the first time in an official document of the church in *Catechesi tradendae*¹⁶⁶ and more elaborated in *Redemptoris Missio*¹⁶⁷. From that moment on, the term has become a common terminology in the discourse on the relationship between the

¹⁶² Cf. UDOYE, *Resolving the Prevailing Conflicts*, 264.

¹⁶³ Cf. STARKLOFF, "Inculturation and Cultural Systems I", 70. The reason for such delimitation is that, it involves a conversation between two subjects: the Gospel and the cultural uniqueness of each context in which the message is transmitted. Also see HERSKOVITS, *Man and His Works*, 310, 626; SHORTER, *Towards*, 5.

¹⁶⁴ Cf. A. A. ROEST CROLIUS, "What is so New about Inculturation", in: *Inculturation Working Papers on Living Faith and Cultures V* (Rome 1984) 5-10.

¹⁶⁵ Cf. UDOYE, *Resolving the Prevailing Conflicts*, 264-270; SHORTER, *Towards*, 3-13.

¹⁶⁶ Cf. JOHN PAUL II, CT 53: "The term 'acculturation' or 'inculturation' may be a neologism, but it expresses very well one factor of the great mystery of incarnation". The Pope in this document did not develop the concept much as he would do later in *Redemptoris Missio*. The posterior distinction of acculturation from inculturation was not clearly seen in the mind of the Pontiff at that time. Udoye in line with Shorter attempted to establish the differences between the two terms making inculturation a theological term dealing strictly with encounter of Christian faith and culture while acculturation is more a socio-anthropological term where an interaction of cultures is more involved than faith and culture. Also see UDOYE, *Resolving the Prevailing Conflicts*, 270.

¹⁶⁷ In this document Pope John Paul II develops more the question of inculturation giving the general principles to guide the process of inculturation which are the compatibility with the Gospel and the communion with the universal church. Cf. JOHN PAUL II, *RM* 52, 54.

Gospel and cultures in the areas where the Gospel was brought for the first time especially in Africa and Asia¹⁶⁸. Pope John Paul II defines inculturation as “the intimate transformation of authentic cultural values through their integration in Christianity and the insertion of Christianity in the various human cultures”¹⁶⁹ after recognizing that it has been a process that has marked the life of the church throughout her pilgrimage, but for the moment it has become an urgent task¹⁷⁰. The church makes the Gospel incarnate in different cultures and at the same time introduces peoples, together with their cultures, into their own community through inculturation, by transmitting to them the Gospel values while taking the good elements that are found in those cultures and renewing them from within¹⁷¹.

5.2. Inculturation of the Chagga afterlife belief

It is through this process of inculturation that a concrete element of Christian faith, the faith on afterlife or Christian eschatology is to be inculturated among the Chagga people by integrating their afterlife belief with that of Christianity, purifying the incompatible elements from both and introducing the novelty of Christ in it. The process would rely on the theological understanding of the two beliefs: The Christian eschatology centered on the Triune God, and Chagga afterlife belief centered on the ancestors and the living-dead. Since the ultimate end for the Chagga Christians seems to be with the ancestors, an inculturation here would be an attempt to make them move beyond this and have this ultimate end in God who is the origin and end of all, the same God who has revealed in Jesus Christ¹⁷².

The change of the ultimate end of man or the understanding of salvation to that which is proper of God who revealed himself in Christ, may be the beginning of a true conversion because now there is only one ultimate end of man, which will require the Chagga people to fulfill certain

¹⁶⁸ Cf. MCGARRY, *What happened*, 53-58.

¹⁶⁹ JOHN PAUL II, *RM 52*. The Pope here cites from the *Extraordinary Assembly of 1985, Final report, II, c, 6*.

¹⁷⁰ Cf. *ibid.*, 52.

¹⁷¹ Cf. *ibid.*, 52.

¹⁷² Cf. Vatican II Council, *GS 22*.

norms which are in accordance to this end, that are universal and open to the truth, and not according to the norms believed to be established by the human beings, thus particular and individualistic because they concentrate on particular people and sometimes not easily open to the truth and to all¹⁷³.

In my opinion the Chagga afterlife eschatology can be completed with the Christian eschatology in its healthiest form when God is believed to be the beginning and end of all, the one who is close and controls all, the ultimate desire of human being. As already said somewhere else, it is more convincing to have God as the destiny of man than having human beings as the ultimate end of other human beings. It is in this logic that Jesus Christ the God made man becomes fundamental in covering the gap that is left between the ancestors and God. Jesus by his incarnation is the only one who covers the gap between God and the ancestors by bringing all to God through his death and resurrection¹⁷⁴. But in order to achieve this, a proper understanding of man and his relation to God would be necessary.

5.3. Man: An event of faith and culture

The anthropological ground of the encounter of the Gospel and culture should not be put in the second place because man is the element which can freely respond to the call of God. All the other elements depend on him. In my opinion Ratzinger contributes to this dynamic theology of inculturation an important consideration, by indicating clearly that inculturation should not look at the Gospel as if it were to exist independent of culture or a faith without cultural mediation¹⁷⁵, and in fact Christianity came to Africa clothed in western culture¹⁷⁶.

The cultures of the world are peculiar and distinct from one another but all are open to one another and capable of mutual purification and transformation no matter how much they may claim to be self-sufficient and attempt to close in themselves¹⁷⁷. Inculturation is possible because of

¹⁷³ Cf. BURGOS, B., *Culturas africanas*, 310-322.

¹⁷⁴ Cf. JOHN PAUL II, *CCC* 632-635.

¹⁷⁵ Cf. RATZINGER, *Fe, verdad y tolerancia*, 59.

¹⁷⁶ Cf. MCGARRY, *What happened*, 55.

¹⁷⁷ Cf. S. G. GONZÁLEZ, "Inculturación de la fe y evangelización", in: J. C. CARVAJAL BLANCO (cord.), *La misión de la iglesia. Apuntes para su estudio* (Madrid 2011) 203-204.

this possibility of openness or the encounter of cultures; or “interculturality” is possible because the human being in the midst of all the different cultures with their history is the same and the only essence¹⁷⁸. This unique essence “human being” is touched in his innermost by the truth, and it is by this hidden, this mysterious fact that his souls is touched by the truth, that we can then explain the mutual openness of the cultures to all, as well as the essential concordances, which exist between the cultures that can be found to be even very different¹⁷⁹.

That which can bring together the cultures is the common truth about man, God and the reality as a whole. The more human a culture is, the more elevated it is, and the possibility of moving towards the truth, which up to the moment has been hidden, and it would have the capacity to assimilate the truth and be assimilated by the truth itself¹⁸⁰. Ratzinger sees in Christianity these qualities when it is in its best, when it is awake and uncorrupt, for it knows well that in its diverse cultural expressions, exist many human elements that need purification and openness but it knows, also with certainty, that in its nucleus, there is manifestation of truth itself and thus it is redemption¹⁸¹. For him, this is the elevated exigency with which the Christian faith presented itself to the world and this is derived from an inner obligation to bring all the people to the school of Jesus because he is the truth in person and he is the man’s way toward the truth, toward God¹⁸². We have seen already that the main subject of all the process of cultural encounter is the human being who is capable of learning and assimilating different realities and concretely, man is the maker or creator of culture¹⁸³. This man is the addressee of the God’s self-communication and this man, capacitated by God, is capable of initiating the process of conversion to Christ adequately if this message is communicated appropriately¹⁸⁴.

¹⁷⁸ Cf. RATZINGER, *Fe, verdad y tolerancia*, 59.

¹⁷⁹ Cf. *ibid.*, 59.

¹⁸⁰ Cf. *ibid.*, 59-60.

¹⁸¹ Cf. *ibid.*, 60-61.

¹⁸² Cf. *ibid.*, 61.

¹⁸³ Cf. PAUL VI, *EN* 18-20; also see JOHN PAUL II, *RM* 54.

¹⁸⁴ The intention here is to concentrate on the Christian position and its effort to relate with the cultures. The disputes regarding the truth claims and legitimacy of Christianity to claim to have the nucleus of truth and a way of liberation does not form part of this

6. Novelty of Christ before the cultures

What is peculiar and proper of the Christian faith is that it is convinced that it conveys the truth about God, the world and man. It claims to be the true religion. This affirmation has its root in Christ himself who revealed that he is the truth: “I am the way, and the truth, and the life” (Jn 14.6). It is from this ground that the missionary zeal to share with the entire world, this conviction as commanded by the Lord himself is born. It is in this way that the Christian faith affects all men because all men deserve to know the truth and embrace it. If Christian faith were to be one among the many religious experiences of men in the world still wrapped in their symbols and enclosed in itself, then Christianity should remain in its own culture and leave alone the others in their own way also¹⁸⁵.

This truth claim by Christian faith does not imply that the other religions are useless in themselves rather they are to move towards the truth as revealed by Christ. When the other religions are profoundly rooted in that which is human, they carry with them the testimony of openness, towards the universal, towards the truth. In principle everyone likes to know the truth and to be told the truth. Which truth? It is the truth which has been revealed by truth itself, Jesus Christ.

When they are deeply rooted in experience, cultures show forth the human being’s characteristic openness to the universal and the transcendent. Therefore, they offer different paths to the truth, which assuredly serve men and women well in revealing values which can make their life ever more human. Insofar as cultures appeal to the values of older traditions, they point –implicitly but authentically– to the manifestation of God in nature¹⁸⁶.

argument but it can be said that from a Christian point of view, faith in Christ is the fundamental and point of departure and such claims should not necessarily mean violating the right of other religions, even if it were to recognize in them a hidden Christianity because such an attitude may even facilitate positive relations. Cf. RAHNER, *Escritos de teología* V, 135-156; RATZINGER, *Fe, verdad y tolerancia*, 51-54.

¹⁸⁵ J. RATZINGER, “Fe, verdad y cultura: Reflexiones a propósito de la encíclica *Fides et Ratio*”: *RET* 60/2-4 (2000) 141-142.

¹⁸⁶ JOHN PAUL II, *FR* 70.

The cultures as an expression of the unique being of man are characterized by a human being who is capable of transcending the proper religious and cultural limits. This makes the cultures to be dynamic and open to change. Since they have the capacity to progress and transform themselves and even to deteriorate, they have to encounter each other for the possibility of mutual enrichment¹⁸⁷. If the inner opening of man to God impregnates the cultures in as much as they are more genuine, makes them to carry in them the predisposition for the revelation of God¹⁸⁸. Thus revelation is not alien to them; rather it refers to an inner expectation within the cultures themselves which pushes them towards the fulfilment¹⁸⁹. Pope John Paul II is right regarding this inner expectation when he affirmed that “Lying deep in every culture, there appears this impulse towards a fulfilment. We may say, then, that culture itself has an intrinsic capacity to receive divine Revelation”¹⁹⁰. All the cultures are to direct themselves towards Christ as their fulfilment. The narrative of the apostles in the Acts may us help see how the testimony of faith in Christ is perceptible and communicable through all the languages (Acts 2:8-13)¹⁹¹. It means that in all the cultures which are expressed in language the human word becomes a carrier of a proper talk about God and his Son¹⁹².

Thus, the Gospel should not be seen as if going against the culture. The Gospel should not be taken to be contrary to cultures as if, by coming into contact with it, deprives them something of their own and forces them to adopt other people’s cultural forms. Instead it liberates them from the disorders introduced in them by men in the course of their life; it helps

¹⁸⁷ Cf. RATZINGER, “Fe, verdad y cultura”, 151.

¹⁸⁸ Cf. ABEJON, “Acontencimiento de Cristo y dialogo”, 452-553: When inserted into a culture, the human individual can transcend himself, joining a broader social subject whose intuitions and values he inherits, prolongs and develops. This social subject conceives and develops intuitions that exceed the capacity of the individual: pre-rational or supra-rational intuitions that go beyond sensible things, to the ultimate foundation of everything, the divine. In this sense, it refers to the wisdom of the old, to the primordial traditions, which have a certain character of revelation: that is to say, they do not come properly from human research, rather from divine communication.

¹⁸⁹ Cf. RATZINGER, “Fe, verdad y cultura”, 151.

¹⁹⁰ John Paul II, *FR* 71.

¹⁹¹ Cf. *ibid.*, 71.

¹⁹² Cf. RATZINGER, “Fe, verdad y cultura”, 151.

them purify their pretensions of truth. At the same time this Gospel becomes an answer to the most intimate questions of man's heart. It becomes the guiding principle in his search for the truth, the transcendence, and a call and incentive to move towards the full truth¹⁹³.

The movement towards the truth believed to be revealed by God from the very beginning of the faith of Israel demands a kind of cultural renunciation in order that the individual conform to this truth¹⁹⁴. This dynamic is seen with the people of Israel who had to dissociate themselves from their own cultural identity and incline itself to the totally other, the God who cannot be appropriated by man as a private property, God the creator of heaven and earth. The faith of the people of Israel implied a permanent self-separation from its own culture and moving towards the horizon of the common truth¹⁹⁵. This faith once made fully universal, is no longer tied to any nationality. It belongs to all the nations that are also invited to join this process of transcending from that which is proper to one to that which belongs to all. It began with Israel and continues till all the nations are converted to the true God revealed in Jesus Christ¹⁹⁶.

Ratzinger is convinced that salvation in the afterlife presupposes a corresponding life in the actual life. One should not ask only who goes to heaven while disregarding the question of heaven. The understanding of salvation in the afterlife should be reflected in a way of life that makes the actual man more human and thus, in conformity to the truth of man which is God himself. On the question of salvation, man has to look beyond religions themselves, and to that horizon, belong the rules of righteous and just life that cannot be relativized arbitrarily. Salvation begins with the right and just life of man in this world, which always encompasses the two poles of the individual and of the community¹⁹⁷. There are forms of behaviour that can never make man righteous and just. There are others that belong always to the righteous and just being of man. This means that

¹⁹³ Cf. ABEJON, "Acontecimiento de Cristo y dialogo", 456; JOHN PAUL II, FR 71.

¹⁹⁴ Pope John Paul II in *Fides et Ratio* presents the characteristics of truth: "Every truth —if it really is truth— presents itself as universal, even if it is not the whole truth. If something is true, then it must be true for all people and at all times". JOHN PAUL II, FR 27.

¹⁹⁵ Cf. RATZINGER, "Fe, verdad y cultura", 153.

¹⁹⁶ Cf. *ibid.*, 154.

¹⁹⁷ Cf. *ibid.*, 158.

salvation is not in religions as such, rather depends on the capacity of such religions to bring men, towards the good. It would depend on how they guide man in his search for God, the truth and the good. All in all, the question of salvation necessarily has to do with the good, truth, God and man¹⁹⁸. Christian faith provides the way towards the true salvation because it struggles to walk towards the good and the ultimate truth as revealed by Jesus. The way towards the truth is an exodus towards the true God who created man and calls him to be with him¹⁹⁹.

7. Faith as an exodus in the manner of Abraham

As evidenced in Abraham, the father of faith for Jews, Christians and Muslims, the Christian faith demands an attitude of moving outside oneself and outside one's proper culture. Being Christian demands a break-up involving some cultural elements and even understandings; leaving aside some elements of one's previous history, to begin a new history of faith, which involves an unending journey toward God. So anyone who enters the church has to be aware of this kind of rupture in the sense that he is entering a proper cultural subject, with a proper interculturality born historically from many levels, with its traditions regarding moral life, liturgy and prayer. He is not entering into a cultureless subject and even strictly speaking he is entering into a subject with its proper culture²⁰⁰.

Without a kind of exodus, without a radical change one may not achieve being Christian²⁰¹. Christian faith is not a private way to God rather it leads towards community with its history because God has linked himself with history. God has revealed himself in the history of faith²⁰² which is also his history and we cannot suppress or deny it because one would lose the foundations of this cultural subject²⁰³. For Ratzinger the

¹⁹⁸ Cf. *ibid.*, 158.

¹⁹⁹ Cf. *ibid.*, 157-158.

²⁰⁰ Cf. RATZINGER, *Fe, verdad y tolerancia*, 64.

²⁰¹ Cf. *ibid.*, 64.

²⁰² Cf. VATICAN II COUNCIL, *Dei verbum* (hence DV), 1.

²⁰³ Cf. J. RATZINGER, *Obras Completas XII* (Madrid 2014) 102-107.

encounter of cultures and the gradual fusion of the different historical spaces for the formation of a common history of humanity is something which has its base in man's essence because he needs traditions and wants to appreciate values that are sustained from his inner being²⁰⁴.

The figure of Abraham as presented in the Sacred Scripture is example of a person who believed to encounter God and decided to live according to his guidance²⁰⁵. The faith of Abraham began by the conviction and trust in a promise of descendants and land, two things desired by any person of that time context for they were the elements that assured future, richness and descendancy²⁰⁶. Trusting on this promise, he abandoned the world of his predecessors and migrated to the unknown, to the apparently uncertain, moved by the certitude that in this manner his future is assured. In this process, Abraham had to abandon that which was secure, that which was under his control, the known, in favor of the uncertain in obedient to the Word of God. He abandoned the present in favor of that which is to come, the future²⁰⁷. The true man's vocation is put clearly here: openness to all, to that which is unstopped by any limit, to that which makes self-questioning, self-transcending till reaches the heart of the things²⁰⁸.

That which constitutes the faith of Abraham and that which according to the Scripture is the fundamental form of all faith including ours refers essentially to the future, the promise, hope. It means that the future is put in the foreground of the present, it is the disposition to give up and let go the present in favor of the future²⁰⁹. It means to live in the spirit of trust, believing that God is the one who provides the future for man and really he is the ultimate future of man. One has to move outside oneself, move beyond the immediacy to that which is offered by God, that which lies beyond his present horizon. Abraham changed the center of his life from where he was the center itself and his history the determining factor, letting God who calls to take the reins and direct his life towards the absolute. Abraham realized a kind of Copernican revolution in his

²⁰⁴ Cf. RATZINGER, *Fe, verdad y tolerancia*, 68-69.

²⁰⁵ Cf. RATZINGER, *Fe y futuro*, 28-42.

²⁰⁶ Cf. GUARDINI, *La existencia del cristiano* (Madrid 1976), 18.

²⁰⁷ Cf. *ibid.*, 18.

²⁰⁸ Cf. RATZINGER, *Fe y futuro*, 30-31.

²⁰⁹ Cf. *ibid.*, 30.

life²¹⁰. He found God and he did not hesitate placing his future in his hands, supported by God, he initiated that journey of faith, which becomes also ours²¹¹.

8. Application to the Chagga Christians

This kind of exodus is the one which should be initiated by the Chagga people by opening and submitting to the universal God, the one who loves all indiscriminately²¹². The Chagga religio-cultural elements must be placed in this perspective of a God who reveals to them through the participation in the history of faith initiated by Him and which achieves its fullness in Jesus Christ²¹³. Anyone who claims to be a follower of Christ has to initiate the journey of faith following the example of Abraham. He has to get out of his “Ur of Chaldeans”²¹⁴, of that which is proper to him, his presuppositions and the parameters of reference attempting to approach the novelty and the immensity that represents the being of God²¹⁵.

In this encounter of Abraham with God, the human being plays an important role in the sense that God comes to men through men that is why God’s incarnation is indispensable for the salvation of man²¹⁶. Ratzinger would even go beyond this saying that since God comes to men through men, in the same manner it can be said that men come to one another through God²¹⁷. In this way we could interpret faith as being there for the other²¹⁸. God created men in such way that they may relate among themselves and share the goods that God has revealed to them through

²¹⁰ Cf. GUARDINI, *La existencia del cristiano*, 18-19; J. RATZINGER, *Fe y futuro* (Salamanca 1973), 31-32.

²¹¹ Cf. RATZINGER, *Fe y futuro*, 30.

²¹² Cf. MADDOX, *African Theology*, 26-27.

²¹³ Cf. *ibid.*, 27-28.

²¹⁴ The “Ur of the Chaldeans” is used here symbolically to refer to the Chagga religio-cultural elements, which should be discarded or inculturated.

²¹⁵ Cf. GUARDINI, *La existencia del cristiano*, 20.

²¹⁶ Cf. RATZINGER, *Fe y futuro*, 32-33.

²¹⁷ Cf. *ibid.*, 32-33.

²¹⁸ Cf. RATZINGER, *Ser cristiano*, 39.

faith, hope and love²¹⁹. Consequently, we come again to the great commandment of love: loving God and the neighbor that enables us affirm that the fundamental movement of Christianity is also a fundamental movement of love in which we participate in the creative love of God himself²²⁰.

Being Christian is something simple and however more revolutionary in as much as conversion is concerned. As said already, it is to realize a kind of Copernican revolution: leaving aside the consideration that the Chagga religio-cultural elements are the center of everything and recognizing that Jesus Christ is the center and the others revolve around him. He is the criterion of everything²²¹. Instead of maintaining the journey around the ancestors they have to maintain it towards God through Christ, the ultimate end of man. Their religio-cultural values would form part of a man who is an event of God's self-communication demanding them to open themselves in order to be healed and elevated by it²²².

Conclusion

We believe that God freely revealed himself to all men in the history, which reaches its summit in his Son Jesus Christ. The history of salvation can be traced since creation because the first parents fell into sin in the very beginning of their existence in the history; thus God's plan to save man, after the breach of the first parents was initiated in the promise that the devil would be conquered (Gen 3:15). Christians believe that God the creator of the earth and heaven, the visible and invisible, from eternity after the fall of the parents did not abandon them. He established a plan to save them initiating himself the journey in the history of salvation²²³, strictly speaking, beginning with the call of Abraham²²⁴.

²¹⁹ Cf. RATZINGER, *Fe y futuro*, 33.

²²⁰ Cf. *ibid.*, 38.

²²¹ Cf. RATZINGER, *Ser cristiano*, 45.

²²² Cf. RAHNER, *Foundations*, 116.

²²³ Cf. Vatican II Council, *DV* 3-4.

²²⁴ Scripture presents to us the first stages in the history of faith and at the same time it gives a permanent model of this history in the person of Abraham. Cf. RATZINGER, *Fe y futuro*, 27-28.

God freely communicates himself and this revelation is to be accepted by man freely. Within the dynamic of God's plan of salvation is the belief that God extends his offer of salvation to all people of all times and all places of the world²²⁵. They are all offered the salvation of God in as much as they open themselves to that grace of God as free children of God. This universal offer of salvation would have been useless if that creature of His were not disposed to be moved by God maintaining at the same time the gift of freedom offered to him by God as is well explained by the following words of the conciliar fathers.

By faith man freely commits his entire self to God, making the full submission of his intellect and will to God who reveals, and willingly assenting to the Revelation given by him. Before this faith can be exercised, man must have the grace of God to move and assist him; he must have the interior helps of the Holy Spirit, who moves the heart and converts it to God, who opens the eyes of the mind and makes it easy for all to accept and believe the truth. The same Holy Spirit constantly perfects faith by his gifts, so that Revelation may be more and more profoundly understood²²⁶.

It is the duty and obligation of the Chagga to work on this gift of God. It is the will of God to share with man the divine benefits which entirely surpass the power of human mind to understand²²⁷. It is from this universal call of God to share this gift that the process of evangelization may be based upon. If God through the Holy Spirit does not open their heart and their knowledge so that they may transcend their finite reality, the human agents of evangelization would not be able to share their experience of the divine self-communication and thus bringing to life the offer promised by God to them²²⁸.

In the same way of thinking, if it is agreed that God has freely communicated in the history of the world and here it means the whole world without referring to any particular region, though in one moment of this history, a history of faith has been experienced in a particular

²²⁵ Cf. Vatican II Council, *DV* 6-7.

²²⁶ *Ibid.*, 5.

²²⁷ Cf. *ibid.*, 6.

²²⁸ Cf. VATICAN COUNCIL I (1879-1870), "Dei filius", chapter 2, on *Revelation*": DH 3005; VATICAN II COUNCIL, *DV* 5.

history of a particular people, then we can say that all that is good and human in a people is preparation for the reception of that revelation²²⁹. It becomes, for a Christian, a force that pushes him to work more in order to make the offer of God in Christ be realized by the different freedoms encountered and here the importance of evangelization in its broad sense²³⁰.

It should be allowed to affirm that the Chagga history in the long run will be transformed and purified, and in fact is being gradually transformed in its encounter with the Gospel because the hidden gifts of God communicated to all human beings, are being realized by making them participate in the fullness of the promise as has been consummated in Jesus Christ, the summit of God's revelation: in these last days he has spoken to us by a son and this after he had spoken many times and in various ways through the prophets (Heb 1:1-4)²³¹. The need to preach the Gospel of Jesus becomes serious because the implicit faith is demanded to be made explicit in order to bring into light the free acceptance of the primordial call of God to all for their salvation:

It pleased God, in his goodness and wisdom, to reveal himself and to make known the mystery of his will (cf. Eph 1:9). His will was that men should have access to the Father, through Christ, the Word made flesh, in the Holy Spirit, and thus become sharers in the divine nature²³².

Thus effort should be made to discover the real continuity with the African religious past, which also shares the universal divine will, which is a call to all to be saved through Jesus, if the Africans are to feel that Christianity is their religion founded on their faith in Jesus Christ²³³. The advice of Pope Gregory the Great to the missionaries in Great Britain to purify and transform the cultural elements and use them as means of transmitting the message of Christ can be considered as an effort to imbue with Christ the cultural elements of a certain people in order to put them in the lane of Jesus²³⁴.

²²⁹ Cf. VATICAN II COUNCIL, *LG* 16; *Id*, *NA* 2; *Id*, *Ad Gentes* 3, 7.

²³⁰ Cf. JOHN PAUL II, *RM* 33-34; FRANCIS, *EG* 14.

²³¹ Cf. Vatican II Council, *DV* 4.

²³² *Ibid.*, 2.

²³³ Cf. SHORTER, *African Christian Theology: Adaptation or Incarnation?* (London 1977), 24-25.

²³⁴ Cf. VENERABLE BEDE, *Ecclesiastical History of England* (London 1907), 64.

That the human being is a privileged place of the encounter with God²³⁵, is an important element in relationship to God's revelation because this self-communication is not a vague communication rather, it is directed to man in his concrete context and it challenges him to live the new experience²³⁶. The human being is the main addressee of that revelation of God and in fact it can be said in the history of faith, because revelation only in its notional aspect would not fulfill the plan of God to save the fallen man. God from the fullness of his love communicates with men as friends and moves among them in order to have them in his own company²³⁷.

The man's capacity to transcend himself and recognize the greatness of his finitude, can help him to open himself freely to the mystery of his existence and thus recognizing the presence of God even from the mysterious reality surrounding him because "God, the first principle and last end of all things, can be known with certainty from the created world, by the natural light of human reason"²³⁸. It is especially the mystery of his own existence, and that capacity to move beyond himself discovering that the history as interpreted and presented by God through Jesus Christ is the unique and the only criterion for deciphering the mystery surrounding him and the world.

For he sent his Son, the eternal Word who enlightens all men, to dwell among men and to tell them about the inner life of God. Hence, Jesus Christ, sent as a man among men, speaks the words of God (Jn. 3:34), and accomplishes the saving work which the Father gave him to do (Jn. 5:36; 17:14). As a result, he himself –to see whom is to see the Father (Jn. 14-9)– completed and perfected Revelation and confirmed it with divine guarantees²³⁹.

In this way the Chagga belief on the afterlife which is characterized by the conviction that the ancestors and the living dead are the ultimate end of their hope can easily be corrected because the Chagga would recognize that true salvation after this life is this God who has created

²³⁵ Cf. MUNUNGURI, *The Closeness of the God*, 76.

²³⁶ Cf. RATZINGER, *Fe y futuro*, 30-31.

²³⁷ Cf. Vatican II Council, *DV* 2.

²³⁸ *Ibid*, 6.

²³⁹ VATICAN II COUNCIL, *DV* 4; also see *ID*, *GS* 22.

them in his image and likeness and who has invited all to be saved from the fears and evil spirits and evil in general, which are the major cause of their belief on the power of the ancestors and the living dead. They will recognize that the afterlife belief as revealed by God in Christ affects their destiny and thus guaranteeing them eternal life, which is divine in comparison to that promised by the ancestors who are only human beings, who cannot save their fellow human beings because being sinners they need the mercy and love of God in Christ in order to be affected by the salvific work of God through Christ.

BIBLIOGRAPHY

- AETTM, “Conclusiones del Encuentro de Dar Es Salaam (Tanzania) 5-12 agosto 1976”, in: *Teología Africana* (Madrid 1978), 31-34.
- ARRUPE, P., “Letter to the Society of Jesus on Inculturation, May 14, 1978”: *Jesuit Apostolates Today*, 171-181, the original Spanish text: P. ARRUPE, “Carta y Documento de trabajo sobre la Inculturación (14-V-78)”, in: *Acta Romana Societatis Iesu XVII* (1978) 229-255.
- BAUR, J., *2000 Years of Christianity in Africa. An African History 62-1992* (Nairobi 1994).
- BEYERS, J. – MPHAHLELE, D. N., “Jesus Christ as an Ancestor: An African Christian Understanding”: *HTS* 65/I (2009) Art.(1).#132, 5 pages. DOI:10.4102/ hts.v65i1.132 (15 August 2017).
- BUJO, B., *The Ethical Dimension of Community. The African Model and the Dialogue between the North and South* (Nairobi 1998).
- BUJO, B., *African Christian Morality at the Age of Inculturation* (Nairobi 1990).
- BUJO, B., *African Theology in its Social Context* (Nairobi 1992).
- BURGOS, B., *Culturas africanas y desarrollo. Intentos africanos de renovación* (Madrid 2007).
- CHENU, B., *Teologías cristianas de los terceros mundos* (Barcelona 1989).
- DEL POZO ABEJÓN, G., “Acontecimiento de Cristo y diálogo intercultural e interreligioso”: *RET* 60/II-IV (2000) 435-461.

- DUNDAS, C., *Kilimanjaro and its People. A History of the Wachagga, their Laws, Customs and Legends, together with some Accounts of the Highest Mountain in Africa* (London 1968).
- EBOUSSI BOULAGA, F., *Dieu en Afrique* (Tchad 1977).
- EBOUSSI BOULAGA, F., *Contretemps. L'enjeu de Dieu in Afrique* (Paris 1991).
- GEERTZ, C., *Local Knowledge: Further Essays in Interpretative Anthropology* (New York 1983).
- GONZÁLEZ, S. G., "Inculturación de la fe y evangelización", in: J. C. CARVAJAL BLANCO (cord.), *La misión de la iglesia. Apuntes para su estudio* (Madrid 2011) 203-204.
- GRESHAKE, *Más fuertes que la muerte* (Santander 1981).
- GUARDINI, R., *La existencia del cristiano* (Madrid 1976).
- HASU, P., "For Ancestors and God: Rituals of Sacrifice among the Chagga of Tanzania": *Eth.* 48/III (2009) 195-213.
- HEALEY, J. – SYBERTZ, D., *Towards an African Narrative Theology* (Nairobi 1996).
- HERSKOVITS, M., *Man and his Works, the Science of Cultural Anthropology* (New York 1948).
- IFESIEN, E. I., "Vatican II and Traditional Religion": *African Ecclesial Review* 25/IV (1983).
- JOHN PAUL II, "The Address of His Holiness Pope John Paul II": *African Christian Studies* 1/II (1985) 10.
- JUAN PABLO II, "Discurso a los Participantes en el Congreso Nacional del movimiento Eclesial del Compromiso Cultural, 16-1-1982", in: <https://w2.vatican.va> (10 January 2018).
- KABASELE, F., "Christ as Ancestor and Elder Brother", in: SCHREITER, *Faces of Jesus*, 119-126.
- KIMAMBO, I. N., "The Impact of Christianity among the Zaramo", in: SPEAR – KIMAMBO (ed.), *East African Expressions of Christianity* (Oxford 1999) 75-76.

- LEMA, A. A., "Chagga Religion and Missionary Christianity on Kilimanjaro: The Initial Phase 189-1916", in: SPEAR, T. – KIMAMBO, I. N. (eds.), *East African Expressions of Christianity*, 39-62.
- MAFIKIRI, S. A., *Christ as the Mangi: Ideal King of Christian Transformation. A Christology from Chagga Perspective*. Doctoral Dissertation (CUEA Press, Nairobi 2010).
- MALONEY, R., "African Christology": *Theological Studies* 48/III (1987) 505-515.
- MBITI, J., *African Religions and Philosophy* (Nairobi, 1995)
- MCGARRY, C. (ed.), *What happened at African Synod?* (Nairobi 1995).
- MENKITI, I., "Person and Community in African Traditional Thought", in: www2.southeastern.edu/academics...pdf (August 29 2017).
- MOLERO, J. B., "La acción temporal en la esperanza de los bienes futuros": *TyC* 130/III (2014) 188-191.
- MUNUNGURI, M., *The Closeness of the God of our Ancestors. An African Approach to the Incarnation* (Nairobi 1998).
- MVENG, E., *Identidad africana y cristianismo. Palabra de un creyente* (Estella 1999).
- NYAMITI, C. "The Mass as Divine and Ancestral Encounter between the Living and the Dead": *African Christian Studies* 1/I (1985) 28-48.
- NYAMITI, C., "African Christologies Today", in: R. J. SCHREITER (ed.), *Faces of Jesus in Africa* (New York 1991) 3-23.
- NYAMITI, C., "Some Moral Implications of African Ancestral Christology": *African Christian Studies* 8/III (1992) 36-51.
- NYAMITI, C., *Christ as our Ancestor: Christology from an African Perspective* (Gweru 1984).
- O'COLLINS, G., *Para interpretar a Jesús* (Madrid 1986).
- PENOUKOU, E. J., "Christology in the Village", in: SCHREITER, *Faces of Jesus*, 37-51.
- POBEE, J., *Towards an African Theology* (Nashville 1979) 81-98.
- POZO, C., *Teología del más allá* (Madrid 1991).

- RAHNER, *Foundations of Christian Faith. An introduction to the Idea of Christianity* (New York 1989).
- RATZINGER, J., “Fe, verdad y cultura: Reflexiones a propósito de la encíclica *Fides et Ratio*”: *RET* 60/2-4 (2000) 141-142.
- RATZINGER, J., *Escatología* (Barcelona ³1984).
- RATZINGER, J., *Fe y futuro* (Salamanca 1973).
- RATZINGER, J., *Fe, verdad y tolerancia. El cristianismo y las religiones del mundo* (Salamanca 2005).
- RATZINGER, J., *Obras Completas XII* (Madrid 2014)..
- RATZINGER, J., *Ser cristiano en la era neopagana* (Madrid 2008).
- ROEST CROLLIUS, A. A., “What is so New about Inculturation”, in: *Inculturation Working Papers on Living Faith and Cultures V* (Rome 1984) 5-10.
- RUIZ DE LA PEÑA, *La pascua de la creacion. Escatología* (Madrid 1996).
- SAYES, J. A., *Antropología del hombre caído. El pecado original* (Madrid 1991).
- SCHREITER, R., *Faces of Jesus in Africa* (New York 1991).
- SESBOÛE B. - J. WOLINSKI, *Historia de los Dogmas I. El Dios de la salvación* (Salamanca 2004).
- SESBOÛE, B., *Jesucristo el único mediador I* (Salamanca 1990).
- SHORTER, A., “African Christian Spirituality”, in: A. SHORTER (ed.), *African Christian Spirituality* (London 1978) 3-32.
- SHORTER, A., “Ancestor Veneration Revisited”: *African Ecclesial Review* 25/IV (1983) 197-203.
- SHORTER, A., *Towards a Theology of Inculturation* (New York 1992).
- SHORTER, A., *Christianity and the African Imagination. After the African Synod Resources for Inculturation* (Nairobi 1996).
- STADLER, P., “Christological Approaches in Africa”: *Theology Digest* 31/III (1984) 219-222.
- STARKLOFF, C. F., “Inculturation and Cultural Systems, I”: *Theology Study* 55 (1994) 66-81.

STINTON, D., *Jesus of Africa: Voices of Contemporary African Christologies* (Nairobi 2004).

THOMAS, D. E., *African Traditional Religion in the Modern World* (Jefferson 2015).

UDOYE, E. A., *Resolving the Prevailing Conflicts between Christianity and African Traditional Religion (Igbo) through Inculturation* (Berlin 2011).

UMOREM, U. E., “*Enculturation and Inculturation*”, in: <https://sedosmission.org> (5 March 2018).

VENERABLE BEDE, *Ecclesiastical History of England* (London 1907).

El mal en la escatología de Juan Luis Ruiz de la Peña

YELSIN OSWALDO SEVILLA

Universidad Teológica de América Central, San José, Costa Rica

Resumen: El Catecismo de la Iglesia Católica indica que “*No hay un rasgo del mensaje cristiano que no sea en parte una respuesta a la cuestión del mal*”¹. Si es verdad que el conjunto de la fe cristiana constituye la respuesta a la cuestión del mal, entonces no podemos prescindir de la reflexión que se ha llevado a cabo desde la escatología. Pues en principio, el tema por antonomasia ante el mal, es la esperanza, una esperanza que se va forjando desde el acontecimiento de la encarnación hasta la resurrección de Jesucristo. El mismo Jesús no deja sin esperanza a la humanidad, ya que promete la vida eterna, una vida en comunión con Dios. La vida del ser humano no queda diluida en la muerte, sino que Jesús abre las puertas para que el futuro del hombre tenga sentido. Por eso, en este artículo abordamos el mal desde la clave escatológica, teniendo en cuenta que, para Ruiz de la Peña, la escatología no contiene ninguna futurología y tampoco es una futurología más entre otras. Además, indica que a las futurologías les incumbe ajustar cuentas con los futuros móviles inmanentes, intrahistóricos. En cambio “la escatología apunta al futuro absoluto, trascendente, que sobreviene a la historia desde el exterior, y por tanto llamado a constituirse en su definitividad en la meta historia”².

Palabras clave: Mal, Progreso, Futuro, Esperanza, Muerte, Resurrección, Vida

Abstract: The Catechism of the Catholic Church indicates that «There is not a single aspect of the Christian message that is not in part an answer to the question of evil.» If it is true that the whole of the Christian faith

¹ CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, Asociación de Editores del Catecismo, Madrid 1992, n. 309.

² RUIZ DE LA PEÑA, Juan Luis, “Futurologías seculares y escatología cristiana”, en *Studium Ovetense* 6-9 (1978-1979) 199.

constitutes the answer to the question of evil, then we cannot abstain from the reflection carried out from eschatology. For, in principle, the theme par excellence in the face of evil is hope, a hope that is forged from the event of the incarnation to the resurrection of Jesus Christ. Jesus himself does not leave humanity without hope, since he promises eternal life, a life in communion with God. The life of the human being is not diluted in death, but Jesus opens the doors so that the future of man has meaning. Therefore, in this article we approach the topic of evil from the eschatological viewpoint, considering that, for Ruiz de la Peña, eschatology does not contain any futurology, and it is not just one more futurology, among others. Further, he argues that it is incumbent on futurologies to adjust their accounts to mobile, immanent, intrahistoric futures. On the other hand, «eschatology points to the absolute, transcendent future, which overlaps history from the outside, and therefore transforms itself definitively into the meta-history.»

Key words: Evil, Progress, Future, Hope, Death, Resurrection, Life.

1. La significatividad de la esperanza cristiana ante la fe en el progreso (1 P 3, 15: Dar razón de la esperanza)

En la obra *La otra dimensión. Escatología cristiana*, aparece el gran tema de la Teología Fundamental: “*Si alguien os pide explicaciones de vuestra esperanza estad dispuestos a defenderla, pero con modestia y respeto, con buena conciencia*” (1 P 3, 15). Es una tarea actual, y Ruiz de la Peña constata que estamos en una época donde la esperanza parece menguar. La disposición del hombre para estar abiertos al más allá se va desvaneciendo poco a poco con la fe en el progreso. No importa el futuro que nos pueda esperar después de la muerte, lo cierto es que ya estamos viviendo una seguridad en nuestra realidad immanente.

Nuestro autor denuncia la realidad hacia la cual nos ha llevado la cultura tecnocrática. En primer lugar, dicha cultura ha provocado una reducción o banalización del mal y se oscurece el hecho del mal moral. Así, el hombre aparece como el ser que se puede equivocar, pero no pecar. La consecuencia que provoca esta manera de concebir la realidad es que ya no hay espacio para un concepto ético de culpa, que queda suplantado por el concepto de error. Esta suplantación del concepto ético, provoca no solo la cancelación del mal estructural de la injusticia, sino también de

las desigualdades. En cuanto al mal físico, la muerte que es el mal por excelencia, también queda reducida a simple accidente propio de la fase estacional en la que nos encontramos. Un accidente puede remediarse con compañías de seguros o adelantos terapéuticos y sobran los discursos³. El hombre ha avanzado mucho en las investigaciones científicas y cree que tiene en sus manos el poder de controlar la realidad.

De esta manera, el hombre se va forjando su propio destino, nada tiene que esperar de un Dios que crea con amor y da al hombre la capacidad para trabajar la tierra. Nuestro autor resume la realidad que vive la sociedad contemporánea del siguiente modo: “la técnica ha entronizado al hombre como señor de su destino y dueño de su futuro”⁴. Además, Ruiz de la Peña afirma que: “porque puede atajar este o aquel mal dicha sociedad alardea de poder abolir un día el mal. Mientras tanto, lo niega, lo ignora o lo devalúa drásticamente”⁵.

La cultura tecnocrática en múltiples ocasiones se ha manifestado como la que tiene el poder para la superación o eliminación de cualquier sufrimiento que provoque dolor, en virtud de esto ha logrado grandes avances. El Papa Benedicto XVI en la Carta encíclica *Spe salvi*, nos recuerda que en la lucha contra el dolor físico se ha logrado grandes progresos, sin embargo, a la par de estos avances ha aumentado el sufrimiento de los inocentes y también de las dolencias psíquicas. El Papa no rechaza la lucha que se lleva a cabo para la superación del dolor, pero invita a que el hombre sea consciente de que no está en sus manos el poder extirpar el dolor del mundo. La humanidad no puede desprenderse de su limitación porque ninguno de nosotros somos capaces de eliminar el mal. El Papa concluye que “esto solo podría hacerlo Dios: y solo un Dios que, haciéndose hombre, entrase personalmente en la historia y sufriese en ella”⁶.

Por otra parte, si es verdad que el hombre se erige como dueño de su futuro, eso quiere decir que la realidad que percibe es lo único que le puede dar seguridad, fuera de eso cualquier cosa puede carecer de importancia.

³ RUIZ DE LA PEÑA, *Teología de la creación*, Sal Terrae, Santander⁶ 1988, 162.

⁴ RUIZ DE LA PEÑA, Juan Luis, *La otra dimensión. Escatología cristiana*, Sal Terrae, Santander 1986, 20.

⁵ RUIZ DE LA PEÑA, *Teología de la creación*, 162.

⁶ BENEDICTO XVI, *Encíclica “Spe Salvi”*, n. 36 (BENEDICTO XVI, *Spe Salvi*, BAC, Madrid 2007).

Pero frente a esta manera de pensar, Ruiz de la Peña indica que “la tecnología puede incrementar el tener del hombre, pero no su ser. Y aquello por lo que clama el hombre finito, tácita o reflejante, es por un ser más”⁷. De esta manera, el creyente debe ser capaz de presentar al ser humano que el presente no es lo único que hay, el futuro no carece de novedad, la vida no puede agotarse en lo pronosticable y lo que es más importante: “si el futuro tiene un sentido para el hombre, es por lo que puede ofrecer de nuevo”⁸.

Además, la plenitud de sentido no es algo que pueda ofrecer el desarrollo de la técnica, pues lo que puede dar es una felicidad del aquí y ahora. Ante esta situación, Ruiz de la Peña está convencido que la única manera de cómo el hombre puede dar razón de su esperanza, es haciéndola verificable en la historia, y mostrar de algún modo que “el presente carece de futuro, si el futuro no actúa en el presente”⁹.

Nuestro autor, en la obra *La Pascua de la creación*, que es una revisión de los principales temas de la escatología que ya había abordado en *La otra dimensión*, agrega algo que puede iluminar la presentación de la esperanza cristiana:

Los creyentes estamos más obligados que los increyentes a dar razón de nuestra esperanza de forma pública y manifiesta; a nosotros más que a nadie toca reconciliar el presente con el porvenir, impedir que se confunda el ya con el todavía no, lo penúltimo con lo último¹⁰.

Respecto a la responsabilidad que tiene cada cristiano de dar razón de su esperanza, Ruiz de la Peña ofrece una serie de indicaciones. En primer lugar, el creyente está llamado a dar testimonio de su esperanza en el mundo que le toca vivir. De este modo debe configurarse como un agente activo y no pasivo de la esperanza cristiana. Si es verdad que el creyente vive el futuro como mediación de futuro absoluto, no puede dejarse arrastrar por la fe en el progreso. Su esperanza no puede estar arraigada en la confianza que le generan los propios recursos de la técnica, sino que debe estar basada y alimentada en la fidelidad divina¹¹.

⁷ RUIZ DE LA PEÑA, *La otra dimensión*, 21.

⁸ *Ibid.*

⁹ *Ibid.*, 26.

¹⁰ RUIZ DE LA PEÑA, *La pascua de la creación. Escatología*, BAC, Madrid 1996, 17.

¹¹ RUIZ DE LA PEÑA, *La otra dimensión*, 25-26.

En segundo lugar, el creyente tiene que ejercitar su temple de “esperante”, que no sea solo el de la expectación intramundana. Es así como su vida ha de estar orientada al futuro absoluto que posibilita el encuentro con Dios y abre las puertas de una esperanza cerrada. Nuestro autor afirma que: “Solo la esperanza responde a las expectativas últimas del hombre”¹². De este modo quiere salvaguardar la importancia de un futuro absoluto, pues sin este, el futuro humano queda absorbido por el presente. Esto permite mostrar a otros que la esperanza cristiana lejos de acabar con las expectativas humanas, les da un sentido y las conduce hacia la dimensión de Dios que no permite que nuestras esperas se tornen absurdas y sinsentido.

Ruiz de la Peña, inspirado en estas ideas, define la escatología como lo que:

Versa sobre el futuro del hombre. Mas no sobre cualquier futuro, sino sobre el futuro absoluto, sobre lo último del hombre. Hablando con mayor precisión, la escatología es la reflexión creyente sobre el futuro de la promesa aguardado por la esperanza cristiana¹³.

La esperanza cristiana es significativa, tanto por lo que ofrece en el futuro como por lo que ya ha ofrecido Jesucristo¹⁴ con su vida-muerte y resurrección. Nuestro autor considera que Jesucristo no solo es el fundamento de nuestra esperanza sino también su contenido, pues en Él todas las promesas de Dios han tenido su sí y su amén¹⁵. Si Jesucristo es el fundamento de nuestra esperanza lo es porque en él se concretiza el amor y la fidelidad de Dios por la humanidad. Desde esta perspectiva se puede comprender que, aunque en el mundo exista sufrimiento y las consecuencias son terribles, eso no quiere decir que no haya ninguna esperanza. Al

¹² *Ibid.*, 27.

¹³ *Ibid.*, 28.

¹⁴ “La escatología cristiana no nos habla, por tanto, de un futuro intramundano supe-
rable en principio por cualquier otro acontecimiento, sino del futuro absoluto que es Dios
mismo. Jesús, como acontecimiento escatológico, abre el sentido de las ultimidades del
mundo y del hombre. Lo que en él ha acontecido ya de modo aún velado, lo que desde su
resurrección es realidad en él que es la cabeza, espera la manifestación plena en todo su
cuerpo” (LADARIA, Luis F., “Escatología”, en LATOURELLE, René-FISCHELLA, Rino-PIÉ-
NINOT, Salvador (eds.), *Diccionario de teología fundamental*, San Pablo, Madrid 2010, 380).

¹⁵ RUIZ DE LA PEÑA, *La otra dimensión*, 30.

contrario, se debe pregonar con fuerza que: “ha surgido la estrella de la esperanza, el ancla del corazón llega hasta el trono de Dios. No se desata el mal en el hombre, sino que vence la luz: el sufrimiento sin dejar de ser sufrimiento se convierte a pesar de todo en canto de alabanza”¹⁶.

La forma en la que Dios irrumpe en la historia y que se narra en el Nuevo Testamento no es mediante una palabra divina que la comunica a través de los profetas como lo hacía en el Antiguo Testamento, sino que es mediante la historia personal y singular de Jesús¹⁷. Además, la esperanza que tiene el creyente, a juicio de nuestro autor, “no es ahora expectación de una novedad sin precedentes, sino que tiende a acentuar lo que falta en ese proceso abierto en y por Cristo”¹⁸. Desde esta perspectiva la escatología evita la reducción del futuro a un presente atemporal, así como la reducción del futuro a un futuro intramundano.

La reducción de la escatología que suplanta el futuro absoluto por un futuro intramundano es la que está relacionada con la fe en el progreso¹⁹. Según Ruiz de la Peña, Kant que es uno de los representantes de esta corriente, cree que el hombre avanza hacia un estado de perfección²⁰ de tal manera que el progreso, no solo alcanza el avance de la técnica, arte o pensamiento, sino que también se da a nivel de la estructura moral de la humanidad. En definitiva, el progreso conduce hacia lo mejor y se considera como el más alto bien. Nuestro autor dirá que “a ese más alto bien Kant no vacila en darle un nombre religioso, el reino de Dios, aunque no se trate de la irrupción de un poder trascendente, sino del desarrollo autónomo de la naturaleza humana”²¹.

Los deslumbrantes avances tecnológicos han propiciado el surgimiento de totalitarismos desintegradores del más elemental humanismo

¹⁶ BENEDICTO XVI, *Spe Salvi*, BAC, Madrid 2007, n. 37.

¹⁷ RUIZ DE LA PEÑA, *La pascua de la creación*, 28.

¹⁸ RUIZ DE LA PEÑA, *La otra dimensión*, 24.

¹⁹ Robert Nisbet menciona cinco premisas básicas de la idea de progreso: 1) la fe en el valor del pasado; 2) la convicción de que la civilización occidental es noble y superior a las otras; 3) la aceptación del valor del crecimiento económico y los adelantos tecnológicos; 4) la fe en la razón y en el conocimiento científico y erudito que nace de esta; 5) la fe en la importancia intrínseca en el valor inefable de la vida en el universo (NISBET, Robert, *Historia de la idea de progreso*, Gedisa, Barcelona 1981, 438).

²⁰ KANT, Immanuel, *Ensayos sobre la paz, el progreso y el ideal cosmopolita*, Cátedra, Madrid 2005.

²¹ RUIZ DE LA PEÑA, *La otra dimensión*, 34.

y ofrecen una eventual voluntad de poder. Nuestro autor indica que “en estas condiciones, profetizar una continua marcha ascensional hasta el final feliz parece demasiado ingenuo, puesto que cierra los ojos a esa realidad, típicamente humana que es el mal moral, el uso pervertido de la libertad”²². Sin embargo, reconoce que la técnica es necesaria para el hombre, pero la técnica no es el tecnocratismo y concluye que “los excesos de este han degradado el presente y amenazan con despojarnos del futuro”²³. En cambio, la esperanza cristiana es capaz de ofrecer una “visión integradora, tan universalista como personalista. Esta original e irrepetible coherencia asegura la superioridad de la escatología cristiana sobre las futurologías laicas”²⁴. Además, la escatología cristiana nos indica cómo Jesucristo es nuestra esperanza²⁵.

2. La muerte, el mal por excelencia y la esperanza en la tradición bíblica del Antiguo Testamento

En este apartado desarrollaremos el tema de la muerte que es considerado como el mal por excelencia. La muerte es uno de los temas que más angustia al hombre (GS 18). Sin embargo, a la par de esta angustia está la propuesta de la escatología cristiana que hunde sus raíces en una esperanza que viene y se vive desde Dios. Dios no abandona al ser humano; es un Dios de vivos y no de muertos. Además, entrega a su Hijo que desde el acontecimiento de la resurrección es la respuesta a la muerte y nos ofrece la esperanza de la vida eterna.

²² *Ibid.*, 37.

²³ RUIZ DE LA PEÑA, *Futurologías seculares y escatología cristiana*, 195.

²⁴ *Ibid.*

²⁵ El profesor Juan Alfaro afirma: “porque Cristo es acontecimiento escatológico en sí mismo, lo es también para nosotros, nuestro mundo y nuestra historia. Nuestra esperanza se funda en su existencia total, en su venida al mundo, en su muerte y resurrección; es decir, en Dios que nos ha dado su propio Hijo, lo ha entregado a la muerte y lo ha resucitado por nosotros (Rm 8, 31-34; 4, 24-25; 5, 8-11). Dios es para nosotros el “Dios de la esperanza” (Rm 15, 13); Cristo es nuestra esperanza (Col 1, 27; 1 Tim 1, 1). Esto quiere decir que nuestra esperanza es Dios en Cristo, la presencia y la obra de Dios en la humanidad” (ALFARO, Juan, *Esperanza Cristiana y liberación del hombre*, Herder, Barcelona 1975, 137).

2.1. La muerte el mal por excelencia

Ruiz de la Peña, en su tesis doctoral *El hombre y su muerte. Antropología teológica actual*, prefiere circunscribir el tema de la muerte al ámbito de la antropología teológica más que a la escatología. Las razones por las cuales hace esta opción son obvias, pues en su tesis doctoral lo que hace en primera instancia es presentar una descripción de cómo se ha abordado el tema de la muerte desde la doctrina de la Iglesia y teólogos como: san Anselmo, santo Tomás de Aquino, Escoto, Rahner, etc. Mientras que también recoge las principales afirmaciones de filósofos como Max Scheler, Martín Heidegger, Jean Paul Sartre, Karl Jasper, Gabriel Marcel y otros teólogos protestantes. Con ello lo que busca nuestro autor es tratar de reivindicar el tema de la muerte para que no quede banalizado por ciertas posturas que tratan de ver la muerte como el final de todo; es decir, con la muerte acaba lo que es el hombre, sus aspiraciones e ilusiones o lo que es peor, aún no hay nada que esperar después de la muerte.

En la obra *La otra dimensión. Escatología cristiana*, retoma el tema de la muerte con sumo interés, ya que la fe en el progreso no solo trajo como consecuencia un reduccionismo de la escatología al futuro intramundano y contribuyó a la deshumanización del mundo, sino que también trajo como consecuencia la banalización de la muerte. De hecho, en esta obra Ruiz de la Peña destaca que Karl Marx no dio importancia al tema de la muerte, incluso la ignoró como problema, mientras que Ernst Bloch, por su parte, intenta esclarecer el problema con su tesis de la exterritorialidad²⁶. Este último no hizo más que reavivar el sofisma de Epicuro: “la muerte no tiene por qué preocupar al hombre, pues mientras este sea, ella no será, y cuando ella sea, aquel no será”²⁷.

Cabe señalar que, en esta obra, nuestro autor no hace un análisis exhaustivo de cómo Marx y Bloch tratan el tema de la muerte, pero sí lo

²⁶ Bloch sintetiza en dos proposiciones su conclusión sobre la tesis de exterritorialidad: primero: el núcleo del existir es, en cuanto aún-no-devenido, definitivamente exterritorial al devenir y al transcurrir, por lo que nuestro núcleo no es asible. Segundo: el núcleo del existir, supuesto que devenga y devenga bien, es, precisamente en este lograrse, exterritorialidad respecto a la muerte, pues esta misma resulta eludida y matada junto con la insuficiencia procesual a la que pertenece (BLOCH, *El principio esperanza*, III, Aguilar, Madrid 1980, 286).

²⁷ RUIZ DE LA PEÑA, *La otra dimensión*, 39.

hará en otra obra *Muerte y marxismo humanista. Aproximación teológica* (1978). En ella encontramos una cita que él considera como la única en la que Marx se dedica al problema de la muerte: “la muerte aparece como una dura victoria de la especie sobre el individuo y (parece) contradecir a la unidad de la especie; pero el individuo determinado es solo un ser genérico determinado y, como tal, mortal”²⁸.

En cuanto al filósofo Bloch, Ruiz de la Peña aclara que la muerte aparece aquí no como la entendía la mitología trascendentalista que por lo menos tiende su mirada hacia arriba, sino que la muerte aparece anclada nada más al proceso de la vida humana²⁹ y “no a los sujetos de los que el proceso parte y a cuya identificación se dirige”³⁰.

A juicio de nuestro autor, la escatología intramundana no puede prometer una patria de la identidad mientras exista la absoluta contradicción que es la muerte. En cambio, la esperanza que ofrece el cristianismo tiene algo mucho más novedoso que ofrecer: la resurrección de Jesús que pone en evidencia, que la muerte ha sido vencida (1 Co 15, 26). En el libro *La Pascua de la creación*, nuestro autor añade algo muy iluminador que tiene que ver con la misión de la escatología:

La esperanza cristiana puede y debe atreverse a suscitar en su entorno la sospecha y la añoranza de la trascendencia, atajando de este modo el mortal riesgo que para todo proyecto de futuro supone la absolutización de la inmanencia. Tiene que hacer valer ante las esperanzas laicas un axioma sistemáticamente preterido por ellas, esto es, que el hombre espera por naturaleza algo que trasciende su naturaleza³¹.

La muerte es uno de los temas que más angustia al ser humano, pues muchas veces entra en crisis cuando se pregunta: ¿qué pasa con él después de la muerte? Ya hemos visto que la esperanza intramundana es incapaz

²⁸ RUIZ DE LA PEÑA, *Muerte y marxismo humanista. Antropología teológica actual*, Sígueme, Salamanca 1978, 15.

²⁹ Bloch indica que “al tratar la imagen de la muerte: lo que en ella encontramos es una reflexión sobre la liberación del hombre y de su nuevo espacio existencial, y nada más fuera de ello. En lugar de la mirada hacia lo alto, surge aquí una mirada que penetra en el origen que se dirige hacia adelante en el proceso y en la identificación de los hombres como el origen para un final feliz” (BLOCH, *El principio esperanza*, 286).

³⁰ RUIZ DE LA PEÑA, *Muerte y marxismo humanista*, 15.

³¹ RUIZ DE LA PEÑA, *La pascua de la creación*, 32.

de dar respuesta. Por esta razón, la esperanza cristiana tiene que tomar con absoluta seriedad el tema, no puede ser indiferente e ignorarlo como problema como lo hizo Marx o degradar la muerte a la nada si el hombre no es nada como apuntaba Bloch³². Nuestro autor afirma que “una esperanza que no sobrepuje la angustia de la muerte es una muy pequeña esperanza”³³. El hombre que espera por naturaleza, algo que trascienda su naturaleza, también debe ser consciente que la victoria solo se puede dar si es capaz de trascender la historia.

Si el tema de la muerte es tomado con seriedad por nuestro autor, lo es porque en definitiva el hombre no solo está interesado en conocer lo que sucede en su entorno vital y el sentido que tiene el mundo y la historia, sino que también le interesa la pregunta por el sentido de la vida, ya que se encuentra muy cuestionado por la muerte. Desde el ámbito bíblico, se sugiere que es necesario partir de la vida misma para poder comprender la actitud del hombre ante la muerte.

Así, en el Antiguo Testamento, aparecen algunas verdades que iluminan el tema de la vida y la muerte. En primer lugar, la vida tiene un valor positivo, pues no es entendida como un mero existir por existir, sino que la vida es más que la mera existencia. El hombre vive la vida sumido en la confianza de su Dios y la felicidad que le proporciona. También las posesiones materiales son entendidas como un don de Dios³⁴.

En segundo lugar, para el israelita existe la fuerte convicción de que es Dios el que otorga, conduce y prolonga la vida. De este modo, la vida adquiere un sentido nuevo y distinto, pues según Ruiz de la Peña no proviene de una fatal sucesión de los ciclos naturales, sino más bien de una voluntad libre y dialógica de Dios para con el hombre. De acuerdo con esto, todo lo que tenga que ver con la prosperidad, salud y larga vida, es porque “todo esto lo promete Dios a quien escucha su palabra y observa sus mandatos, porque la relación Dios-hombre confiere una plenitud vital integradora de todos los aspectos de la vida humana”³⁵.

Desde este sentido positivo de la vida que es entendida como la suma de los bienes, por estar muy unida a la comunión con Dios y su promesa,

³² RUIZ DE LA PEÑA, *Muerte y marxismo humanista*, 70.

³³ RUIZ DE LA PEÑA, *La otra dimensión*, 39.

³⁴ *Ibid.*, 70.

³⁵ *Ibid.*, 72.

aparecerá también lo más negativo: la muerte. Ella es entendida no como la suma de los bienes sino como la suma de todas las desgracias. De las citas bíblicas de Gn 15, 15; 25, 28; 35, 29; 49, 29.33, nuestro autor concluye, que la muerte es vista como una resolución natural de los elementos que constituyen al hombre o simplemente la ley universal de toda carne. Sin embargo, estos textos no pueden callar lo siguiente: “la muerte es el mal por excelencia”³⁶.

La muerte entendida como “el mal por excelencia”, no solo permite comprenderla como la suma de las desgracias que pueda padecer cualquier ser humano, sino que comporta algo mucho más serio. Si la vida era considerada como el lugar de la comunión con Dios, la muerte significaba la incomunicación, una situación de práctica de excomunión³⁷. Ruiz de la Peña afirma que tanto la muerte como la vida en la mentalidad israelita, no se entienden como algo simplemente referido a lo físico y biológico, sino que vida-muerte son conceptos teológicos. De ahí, que la muerte aparece como la enemiga de Dios que es tenido como el autor de la vida, en cambio la muerte es el poder del mal.

Por otra parte, la muerte como concepto teológico comienza a aparecer cuando la relación de comunión del hombre con Dios se debilita. En todo caso, la muerte no es algo querido por Dios. De hecho, Ruiz de la Peña sostiene esta afirmación, haciendo uso del libro de la Sabiduría 1, 13-14: “Dios no hizo la muerte ni goza destruyendo a los vivientes. Todo lo creó para que subsistiera; las criaturas del mundo son saludables, no hay veneno en ellas de muerte”. Por lo tanto, si Dios no quiere la muerte o la muerte es la enemiga de Dios, debemos buscar en otro lugar que no sea Dios el origen de la muerte. Tal origen se encuentra en Sabiduría 2, 24: “pero la muerte entró en el mundo por la envidia del diablo y los de su partido pasarán por ella”.

Por otra parte, la muerte que en sí misma representa la incomunicación con Dios, queda patentizada en lo que la mentalidad israelita conocía como el *scheol*³⁸, es decir, el lugar de los muertos. Ruiz de la Peña, atribuye

³⁶ *Ibid.*, 73.

³⁷ RUIZ DE LA PEÑA, *La pascua de la creación*, 60.

³⁸ El *Scheol* es descrito como el lugar de los muertos, “el muerto baja al *Scheol* donde lleva una existencia vacía, como una sombra. Puede aparecerse por lo que se le considera como un lugar temeroso y peligroso. Con todo está separado del lugar de los vivientes, del

al *scheol* un carácter teológico, ya que representa no solo una distancia de la morada de Dios, sino que es lugar sin retorno³⁹. El *scheol* significa la morada de todos los muertos, es un destino común para todos los seres humanos, según nuestro autor, no es el ámbito de retribución de cierta categoría moral de los muertos. En el Salmo 88, el *scheol* es descrito como un lugar terrible, donde nadie quiere estar, pues es el lugar de los muertos y Dios no se acuerda de ellos. En Job es descrito con la imagen de abismo, en última instancia es el lugar de perdición. A pesar de que esta presentación pueda ser simplista y decepcionante, a juicio de nuestro autor, nos deja básicamente dos enseñanzas: la vida es algo precioso y es un don de Dios, en cambio la muerte es en sí misma un mal. Pero queda el interrogante: ¿cómo retribuye Dios el bien y el mal?⁴⁰.

2.2. La esperanza en la tradición bíblica y la tesis retribucionista

En la obra *La otra dimensión*, Ruiz de la Peña tratará el tema de la tesis retribucionista y enfatiza la esperanza que hay detrás de todo lo que se puede pensar de la vida y de la muerte: la vida entendida como la comunicación con Dios y la muerte como la incomunicación. La muerte es un mal en sí misma, porque deshumaniza al hombre y lo priva del Don de Dios, nadie quiere vivir esta experiencia y más el hombre piadoso que fiel a las observancias de la ley, cree merecer no solo una vida distinta sino un destino diferente. Por eso, es lógico pensar que la tesis retribucionista girará en torno al premio de los buenos y castigo de los malos: riqueza-pobreza, salud-enfermedad, abundancia-miseria, alegría-dolor etc. todo esto es de carácter temporal.

Como vimos, la tesis retribucionista se encuentra en varios textos de la Sagrada Escritura. Ruiz de la Peña recoge en esta obra algunos textos tomados de los libros sapienciales y salmos. En Proverbios (4, 13; 7, 2; 9, 6), se pone en evidencia que Dios premia con vida y felicidad a aquel que presta atención a la sabiduría, por el contrario, el pecador no goza nada

lugar de la vida, echado a una zona donde la comunicación es imposible, zona que es de destrucción de vida precisamente por la carencia de relaciones" (AUER, Johann-RATZINGER, Joseph, *Curso de teología dogmática. Ratzinger, escatología, la muerte y la vida eterna*, Herder 1980, 84).

³⁹ RUIZ DE LA PEÑA, *La otra dimensión* 77.

⁴⁰ *Ibid.*, 78.

de esto: lo que le espera es una vida desdichada y llena de miserias, no tiene larga vida, ni prosperidad (Sal 128). El énfasis de nuestro autor está en la esperanza, porque desde la tesis retribucionista, “la fidelidad de Yahvé no puede aquí defraudar a los que esperan en él”⁴¹.

El principio de retribución entra en crisis cuando choca con la experiencia. En esta ocasión Ruiz de la Peña no solo coloca a Job y Eclesiastés como los que hacen una crítica devastadora al principio de retribución⁴², sino que menciona al profeta Jeremías que, desde su experiencia personal, pone en tela de juicio que esto deba ser así y hace una pregunta: *¿por qué tienen suerte los malos y son felices los traidores?* (Jer 12, 1). Para nuestro autor, también Job desde su experiencia personal no ve que se cumpla el principio: “los buenos son felices y los malos desgraciados”⁴³. El mismo Job dirá “*Soy el hazmerreír de mi vecino: el que llama a Dios y le responde; se burla: el justo, el honrado*” (Job 12, 4); “*Mientras tanto hay paz en las tiendas de los salteadores, y viven tranquilos los que desafían a Dios*” (Job 12, 6). Pero a pesar de la experiencia trágica del dolor que Job padece, siempre sigue manteniendo la fe en la justicia y bondad de Dios.

Sin embargo, a pesar de que Job critica el principio de retribución, esta vez Ruiz de la Peña destaca el libro del Eclesiastés. La propuesta de este libro arrasa hasta con la sabiduría misma, todo es vanidad de vanidad. La vanidad tal y como la plantea Eclesiastés “no es otra cosa sino la ausencia de valores, que convierte la vida en algo sin sentido”⁴⁴. Pero a pesar de toda la crítica que pueda contener Job y Eclesiastés al principio de retribución, nuestro autor afirma que:

⁴¹ *Ibid.*, 82.

⁴² Auer y Ratzinger indican que Qohelet y Job hacen ver cada uno a su modo el fracaso de los reductos de seguridad de que hasta entonces se había disfrutado. Ambos libros desembocan en una crítica radical al esquema obras-consecuencias. En Qohelet la vida y la muerte del hombre no tienen lógica alguna visible (Ecl 2, 16s), todo esto lleva a un profundo escepticismo: todo es absurdo y vano. Pero a pesar de lo absurdo queda una resignación que se aferra a seguir viviendo y confiando en un sentido desconocido. En cuanto a Job, expresa de una manera más dramática todavía la disputa interna de las escuelas sapienciales y de la condena de la sabiduría clásica de Israel en el esquema acciones-consecuencias, la cima de la disputa está representada por la apelación a Dios como salvador contra el Dios que se quiere palpar en las absurdas destrucciones (Job 19, 22-25). Job espera en el Dios creído contra el Dios experimentado confiándose al desconocido (AUER-RATZINGER, *Escatología*, 88-89).

⁴³ RUIZ DE LA PEÑA, *La otra dimensión*, 85.

⁴⁴ *Ibid.*, 87.

Job y Qohelet plantean a la conciencia religiosa de Israel la necesidad inaplazable de abrir su esperanza a una dimensión trascendente, so pena de condenar la existencia a un absurdo, o de hacer a Dios responsable de una justicia universal⁴⁵.

De esta manera, se postula dar un paso más en la comprensión tanto de la vida como de la muerte. La dimensión trascendente comienza a gestarse en una visión positiva que nos muestran los tres Salmos, que Ruiz de la Peña les da el título de “místicos”: 16, 49 y 73. En estos salmos, podemos encontrar un cambio de paradigma. Antes el *scheol* era la morada y destino común de todos los muertos, ahora aparece la esperanza puesta en Dios como ese que no abandonará la vida del ser humano en el *scheol*, sino que le enseñará el camino de la vida y lo hartará de gozo en su presencia (Sal 16, 10-11). Aunque este salmo⁴⁶ presente esta nueva manera de ver las cosas nuestro autor aclara que no hay que buscar en él una distinción entre un más acá y un más allá, pues este lenguaje resultaría muy extraño al autor del salmo⁴⁷.

En el salmo 49 se da un paso más en la reflexión. Se comienza a hacer la distinción entre el lugar de los justos y los malvados. Los malvados aparecen como un rebaño pastoreado por la muerte, y aunque gocen de felicidad por poseer prosperidad y dinero en la vida temporal, de nada les servirá pues su morada es el *scheol*. En cambio, el justo puede tener la esperanza de que Dios rescatará su vida de las garras del *scheol*. Ruiz de la Peña nota que en este salmo hay un avance ya que la muerte es la clave desde donde se puede comprender lo siguiente: “ahí es donde se revela la inanidad de la existencia pecadora y por consiguiente lo bien fundado de la experiencia del creyente”⁴⁸.

En el salmo 73, el principio de retribución provoca una fuerte crisis de fe en el salmista y esto lleva a reflexionar profundamente sobre el tema. Aquí el énfasis sigue puesto en la comunión con Dios y permite distinguir

⁴⁵ *Ibid.*, 88-89.

⁴⁶ “Aunque aquí no se pensara todavía directamente en la fe en la superación de la muerte, sin embargo, se percibe que Yahvéh es, indudablemente más fuerte que el Sheol. El orante se sabe seguro en las manos de Dios, que es indestructible poder de la vida” (AUER-RATZINGER, *escatología*, 90).

⁴⁷ RUIZ DE LA PEÑA, *La otra dimensión*, 90.

⁴⁸ *Ibid.*, 92.

que la prosperidad de la que suelen gozar los malvados no puede provenir de dicha comunión, pues todo lo que poseen es efímero. Por otra parte, la verdadera felicidad no se encuentra en la prosperidad que se pueda tener en esta vida, sino que la verdadera felicidad es aquella que parte de y en la comunión con Dios. De este modo, nuestro autor dirá que: “los tres salmos dan testimonio de una actitud nueva en la que la esperanza no claudica ni siquiera ante la muerte”⁴⁹.

Sin embargo, hay que decir que ni Job, Eclesiastés, y los tres salmos místicos agotan la reflexión sobre la esperanza. Ruiz de la Peña también echa mano de algunos oráculos proféticos (Os 6, 1-3; Ez 37, 1-14; Is 24-27). Su importancia es tal, que nuestro autor nos dice que estos oráculos “hablan de la potestad que tiene Dios sobre la muerte y el retorno de los muertos a la vida por su intervención”⁵⁰.

Hay dos verbos que nuestro autor considera claves para la comprensión: el verbo “levantarse” que lo encontramos en Os 6, 1-3 y el verbo “revivir” que está en Ez 37, 14 e Is 24-27. Sin embargo, Ruiz de la Peña aclarará que en Oseas la expresión “levantará a su pueblo” (Os 6,1), no se habla de “una resurrección de los individuos, sino del pueblo en cuanto tal. Es el reino del norte el que expresa su confianza en la proximidad de la hora de su liberación”⁵¹. En Ezequiel, Dios aparece como el que tiene el poder de hacer surgir la vida de entre un montón de huesos secos (Ez 37, 1-14). En el oráculo de Oseas y Ezequiel se puede apreciar la gran confianza que existe en Dios: en primer lugar, es capaz de devolver la vida a un organismo muerto y, en segundo lugar, Él es el Señor de la vida que puede rescatar de la muerte⁵².

Por otro lado, en Isaías 26, 19 se puede encontrar un primer anuncio de una resurrección de los individuos: “*revivirán tus muertos, tus cadáveres resurgirán, despertarán y darán gritos de júbilo los moradores del polvo; pues tu rocío es rocío luminoso, y el país de las sombras parirá*”. Sin embargo, el texto que se acerca más a una idea de resurrección escatológica, según Ruiz de la Peña es Isaías 52, 13: “*mi siervo será levantado*” y Is 53, 10-11: “*verá descendencia, alargará sus días... verá la luz*”.

⁴⁹ *Ibid.*, 94.

⁵⁰ *Ibid.*, 95.

⁵¹ *Ibid.*

⁵² *Ibid.*, 96.

En todo caso los testimonios más fidedignos de la idea de la resurrección de los muertos son Daniel 12, 2 y Macabeos 7 y 12. Daniel 12, 2 indica que: “*muchos de los que descansan en el polvo de la tierra se despertarán, unos para la vida eterna, otros para vergüenza y horror eternos*”⁵³. Según nuestro autor, tanto en Daniel como 2 Macabeos se puede encontrar una respuesta al misterio de la muerte, aunque sea de manera limitada: “*Dios resucitará a quienes hayan muerto por el honor de su nombre*”⁵⁴, pues la lucha de Dios contra todo tipo de mal incluyendo la muerte, se ve manifestada en la persona de Jesucristo.

3. Jesús es la esperanza ante la angustia de la muerte del hombre

Hemos visto en el Antiguo Testamento, que la muerte siempre pone en crisis al hombre, ya que trata de encontrar una respuesta ante tal angustia. También la experiencia de la muerte pone en crisis la fe de los individuos, crisis que es superada desde la mirada puesta en Dios como su salvador. Dios es más fuerte que la muerte, y esa fuerza se ve manifestada mediante la intervención en la historia con su Hijo Jesucristo.

La vida de Jesús tiene un desarrollo bastante dinámico, su misión consiste en predicar la Buena Nueva del reino de Dios. La explicación de este Reino de Dios, ha sido estudiada desde dos puntos de vista: la escatología consecuente y la escatología realizada. La primera, consiste en presentar el Reino de Dios como una magnitud estrictamente futura, aquí Ruiz de la Peña, menciona la postura de M. Werner. Este teólogo afirma que la predicación de Jesús versa sobre la cercanía del reino de Dios, pero no está presente⁵⁵. Contraria a la postura de Werner citará a Charles Harol

⁵³ Esta es la formulación más clara de la fe en la resurrección en todo el Antiguo Testamento. Se relaciona contra las persecuciones helenísticas contra los judíos en la que fueron cobrando forma algunos de los testimonios más grandiosos de la fe de Israel. Además, tanto en Daniel como en 2Macabeos, la relación de pensamientos y experiencias de ambas obras se ve especialmente clara en la descripción de los martirios en 2 Mac, que se podría resumir así: a la vista de la persecución del creyente se encuentra con la cuestión de si debe preferir la justicia de Yahveh o su vida, su *bios*. Se encuentra ante la alternativa de escoger entre el derecho y su *bios*. El esquema relacional de obras-frutos no ayuda nada aquí (AUER-RATZINGER, *Escatología*, 93).

⁵⁴ RUIZ DE LA PEÑA, *La otra dimensión*, 99.

⁵⁵ *Ibid.*, 107.

Dodd, teólogo protestante que se le conoce por promover la escatología realizada. Esta segunda postura sostiene que el reino de Dios está ya presente en la vida, muerte y resurrección de Cristo, pero es incompatible con cualquier tipo de espera para el futuro⁵⁶.

Ruiz de la Peña, opta por una postura bastante equilibrada. Para él, tanto la escatología consecuente como la escatología realizada no se excluyen mutuamente, sino que se complementan. Hay dos afirmaciones que iluminan la reflexión de nuestro autor: 1) el reino de Dios se hace presente en Jesús, 2) el reino de Dios se consumará en el futuro. En el evangelio de san Lucas encontramos lo que Jesús dice a los fariseos: “*pero si por el dedo de Dios expulso yo los demonios, es que ha llegado a vosotros el Reino de Dios*” (Lc 11, 20).

Nuestro autor afirma la presencia del reino de Dios en la vida de Jesús, apelando a la idea de que en Jesús se da el cumplimiento de la promesa: “Dios ha entrado en la historia, el poder del demonio se tambalea, la enfermedad y el pecado (signos de ese poder) retroceden”⁵⁷. Sin embargo, aclara que, aunque en la persona de Jesús y sus obras se haga presente el Reino que es cumplimiento de las promesas, eso no quiere indicar que ya está consumado. Esto se realizará en el futuro⁵⁸. Una de las afirmaciones más importantes que encontramos en nuestro autor y, que sirve para conciliar tanto la escatología consecuente como la escatología realizada es la siguiente:

A la teología del reino propia de Jesús pertenece la dimensión futura del mismo entrañada en el juicio, resurrección, premio y castigo; sin ella el carácter salvífico de la presencia actual del reino resulta difícilmente explicable y convincente⁵⁹.

Ruiz de la Peña, para mostrar que en la predicación de Jesús se encuentra presente no solo una escatología realizada como afirmaba Dodd, sino también una escatología consecuente, se vale de las parábolas que se refieren a la vigilancia: “*vosotros estad preparados, pues cuando menos lo penséis, llegará este hombre*” (Lc 12, 40); “*velad que no sabéis cuándo va a*

⁵⁶ *Ibid.*, 111.

⁵⁷ *Ibid.*, 122-123.

⁵⁸ *Ibid.*, 123.

⁵⁹ *Ibid.*, 125.

llegar el amo de la casa” (Mc 13, 35). Nuestro autor afirma que “la insistencia sobre la vigilancia cobra así un matiz de escatología futurista difícilmente eliminable”⁶⁰. Por otra parte, los testimonios citados prueban dos cosas: en primer lugar, el carácter de futuro del Reino de Dios predicado por Jesús está avalado por un buen número de textos. En segundo lugar, que con la sola crítica literaria no hay razones de peso para dudar de que Jesús haya hablado de un siglo futuro que consumará al siglo presente. Además, prueba de ello es que el mismo Jesús siempre invita a orar por la venida del reino y estar siempre preparados para cuando venga el Hijo del hombre⁶¹.

Por otra parte, no hay que olvidar que también existe una tensión entre el ya y el todavía no del Reino de Dios. Existen varias parábolas que muestran un carácter escatológico, especialmente aquellas que se conocen como: “las parábolas del crecimiento” (Mc 4). Pero, hay una parábola muy importante que muestra una escatología consecuente, esta es la parábola de la cizaña (Mt 13, 24-30). Ruiz de la Peña, afirma que en esta parábola también se habla de crecimiento y ve en ella que “el reino del mal tiene ya ahora su contrapartida en el reino de Dios, aunque la discriminación se difiera hasta la siega”⁶².

Hay que decir que, las parábolas que invitan a estar vigilantes y las parábolas de crecimiento muestran claramente la presencialidad y futuridad del reino de Dios. Sin embargo, ambos componentes de la escatología no son para nuestro autor cuadros separados, sino que forman un cuadro unitario, de hecho, nuestro autor dice que:

La ética de Jesús, en suma, manifiesta y confirma la estructura tensional de la realidad del reino: su presencia capacita para (empuja a) la decisión en el ahora salvífico de la predicación; mas la decisión se orienta, a través de la perseverante firmeza, a la plenitud futura⁶³.

Jesús, con su presencia en la historia de la humanidad, se convierte en la esperanza no solo para un núcleo de personas que confían en Él como el salvador, sino para toda una comunidad que ha observado en él algo dife-

⁶⁰ *Ibid.*, 127.

⁶¹ *Ibid.*, 130.

⁶² *Ibid.*, 133.

⁶³ *Ibid.*, 134.

rente, una novedad sin precedencia alguna⁶⁴. De hecho, Ruiz de la Peña considera que la escatología presente en el Nuevo Testamento es una cristología. Esta afirmación tiene su razón de ser en el mismo núcleo de la esperanza. Por una parte, la esperanza en el Antiguo Testamento estaba centrada en la intervención de Yahvé y sus acciones. En el Nuevo Testamento Jesús con su predicación y sus acciones se convierte en la esperanza y auténtico *Éschatos*. En pocas palabras, Jesús es el Señor de la historia.

Por otra parte, hay que indicar que la escatología del Nuevo Testamento es una cristología, ya que implica mantener una articulación bímembre: “porque Cristo ha venido, la escatología neotestamentaria es presentista; porque ha de venir, es a la vez futurista”⁶⁵. Para Ruiz de la Peña, mantener la tensión entre el *ya* y *todavía no*, es muy importante, pues no podemos decantarnos por ninguno de los polos y de hacerlo caeríamos en graves errores. En la obra *La pascua de la creación*, nuestro autor expone sus razones:

Declarar realizada la escatología es cerrar los ojos a las actuales indignidades de la existencia, dar el visto bueno a las formas plurales de inhumanismo hoy vigentes, convalidar indiscriminadamente conductas y valores que pugnan con lo que la Biblia entiende por reino de Dios. En el extremo opuesto, una escatología futurista ignorará la significatividad de Jesucristo, reabsorberá el Nuevo Testamento en el Antiguo y, sobre todo, no concederá salvación sino a un presunto último tramo de la historia, secuestrando el resto de la misma en un estado de compleción insanable. Para salvar el futuro se condena el presente: este no tiene esperanza propia; a lo sumo suministra materiales, los materiales para elaborar los contenidos de una esperanza ajena⁶⁶.

Por tanto, una adecuada interpretación de la escatología permite sin ambages dar el justo sentido a la esperanza del cristiano, y descubrir la significatividad de la doctrina escatológica del Nuevo Testamento. Yahvé

⁶⁴ Juan Alfaro afirma que Jesucristo “en su aparición en la historia, en su existencia en el mundo, en su muerte y definitivamente en su resurrección, Cristo lleva en sí mismo la dimensión interna de lo último del *Eskhaton*. Su tiempo era un tiempo tenso hacia la plenitud supratemporal futura, hacia el encuentro inmediato con Dios” (ALFARO, *Esperanza cristiana*, 136).

⁶⁵ RUIZ DE LA PEÑA, *La otra dimensión*, 140.

⁶⁶ RUIZ DE LA PEÑA, *La pascua de la creación*, 116.

considerado como el *éschaton* del Antiguo Testamento, ha decidido intervenir en la historia humana y, mostrar todo su amor en la persona de Jesús. Así, “el *éschaton* se implanta con la encarnación, vida, muerte y resurrección de Jesucristo, y se desarrolla en un marco temporal de duración indeterminada, que puede ser llamado la última hora, los últimos días, el nuevo eón y se consumará con la *parusía* del Señor resucitado”⁶⁷.

Jesucristo es la esperanza, no solo porque él hace presente el Reino a través de sus palabras y obras, sino porque con su vida, muerte y resurrección, abre las puertas para una esperanza futura, que consiste estar en comunión con Dios y en las manos de Dios. De esta manera, con la encarnación de Jesucristo no solo el tiempo y el espacio adquieren un nuevo sentido, sino que también la muerte considerada como el mal por excelencia será interpretada desde un ámbito diferente. La vida humana no queda desnuda ante el acontecimiento de la muerte, pues como dice Ruiz de la Peña, “la resurrección de Cristo promete nuestra resurrección y, con ella nuestra victoria sobre la muerte”⁶⁸.

Por otro lado, nuestro autor cree que es necesario el reconocimiento de una doctrina de la *Parusía* en el Nuevo Testamento, ya que manifiesta una idea que es sumamente importante para la esperanza cristiana. Se trata del Señorío que compete a Cristo desde su resurrección. “El resucitado terminará por imponerse al mundo y a la muerte como lo que es: como Señor de ambos. Este imponerse es la venida en poder que llamamos *parusía*”⁶⁹.

La *parusía* no solo tiene un carácter revelador, sino que también es portadora de novedad. En cuanto reveladora, la *parusía* alimenta la esperanza del advenimiento de Cristo y el cumplimiento definitivo. En cuanto a la novedad, permite comprender que “la *parusía* entraña necesariamente la resurrección de los cristianos; la revelación del triunfo de Cristo no puede menos de repercutir en sus miembros. Todo esto, según Ruiz de la Peña, pone en “evidencia que, a la postre, nuestro *Éschaton* es Cristo; que la esperanza cristiana aguarda no algo, sino a alguien”⁷⁰. La novedad de la *parusía* puede constatarse en las siguientes palabras:

⁶⁷ *Ibid.*, 118.

⁶⁸ RUIZ DE LA PEÑA, *La otra dimensión*, 165.

⁶⁹ *Ibid.*, 166.

⁷⁰ *Ibid.*, 173.

En cuanto tal novedad, la parusía no es otra cosa sino la resurrección, el juicio y la nueva creación; es decir, la anulación de la distancia que media todavía entre Cristo y el mundo. Distancia que, evidentemente, no es espacio-temporal (cuantitativa), sino ontológica (cualitativa). La humanidad, el mundo, no son aun lo que llegarán a ser, según la promesa incluida en la resurrección de Cristo. La parusía, más que ser una venida de Cristo al mundo, es una ida del mundo y los hombres a la forma de existencia gloriosa de Cristo resucitado⁷¹.

Ruiz de la Peña, en la obra *El último sentido*, que es un ensayo y no una obra sistemática como tal, expone tres pilares básicos desde los cuales se debe sostener la esperanza cristiana:

1) *La venida de Cristo*. Proclamar la venida de Cristo en poder, la victoria definitiva sobre el mal, la injusticia, el dolor, la muerte, es combatir para que se imponga el bien, la justicia, la felicidad, la vida. Pero existe una condición que consiste en que el reino que se anuncia llegará si los anunciantes realizan las obras del reino.

2) *La fe en la parusía*. Quien confiesa su fe en la parusía está manifestando su esperanza en un mundo y una humanidad donde la justicia, la libertad y la vida no son promesas vacías ni verdades a medias, sino una gloriosa realidad que ya desde ahora es posible y que, por tanto, es posible construir.

3) *La fe en Cristo resucitado*. Cristo resucitado ha vencido la muerte y ha sido constituido Señor. Pero su resurrección no representa tan solo el final feliz de una peripecia personal estrictamente privada. El misterio de la pascua es el misterio escatológico, la salvación de Dios operando desde la entraña de la historia e imprimiendo en ella un dinamismo irrefrenable hacia su consumación⁷².

4. La credibilidad de la resurrección de Jesús, posibilita la esperanza de una resurrección de los muertos

San Pablo en la primera carta a los Corintios 15, 14, pone de manifiesto la importancia de la resurrección de Jesús: “y si no resucitó Cristo,

⁷¹ *Ibid.*, 174.

⁷² RUIZ DE LA PEÑA, J. L., *El último sentido*, Marova, Madrid 1980, 80-81.

vacía es nuestra predicación, vacía también vuestra fe”. La esperanza de una resurrección de los muertos tiene su fundamento en la resurrección de Jesús. Ruiz de la Peña afirma constantemente que la muerte de Cristo vence al pecado, vence también la potencia destructora de la muerte, pero todo esto tiene su razón de ser desde la resurrección⁷³. Pues, en definitiva, la resurrección tiene un significado profundo que subyace en la propia vida: “es la recuperada existencia del hombre, del hombre entero que había sucumbido en la muerte enteramente”⁷⁴.

Desde la resurrección de Jesús, se puede entender que la vocación del hombre no es ser para la muerte, sino para la vida. En el evangelio de san Juan 14, 6, encontramos que Jesús se presenta como el camino, la verdad y la vida. De este modo, la vida del hombre no termina por sucumbir en las garras de la muerte total, sino en la vida eterna que promete Jesús.

Pero existían algunos en la comunidad de Corinto que creían que no había resurrección de los muertos y rechazaban también la concepción corporal de la resurrección. Frente a estos errores, según nuestro autor, san Pablo deja claro su pensamiento: “la negación de la resurrección corporal desintegra los fundamentos mismos de la fe y acaba con la auténtica esperanza de la salvación que no puede ser más que una salvación encarnada y escatológica”⁷⁵. San Pablo trata de mostrar la credibilidad de la resurrección apelando a su mismo testimonio y rememora el acontecimiento de la muerte, sepultura y resurrección de Jesús, así como las apariciones a sus discípulos.

Mostrar la credibilidad de la resurrección es de máxima importancia, porque aquí se juega el fundamento de la fe cristiana y la esperanza futura de la resurrección de los muertos que profesamos en el Credo. Por esto, san Pablo se preocupa por mostrar que, si no es posible la resurrección de los muertos, o mejor dicho si los muertos no resucitan lo mismo valdrá en el caso de Cristo: tampoco Él ha resucitado. Ruiz de la Peña afirma que

⁷³ “La esperanza en la resurrección de los muertos se puede vivir, por un lado, como resistencia contra el olvido social de los muertos y la represión de la muerte y, por otro, como motivo de esperanza para los olvidados, los aplastados por el progreso, los oprimidos por una historia de vencedores, como una esperanza que nos hace solidarios de ellos y toma posición contra la voluntad de autoafirmación absoluta que predomina en nuestra sociedad” (KEHL, Medard, *Escatología*, Sígueme, Salamanca 1992, 47).

⁷⁴ RUIZ DE LA PEÑA, *El hombre y su muerte*, 372.

⁷⁵ RUIZ DE LA PEÑA, *La otra dimensión*, 189.

san Pablo establece un nexo indisoluble entre el destino de Cristo y el de los cristianos, es decir, si Cristo no ha resucitado, no hay posibilidad para que esperemos algo más allá de la muerte, no hay ninguna puerta abierta hacia el futuro del hombre. En pocas palabras, “si en Cristo ese futuro no ha sido la resurrección, ello significa que no hay futuro en absoluto para nadie”⁷⁶.

Pero, como Cristo resucitó hay futuro para el hombre. Nuestro autor interpreta que en 1Corintios 15, 30-32 san Pablo muestra la necesidad de la esperanza en la resurrección, porque sin ella nada tiene sentido, todo es efímero y solo queda el “comamos y bebamos que mañana moriremos”, de esta manera sucumbiríamos a un presente carente de futuro. Pero desde la resurrección todo tiene sentido, pues Jesús se manifiesta como la plenitud de la vida, y la presencia definitiva de la salvación. Además, el hombre puede configurarse con Cristo. Luis Francisco Ladaria afirma que “la perfecta configuración con Cristo resucitado y la participación de su vida constituye precisamente la vida eterna, el cielo”⁷⁷.

Desde la resurrección de Jesús, tanto la vida como la muerte del hombre adquieren una gran significatividad. Dios ratifica una vez más su poder sobre el espacio, y el tiempo de la historia y cualquier manifestación de poder que atente contra la vida. Dios no se olvida de la humanidad, hace palpable su amor queriendo al hombre como hombre y, no solo para un tiempo definido. La comunicación dialógica, que Dios inició con el hombre desde el momento de la creación, tiene carácter de perpetuidad y no meramente temporal.

Aquel a quien Dios habla, sea en ira, sea en gracia, le habla para toda la eternidad. La resurrección verifica la eficaz seriedad del propósito creador, al prometer más allá de la muerte la reconstitución del sujeto de diálogo en todas las dimensiones de su ser y, por tanto, también en la corporeidad⁷⁸.

Ruiz de la Peña está convencido que la muerte es la crisis suprema del hombre y como tal, también esta crisis alcanza a Dios. Pero dicha crisis tiene su contrapartida en la resurrección de Jesús que a su vez representa

⁷⁶ *Ibid.*, 190.

⁷⁷ Ladaria, “Escatología”, 382.

⁷⁸ RUIZ DE LA PEÑA, *La otra dimensión*, 206.

el hecho más amoroso de Dios y, lo es, porque no solo es la respuesta de Dios al interrogante de la muerte humana sino porque se cumple en ella la promesa de perennidad. El amor de Dios es para siempre y no solo para un momento puntual de la historia. De aquí, que “la resurrección cumple esa promesa; en cuanto tal cumplimiento, resurrección es el amor que es más-fuerte-que-la-muerte”⁷⁹.

Por otra parte, la solidaridad que Jesucristo ha mostrado con la humanidad juega un papel importante. Jesucristo no es indiferente a las necesidades humanas, se bate contra el mal en una lucha hasta la muerte. La muerte en cruz y la resurrección se convierten en la esperanza contra toda desesperanza. Por esto, nuestro autor dice: “creer desde la experiencia del mal es creer desde la esperanza en una victoria sobre el mal. Formulado cristológicamente: creer desde la cruz es creer desde la esperanza en la resurrección”⁸⁰. Por otra parte, afirma que creer desde la experiencia del mal es alinearse contra toda forma de crucifixión, de aquí que la fe y la esperanza juegan un papel preponderante por lo siguiente:

Esperar es operar en la dirección de lo operado. Si se alberga la convicción de que el mal será totalmente vencido mañana, ello significa que puede ir siendo vencido hoy. La esperanza en la victoria quiebra el fatalismo del mal como *ananké*, como destino irrebasable; esa esperanza está, pues, contra la pasividad resignada y postula, para ser coherente, la actitud militante. Una actividad que es apuesta por la solidaridad en el dolor, por la confianza en la victoria sobre el dolor; que incluye la fe en la resurrección y en la vida, inseparable por lo demás, de la fe en la creación⁸¹.

Además, Dios nos ama y nos resucita, porque ha resucitado a Cristo y Cristo ha muerto por amor a todos. Ruiz de la Peña resume el cristocentrismo de la resurrección del siguiente modo: resucitamos a) porque Cristo ha resucitado; b) a imagen de Cristo resucitado; c) como miembros del cuerpo resucitado de Cristo⁸².

Cuando nuestro autor habla de resucitar a imagen de Cristo resucitado, pone el énfasis en lo que es la nueva creación, es decir, será resuci-

⁷⁹ *Ibid.*, 207.

⁸⁰ RUIZ DE LA PEÑA, *Teología de la creación*, 173.

⁸¹ *Ibid.*, 174.

⁸² RUIZ DE LA PEÑA, *La otra dimensión*, 208-209.

tado el yo de la existencia terrestre, pero tal identidad solo es alcanzable como puro don y como pura nueva creación. Esto es así, porque la resurrección de Cristo marca la pauta para considerar que el destino del hombre no es la muerte eterna, pues Cristo es el hombre nuevo que nos muestra que no somos simples piezas de engranaje en una realidad creada, nuestro destino no es la muerte sino la vida eterna.

En la obra *La pascua de la creación*, Ruiz de la Peña agrega un apartado nuevo que no encontramos en la obra *La otra dimensión*: “Sobre la credibilidad de la resurrección”. Aquí, trata de mostrar con más fuerza argumentativa, que es necesario presentar la resurrección como una reivindicación de la justicia y la libertad para todos, una libertad que incluye la liberación de todas las alienaciones. Solo será posible presentar una justicia para todos, si se rehabilita al hombre para la vida, y se cree plenamente que hay victoria sobre la muerte, de lo contrario no existirá una victoria sobre la injusticia. Por tanto, nuestro autor concluye que “un auténtico proceso de liberación ha de incluir, por consiguiente, la certidumbre de una victoria sobre la muerte”⁸³.

5. Jesús da sentido a la historia del mundo y del hombre

Para Ruiz de la Peña, la creación del cosmos y del hombre comporta la acción amorosa de Dios. Así, “el hombre no pudo haber nacido al margen del mundo, sino en el mundo; la historia de este es prehistoria de aquel; esta unidad nativa liga a ambos inseparablemente en cualquiera de las etapas de su existencia”⁸⁴. Esta inseparabilidad hombre-cosmos le lleva a plasmar la idea de que el pecado del hombre también contamina la tierra y, por tanto, es objeto de maldición divina. La solución que plantea para abordar correctamente el tema es la siguiente: “la doctrina de una nueva humanidad entraña la de una nueva creación”⁸⁵.

Esta propuesta implica la idea de que la salvación no solo está dirigida al hombre como tal, sino que también se dirige a la tierra y, será beneficiada con las bendiciones divinas⁸⁶. Nuestro autor estima que la tierra

⁸³ RUIZ DE LA PEÑA, *La pascua de la creación* 179.

⁸⁴ RUIZ DE LA PEÑA, *La otra dimensión*, 215.

⁸⁵ *Ibid.*, 216.

⁸⁶ *Ibid.*, 217.

no es tan solo el escenario indiferente e inmutable de la historia humana, pues ella ha participado de la gestión, nacimiento y desarrollo del hombre y, por ende, también participará así mismo en su consumación. Es decir, “la consumación escatológica de la historia importa una dimensión cosmológica, plasmada en la promesa de cielos y tierra nuevos”⁸⁷.

En la obra *Teología de la Creación*, se puede encontrar más detallada la unidad entre creación y redención de Cristo:

La convicción básica del Nuevo Testamento, según la cual Cristo es el fin de la creación y no solo el principio avanza la promesa de una victoria definitiva e irrevocable sobre el mal en sus diversas manifestaciones: el mal físico de la limitación, la caducidad, el dolor y la muerte; el mal ético del pecado; el mal estructural de la injusticia social, de la insolidaridad interhumana. Si Cristo es el fin único de todo lo creado, todo es redimible y salvable⁸⁸.

Desde esta postura, la creación no puede ser tratada como algo separado del hombre. Tanto el cosmos como el hombre adquieren su pleno sentido desde el acontecimiento de Cristo, de tal modo que la protología deviene escatología en germen. Es así, como nuestro autor considera que “la fe en la creación es optimista, porque en su lógica se incluye la esperanza en la consumación”⁸⁹. La carta a los Romanos 8, 19-23 es de suma importancia para la comprensión de la consumación de la creación, pues también la creación fue sometida a la vanidad, no por ella misma sino por aquel que la sometió. Así, también aguarda la esperanza de ser liberada de la servidumbre de la corrupción, ya que solo de esta manera será capaz de participar en la gloria de los hijos de Dios. Nuestro autor concluye que “la redención del universo no consiste simplemente en la resurrección de los muertos; atañe al universo mismo, que será liberado de lo que hay en él actualmente de vanidad, esclavitud, corrupción”⁹⁰.

Ruiz de la Peña resume su pensamiento respecto a la esperanza escatológica del siguiente modo:

La esperanza escatológica cristiana escoge un justo medio entre el espiritualismo dualista, para el cual el mundo es malo y debe ser destruido, y

⁸⁷ *Ibid.*

⁸⁸ RUIZ DE LA PEÑA, *Teología de la creación*, 84.

⁸⁹ *Ibid.*, 85.

⁹⁰ RUIZ DE LA PEÑA, *La otra dimensión*, 218-219.

el materialismo monista, que ve en el cosmos una fuente de progreso permanente e immanente y piensa en una humanidad prometeica, capaz de llegar por sí misma al vértice de su consumación. Frente a la tesis espiritualista, el cristiano cree que el mundo y el progreso no están consagrados a la destrucción, sino a una última y definitiva promoción. Frente a la utopía del progreso indefinido, el cristiano afirma que la consumación supera las virtualidades inmanentes, es don de Dios. En base a esta trascendencia del éschaton, se siente autorizado a ejercer una constante función crítica de las realizaciones intramundanas, puesto que ninguna de ellas se identifica con el futuro que le promete su esperanza⁹¹.

La esperanza cristiana frente a todo tipo de inmanentismo y utopías falsas es creíble, porque Jesucristo es su fuente⁹². Él da sentido a todo, porque todas las cosas fueron creadas por él y para él. La esperanza cristiana no hunde sus raíces en la fe en el progreso, ni se sostiene sobre una sociedad que es ciega y apática al mal ajeno, sino que su raíz es fuerte, porque en última instancia el amor de Dios robustece cualquier tipo de esperanza. Además, el amor se encuentra manifestado en toda la vida de Jesús, su vida misma es amor puro para con la humanidad. Se compadece de todos aquellos que necesitan una mano amiga, y tanto es así, que Jesucristo no solo promete resucitarnos, sino que también nos ofrece una vida eterna⁹³.

Ruiz de la Peña, al analizar en qué consiste la vida eterna, se da cuenta que, en los evangelios sinópticos, la vida eterna es sinónimo de la fase final del reino y significa siempre el futuro escatológico. Y, ejemplo

⁹¹ *Ibid.*, 225.

⁹² Medard Kehl indica que la esperanza cristiana vive en resistencia contra determinados extravíos de la sociedad moderna y si se profesa con convicción puede ser la base para evitar cualquier tipo de extravíos y buscar nuevos caminos más humanos. Por otro lado, la fe nos muestra al Dios de la esperanza como resistencia contra la imagen del hombre carente de misterio, contra la reducción del ser humano a un mero ser de necesidades, y también como fundamento para que los hombres se preocupen por el sufrimiento absurdo de otros y puedan anhelar la salvación y la justicia para todos (KEHL, *Escatología*, 46-47).

⁹³ “Ha sido Cristo, resucitado, el que ha ganado esta victoria para el hombre, liberándolo de la muerte con su propia muerte. Para todo hombre que reflexione, la fe, apoyada en sólidos argumentos, responde satisfactoriamente al interrogante angustioso sobre el destino futuro del hombre, y al mismo tiempo ofrece la posibilidad de una comunión con nuestros mismos queridos hermanos arrebatados por la muerte, dándonos la esperanza de que poseen ya en Dios la vida verdadera” (CONCILIO VATICANO II, Constitución dogmática sobre la Iglesia “*Gaudium et spes*”, n. 18 (*Documentos del Vaticano II*, BAC, Madrid 1965).

de ello es la parábola del juicio final de san Mateo 25, 31, donde según nuestro autor, la vida eterna coincide con el reino preparado desde la creación del mundo. Por otro lado, en el evangelio de san Juan, la vida eterna adquiere unos rasgos característicos: vida eterna significa creer en Cristo que es la fuente de la vida. Y el pasaje evangélico de san Juan 17, 3 nos muestra que la vida eterna consiste en conocer a Dios, el único Dios verdadero y a su enviado Jesucristo. Nuestro autor, también cita Juan 17, 26 y nota que aquí, Juan identifica la vida eterna con la plenitud del amor: yo les he dado a conocer tu nombre, para que el amor con que tú me has amado esté en ellos como yo estoy en ellos⁹⁴.

En todo caso, Ruiz de la Peña afirma que: “Lo que se denomina reino de Dios, paraíso, visión de Dios, vida eterna, no es sino esto: ser con Cristo, en la forma de existencia definitiva. Allí donde está Cristo, allí está el reino”⁹⁵. Con esto, se subraya un fuerte cristocentrismo, porque Cristo es nuestro Éschaton y en él se ve manifestada la esperanza. Además, el ser con Cristo⁹⁶ tiene un profundo significado, pues además de significar la plena comunicación del don de la vida, también permite al hombre ser partícipe (“vidente”) de la esencia divina esto es el ser de Dios, que se hace posible mediante la encarnación. Por otra parte, la comunicación plena solo se puede dar en una estructura auténticamente humana, de aquí, nuestro autor se permite denominar la realidad humana del Hijo como: “el único lugar del encuentro entre el hombre y Dios”⁹⁷.

La humanidad de Jesús reviste gran importancia por varios motivos: a) porque nos permite establecer una relación con Dios, b) es decisiva para nuestra salvación, c) nos permite una permanente apertura de nues-

⁹⁴ RUIZ DE LA PEÑA, *La otra dimensión*, 235.

⁹⁵ *Ibid.*, 238.

⁹⁶ Ruiz de la Peña dice que: “la constitución *Lumen Gentium* ha aportado a la doctrina del magisterio sustanciales complementos. En el n. 48 aparece el dato “visión de Dios: en gloria... seremos semejantes a Dios porque lo veremos tal como es”. Pero inmediatamente añade el de “ser con Cristo, reinar con Cristo glorioso, entrar con él a las bodas”; en el n. 49 se afirma que “los bienaventurados están íntimamente unidos con Cristo”, el cual “vendrá para ser glorificado en sus santos y mostrarse admirable en todos los que creyeron” (n 48). Como se ve, el acento cristológico se recalca aquí con firmeza. Por otra parte, se hace patente la índole social de la vida eterna en las frecuentes alusiones a la Iglesia cual sujeto de la misma (ya desde el comienzo del n. 48: “la Iglesia... se consumará en gloria celeste” (*Ibid.*, 242).

⁹⁷ *Ibid.*, 245.

tra finitud al Dios vivo de la vida eterna e infinita, d) y finalmente nos permite contemplar al Padre⁹⁸.

De los cuatro motivos citados, nos interesa especialmente el tercero: nos permite una permanente apertura de nuestra finitud al Dios vivo de la vida eterna e infinita. Este punto siempre representa lo esencial del mensaje de Jesús, porque él siempre nos promete la vida eterna. Ahora bien, Ruiz de la Peña en el capítulo VIII de *La otra dimensión*, trata el tema de la muerte eterna y afirma que la muerte eterna y la vida eterna no pueden ser considerados como si el cristianismo fuese una suerte de doctrina que presenta dos caminos o dos fines paralelos. La fe cristiana tiene un único fin, que es la salvación, además, este es el objeto propio de la escatología⁹⁹.

Por otra parte, considera que la concepción original que tiene Jesús acerca del reino de Dios frente a la de los profetas, es que siempre anuncia solo la salvación, no la salvación y la condenación. Para sostener esta idea, nuestro autor recoge dos afirmaciones de los evangelios. En primer lugar, cita a Lc 15, 1ss.; 18, 9-14, pues aquí aparece uno de los deseos más importantes que tiene Dios para con la humanidad entera: “*Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva*”. Y la otra cita es la de Jn 3, 17, aquí Jesús es presentado como el salvador, y de inmediato presenta también su misión: “*porque Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por él*”.

Aunque Ruiz de la Peña es consciente que la doctrina de la muerte eterna no pertenece al anuncio de la Buena Nueva de Jesús porque solo es de salvación, no obstante, cabe hablar del tema de la muerte eterna como posibilidad. Para él, ya desde el Antiguo Testamento se insinúa el tema de la muerte eterna, sobre todo cuando se habla del *scheol* como la morada de los impíos. Por lo que se refiere al Nuevo Testamento, la idea de la muerte eterna adquiere una pluralidad de significados: en primer lugar, es presentada en términos negativos que consiste en la negación de la comunión con Dios, a esta pertenecen algunas expresiones como: perder la vida, ser echado o quedar fuera, no heredar el reino o simplemente no ver la vida. Según nuestro autor, la condenación es presentada “como consistente, ante todo, en la exclusión de aquel acceso inmediato a Dios o a Cristo en la que los hombres alcanzan la vida eterna”¹⁰⁰.

⁹⁸ *Ibid.*

⁹⁹ *Ibid.*, 251.

¹⁰⁰ *Ibid.*, 255.

En segundo lugar, la muerte eterna es presentada en términos positivos: gehena de fuego, gusano que no muere, llanto y crujir de dientes, etc. Estas expresiones revisten un lenguaje simbólico, pues lo que se quiere poner de relieve, es que “la privación eterna de Dios supone para el hombre el trágico fracaso de su vida y, por ende, el mayor de los sufrimientos”¹⁰¹. Estas dos maneras de presentar la muerte eterna: exclusión de la vida con Dios y el aspecto doloroso que entraña dicha exclusión, nuestro autor dirá que “ambas series no remiten a elementos distintos y complementarios de la perdición, sino al único estado de muerte eterna, considerado siempre globalmente”¹⁰².

Además, aclara que, si no se quiere vaciar de contenido los textos bíblicos acerca del infierno, entonces hay que buscar en el hombre la causa de su existencia. Para justificar esta propuesta Ruiz de la Peña se vale de las citas de Jn 3, 17 y 12, 14. Aquí la muerte eterna brota de la opción humana, y el juicio de condenación es entendido como autojuicio, de aquí surge la idea de que no es necesario que Dios haya creado o querido el infierno, sino que basta que el hombre exista, y que opte voluntariamente por una vida sin Dios. Y concluye que: “Solo habrá infierno para quien haya querido de modo lúcido y reflejo edificar su vida al margen de Dios”¹⁰³.

6. Conclusiones

Este artículo nos ha servido para darnos cuenta que la escatología cristiana se interesa por el futuro del hombre, pero no de cualquier futuro sino de un futuro que nos permite trascender hacia la presencia de Dios y nos permite concluir que:

1) La existencia del hombre se mueve en una gama de propuestas que ofrecen bienestar y felicidad. Además, la tecnología ha tenido tal éxito que el hombre puede vivir su vida de manera cómoda. Nuestro autor reconoce que la técnica en cuanto tal es necesaria, sin embargo, aunque ayude al hombre y haga alarde de que un día puede abolir el mal, no hace

¹⁰¹ *Ibid.*, 256.

¹⁰² *Ibid.*, 257.

¹⁰³ *Ibid.*, 263.

otra cosa más que operar bajo el presupuesto de reducir todo al presente con la amenaza de despojarnos del futuro. En todo caso, el modelo tecnocrático no puede dar cuenta del futuro absoluto del hombre y tampoco puede ofrecer una plenitud de sentido porque la felicidad que nos ofrece es pasajera. Además, abolir el mal del mundo por parte del modelo tecnocrático puede resultar hasta utópico, porque el mal va más allá del simple hecho de querer acabar con las limitaciones físicas o las enfermedades.

2) Todos los creyentes que vivimos en una sociedad de muchos avances técnicos, estamos obligados a dar razón de nuestra esperanza y vivir nuestra vida con un talante de esperantes, teniendo en cuenta que Jesucristo con su vida, pasión, muerte y resurrección se convierte en el fundamento y contenido de nuestra esperanza. La esperanza cristiana ofrece sentido al yo, a la humanidad y al mundo. Jesucristo con su predicación y combate contra el mal, devuelve a la humanidad las ganas de vivir con sentido y no sumidos en el dolor, la angustia o desesperación que provoca el mal. Jesucristo nos abre las puertas y nos ofrece un futuro absoluto, una vida eterna entregada en las manos de Dios, de un Dios que triunfa sobre el mal vencéndolo en la cruz y resucitando a su Hijo de entre los muertos.

3) La muerte considerada como el mal por excelencia porque es uno de los temas que más angustia al hombre, tiene su respuesta en Jesucristo. Para Ruiz de la Peña, la muerte ha de perder su potencia devastadora desde la resurrección de Jesús. Además, el ser para la muerte se retrotrae en Cristo a su original vocación de ser para la vida. De esta manera, el cristiano vive no la muerte-ruptura, no la muerte-término, sino la muerte de Cristo, es decir, la muerte-transformación, la muerte-paso de la forma de existencia caduca y efímera a la vida eterna.

4) Por último, mostrar la credibilidad de la resurrección de Jesucristo es de importancia capital, porque la resurrección ilumina la vida y el destino del hombre. Y hay que decir que la muerte y resurrección de Jesucristo es la que nos permite creer en una victoria sobre el mal, sobre la muerte.

El Padrenuestro como obra de arte y belleza

LUIS ÁNGEL MONTES PERAL

*Director del Aula de Teología de la UVa. Campus de Palencia
Prof. Emérito Estudio Teológico Agustiniiano*

*Para todos los obispos y sacerdotes,
que este año de pandemia 2021,
celebran sus bodas de oro de ordenación sacerdotal.
Para que sigan siendo fieles
a su ministerio con la ayuda de la Trinidad Santa.*

*Barruelo de Santullán (Palencia)
01 de agosto de 1971,
lugar y día de mi ordenación sacerdotal.*

Resumen: El Padrenuestro constituye el *resumen perfecto* de la vida cristiana y puede considerarse como su *mejor oración*. Sorprende la facilidad con que ha sido aprendido y rezado por todas las generaciones creyentes, debido a los valores intrínsecos existentes en su sencillo pero hondo contenido. Hasta ahora nunca ha sido presentado, de manera *sistemática*, el hecho de que contiene un gran atractivo y puede considerarse como una hermosa obra de arte, a pesar de su brevedad. Viene de la boca del mayor de los orantes y de un inspiradísimo poeta, no cabe duda que el puesto de Jesús de Nazaret *está entre los poetas*. Mi intención consiste en valorar el Padrenuestro desde *dos sobresalientes aspectos*: arte y belleza, dejando a un lado las dimensiones teológicas, cristológicas y antropológicas, que ya han sido suficientemente estudiadas a lo largo de la historia de la teología cristiana. De esta manera podemos abordar todavía mejor no solo la calidad sino también la dimensión artística inherente a un texto, que para los cristianos está entre *lo más sagrado de su legado espiritual*.

Palabras clave: Padrenuestro, oración, arte, belleza, legado espiritual.

Summary: The Lord's Prayer is the *perfect summary* of the Christian life and can be considered as its *best prayer*. It is surprising how easily it has been learned and prayed for by all believing generations, due to the intrinsic values that exist in its simple but deep content. Until now, the fact that it contains great appeal and can be regarded as a beautiful work of art, despite its brevity, has never been systematically presented. It comes from the lips of the greatest prayerful person and from a most inspired poet, there is no doubt that the position of Jesus of Nazareth is among *poets*. My intention is to value the Lord's Prayer from two outstanding aspects: art and beauty, leaving aside the theological, Christological and anthropological dimensions, which have already been sufficiently studied throughout the history of Christian theology. In this way we can address even better not only the quality but also the artistic dimension inherent in a text, which for Christians is among the most sacred of their *spiritual legacy*.

Keywords: Our Father, prayer, art, beauty, spiritual legacy.



EXPLICACIÓN DE LA IMAGEN

El día 23 de diciembre de 2016 pasé un buen rato contemplando extasiado una de las obras cumbres del románico del siglo XII, el famoso Pantocrátor de San Clemente de Taüll, que brilla con admirable esplendor en el barcelonés Museo Nacional de Arte de Cataluña (MNAC), nuevamente remodelado. Durante el 17.11.16 hasta el 26.02.17 en la misma estancia pudieron contemplarse también, junto al muro de la parte derecha del Pantocrátor, desgarradoras crucifixiones de Picasso, prestadas por el Musée national Picasso-París, flanqueadas por un impresionante grupo de esculturas de Santa María de Taüll, que representan el Descendimiento de Jesús con la expresión de dolor de su bendita Madre, inmovilizada por la pena, y de José de Arimatea, que está abrazado a su Señor en el intento de descenderlo del patíbulo. Ha desaparecido la cruz y uno de los ladrones no tiene brazos, ya que el grupo del siglo XII se encuentra muy dañado. También han desaparecido el Discípulo Amado y Nicodemo, dos personalidades especialmente significativas en el Cuarto Evangelio.

Estando envuelto en tanta belleza, me vino de repente el pensamiento de que ese Cristo glorioso, que nos mira con sus llamativos ojos, no solo es el Creador, Sostenedor y Señor del universo, que sacó a las cosas y a las personas de las tinieblas del no ser a la luz del ser, y dirige la realidad toda con su providencia amorosa..., ese Cristo todopoderoso y glorioso se acredita del mismo modo como el Jesús de la Tierra Santa, que pasó por la vida haciendo el bien (Hech 10,38) y se mostró de una manera muy especial, como el Maestro de oración. Nos enseña el Padrenuestro (desde ahora PN), esa *singular plegaria*, única entre todas las demás, que nos sitúa entre el cielo y la tierra. Entronizado, nos mira, para que nosotros lo miremos. ¡Sus ojos me miran con amor de predilección, para que yo lo contemple de la misma manera! Abre sus labios, buscando que cada uno de nosotros los abramos. Reza su plegaria en comunión con cada uno de nosotros. Desea compartir contigo y conmigo el encuentro con el Padre, que inunda de gozo cuanto somos y hacemos.

«Yo soy la luz del mundo», el Alfa y Omega

Nada mejor entonces para mostrar imágenes, que nos ayuden a captar la belleza del PN, que empezar con el Cristo Majestad dentro de la

mandorla de San Clemente de Taüll. Todo confluye hacia su figura grandiosa, que irradia serena energía y resplandece en todo su esplendor, rodeado y separado del resto de la composición. Aparece triunfante como Dios, principio y fin de todas las cosas. Se alza también como Hombre, que anuncia el Evangelio y reza con nosotros la oración por excelencia. La luz, que despiende su figura y viene expresada en el libro que sostiene en la mano izquierda, es la luz del Evangelio, predicado a los primeros discípulos y transmitido hasta hoy por sus seguidores. Es la luz que encuentra un punto culminante en esta bendita plegaria, centro del Sermón de la Montaña, del mismo modo que este constituye el centro de la predicación del Maestro de Nazaret. Estamos ante la luz fulgurante que capta lo nuclear de esta plegaria, la luz que se adentra en el corazón mismo del cristianismo: *¡Padre nuestro!*

Enseñándonos y testimoniando esta plegaria Cristo se eleva como *luz del mundo*, que nos pone en contacto con el *Abba* de los cielos, proporcionando sentido a nuestra vida y contenido a lo que somos y hacemos. Esta impresionante figura nos encara con nuestra situación de hijos del Padre y hermanos de los hombres, que esperan gozosos el Juicio Final, porque es precisamente después de este acontecimiento, cuando en el ámbito de los bienaventurados contemplaremos al Padre cara a cara en comunión con el Hijo por antonomasia, que se ha convertido mediante la Encarnación en nuestro Hermano Mayor con el poder del amor transmitido por el Espíritu.

El Alfa y Omega de la creación, su principio y fin, encuentran su cúspide en el entronizado Pantocrátor, que en su existencia terrena nos legó *la oración de las oraciones*, el mejor modo de llegar a experimentar la protección amorosa del Padre en compañía de los hermanos. El Pantocrátor está franqueado por la corte celestial, representada por dos ángeles arriba y por dos serafines debajo de su figura majestuosa. Ellos corroboran el mensaje, que sale de la boca de Jesús: *Abba nuestro*. La invocación nos permite pasar de las tinieblas de la noche al resplandor del día.

En la medida que nos habla de las realidades del cielo: del Padre, de su Nombre, de su Reino, de su Voluntad y las pone en relación con las realidades de la tierra: el pan cotidiano, el perdón de las ofensas, la tentación a resistir, el mal a evitar, se está convirtiendo para nosotros en verdadera *«Luz del mundo»*. No hay mayor grandeza en la inconmesurabilidad del

cosmos, que lo que expresa la entrañabilidad del PN. Si un pensamiento, como expresó san Juan de la Cruz, vale más que todo el universo, una oración como el PN sobrepasa todo lo creado. Nos eleva a la altura de Dios como hijos amados y en igualdad con los hombres: como hermanos entre los hermanos.

El PN, rezado cada día, nos invita a no olvidarnos nunca de quién es el Padre, meta de todas nuestras aspiraciones y culminación de nuestra entera existencia. También nos insta a no postergar a los hermanos, con los que hacemos camino en nuestra marcha permanente hacia la eternidad. Nos invita del mismo modo a fijar nuestra mirada en el discurrir diario de Jesús, que conformó una vida dichosa de oración y fraternidad. Su oración, divina y humana a la vez, universaliza la realidad existente, ya que estamos llamados a ser hijos y hermanos en una *sociedad abierta*, que ha de parecerse más a una familia que a un campo de lucha, violencia y egoísmo y que no puede encerrarse en ella misma, sino estar abierta a los problemas que se dan hoy en el mundo.

María y la Iglesia, los apóstoles y los evangelistas

Los hermanos más importantes los tenemos representados a los pies del Pantocrátor, en la pared del ábside. Sus nombres están escritos en lo alto: María, los apóstoles y los evangelistas. Fue en este círculo donde se escuchó de labios de Jesús la oración del PN por primera vez. Según nos transmite Lucas, «*Una vez que estaba Jesús orando en cierto lugar, cuando terminó, uno de los discípulos le dijo: “Señor, enséñanos a orar, como Juan (el Bautista) enseñó a sus discípulos”*» (11,1). Y Jesús les entregó el tesoro de su oración preferida. Contemplar la figura de los primeros cristianos significa tanto como escuchar de sus labios la oración recibida de su Señor.

Empezamos con María y san Juan, que ocupan la parte central de los bienaventurados. Al lado de María, situada a la derecha de su Hijo, aparecen san Bartolomé y santo Tomás, quedando fuera de la representación del fresco otros dos apóstoles, que podemos imaginar, pero que han desaparecido de la pintura. Al lado izquierdo, junto a san Juan, se encuentra su hermano Santiago y san Felipe. Destacan dos cosas en san Juan: la amplitud de espacio dedicado a su figura y el Evangelio mostrado en lo alto, sostenido en la mano derecha, que se esconde debajo de los pliegues de la túnica. Lo que importa ahora son las palabras de Jesús, quedando más

destacadas de este modo. No deja de sorprender también la Madre de Jesús, que sostiene un platillo en su mano izquierda, escondida bajo los pliegues de su túnica. Muy posiblemente en la persona de María está representada *toda la Iglesia*, ya que sobresale como su miembro más eminente, que recoge en una apropiada patena la sangre del Redentor, de la que salen los rayos de la salvación. Ella puede rezar la oración del Señor en perfecta representación de la comunidad eclesial entera.

Nos interesa resaltar aquí el acontecimiento de la Cruz y poner énfasis en la palabra del Evangelio, presentes en María-la Iglesia y san Juan, así como del resto de los personajes de primera fila en nuestra religión. Todos ellos transparentan el testimonio de la salvación y de la proclamación del Evangelio, cuyo contenido central se encuentra en el PN. Mirándolos a ellos, nos disponemos a recitar con toda devoción la oración del Señor, que ha dado la vida por cada uno de nosotros. De manera muy especial María y san Juan nos ayudan a expresar gozosamente la reina de las plegarias, acompañados de los coros angélicos, que adoran al Cristo Majestad. Todo ello visible a *los ojos de la fe*, que hemos adquirido en la Madre Iglesia.

INTRODUCCIÓN

Hace ya veinte años escribí un comentario al PN¹. En él consideraba esta oración como «toda una obra de arte». La Editorial Verbo Divino, donde apareció mi estudio, puso esta expresión incluso en la propaganda sobre el libro. Sin duda, a sus publicistas les pareció un «buen gancho» para dar a conocer mi obra y atraer lectores. Pasado un tiempo de reflexión más que prudencial de cuatro lustros, me toca hoy clarificar tal afirmación y, lo que resulta más útil, tratar de justificarla en su misma raíz primigenia.

En esta bendita plegaria Jesús ha querido que sobresalga lo esencial de la oración; en ella aparece lo más básico y necesario, que en realidad sig-

¹ L.Á. Montes Peral, *El Padrenuestro. La oración trinitaria de Jesús y los cristianos*. Estella (Navarra) 2000, 206 páginas. Después he escrito otras cosas sobre él, ya que siempre me ha fascinado, volviendo una y otra vez a la Oración del Señor en mis consideraciones teológicas.

nifica al mismo tiempo lo más urgente, para llegar a la unión íntima con el Padre y congraciarse con los hermanos. Y eso esencial tiene que ver con la Verdad, el Amor y la Belleza, que es el Padre de los cielos y son los hermanos de la tierra. Expresa lo auténtico, por lo que merece la pena vivir, ya que se mueve en las coordenadas de la filiación divina y la fraternidad humana, de modo que su rezo nos ayuda a unir a las personas en una gran familia de hijos y hermanos.

Es bueno que nos vayamos acostumbrando a contemplar la oración y formas del quehacer espiritual como obras de arte y expresión de la belleza en su sentido más genuino. Bonum, verum et pulchrum convertuntur. En realidad, la Bondad, la Verdad y la Belleza se identifican tanto en Dios como en los hombres, cuando se consideran estos tres trascendentales en la debida profundidad y reciprocidad. La oración del PN no solo es bondad y verdad, también belleza en grado sumo. ¿Existe algo más artístico que el Dios Trino y hay realidad más bella que la Santísima Trinidad? ¿Qué puede ser más hermoso que la relación frecuente y permanente con el Padre en el Hijo por el Espíritu? Y ese tesoro se descubre más y más, cuando rezamos el PN.

En mi libro sobre el PN ya he reflexionado sobre la Verdad y el Amor. Ahora quiero detenerme a esclarecer sobre todo la Belleza. La gran Belleza que transmite esta oración y que ha encontrado un buen asiento en miniaturas de códices espléndidos, realizadas por artistas de primer orden, como se mostrarán aquí en la segunda parte. Es una pena que, más allá de formular principios generales, se haya hablado y escrito tan poco en este sentido, de modo que hay toda una calología teológica por hacer. Falta una presentación convincente del Dios Trino como belleza y en su contexto de igual manera del PN, transparencia del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Las reflexiones, que se van a ir sucediendo a continuación, no pretenden quedarse en el pasado, estancar la memoria hasta convertirla en un fósil. Más bien desean abrirnos al presente, al hoy de la existencia personal, al aquí y ahora que estamos viviendo. La belleza del PN abarca tanto el pasado como el presente en su orientación hacia el futuro, un futuro más reconciliado, hermanado y compasivo.

Como toda obra de arte la plegaria del PN necesita ser practicada, en nuestro caso rezada, diariamente sin cesar en su continuidad, siempre intentando no caer en la rutina al orar con ella; ese es su gran peligro: hacerla

monotonía por falta de experimentada sensibilidad, hasta el punto de ocultar su belleza. Somos urgidos a ser muy conscientes cada día de lo que decimos, pensamos y sentimos. El hombre ha sido creado para practicar la bondad y quedar impresionado por su belleza. De ahí que, cuando el creyente usa esa bondad de manera lúcida, se sienta especialmente atraído por el PN y busca rezarlo con piedad, poniéndolo por obra en la medida de sus posibilidades.

Sin olvidar su contenido teológico, profético y sapiencial, pero no desarrollándolo sino suponiéndolo, este pequeño ensayo quiere incidir una y otra vez y, al mismo tiempo, profundizar en algo que el autor no ha encontrado nunca en los muchos estudios y comentarios que ha leído sobre la oración del Señor: considerar el PN como obra de arte y belleza, que en su sencillez y brevedad puede considerarse como una auténtica obra maestra. Es toda una joya por cualquier lugar que se la considere.

Tal como estoy enfocando el tema, me gustaría adelantar y explicar, al hablar del PN estas cinco palabras: alegría, sencillez, generosidad, familiaridad y conversión, que están muy relacionadas con su contenido.

La primera, alegría: No se menciona directamente esta palabra en la oración del Señor, pero despide una alegría íntima que sale del alma y no necesita ser mencionada en el texto. Hablaré de ella a lo largo de mis consideraciones con relativa frecuencia, ya que la belleza proporciona entusiasmo y exaltación. Acercarse al PN significa tanto como hablar del gozo que produce. Invocar al Dueño y Señor de todas las cosas: ¡Padre!, cuando lo es de verdad y así se reconoce, resulta algo muy grande. ¡Nada más gratificante! Sentirse sus hijos con todo lo que representa esta inmensa dignidad, llena de júbilo por dentro. ¿Qué puede proporcionar una mayor satisfacción? ¡Qué bello para el hijo gozarse de la compañía del Padre y estar dispuesto a expresarle los deseos más íntimos! ¿Puede haber algo más consolador que hacerlo precisamente en la compañía de los hermanos? Este entramado vital es lo que nos sostiene en la alegría y alimenta el regocijo creyente.

La segunda, sencillez: En las peticiones del PN no hay nada que suene a complicado o rebuscado. Todo fluye por sí mismo, sin afectación alguna. Entendemos perfectamente lo que queremos decir a Dios y lo expresamos sin afectación con llaneza, sin engolamiento con sobriedad. Además, lo hacemos directamente, evitando las complicaciones, de la misma manera que un niño pequeño se dirige a su padre en quien confía por completo y con-

templa lo demás con una mirada de satisfacción. ¡Qué bello poder volvernos a Dios sin necesidad de grandes palabras y reverencias innecesarias, ya que el creyente tiene la seguridad de que va a ser atendido en sus peticiones dirigidas con toda normalidad y naturalidad! Eso es precisamente lo que desea en ese sentirse bien y agusto con tan gratas compañías.

La tercera, generosidad. El Padre es generoso y el orante se hace generoso a su lado, ya que se sitúa en una disposición de recibir y de dar, de sentirse amado y ponerse al servicio de los demás. El orante está seguro de dirigirse a un Padre bondadoso, que satisface sus necesidades y está dispuesto a concederle las cosas que necesita. ¡Qué bello es pedir y saber al mismo tiempo que su petición será atendida en el debido tiempo! La generosidad nos pone del lado del Padre, con ella santificamos su Nombre mediante la fraternidad y nos unimos al Reino que su santa voluntad hace nacer en cada uno, proporcionándonos su crecimiento en nuestro interior y en el de los demás. En nuestra generosidad, que imita la del Padre, entra la preocupación por las cosas materiales necesarias, de tal manera que no falten a nadie, también realidades espirituales, que conforman nuestro ser creyente, como la disposición al perdón que evite los rencores inhumanos, dejarse ayudar en las tentaciones que con frecuencia nos asaltan y pueden echar a perder nuestra vida, así como la disposición para luchar contra el mal, revestido de mil formas.

La cuarta, familiaridad. Pertenece a lo más sagrado de los designios del Padre el formar una familia de hijos y hermanos; algo que está también en lo más hondo de las intenciones de Jesús, que se manifiestan de un modo muy especial en las peticiones del PN. Si nos preguntáramos, para qué vino Jesús a este mundo, quizá la respuesta más certera fuera esta: para formar con los hombres, una familia de hijos y hermanos y presentarla al Padre como ofrenda agradable a sus ojos. ¿No es esto bello? Todas las peticiones de la oración del Señor están orientadas a alcanzar este objetivo, que es singularmente hermoso. Tenerlo en cuenta en la vida personal y comunitaria constituye un inmenso gozo y nos indica qué bella puede ser la vida así orientada. Quien no ha rezado el PN en espíritu y verdad, no ha descubierto aún la belleza de la oración.

La quinta, conversión. El PN nos enseña a estar en el suelo, con los pies en la tierra, en la patria propia de los hermanos; pero al mismo tiempo nos eleva al cielo, a poner el corazón en el Padre, principio y fin de la ver-

dadera realidad. Y así va transformando la propia interioridad, hasta el punto de cambiar nuestra actitud ante la vida. Nos lleva a la conversión en las direcciones más impactantes de la propia existencia. Tiene un valor añadido, que no podemos olvidar: es capaz de removernos por dentro, de manera que aclare nuestros pensamientos, limpie nuestros sentimientos y fortalezca nuestro comportamiento. ¿No es esto belleza transformadora con su lenguaje directo y su expresión sincera?

He aquí mi deseo íntimo: que todos reconozcamos la hermosura que el Padre por el Espíritu nos ha regalado en Jesucristo (cf. 1 Cor 2,12). Al mismo tiempo que nos gozamos de la bondad del Padre, que el Hijo humanado nos ha testimoniado en su oración; oración sin igual, que nos ayuda a ser de verdad nosotros mismos, considerándonos como miembros de pleno derecho pertenecientes a una familia singular, que sienten la belleza interior que anima su ser y quehacer en este mundo.

Quiero resaltar una consideración final: Todo esto resultaría imposible llevarlo a cabo sin la presencia y actuación del Espíritu. Son esa presencia y esa actuación las que nos llevan al Padre, al Hijo y a los hermanos, las que nos regalan el fruto sazonado de la alegría y nos introducen de lleno en la belleza del PN. La belleza, como el amor y la verdad, hay que cuidarlos, mimarlos y alimentarlos. El PN no puede considerarse la flor de un día, sino una oración constante, de toda la vida. Es entonces cuando se saca todo su fruto.

PRIMERA PARTE: EL PADRE NUESTRO COMO BELLEZA

I. LA ORACIÓN BELLA POR ANTONOMASIA

*Padre nuestro, que estás en el cielo,
santificado sea tu Nombre;
venga a nosotros tu Reino;
hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo.*

*Danos hoy nuestro pan de cada día;
perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos*

*a los que nos ofenden;
no nos dejes caer en la tentación,
y líbranos del mal.*

Desde un principio hay que dejar claro que la oración del Señor ofrece un indiscutible *carácter religioso*. No hay nada más ajeno a la verdad que encierra, que despojarla de su significación trascendente y privarla de su más genuina belleza, que enraiza con el mensaje que transmite acerca del *Padre del cielo* y de los *hermanos de la tierra*. Al primero mencionándolo explícitamente, a los segundos permaneciendo al amparo del Padre sin llegar a ser mentados. Traspasando la superficialidad, que agosta la vida interior, haciendo a esta incapaz para descubrir lo auténticamente bello, rebasando la incertidumbre de una vida sin sentido, el PN constata que el hombre posee gran capacidad de trascendencia, se eleva sobre sí mismo y en esa superación permanente se encuentra con el Dios Trino, que en Jesucristo es donación y amor incondicional por inspiración del Espíritu. ¿No despide este convencimiento una gran belleza?

Para el músico y dirigente Christian Thielemann «sin trascendencia no es posible ningún arte»; y añadiría: sin trascendencia la belleza se evapora, se le cortan las alas para poder ascender a las alturas, hacia donde siempre se dirige para poder percibirla en todo su esplendor. Esto que podemos afirmar de una manera general, vale mucho más para la oración del PN. Las posibilidades del ser humano son finitas, pero *no tienen límites* y en ese romper límites enraiza el PN con sus ruegos que traspasan la realidad dada.

En este sentido el PN contiene una extraordinaria posibilidad artística y una evocación poética para situarnos de lleno en la *ultimidad de la comunión* con el Padre de los cielos y en la *intimidad de relación* con los hermanos de la tierra. Logra hablarnos de las grandes *realidades mayores*, que importan de verdad en la andadura de cada día y al mismo tiempo nos ayuda a reflexionar sobre nuestro puesto ante Dios, ante los demás y ante el mundo que nos toca modelar. Walter Kasper presenta el PN como «la revolución de Jesús» y en realidad podemos considerarla de este modo. Bien interpretado transforma la imagen de Dios y del hombre, la comprensión de la religión, así como la visión de la sociedad y hasta del mundo. Todo a la vez y todo en una *síntesis hondamente bella* en medio

de un variado universo *real* y *simbólico*. Su belleza poética resulta tan sublime, que alcanza el centro mismo de la existencia humana y *resume* la vida cristiana.

El PN, la *oración personal por antonomasia*, y al mismo tiempo *profundamente familiar*, nos ayuda a pasar de la tristeza a la alegría, de la duda a la certeza mediante la vivencia gozosa de la filiación y la fraternidad, las *dos experiencias centrales* de la vida humana y cristiana. Esta oración busca al hombre allí donde en realidad se encuentra o se puede encontrar: en el *interior de su existencia más íntima*, en sus vínculos permanentes con los Otros y los otros como ser comunitario y en sus contactos básicos con la realidad que le circunda. Si la incertidumbre puede considerarse como la característica más destacada de la postmodernidad, agravada ahora con la pandemia del coronavirus, el PN orienta hacia lo seguro: lo que nos hace realmente *humanos* en nuestra relación con los demás y lo que nos convierte en *divinos* en nuestra comunión con el Dios Trino.

Además, nos ayuda a vivir la vida allí donde merece la pena vivirse y confrontarse con los otros. No se queda en lo anecdótico, superficial e intrascendente, va *a lo nuclear, a lo crucial* de la existencia cotidiana. De ahí que tantos hayan rezado y recen esta plegaria, para encontrar sentido a lo que son y hacen; para orientarse hacia el norte mismo de lo que significa su ser en este mundo y bregar en la sociedad.

Bien pensado, el PN es lo que cada uno reza *en y con* Cristo, lo que le posiciona ante el misterio divino y ante la *verdad humana*. Cualquiera puede constatar esta experiencia: el PN me hace *feliz*, me hace mejor persona, al relacionarme con Dios Padre, que me orienta más positivamente hacia los semejantes. Orarlo con el corazón rebosante de júbilo en la comunidad de los creyentes confiere confianza y proporciona seguridad. Merece la pena rezar con los otros cristianos la plegaria del Señor, porque nos *hace bien, nada más que bien, siempre bien*. ¡Ojalá lo hagamos con las mismas *intenciones* de Jesús en comunión con la *fe* de la Iglesia!

El PN se mueve entre la humanidad *ya hecha* y una humanidad *por hacer*. El orante conoce hasta dónde llega Jesús y hasta dónde puede llegar él, siempre con la ayuda de la gracia; cómo somos nosotros con el rezo de esta plegaria y cómo seríamos, si no existiera o no la conociéramos. Su contenido espiritual y humano no se agota nunca, siempre va más allá, porque tiene capacidad de trascenderse. Por eso lo que ofrezco aquí ahora

tiene una clara intencionalidad, que importa interiorizar en la hondura del alma: El PN puede *revitalizarse*, cuando se descubre el arte que contiene en sí y se deja traslucir la belleza que encierra, que es mucha a pesar de su brevedad. Un aspecto más de ese ir siempre *más allá* en el intento de dar con el sentido de esta *oración inabarcable* en su contenido.

De lo dicho podemos deducir que la belleza del PN consiste esencialmente en el *esplendor de la verdad que transmite*. De hecho, constituye el germen de la verdad de las demás plegarias, que siempre despiden destellos de belleza. ¿Qué puede haber más hermoso y hasta fascinante, que la salida del hombre hacia la trascendencia, al escuchar la llamada del Padre; que puede satisfacerle más que implicarse en el encuentro con el Padre mediante la mediación del Hijo? Del árbol frondoso del PN, rezado con frecuencia por todas las generaciones cristianas, *crecen y se diversifican* las demás oraciones. Su aroma despide un suave olor, que consiste en desarrollar más y más la relación con el Dios Trino en sentida cercanía con los hermanos. La belleza tiene sus reglas, que se entrecruzan e intercambian en la oración del PN.

Durante toda la Edad Media, en todos los países y regiones el PN se recitaba en latín, incluso por la gente sin educación y hasta de dudosa conducta. Todos lo sabían de memoria y conocía perfectamente su contenido. Por eso era conocido comúnmente como el *Pater noster* y se aplicaba a toda clase de actos de piedad de la religiosidad popular. Se recitaba en los momentos de peligro y cuando se deseaba ardientemente que algo ocurriera. Lo que indirectamente nos está señalando su *singular belleza*, al alcance de cualquiera en tiempos tanto fáciles como difíciles, poniendo de manifiesto cómo puede juntarse con otros muchos deseos concretos, que nacen del corazón de los cristianos.

II. A LA BÚSQUEDA DE LA VERDAD Y LA BELLEZA

He señalado ya la firme convicción de que la llamada «oración del Señor» tiene que ver no solo con la espiritualidad y la teología, también con el arte y la belleza. Considerada debidamente, la verdadera teología desprende belleza y puede ser expresada de forma bella. Qué pena que este hecho indiscutible no aparezca más resaltado en las obras teológicas.

En el PN tenemos la más alta expresión de lo indicado, en la medida que Jesús, que ocupa un puesto muy alto entre los poetas, se dirige a Dios de la forma que lo hace y nos presenta su realidad de manera sublimemente hermosa. Pero más que hablar *sobre* el Padre, habla *al* Padre y *con* el Padre. Se verifica un diálogo de los hijos con el Padre, o mejor expresado, del Padre con sus hijos

Aunque el *olvido de Dios*, el *eclipse* de la Trinidad constituya una de las características más preocupantes de nuestra época, el *verdadero hogar* y la *patria definitiva* de los hombres es el Padre, solo el Padre, nada más que el Padre. Los otros hogares, las demás patrias pasan irremisiblemente, no tienen entidad propia y consistencia permanentes. El tiempo de captar la belleza dimana de Dios Trino, que es Padre, Hijo y Espíritu; depende también del hombre, imagen e hijo del Padre en el Hijo por el Espíritu. El PN se ha vuelto para los orantes en un *recinto íntimo* existencial de vida, en el que puede captar la hermosura divina junto con la belleza humana. A ese círculo virtuoso volvemos, siempre que lo recitamos, como a *nuestra propia casa de oración*, a nuestra experiencia de alegría y belleza, que se vuelven propias para cada uno de los orantes.

2.1. La bella buena noticia del PN

Quiero expresar este *convencimiento íntimo*: No hay belleza sin el espíritu que la contempla. No hay posibilidad de contemplar la belleza del PN sin el Espíritu del Padre y del Hijo, que viene *en ayuda* de nuestro espíritu, impresiona nuestros ojos y sobre todo transforma nuestro corazón, para acoger la buena noticia como se debe. El Espíritu creativo, que *hace nuevo* todo, es capaz de renovar nuestra mirada y de abrirnos el interior a la novedad de la belleza, que desprende la oración del Señor. Entiende la belleza quien vive la *experiencia cristiana* y esta resulta posible, cuando existe apertura al Espíritu. Detrás de lo expresado en la relación existente entre la Trinidad y el hombre y entre el hombre y la Trinidad, como se desprende del PN, existe toda una *obra de arte oculta*, que solo puede descubrirse en todo su encanto, cuando se conoce con la ayuda del Espíritu los sentimientos de Jesús, su iniciador y los de cada uno de los orantes, unidos a su Señor por la *fe*, cuando recitan esta oración sin parangón.

El PN *restituye* a los creyentes su verdad por medio del lenguaje orante y la expresión bella. Realza la vida en lo que tiene de más valioso y sagrado:

en la acogida de la paternidad y de la filiación en mutua complementariedad. Reta a la experiencia del hombre interior, que trasciende hacia el *asombro*, la *paz* y la *benignidad* que es un fruto del Espíritu. Se sitúa en el centro mismo de la vida y vive en el esplendor de la belleza. El Padre es simpatía en su Hijo. Está al lado de cada uno de nosotros. En su amor se adelanta para acompañarnos. Cura y veda nuestras heridas, para que podamos *crecer* en la fraternidad, *rechazar* la mentira y *sacar fuera* el egoísmo, que en ocasiones nos atenaza. ¿No nos proporciona consuelo tanta belleza?

El PN nos comunica esta bella buena noticia: Podemos participar de la vida divina y podemos hacerlo con todas las garantías de verdad, bondad y belleza. Con su oración Cristo nos ha abierto la relación con el Altísimo. Su Encarnación y Resurrección, su vida entera en la Tierra Santa nos ha mostrado que *resulta factible experimentar a Dios* y este constituye el objetivo supremo de toda oración, que se precie. Lo verdaderamente hermoso del PN consiste en que nos permite contemplar y vivenciar lo esencial con muy pocas palabras; las suficientes para caer en la cuenta de lo que constituye la *causa de Dios* y la *causa de los hombres*.

Quien reza el PN respira lo *divino* y lo *humano*, no saliéndose de lo crucial existente en ellos. Se pone en contacto con lo duradero, lo que siempre permanece. Con lo que importa de verdad para orientar la propia vida personal y la comunitaria hacia la felicidad experimentable aquí en esta vida, en preparación de la otra. Por los valores que encierra, el PN se ha rezado en el pasado, se reza en el momento presente y se rezará en el futuro. Siempre estará *unido en el tiempo*, en lo que tiene de vinculación del hombre con su Creador y Padre.

2.2. Una objeción que conviene responder

El PN es una oración *breve*, muy breve. Consta de muy pocas palabras. Con la doxología de la *Didajé* registra 68 palabras (incluyendo artículos, preposiciones y conjunciones). En este momento la versión castellana oficial, que sigue la edición ampliada de Mateo, tiene *56 palabras* y con la doxología 69 (una palabra más que la versión griega). El original arameo, al que se atiene más la versión de Lucas, posiblemente constaría en su totalidad de unas *23 palabras*. ¡Solo 23 palabras! Corresponde perfectamente al más *íntimo deseo de Jesús*, expresado inmediatamente antes de rezar el PN por primera vez:

«Y al orar, no os perdáis en palabras como hacen los paganos, creyendo que Dios los va a escuchar por hablar mucho. No seáis como ellos, pues ya sabe vuestro Padre lo que necesitáis antes de que vosotros se lo pidáis» (Mt 6,7-8).

Ante este hecho inscuestionable podemos objetar lo siguiente: ¿Puede una fórmula tan breve considerarse como una obra de arte? ¿No estamos *exagerando* por tratarse de palabras de Jesús? Rotundamente *sí* se trata de una *verdadera obra de arte*, aunque sea tan breve su contenido. Qué duda cabe que la extensión de un texto en muchas ocasiones tiene su importancia. Pero lo decisivo para la obra de arte está en la forma, la expresión y la precisión con que aborda el tema expuesto y sobre todo el contenido como tal.

En este sentido el PN acierta de modo bien singular. No se anda por las ramas, perdiéndose en palabras huecas, *se centra en lo verdaderamente crucial* de la relación con la Trinidad y con los hombres y lo hace con trazos precisos y definitivos, que esconden un mundo interior de reconocida riqueza y espléndida belleza. Deja a un lado la *palabrería*, que ensucia el espíritu de la oración, para concentrarse en la palabra primegenia: *Padre* y en las palabras claves del encuentro del Dios Trino con el hombre: su Nombre, su Reino, su Voluntad y de los hombres con Dios: el pan, el perdón, la tentación, el mal. La grandeza del lenguaje está en la *brevedad*, cuando acierta a expresar lo auténticamente esencial.

El que se haya convertido en la oración más rezada de todos los tiempos, se debe a la maravillosa convicción y verdad, con que nos habla de Dios y a la eficacia y contundencia con que *llega al corazón* humano. No necesita grandes reflexiones. Se aprende de memoria con facilidad. Así lo demuestran las innumerables generaciones, que lo han recitado una y otra vez desde la niñez hasta la vejez. Se trata de una oración que «da en el clavo», como ninguna otra, y lo consigue hacer de forma tan bella —las personas tenemos una propensión natural para la belleza, aunque no sepamos formularla— que enseguida penetra en la conciencia, siendo fácilmente recordada, agradecida y alabada. Solo Jesús ha logrado con tanta brevedad dar con una *formulación definitiva* en lo referente a lo esencial de la oración, de los que quieren ser sus discípulos. Pero también de todos los hombres de buena voluntad que desean relacionarse con la Trinidad en espíritu y verdad, incluyendo en esa relación a los hombres hermanos.

La *fascinación* del PN estriba en que nos da a conocer no solo el nombre del *Padre*, también nos lleva a entender lo que resulta más característico de su persona. Consigue adentrarnos en lo que tiene que ser nuestra verdadera relación con el Todopoderoso, que muestra su omnipotencia en el amor. Podemos mantener con el Dios Trino un *diálogo vivo y sentido*, considerar sus cosas, pero también hablarle con toda la naturalidad de las nuestras, incluidas las necesidades materiales, de las que no debemos avergonzarnos. Decisivo es comprobar en esa relación, que el amor trinitario nos sostiene, alienta y confiere el incremento debido para vivir como hijos y hermanos en filiación y fraternidad, siempre guiados por la mano bondadosa del Padre celestial, que es el *protagonista*, adelantándonos en bondad, perdón y ternura.

En el PN Jesús, el Hijo Unigénito, nos muestra que en lo más hondo de nuestra existencia no actúa un Ser Supremo *frío y distante*, sino un *Abba* cercano y misericordioso, que nunca nos deja abandonados y siempre nos acompaña complacido con su bondad y cariño. Él lo vivió así y así nos lo enseñó y testimonió. En modo alguno podemos considerar al Altísimo y Todopoderoso como un Juez meticuloso y rencoroso, que nos acecha sin cesar para castigar nuestras faltas, sino como un Padre bueno, que acoge a todos, atiende sus necesidades y está dispuesto a amar a la humanidad entera sin restricción alguna. ¿No está esta buena noticia cargada de belleza? El Padre no nos condena de antemano, nos permite entera libertad y está dispuesto a sostenernos una y otra vez en la tentación; no puede considerársele como la causa del mal, sino que nos ayuda con su gracia a vencerlo y superar las pruebas más extremas.

El PN no solo nos habla del Padre a través del Hijo, también en lo profundo está *presente y actuante el Espíritu*. El soplo del Espíritu vivifica su invocación, así como las siete peticiones de las que consta, según la versión de san Mateo y de cinco según san Lucas. Estamos ante una oración *íntima*, que *nunca apaga* al Espíritu, más bien lo enciende y mantiene vivo siempre. Desarrolla una espiritualidad de los «ojos abiertos» y «los pies en el suelo», que nos permite descubrir quién es el Dios Trino y quiénes somos nosotros los hombres en contacto con la realidad en sí misma. El Espíritu abre también a la belleza, ya que el Don del Amor, que le es inherente, se identifica por completo con la Belleza en mayúscula.

2.3. *La verdad y la belleza del PN*

Para llegar a comprender la realidad teológica tenemos tres caminos complementarios: la *via veritatis*, fundamento de las demás, la *via amoris*, ya que la teología no se comprende del todo, sin la puesta en práctica del amor y, por último, la *via pulchritudinis*, que tiene que ver con la hermosura, que desprende la belleza del amor y la verdad. Verdad, amor y belleza constituyen dimensiones distintas de una misma realidad divina, que se trasciende a sí misma en la expresión de su propio ser y se expresa en una tríada de derivaciones, que en el fondo vienen a desembocar en el mismo mar y a significar lo mismo. Aquí vamos a ensayar sobre todo el último camino, aunque los dos anteriores estén también presentes y actuantes en nuestras consideraciones.

Para ello anticipamos la reflexión siguiente: Alguien ha afirmado que «ars sine scientia nihil est», es decir: «el arte no es nada sin la ciencia». Del mismo modo yo me atrevería a decir, precisando la cuestión: «ars sine veritate nihil est», pero añadiendo al mismo tiempo: «veritas sine arte nihil est». Dicho en román paladino: «el arte no es nada sin la verdad» y «la verdad no es nada sin el arte», ya que ambas realidades se relacionan y complementan mutuamente. Estas constataciones quedan reflejadas, incluso se hacen patentes en el PN, que une de forma espléndida ambas realidades arte y verdad; verdad y arte. Podemos ampliar los conceptos: Teología y belleza se complementan, cuando ambas caminan conjuntamente, dándose la mano e impregnándose en mutua fecundidad y en constatable reciprocidad.

Platón se pregunta en la *República*: «¿No es verdad que la excelencia de la belleza y la justedad de cada utensilio, ser vivo y actividad no están en relación con ninguna otra cosa más que con el uso para el que han sido hecho o han nacido?». Pues bien, el PN lo pronunció Cristo para orar como Hijo y Hermano en comunión con los hijos y hermanos. Su belleza consiste precisamente en el uso de esta plegaria para aquello para lo que fue creada: para *relacionarse con el Padre en el Hijo mediante filiación íntima y una fraternidad universal*. Considerado así el PN, y ateniéndonos a aquello para lo que Jesús lo pensó y rezó, nos lleva *inexorablemente* a encontrarnos con la verdad y la belleza en grado sumo.

El PN constituye el fiel transunto de la verdad y de la belleza en su aspiración suprema. Su verdad conlleva belleza y su belleza consiste en el

esplendor de su verdad. Manifiesta verdad y belleza no solo en su totalidad, también en todos y en cada uno de sus elementos: en su invocación y en cada una de sus cortas peticiones, de modo que traslucen la imagen exacta de lo divino en la elevación del alma hacia el Señor de la vida y en la relación amorosa con el Padre de los cielos. El rezo *libre y consciente, gozoso y esperanzado* de esta oración nos permite incluso poseer a la Trinidad mediante el amor, para ponernos, al mismo tiempo, al servicio de los hermanos de acuerdo con la voluntad paterna. Como auténtica construcción religiosa es digna del arte y la belleza, de la verdad y del amor. ¡Qué bello resulta *gozarse* en estas *vivencias*, que integran por igual razón y corazón con sus pensamientos y sentimientos!

Alguien ha dicho con toda razón que el mundo occidental ha creado y construido sus obras más bellas desde *el espíritu de la religión*. El PN, tan repetido una y otra vez en este mundo nuestro, sin duda representa ese espíritu de la religión en grado superlativo. No necesita de muchas palabras, valen y bastan las que tiene por la intensidad de su sencilla exposición y por la emoción de sus evocaciones, así como por la calidad de sus sentimientos en la expresión de la relación mutua. En este sentido el PN alcanza, como obra de arte, *a todos los humanos*, aunque sin duda haya tenido su expresión más extendida en el ámbito occidental.

2.4. La oración que resume la vida de Jesús y se acomoda a las comunidades creyentes

El PN resume la vida entera de Jesús: su querer y esperar, sus planes y sus obras, sus postulados e intenciones más íntimas. Pero el Señor no hace teoría sobre la oración con dilatadas disquisiciones (Lc 11,1-4). Superando a los grandes profetas que le precedieron, testimonia con el ejemplo su apasionante y apasionada relación con el Padre y los hermanos. Rezando él mismo en compañía de los suyos nos enseña a cada uno de nosotros a orar, ya que el testimonio personal constituye el mejor camino para aprender el convincente trato con el Altísimo.

Una obra de arte no alcanza su objetivo máspreciado hasta que no se introduce en el consciente de los destinatarios y los impele a la acción. Y así ocurre con la oración del Señor. Solo la entenderemos bien y podrá cambiar nuestra acción, cuando la recemos con la intención y las actitudes que nos mostró Jesús, el Hijo de Dios y el Hermano de los hombres.

Cuando adoptemos las mismas actitudes que él tuvo, cuando nos dejemos amar y amemos, como él lo hizo, cuando estemos dispuestos a obrar a la manera que él obró imitando también su estilo de oración.

Con todo, conviene añadir que, aunque los primitivos cristianos en seguida aceptaron el PN como *fórmula normativa*, pronto lo acomodaron a las necesidades precisas de cada comunidad. Así puede comprobarse en los evangelios de Mateo y Lucas y en el escrito subapostólico de la Didajé, en los que se nos han conservado los textos más primitivos, como anteriormente hemos constatado. Lucas enseña el PN a paganos, que aún no saben orar. Mateo en cambio lo hace para judíos que ya saben orar, pero pueden hacer mal uso de su oración. La obra de arte contiene aún *más destellos de belleza*, cuando se puede ajustar a las *circunstancias concretas* de quienes entran en relación con ella, mejorando su percepción de la realidad y sintiéndose mejores en el uso de sus relaciones personales. Y así sucede en alto grado con esta bendita oración desde sus tiempos más antiguos.

Tanto su invocación como sus peticiones constituyen un *verdadero remanso de belleza*, que amaina las pasiones, nos proporciona serenidad con nosotros mismos mediante la comunión con Dios, nos compenetra con los demás y nos transmite una paz difícilmente perceptible en otros textos. La filiación y la fraternidad, repetidas y experimentadas hasta la saciedad, marcan la entraña misma de esta plegaria sin par, que cuanto más se reza más destellos de belleza desprende, porque se va comprendiendo mejor lo que significa ser hijo y ser hermano en la realidad trabajosa de cada día. El amor infinito de *Abba*, que es *Padre y Madre* en un mismo trazo, desprende comprensión inagotable, perdón incondicional, permanente preocupación por los dolientes, todo de forma insuperable e insosyalable.

Cuando oramos junto con Jesús, vamos descubriendo con inmenso gozo, cómo el Padre de la bondad y la belleza nos va *recreando constantemente en el amor*, empeñado como está en lograr la definitividad de nuestra existencia. Afirma constantemente nuestro ser y su deseo es que llegue a la plenitud. Eso es lo que espera de nosotros, porque ya nos está proporcionando las gracias necesarias para ello. Siempre permanece a nuestro lado, sin que se aparte de nuestras preocupaciones, obrando únicamente el bien y volcado en mantenernos apartados del mal, con el que no tiene arte ni parte. El PN nos llena, pero a la vez nos vacía. Nos llena

de bien, de comprensión, de serenidad, de paz y nos libra del egoísmo, del rencor, del desenfreno, de toda forma de maldad. La eficaz presencia del Padre bueno prevalece por encima de cualquier tendencia malsana a la negatividad y evita toda forma de autodestrucción.

Los hombres con demasiada frecuencia hemos hecho de la vida un *campo de batalla*, lleno de conflictos de toda clase. El PN, rezado en su verdad, logra en nosotros todo lo contrario. Conforme a los planes divinos la existencia humana está llamada a constituirse en un *lugar de armonía*, en el que no se experimenta la muerte sino la vida, no se busca la crueldad sino la bondad, no lleva a la violencia sino a la paz del alma. Nada tiene que ver con la fealdad de la disgregación sino con la belleza, que encierra la apertura a la comunión con el prójimo. Nos invita a una cotidianidad amable, digna de ser reconocida y agradecida, interpretando el propio ser y quehacer *desde la gracia* que nos brinda el Padre bueno en beneficio de nuestros hermanos.

Quien ora con esta oración busca la bondad, imitando al Padre, que hace a las personas mejores, a veces incluso sin que ellas mismas tengan conciencia de ello. El orante cristiano, cuando se pone delante la presencia del Padre, sigue al Hijo encarnado y su alma recibe la inspiración y la fuerza del Espíritu, está llamado a crecer en la bondad, en la verdad y en la belleza. El PN no es la más hermosa de nuestras ilusiones, sino la *belleza real*, la más real, la realísima por encima de todas las demás en la experiencia de nuestra propia interioridad, que nunca engaña.

2.5. La nobleza del PN, fuera de toda maldad

Algunos sostienen que «el arte no está destinado a mejorarnos como seres humanos». Craso error, sí está destinado a mejorarnos y el auténtico arte nos hace más humanos. Nada más mentiroso que un arte neutro inexistente o un pseudoarte rastrero, que envilece. El verdadero arte *ennoblece* y nos hace mejores personas en cada una de sus expresiones. El arte auténtico está al servicio de todo lo que tiene que ver *con lo humano* en sus múltiples manifestaciones. Embellece aspectos de nuestra existencia que quizá desconocíamos o no habíamos reflexionado sobre ellos suficientemente. Ayuda a superar las contradicciones existentes en la vida, que pueden desviar su sentido auténtico. Consigue diferenciar perfectamente entre el *bien* y el *mal*, poniéndose al servicio del primero y luchando

contra el segundo. En el PN este hecho encuentra una *confirmación paradigmática*.

Los actos violentos, y más aún los monstruosos, cométanlos quienes los cometan, no pueden ser bellos en sí, son simplemente abyectos y se apartan de cualquier forma de hermosura. ¿Acaso hay belleza en un crimen por bien narrado que esté? El arte puede ser peligroso, pero nunca abyecto. No se da arte en la maldad como tal, aunque sí puede mostrarla y presentarla como lo que es: como algo que hace daño a las personas y las aparta del camino auténtico de la verdadera vida. No hay que dudar que la maldad se identifica con *anti-arte*. Un arte sin posibilidad de valoración de juicio moral, no deja de ser una entelequia, peor aún: una contradicción en sus términos.

La maldad, aquello que de verdad hace daño a las personas, en realidad no tiene derechos y menos justificación. Perjudica a la humanidad y en todo caso hay que tratar de destruir lo que tiene de malo, siempre que sea posible, usando para ello medios legítimos. La maldad es fealdad y como tal hay que mostrarla, no puede ser camuflada, so pena de degenerar el verdadero arte, instrumentalizándolo para fines espúreos. Esto no quiere decir que haya una *maldad terrena absoluta* y que en ocasiones solo y únicamente se muestre como tal. Siempre pueden apreciarse *destellos de bondad* en ella y, por lo tanto, despide cierta hermosura y no poca atracción, que conviene distinguir debidamente de la maldad como tal. Como el *trigo* y la *cizaña* de la parábola de Jesús, también la maldad se mezcla con la bondad. Constituye un empeño nuestro saber distinguirla, valorarla, discernirla, juzgarla, llamarla por su nombre y desenmascararla como se merece, para que no se presente como *lo que no es*.

Ejemplarizar el mal, y lo que aún es peor, presentarlo como bello, pone de manifiesto cierta *fibra ética*, que existe en las sociedades occidentales y en algunos de sus artistas, que se empeñan por cambiar el recto orden de las cosas y piensan que con sus provocaciones pueden considerarse vanguardistas. El bien *favorece* el progreso, el mal lo *entorpece*. Aunque se dan opiniones en otro sentido, el mal, que en algunas de sus formas tanto fascina en la actualidad, hay que rechazarlo como antihumano y pedir al Padre que nos libere de su hechizo. Lo que suplica ante el Padre la última petición del PN: «*líbranos del mal*» tiene pleno sentido en todas las manifestaciones de la existencia, también en el arte.

El PN nos invita a permanecer en el Bien (Rom 12,9), donde anida el esplendor de la Belleza. Hay que resistir al Mal, que produce odio, violencia, destrucción y fealdad, por mucho que se pretenda afirmar lo contrario. ¿Qué es el Bien? ¿Qué es el Mal? No se trata de dar definiciones, que nos llevaría a incontables disputas. Podemos conocer uno y otro por las *consecuencias* que dejan y por los *efectos* que despiden. «*Por sus frutos los conoceréis*» (Mt 7,20). Y el PN deja unos frutos inmejorables en los orantes.

III. SIGUIENDO LOS PASOS DE LA POESÍA HEBREA Y TRASPASÁNDOLOS

En el PN encontramos una forma suprema de poesía, que sorprende por su *concreción* y muestra admirable *maestría*. Poesía que nos ha dado como gracia el *Hijo de Dios*, algo que no conviene olvidar nunca; y poesía que nos ha traído el que también se acredita como *Hermano de los hombres*, que al llegar la plenitud de los tiempos quiso asumir la condición humana hasta darnos la prueba definitiva de amor y hacerse uno de los nuestros con todas las consecuencias, al tomar un cuerpo semejante al nuestro y desgastarlo al servicio de la humanidad caída. ¡Qué hermosura la *solidaridad* del Hijo con los hombres! (cf. 2 Cor 8,9). El PN nos muestra el camino más poético que conocemos, cómo el hombre, a través de la oración, puede *encontrarse* con Dios, *confrontarse* con su propio ser y comprometer su quehacer con los semejantes a quienes considera sus hermanos. Se trata de una plegaria, en la que se unen armónicamente la ejemplaridad, la verdad y la belleza. ¡Y esta trayectoria poética se realiza de la mano del Hijo, que «*me amó y se entregó por mí*!» (Gal 2,20).

Desde un principio precisamos constatar que el PN respira el espíritu del Primer Testamento. En él encontramos algunos pensamientos que casi están contenidos al pie de la letra en los libros más recientes de la Sagrada Escritura. Pero Jesús no cita literalmente a ninguno de ellos, aunque los tiene en el trasfondo, como no podía ser de otra manera. Del mismo modo se mueve dentro de la *fecunda corriente espiritual* de los *profetas*, los *piadosos* anawim y de los *sabios* de Israel, porque en ellos tiene sus raíces y bebe de su savia fecunda. Ha sabido recoger lo más valioso de la oración,

no porque lo haya copiado sino porque ha hecho *experiencia propia*, lo que en realidad supone un auténtico trato con el Altísimo en plena comunión con su pueblo.

Esto no reduce, ni mucho menos, su originalidad, ya que el PN —y así lo han considerado siempre los comentaristas— puede entenderse como *plena creación suya*, genuina expresión de su *rico mundo interior*, que desea manifestarse en el exterior mediante un atractivo ejemplo de experiencia íntima y compromiso espiritual. En este sentido ofrecen *orientación propia*: la forma conferida a la composición, la precisa elección de las súplicas, el orden en que coloca los temas, la cortedad, pero al mismo tiempo, la concreción con que expresa lo esencial, la variedad de los motivos que animan el conjunto y, por último, la cerrada unidad que conforma la totalidad de lo formulado.

El verdadero artista *no flota en el aire*, tiene sus pies en la tierra de sus mayores, bebe de sus fuentes y sabe recoger con fidelidad lo mejor de la tradición conforme a su visión específica, fecundando así el conjunto presentado con su propio genio poético, en el que tiene que ver mucho la inspiración del Espíritu (Sería bueno tratar la relación con el Espíritu en la expresión del arte jesuádico, pero derivaríamos hacia una dirección que merece ser abordada como tema propio). Con todo el verdadero artista, como en el caso de Jesús, también se muestra *creativo*, elevando los temas ofrecidos a algo aún no expresado con anterioridad. Lo que hace del PN una oración tan llamativamente judía, pero al mismo tiempo tan *universal*, está precisamente en la concreta exposición de los motivos, que son propios de cada hombre, alcanzando de lleno la sustancia de la condición humana.

Y ahora, después de estas observaciones preliminares, desmenuemos de manera precisa el talento artístico de Jesús.

3.1. En la esencia de la poesía

Si poesía consiste en captar, y expresar a su vez, la hondura de la realidad con belleza, nuestra oración contiene *poesía en superlativo*, como muy pocos textos. Capta la grandeza de Dios y la dignidad del hombre en unos términos precisos nunca antes desarrollados hasta el día bendito en que Jesús los expuso. Dios se alza como Padre, Santo por encima de toda ponderación, realizador del Reino del amor y de la paz, de la verdad y la

justicia, y como consumidor ante el mundo de sus designios de salvación. Desea que de la misma manera que Él quiere a los hombres, así se amen los creyentes mutuamente con la marca de la bendición divina. Se preocupa de las necesidades humanas y las atiende con providente solicitud.

El hombre, por su parte, encuentra en Dios la *llave* para dar con el sentido de la vida y para hacer posible el logro de la existencia en múltiples de sus manifestaciones. Como ser necesitado, eleva su súplica al Altísimo, alcanzando para su bien lo más íntimo de la identidad divina: comportarse como un Padre amoroso con los humanos, llamados a ser hijos y hermanos en el Hijo Unigénito y el Hermano Mayor. Insiste humildemente que no le falte nunca la gracia que sale de sus manos para no caer en la tentación y, con su omnipotencia, que le libre de todas las diversas formas del mal existentes en el mundo.

Si esto es así, ¿no descubre entonces el PN lo más íntimo del ser de Dios y del hombre, que hemos podido alcanzar los mortales y que nos basta para llevar una *existencia dichosa* a pesar de las pequeñas o grandes preocupaciones y penalidades cotidianas? ¿No desprende belleza por doquier esta oración en el esfuerzo humano por dirigirse a su Señor conforme los dictados expresados por su Cristo? En el *itinerario del alma hacia su Creador*, la aventura más sublime que puede acometer el hombre, ¿ha encontrado alguien una plegaria más precisa y condensada, más real y consoladora que recoja con tanta maestría la expresión última de una depurada religiosidad, llamada a ser testimoniada personalmente en medio de la comunidad en la que habita el Espíritu e inspira sus mejores realizaciones?

3.2. En los secretos de la poesía hebrea

El PN sigue los cánones de la poesía hebrea. Hoy día damos por seguro que el original griego, que ahora poseemos en dos versiones complementarias, recoge y traduce con fidelidad las *palabras arameas*, salidas de la boca de Jesús orante. La intención primera y última que trasluce el PN tiene una evidente *raíz jesuádica* que no podemos olvidar nunca, ya que constituye el punto de partida de toda reflexión sobre el particular. Por eso, estamos ante la oración judía del rabino de Nazaret que, en comunión con la espiritualidad de su pueblo, supo penetrar en lo profundo y sensible de la naturaleza humana, para descubrir la presencia divina y

transmitirnos a través de ella enseñanzas relevantes acerca del Dios Trino de la vida y del amor.

Lo hizo entonces *ante sus discípulos de la primera hora* y en ellos lo hace también ahora ante cada uno de nosotros. La oración, que en su día rezó con sus seguidores por los caminos de Galilea, la reza en cada momento con la comunidad de los creyentes reunida en la mesa de la Eucaristía, en otras celebraciones de los cristianos, en las expresiones creyentes de las familias y hasta en las plazas del mundo. Tenemos para siempre su promesa: «*Cuando dos o tres estéis reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de vosotros*» (Mt 18,20). Algo que suena a verdad, sobre todo cuando el rezo del PN sube hasta el Padre de los cielos.

La poesía hebrea, tal como aparece en su forma más característica, en el *Libro de los Salmos*, se rige por el llamado «*paralelismo de los miembros*» (*parallelismus membrorum*). En el PN encontramos también ese procedimiento poético, tan querido para los judíos. La primera parte del paralelismo contiene las llamadas «*peticiones tú*», la segunda «*las peticiones nosotros*». Unas y otras expresadas mediante el correspondiente pronombre personal. En la versión aramea aparece muy remarcado el ritmo oriental y la rima final. La primera parte, la relativa a las peticiones tú, viene caracterizada por la rima *-eka*. La segunda, la relacionada con las peticiones nosotros, por la rima *-enu*.

El paralelismo adquiere *proporciones perfectas*. Las «*peticiones tú*» representan la causa de Dios, lo que el Padre, en su calidad de Padre, desde siempre realiza en favor de los humanos desde la consideración de su *Nombre*, su *Reino* y su *Voluntad*. Las «*peticiones nosotros*» descubren las necesidades humanas, empezando por los materiales, y concluyendo con las más espirituales. Ambas realidades se armonizan plenamente. La causa de Dios verifica su verdad en la disposición divina, dirigida a favor de los humanos. Y los hombres, alzan su voz ante Aquel que les ayuda en las urgencias surgidas en el quehacer diario.

Conforme a estos postulados, los deseos divinos pasan a convertirse en *proyectos de amor* para con los hombres y en *misión* a cumplir. Y las necesidades humanas son escuchadas por un Padre bueno, que llama tanto a la filiación como a la fraternidad. El PN puede considerarse entonces como un *breve salmo de súplica*, dirigido al Dios universal judío, que ha dejado de llamarse Yahvé, para convertirse con todas las garantías de ver-

dad, en el *Padre de nuestro Señor Jesucristo*, abierto a la salvación universal de todos los hombres, y a quien desde ese momento no queda más remedio que invocarlo como *Padre*, la primera y más valiosa de las revelaciones del Nazareno, el Hijo Unigénito humanado.

Pero se trata de una súplica, en la que implícitamente está contenida la *alabanza* y la *acción de gracias*. Algunos han encontrado extraño que ambas no estén consignadas expresamente. Pero en esto consiste precisamente el arte: en *saber adivinar* lo que puede esconderse detrás de las palabras y de los giros empleados. En *saber identificar las emociones y actitudes* que pasan por el orante, algo que captan perfectamente los orientales, pero que nos resultan más difíciles de adivinar a los occidentales. Y la alabanza y la acción de gracias constituyen sin duda el *secreto mejor guardado* que esconde nuestra oración, pero que con la ayuda del Espíritu podemos descubrir en medio de una inmensa alegría.

En primer lugar, la *alabanza*. Reconocer la santidad del Nombre divino, desear la plena consumación de su Reino, estar dispuesto a cumplir su voluntad, regla suprema del bien obrar, ¿no significa ya alabar lo más grande que el Padre nos ha puesto ante nuestros ojos y nos ha entregado junto con la hermosura de su amor? Estamos ante una *alabanza en acción*, que va más allá de las simples palabras. Se menciona del Padre lo que más le puede *glorificar y ensalzar* debido a sus gestas en beneficio de los hombres.

En segundo lugar, la *acción de gracias*. Cuando me dirijo al Padre y solicito ante su presencia lo necesario para la vida diaria, me acojo al perdón de los pecados propiciado por Él y confío plenamente que me otorgará la fuerza necesaria para vencer la tentación y superar el mal, ¿no se encuentra aquí también el deseo de agradecimiento y sobre todo de acción de gracias, porque estamos seguros que el Padre nos lo va a conceder? Por eso igual que al final del PN profesamos un rotundo *¡Amén!*, también podíamos añadir un convencido *«¡Deo gratias!»*. ¡Gracias sean dadas a Dios Padre en el Hijo por el Espíritu!, este agradecimiento se encuentra sin duda en su trasfondo, en lo más sagrado que desea transmitir.

3.3. Al encuentro de la filiación y la fraternidad en bellissimo equilibrio poético

Como ya hemos mostrado una y otra vez, la armonía poética del PN bascula entre dos direcciones que guardan una perfecta armonía: una,

hacia la *filiación divina* y otra, hacia la *fraternidad humana*. El orante, que sigue a Jesús en su rezo, se siente hijo del Padre de los cielos y hermanos de los hombres, aquí en la tierra, sin que ambas vertientes se hagan la guerra entre sí. ¡Todo lo contrario! En labios de Jesús filiación y fraternidad *se besan*, lo mismo que la justicia y la paz en boca del salmista. La filiación entonces no crece a costa de la fraternidad, ni la fraternidad se afirma a espaldas de la filiación o en su contra. El conjunto aparece expresado y vivido en sorprendente equilibrio: avanzar vitalmente en la filiación significa, al mismo tiempo, progresar en la fraternidad. Cuanto más hijos, más hermanos. Cuantos mayores grados de fraternidad se alcanzan, más crece la filiación. Cuanto más hermanos, más hijos.

Siguiendo a la par estas pautas tan divinas y tan humanas, el PN nos consuela con la promesa de que cuanto más crecemos en la *divinización*, tanto mayor resulta nuestra *humanización*. Dios y el hombre, cuando penetran en las auténticas relaciones, no ofrecen intereses encontrados, sino semejantes, complementarios, hasta iguales mediante la conjunción de voluntades. El camino de la oración, recorrido por el orante siguiendo el magisterio y el testimonio de Jesús, corresponde por completo al hecho incuestionable de traducirse en perfecta expresión de lo más divino, para al mismo tiempo ser de modo creciente más humano.

Además, nos adelanta el fundamento de toda auténtica oración: crecer en la filiación para alcanzar la humanización y crecer en la humanización para llegar a la divinización. Todo esto, cuando se contempla en su radicalidad, es decir en *lo íntimo de su raíz troncal*, desprende una singular belleza propia de la dignidad humana y conseguida para beneficio de los hijos y hermanos del Reino. El creyente nunca puede olvidar que solo se puede realizar como hombre con todas sus potencialidades, en su doble dimensión de hijo y hermano, cuando sabe sacar su fuerza de la oración del Señor. ¡Con la ayuda de la gracia puede conseguir lo que pide y tanto desea en su corazón y no le resulta posible alcanzar con sus propias fuerzas únicamente!

Pero la belleza del PN no se muestra de modo independiente con la oración como tal. Bien al contrario, se encuentra en íntima conexión con lo expresado en ella, incluso puesto a su servicio. La poesía se esconde detrás del mensaje y le sirve de vehículo para hacerlo más *vivo, hermoso y atractivo*, más cargado de verdad y encanto. Por medio de una forma poé-

tica bien precisa se van expresando pensamientos, emociones, sentimientos, afectos, deseos y también preocupaciones, que se encuentran *en el centro mismo de la vida diaria*, cuando esta se abre a la trascendencia. Por eso el PN suena tan *real, consecuente y sincero*, tan *concreto* en el *quehacer cotidiano*.

El orante se encuentra ante el Padre, con sus ansias de volverse hacia Aquel que escucha sus urgencias y atiende sus necesidades, surgidas de la interacción en relación con sus semejantes. Al mismo tiempo se acerca a los hermanos. La *subjetividad individual* queda complementada por una nueva *subjetividad colectiva*. Importa el «yo» en la medida que se considerada integrado en el «nosotros fraternal». En esa interacción el orante va tomando conciencia *por la fe* que el Padre se muestra en la comunidad de la Iglesia.

3.4. Situados en el presente y caminando hacia el futuro

Fascina la maestría con que el PN integra los tres tiempos de la historia. El *pasado*, ya que la plegaria dirigida al Padre se hace *memoria agradecida* en cada orante. La oración sólo resulta posible cuando se reconocen las maravillas obradas por Dios desde los orígenes en la creación y de un modo muy especial en el hombre, con la única creatura terrena con quien puede mantener un *diálogo* libre, consciente y responsable. La relación parte siempre del hecho de que el Padre conoce nuestras urgencias y sale al paso de ellas antes de que elevemos nuestras súplicas (Mt 6,8). El *presente*, ya que el PN está motivado por una fantástica confianza, que se verifica aquí y ahora. El orante sincero tiene el pleno convencimiento de que el Padre atiende con solicitud nuestras necesidades, porque desea lo mejor para sus hijos. El plan divino de salvación puede lograrse inexorablemente, siempre que no falte la colaboración humana. Pero llegará un día, en que los designios del Padre no tengan marcha atrás, porque se habrán conseguido plenamente. De ahí que sea muy fuerte la perspectiva de *futuro*, presente en el orante.

Para él su mayor preocupación está en servir a la nueva familia de Dios, creada con la llegada del Reino que irrumpe con la persona y actuación de Jesús. Importa que el *Señor* sea el Padre no los hombres, lo que sería la mayor de las imposturas; resulta imprescindible que se cumpla su *voluntad*, no nuestro capricho; que se imponga su *perdón*, no nuestra ven-

ganza; que venza el bien y no nos dejemos arrastrar por el *mal*. El Padre desea transformar nuestra vida y ahí ha de implicarse con todas sus fuerzas la colaboración del orante, que quiere que ante todo triunfe la *sobreranía divina*, de modo que el plan divino de salvación definitiva llegue cuanto antes y se transforme la realidad en un suelo nuevo y en una tierra renovada.

En este sentido el PN no se estanca en el presente, aunque lo considere con realismo, como hemos mostrado. Se alarga hacia el futuro, buscando que culmine la soberanía paterna, que es luz y verdad, vida y amor. Jesús es consciente de que vivimos los últimos tiempos de la historia (Q 10,23-24 = Mt 13,16-17/ Lc 10,23-24), caracterizados por la formación de la familia nueva de los hijos y hermanos del Reino, que se dejan guiar por el Espíritu. Pero da un paso más y pone su mirada esperanzada en el *futuro final*. Por eso, el PN tiene un *sentido escatológico*, al que todos los comentaristas hacen mención, por constituir una de las características más remarcadas. Vislumbra entonces el *final de los finales* y lo hace *deseable*. ¿Puede haber una belleza mayor que orientar a los humanos hacia la *esperanza cierta*, que llegará a cumplirse por completo cuando la santa voluntad divina se haga en la tierra transformada como se hace en el cielo?

IV. APOYÁNDOSE EN LA TEOLOGÍA DEL PRIMER TESTAMENTO, Y REBASÁNDOLA

Las claves presentes en la oración del Señor tienen un evidente enraizamiento judío, como ya hemos mostrado anteriormente. Resulta imposible de entender sin la teología y espiritualidad del Primer Testamento y de sus autores más inspirados. En relación con la forma conviene mencionar el impulso del *Libro de los Salmos*. En lo relativo a las *tres peticiones tú*, hechas pensando desde Dios, no queda más remedio que recurrir a *Ezequiel* (para la primera), a *Daniel* (para la segunda) y a *Isaías* (para la tercera). Las *cuatro peticiones nosotros* tienen que ver con temas sapienciales y apocalípticos del mejor cuño.

En el PN ese Jesús, que bebe de las fuentes bíblicas y tiene su sitio entre los creadores más inspirados, descifra su propio misterio y al mismo tiempo el de los hombres, ofreciendo el *auténtico rostro divino* y, a la luz

de su bondad, quiénes en realidad estamos llamados a ser los hombres, descubriéndonos el *rostro fraternal*. Pero el PN descubre la viveza de la *divinización* y de la *humanización* en la experiencia del orante de tal modo que sobrepasa con mucho lo logrado por la espiritualidad judía en su larga historia. El PN transparenta la grandeza y la armonía existentes entre lo divino y lo humano, como nunca de esa forma se había mostrado hasta entonces. Resume la buena noticia de lo que significa ser Dios y ser hombre.

En este sentido traemos aquí unas palabras de Jesús, cuando lleno de la alegría del Espíritu, llama bienaventurados a los que le siguen, escuchan sus palabras y son testigos de sus obras: «*¡Bienaventurados los ojos que ven lo que vosotros véis! Porque os digo que muchos profetas y reyes desearon ver lo que vosotros véis, y no lo vieron; y oír lo que vosotros oís, y no lo oyeron*» (Lc 10,23s). Entre lo que los discípulos han oído está la oración del PN.

Quien lo proclama y vive es el Hijo unigénito del Padre y el Hermano Mayor de los hombres como nadie lo ha sido. Quienes pueden rezarlo en su compañía son los hijos, llamados a formar una *unidad compacta* con el Hijo por antonomasia. Pero también son los hermanos, que experimentan la fraternidad, que ya no tendrá marcha atrás, a pesar de las debilidades humanas. ¿Se ha expresado algo tan atrayente, tan sencillo, tan concreto y tan veraz entre Dios y los hombres como la oración salida de labios de Jesús, en la que se constata cómo el Hijo de Dios se hace hombre para hacer de nosotros hijos del Padre con la fuerza del Espíritu?

4.1. La oración trinitaria por excelencia

El PN es oración trinitaria por los cuatro costados. El subtítulo de mi mencionado libro es este: «*La oración trinitaria de Jesús y los cristianos*». La oración trinitaria por excelencia. Sostiene san Cipriano: «*¿Qué oración puede ser más espiritual que la que fue enseñada por Cristo, por quién nos fue enviado también el Espíritu Santo? ¿Qué súplica más verdadera ante el Padre, que la que ha salido de la misma boca del Hijo, que es verdad?*» y yo añadiría: también es *belleza* (*De dominica oratione* 2).

Ponernos a rezar el PN significa tanto como hacer presente aquí y ahora al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, que entran a entablar con el orante un *diálogo de amor*, en el que están presentes tanto los intereses divinos como las necesidades humanas, que hacen a los hombres más hijos

y hermanos. La Trinidad se muestra interesada en contruir en nosotros el *hombre interior*, pero también el exterior, uniendo la filiación con la fraternidad. Ambos resultan necesarios para establecer ese diálogo de amor, que la Trinidad desea ardientemente.

En el PN no hablan las *ideas*, por bien estructuradas que estén, más bien transmite la *gracia* del Espíritu, para invocar al Padre y pedir sus dones, los que de verdad hacen más personas a los hombres en comunión con el cielo y la tierra. El Espíritu del Amor, que procede del Padre y del Hijo, va sembrando sus dones de la filiación y la fraternidad, para que resplandezca de lleno el gozo de la comunión. La dulzura del amor es capaz de ablandar los corazones duros y afrontar retos para alcanzar metas comunes. El estímulo de la *concordia* y de la *reconciliación* posibilita caminar hacia adelante, sostenidos por la mano del Señor, que nos acompaña en la andadura diaria e impulsa nuestras propias realizaciones.

4.2. Vivir ante la presencia del Padre y de los hermanos

El PN nos invita a vivir siempre ante la presencia del Altísimo, percibido a la luz de la fe. Ya los salmistas del Primer Testamento habían ansiado llevar «*una vida ante el rostro del Señor*», incluso buscar su cercanía bienhechora sin interrupción (Sal 26,8; cf. 30,17; 50,13; 68,17). Conformar la existencia ante la presencia del Dios vivo era el gran reto de los piadosos judíos, lo que alentaba su quehacer diario y confería a su actuación el debido sentido. Ese ardiente deseo, que expresaron de mil modos con tanta belleza los sabios, profetas y sacerdotes de Israel se ha hecho realidad gozosa, como nunca lo hubiéramos imaginado.

Cuando invocamos al Padre al inicio del PN, Él en persona se hace presente, se transparenta su semblante, llenándonos de sus dones e inundándonos con su amor. Pero en virtud de la gracia divina también se hacen presentes los hermanos en su *dignidad* y *singularidad*. El orante sabe muy bien que solo puede vivir *ante la luz* que desprende la presencia del Padre y de los hermanos. Quien reza esta plegaria percibe que no es un *solitario* sin hogar en este mundo, tiene la firme confianza de experimentar la *compañía* del Padre y vivir con el *calor* de los hermanos. ¿Qué consuelo real más hermoso que éste, vivido una y otra vez? ¿Quién podrá arrebatar nos la belleza de tener la seguridad de que el Padre nos acompaña en el camino y nos alienta con su Espíritu? ¿Qué experiencia más satisfactoria

que sentir entre los hermanos la protección del Padre en la invitación que nos hace a la responsabilidad en beneficio de los semejantes?

El PN nos conduce no solo al Padre, también nos lleva a sentir la *cercanía* de los hermanos. En realidad, ese es el gran deseo del Padre común presente en la plegaria: congregar a los hombres dispersos en una fraternidad cordialmente unida que santifique su Nombre. Rezar el PN significa entonces adquirir fuerzas para vivir la hermandad y exultar de alegría, al conseguirla con la ayuda de la gracia. Cuando el orante se comunica con el Padre, la vida se vuelve más digna de ser acogida de forma filial y reconocida con actitud fraternal mediante el inmenso gozo de *ser así* con la fuerza proporcionada por el Espíritu.

La cercanía amorosa del Padre y de los hermanos lleva a la *alabanza*, concluye irremisiblemente en fiesta de *adoración, admiración y acción de gracias*. ¿Puede haber algo más bello tendente a la exultación que la unión familiar del Padre con los hijos considerados como hermanos entre los hermanos? ¿Puede existir un mejor *futuro* para la humanidad, donde en el presente no desaparecen las contiendas, sino que a menudo se incrementan, que comprobar la unión entre los hombres como hermanos queridos, que miran hacia adelante con confianza, porque nada tiene que temer de sus semejantes?

4.3. En la casa común del Padre

El PN, oración trinitaria de hijos y hermanos, como hemos mostrado una y otra vez, nos sitúa en la casa común de los hombres, que es la casa del Padre abierta de par en par a todos sin excepción. Casa en la que siempre ha encontrado cabida la totalidad de la humanidad, al menos en potencia: hombres y mujeres, niños y ancianos, jóvenes y adultos, solteros y casados, viudos y célibes, religiosos y laicos, blancos y negros, mestizos y amarillos, europeos y americanos, africanos, asiáticos y pobladores de Oceanía, aldeanos y urbanitas, pobres y ricos, sabios e ignorantes, buenos y malos, teístas y hasta ateos... el mundo entero sin excepción puede rezar el PN, porque *nos pertenece a todos* y toca de lleno nuestra condición humana, que a todos iguala sin diferencia alguna. Nadie puede negar a otro que rece la oración del Señor, porque a todos nos concede el Padre la gracia de poder dirigirnos a él con ilimitada libertad y confianza plena, sabiendo que siempre redundará en nuestro provecho.

Y si nadie tiene el derecho de *privar* a otros de rezarlo, quiere decir que cualquiera puede participar en la praxis de su plegaria, para cambiar de comportamiento en la disposición interior orante de ser hijo y hermano. Nadie puede apropiárselo hasta el punto de negar a otros la posibilidad de rezarlo, aduciendo razonamientos que nunca podrán justificarse. Si el Padre hace salir el sol para buenos y malos y envía la lluvia tanto a justos como a injustos (Mt 5,45), ¿quién se atreverá a llevarle la contraria? ¿Qué belleza puede superar a esta declaración de principios, inherente *implícitamente* a la oración del Señor?

Cuanto más lo recemos, cuanto más entremos en su sentido y contenido, más iremos cayendo en la cuenta del *bello trasfondo humano y espiritual*, que impregna al PN, como núcleo esencial del Evangelio. Cuanto más lo convirtamos en *plegaria común, orada y meditada*, más nos sentiremos concernidos a actuar con y en el amor. Más creceremos como personas, en apertura a los otros. Y es que su invocación y sus peticiones nos van cincelandando poco a poco como *hombres nuevos* y como trabajadores de la compasión, de la misericordia y de la paz.

4.4. En el esplendor del Sermón de la Montaña

No solo la exegesis moderna, también la filosofía y la investigación literaria han coincidido en sostener que el Sermón de la Montaña, universalmente reconocido por lo *sublime* de su mensaje, constituye una *pieza sin parangón* de la piedad religiosa y de la ética humana. Tiene que ver tanto con la *fe* como con el *ethos*, pero también con la excelencia literaria. Incluso estudios judíos lo han considerado como una auténtica *pieza artística* de belleza singular, mostrando su admiración ante él. Pocas palabras han llegado tan hondo al corazón de los humanos como las expresadas por Jesús en esta ocasión.

Los mejores comentarios a este discurso de Mt 5-7 coinciden en mantener la tesis de que el PN representa tanto su *centro teológico como literario*. Las enseñanzas de Jesús alcanzan su punto culminante, cuando habla de la esencia de la ley formada por la *limosna*, la *oración* y el *ayuno* (Mt 6,1-18) y al hablar de la oración nos enseña el PN, alzándose así como «el centro del centro», lo más *granado* de lo dicho y orado por Jesús, lo *definitivo* de la verdadera ley, lo que *sostiene* la fuerza del mandamiento nuevo del amor y lo que confiere *consistencia* el buen comportamiento con el propio cuerpo.

Tres relaciones básicas construyen la vida y la actividad humanas: la relación con Dios, la relación con los otros hombres y la relación con uno mismo. Tienen un sentido circular y se complementan mutuamente. La relación orante con Dios, tal como la expresa el PN, se encuentra en el origen de las demás relaciones. Sólo quien mantiene una buena relación con el Padre de los cielos, sabrá que sus semejantes son verdaderos hermanos y que su dignidad pivota en el hecho de ser amado por el Padre y contado entre los hermanos. A esto nos lleva la *auténtica oración*, que funda la relación con la Trinidad Santa.

No puede tomarse por una exageración afirmar que la humanidad se juega su futuro en la asunción de este mensaje de amor, vida, verdad y también de belleza. Un mensaje que tiene que ver con la ayuda al prójimo necesitado. Sin una fraternidad efectiva entre las personas y los pueblos no será posible nunca la justicia y la paz en la forma deseada. La humanidad no habrá disipado los miedos de unos hombres contra otros y carecerá de un verdadero destino común. De ahí *la importancia de la limosna*, de las *obras de misericordia* en la relación con los otros.

Solo quien mantiene una buena relación con el Padre de los cielos, sabrá que su persona es su cuerpo, vivificado por el *espíritu*, que es participación del Espíritu del Padre y del Hijo. Y que ese cuerpo, que puede jugarle malas pasadas, está destinado a glorificar a Dios. Algo que únicamente podrá hacer, cuando *oriente el ayuno* (relación con uno mismo) en la forma que Pablo, el gran apóstol de la glorificación de Dios, aprendió de su Maestro Jesucristo:

«Os exhorto, pues, hermanos, por la misericordia de Dios, a que presentéis vuestros cuerpos como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios; este es vuestro culto espiritual. Y no os amoldéis a este mundo, sino transformaos por la renovación de la mente, para que sepáis discernir cuál es la voluntad de Dios, qué es lo bueno, lo que le agrada, lo perfecto» (Rm 12,1-2).

Estas palabras, de las *más importantes* existentes en el Segundo Testamento, merecen ser consignadas en letras de oro y, junto con el PN, ser recordadas siempre como oración claro está, pero también como *verdaderas expresiones artísticas* del mejor espíritu humano. El deseo paulino, expresado aquí, *resume* perfectamente la oración, la limosna y el ayuno, las tres realidades religiosas que unen a los cristianos con los judíos.

4.5. *La vigencia atemporal del PN*

Lo más hermoso del PN consiste en que su atracción no acaba nunca, permanece siempre en nuestra memoria agradecida por su fuerza de convicción y verdad. Posee una *vigencia perpetua*, ya que no pasa su sentido en la vida cotidiana. Vale para todos los hombres, para todas las edades, para todos los tiempos y para todos los días, incluso para todas aquellas horas en que nuestro deseo del Padre se hace más apremiante y liberador.

Lo han rezado toda clase de gentes y en todas las situaciones vitales: santos y criminales, profesores de universidad y amas sencillas de casa, pobres de solemnidad y multimillonarios, grandes mandatarios y humildes ciudadanos, personajes de gran posición social, así como excluidos y marginados, encumbrados ante la opinión pública tanto como abandonados y descartados por ella. Nadie ha sido ajeno a su encanto y ayuda, a su consuelo y exigencia en el paso continuo e ininterrumpido de las generaciones. Y todo ello, porque posee la *fuerza perenne de lo imperecedero* y la fascinación que muy pocas obras de arte han logrado conseguir en la historia de la humanidad.

Aquí precisamente encuentra el PN su *secreto* más prometedor. Llegar con tanta verdad, desprender tal cúmulo de fascinación, que cualquier persona, en la situación en que se encuentre en cualquier tiempo y lugar de la historia puede rezarlo y sentir la fuerza de su gracia. Se encuentra perfectamente retratado en sus peticiones, expresa sus deseos más íntimos en su búsqueda de la trascendencia, alcanza sus ansias de vida y amor, que anidan en el santuario de la conciencia. Y todo ello, porque penetra en lo más hondo de lo humano y llena como nada sus deseos. El PN tiene la grandeza de lo divino, ciertamente; pero también es humano, ¡y lo es hasta la médula! ¿Qué obra de arte como esta ha encontrado tanta resonancia, ha alcanzado a tantas personas y ha hecho tanto bien a los hombres en la historia del cristianismo?

En un tiempo de crisis e incertidumbre, incluso de *drama global* sobre el mundo, el PN representa una *luz maravillosa* en medio de las tinieblas de las sociedades actuales, asoladas por la pandemia del coronavirus. La fraternidad que patrocina, fundada en el Padre de los cielos, puede considerarse como un hecho ineludible para acercarnos a la reconciliación y trabajar por la paz, que necesitamos más que nunca y que siempre tiene que estar ahí, para no hundirnos en la crudeza del dolor, en la inhumani-

dad de la violencia y en la hipocresía de la falsedad. La verdad, la bondad y la belleza, que desprende la oración del Señor constituyen un *signo eficaz* para *sumar voluntades y unir almas* en una convivencia necesaria hoy más que nunca, en la que la humanidad se sienta hermanada y defendida de las asechanzas del mal.

4.6. En un nuevo nivel de la realidad

La mejor manera de llegar a la verdad, la bondad y la belleza del PN es *contemplándolo* cuando se reza. Efectivamente, el PN alcanza su máxima expresión de comunicación, al ser contemplado en su contenido en acción. Conviene considerar que la contemplación constituye la máxima expresión de la vida intelectual y espiritual del ser humano en su búsqueda de lo que interesa de forma absoluta. Quien analiza el PN va más allá de la intuición estética, aunque también sea intuición estética. Se eleva por encima del arte, aunque sea también obra de arte. Supera la poesía, aunque sin duda tiene que ver mucho con ella. Sólo alcanza su objetivo último, cuando es *vivido, no conceptualizado, contemplado, no simplemente reflexionado*. Entonces, introducidos en la intimidad del Padre, estaremos en el camino para *saborearlo* como intuición estética, arte y poesía con sus múltiples implicaciones.

Para vivir el PN hemos de *morir a nosotros mismos*, dejar entrar en nuestra vida a Dios y permitirle hablar en el espacio más íntimo de nuestro interior, ya que es el auténtico protagonista de tan gloriosa plegaria. Orientado así, nos introducimos *en una dimensión de la vida más honda* y al mismo tiempo más elevada, únicamente posible desde la experiencia de la presencia del Padre, que actúa amorosamente en cada uno de nosotros inspirados por el Espíritu, que se abaja a todos. Entonces sentimos el gozo de *estar junto* a su persona, *ser* delante de su presencia, *caminar* con fidelidad mediante la asistencia de su gracia, que nunca nos abandona. Sólo cuando uno es «tocado» por la acción creadora y vivificadora divina, podemos comprobar que el PN tiene mucho de expresión estética, arte y poesía en grado sumo, pero que va más allá de ella, ya que se encuentra en un nuevo nivel de la realidad.

El PN contiene *palabras salidas del corazón del Hijo humanado*, que el Espíritu le inspiró y ahora nos inspira a nosotros, con las que podemos dialogar con el Padre, contestar a sus requerimientos afectuosos, dejando

resonar en nuestro interior su misericordia, la fuerza de su cariño sin par. Dios habla en nosotros y percibirlo en nuestro interior significa tanto como sentir el gozo íntimo de ser hijos y hermanos a la vez. Lo más grande de la vida nos viene de esta oración bendita como *amor del Padre en el Hijo por el Espíritu*. Rezado y vivido así, el PN nos aleja de cualquier abstracción, para elevarnos a la dignidad suma de los hijos y hermanos del reino, que se sienten amados y, al mismo tiempo, vocacionados para el *amor concreto y diario*.

La intuición poética, el arte y la poesía acontecen en verdad, cuando se encarnan en *la realidad en sí*, que en el PN tiene que ver con la *realidad misma de Dios* y con la expresión de su amor, que va más allá de toda medida y únicamente se puede sentir, cuando es vida de verdad: *consentida, contemplada y experimentada*. En este sentido la intuición poética, el arte y la poesía tienen algo ¡o mucho! en común con la experiencia contemplativa, aunque no pueden reemplazarla, sí favorecerla. Esta permite a las personas mostrar lo que son y hasta dónde llega su capacidad de fruición, cuando logran alcanzar la belleza, la bondad y la verdad del Padre de los cielos. Ayudan a expresar lo inexpresable, a captar lo inabarcable, a gozar lo inalcanzable, lo que va más allá de toda dicha, impregnando el alma de un rastro indeleble. Importa que como orantes vivamos *bajo la luz resplandeciente del Padre*, dejarnos transfigurar por ese amor en la expresión de la plegaria, atrevernos a contemplar lo que excede las fuerzas humanas.

V. BREVE COMENTARIO

Entramos ahora en la explicación un tanto pormenorizada, aunque sea de manera sucinta. Seguimos la línea empleada desde el principio: llegar a descubrir la belleza de cuanto Jesús desea para el orante, sin que nos propongamos, algo que está ahora fuera de lugar: exponer aquí una exégesis amplia del PN, que puede verse en mi comentario mencionado al inicio. Basta con atenernos a algunas claves teológicas fundamentales, que se derivan de la correspondiente interpretación y nos ayudan a avanzar en el propósito deseado.

5.1. ¡Padre!

La invocación sincera *¡Padre!* es toda una *teofanía*, significa penetrar en el ámbito más santo. En esa bendita invocación el mismo Padre se manifiesta y autodona a cada suplicante. Se trata de una de las expresiones más intensas de belleza, que podemos experimentar. No lo dudemos: En la invocación «*Padre*», «*Abba*», la divinidad del Padre se manifiesta de forma esplendorosa con toda la fuerza de su amor. Se está mostrando así la hermosura de Dios, que es Padre y Madre a la vez. Con la exclamación «*¡Padre!*» el orante se pone en comunicación *familiar* con Dios, se encuentra con Él en el calor del hogar, que se alarga por el mundo. No necesita más para entrar en la relación más *directa, íntima y confiada* que se puede pensar y desear. Para llegar al Creador del universo, al Omnipotente y Todopoderoso, *no necesitamos movernos de donde estamos*, cambiar de sitio y situarnos en otro ambiente; tampoco precisamos establecer un gran ceremonial, hasta el punto que después de recorrer estancias y superar no pocos obstáculos llegamos a la presencia de Alguien, harto difícil de acceder, por lo encumbrado que está en una soledad no compartida por su aislacionismo sublime. ¡No! *Solo necesitamos invocarlo como El-que-Es: ¡Padre!*

No debemos escoger palabras grandilocuentes y exactas con las que podamos llegar a la meta deseada. *Antes que lo invoquemos ya se encuentra junto a nosotros*. Cuando conscientemente exclamos sin más ¡Padre!, Él está ahí junto a mí, junto a ti, junto a nosotros, para acogernos y derrochar con cada uno su amor. Y lo está, porque somos concientes de ello, aunque ahí se encuentra siempre, vuelto hacia nosotros. Para el orante ¿puede haber algo más consolador y bello que tener la seguridad de que la invocación *realiza* lo que dice la palabra, ya que lleva consigo siempre el inmenso consuelo de la presencia paterna? Por derecho propio entra en la intimidad de su familia. Esa familia *nueva*, que Jesús reúne en torno suyo y a la que pertenecen los discípulos, dispuestos a gritar *¡Padre!* Y a tener en ese grito el santo y seña de toda su existencia y la puerta de la felicidad.

Porque poseemos la certeza de que pertenecemos a esa *bendita familia* no nos andamos con rodeos, cuando hablamos con el Padre; enseguida exponemos lo que queremos expresar, sin *ceremonial* alguno, adoptando falsas humildades y buscando caminos erráticos como puede

ser el perderse en vana *palabrería*. Entramos en contacto vital con El que más queremos con la *naturalidad* propia del hijo, que habla con quien le conoce y está dispuesto a darle lo mejor que tiene, porque solo quiere el bien para el suplicante y para su vida (Mt 7,11).

El PN contiene así, en grado desacostumbrado, la característica más acusada de toda verdadera oración, tal como la practicó Jesús y nos enseñó a ponerla en práctica a cada uno de nosotros: dejar que el Padre *entre* en el orante, estando dispuesto a la correspondencia amorosa, al llenarse su persona también de calor entrañable. ¿Puede haber algo más hermoso? ¿No puede tanta belleza transformar por completo el interior humano, hacerlo más sensible al don de la gracia, más cristiano a las insinuaciones del Espíritu? La belleza del Padre se encuentra expresada en el corazón humano, basta que la acojamos con la sencillez, pero al mismo tiempo con la rotundidad, de quien sabe de que se ha encontrado con el *gran tesoro* de su vida y no está dispuesto a desperdiciarlo. Una perla preciosa que se esconde en su propio corazón y basta con encontrarla.

En la invocación «Padre» se expresa la *vuelta del hombre a Dios*; y lo hace de la mano de Jesucristo. El hombre se había separado de Dios, primero en Adán y Eva, después en los otros humanos desde los inicios de la humanidad. Con nuestros pecados nos separamos de nuestro Creador y Señor. Jesús, el Hombre por excelencia, nos enseña a *retornar a la casa paterna*, llamados por nuestro nombre e invitados a vivir como personas renovadas. Al invocarlo con entera confianza ¡Padre!, no solo activamos la *conversión*, también experimentamos su presencia bondadosa, que está ahí para nosotros, aunque en no pocas ocasiones no lo percibamos. Mediante el cambio de mentalidad y actuación percibimos la *suave gracia* de la salvación, que el Padre nos ofrece en el Hijo a los que somos convocados para ser sus hijos. ¡Qué belleza tan grande pronunciar esta invocación! En ella prevalece el sentimiento, la afectuosidad, sobre todo lo demás, porque nos sentimos *irradiados* por el amor divino, lleno de ternura y entrañabilidad, con la respuesta siempre pobre pero ineludible de nuestro propio amor.

Sentir y experimentar la bondad del Padre constituye una *revolución* de la que no nos damos cuenta en todo lo que significa. Está ahí actuante como algo maravilloso, dando sentido a la existencia humana. Supone sentirse *acogidos, acompañados y queridos*, con todo lo que estos sentimien-

tos valen. Tiene además como consecuencia la sorpresa, de que merece la pena vivir sostenidos por el Padre bueno que incluso nos lleva en sus brazos y nos llena de caricias. Nadie nos puede privar de la alegría que supone el cariño, la relajante afectividad, que el Padre nos proporciona. ¿Hay algo más hermoso? ¡La reacción no puede ser otra que la *positividad* y la *afirmación* de la vida en lo que tiene de máspreciado!

Esto no quiere decir que todo lo contemplemos de color *de rosa*, separados de los problemas reales que la cotidianidad nos depara. No. Toda la carga de la realidad sigue en su sitio. La realidad es la que hay y no nos queda más remedio que aceptarla. Aún más, resulta necesario verla, entenderla, no desviarla o camuflarla. Precisamos dejarnos interpelar por ella y afrontarla con la mayor de las decisiones. Pero los problemas, grandes y pequeños, se afrontan de una manera bien *distinta*, cuando nos consideramos *sostenidos* por el amor del Padre bueno, que nos llama a la fraternidad. Hay cosas de las que podemos arrepentirnos en nuestra andadura, por el daño que nos han hecho a nosotros o a nuestro prójimo. De sabernos acogidos y amados por el Padre y de responder con responsabilidad y fidelidad a ese amor, *nunca nos arrepentiremos*, porque se autentifica como *una excelente elección, que nos recrea como personas nuevas*. Siempre estaremos orgullosos de haber encontrado el *tesoro* de nuestra vida y haberlo guardado como el *regalo* máspreciado recibido.

En resumen: El PN nos transmite algo muy hermoso: ¡No somos *huérfanos*, no nos encontramos perdidos en medio del mundo hostil, tenemos un *Padre-Madre* y una *familia*, que nos protege, en la que creemos por encima de todo y nos sentimos arropados por su calor! No podemos vivir *sin trascendencia*, sin levantar los ojos hacia lo alto y considerar lo que somos, dejando a un lado al Padre de los cielos, porque en el amparo divino se encuentra la razón de nuestra existencia, las ansias de proseguir el camino, el sentido de los que somos y hacemos. ¡Qué negrura y feura vegetar como orugas al margen del Padre y qué luminosidad y hermosura dejarnos acompañar por el Padre bueno de rostro luminoso, que a todos nos acoge y hermana!

5.2. Las siete peticiones

Ya hemos indicado que las tres primeras peticiones del PN en Mateo (dos en Lucas) se las suele llamar «peticiones tú». Contienen tres realida-

des centrales de la *causa* del Padre, contemplado como el *Tú por excelencia*: «tu Nombre», «tu Reino», «tu Voluntad». Las cuatro restantes (tres en Lucas) se las denomina «peticiones nosotros», ya que presentan la *causa* del hombre: «nuestro pan», «nuestras ofensas», «nuestras tentaciones», «nuestros males». Con fina precisión Fray Luis de León señala que el PN, en el que vive el mismo Espíritu de Cristo, llega a las dos partes del alma: «en la primera, que es la celestial, santificándola, o si lo habemos de decir así, haciéndola como Dios; y en la segunda, que mira a la carne, apurándola y mortificándola de lo carnal y vicioso».

5.2.1. *Las peticiones «tú»*

Esta tríada de peticiones ofrece una gran unidad y puede ser tratada conjuntamente. Mientras las cuatro peticiones «nosotros» abordan las preocupaciones humanas de cada día, la tríada que ahora comentamos habla de las *preocupaciones del Padre*: su Nombre, su Reino, su Voluntad; preocupaciones que tiene a bien poner en juego para beneficio de los humanos, compartiéndolas con nosotros. Nada tienen que ver con el egoísmo sino con el amor. El Padre santifica su Nombre, cuando los hombres nos dejamos *congregar en una gran fraternidad*, que Jesús va reuniendo con sus discípulos en su nombre. El Padre activa el Reino y le concede el incremento, cuando los humanos acogemos con gozo y libertad, con conciencia y responsabilidad *el corazón de hijos y hermanos* que el Padre bueno desea regalarnos. El Padre se ocupa y preocupa del mundo y tiene trazado un plan de salvación sobre él, que Jesús desea implantar en la sociedad de su tiempo.

Por eso, lo mejor que puede pasar en la tierra es que la voluntad divina, del mismo modo que se realiza plenamente en el cielo y los bienaventurados viven dichosos a su amparo, también en la tierra se cumplan los designios salvíficos divinos. En definitiva: con la actuación del Padre se origina algo realmente *nuevo*. Se da un *giro radical* a la historia, porque surgen, al hilo de la oración, nuevas relaciones con Dios, con los hombres y con uno mismo, como ya hemos desarrollado desde otra perspectiva anteriormente. El gran acontecimiento empieza en uno mismo y en su relación con la fraternidad. Esta es precisamente la transformadora y hermosa, tiene que ver con la alegre y buena noticia que encierra el PN en sus primeras peticiones, que desprenden una singular belleza.

La belleza no consiste tan sólo en contemplar la creación y la creatura humana en su esplendor. Belleza significa también *obrar rectamente*, conforme al plan del Padre, de modo que el universo entero, y dentro de él el hombre, correspondan cada vez más a *la voluntad divina*, tal como Cristo la ha obedecido, y a su vez, se realiza también en la Iglesia, Cuerpo de Cristo y discípula de su Maestro. El arte, la belleza ayudan a transformar la realidad. Cuanto más aparece el esplendor de la belleza más fácil resulta contemplar el plan de Dios en la historia.

Cambiar para bien las relaciones interpersonales conforme a los designios divinos transforma la realidad y, a su vez, transparenta una gran belleza. En última instancia la belleza tiene que ver siempre con el *ennoblecimiento de la realidad*. Y nada la ennoblece más que la cooperación humana a la realización de las tres peticiones «tu» del PN en la historia. En su puesta en práctica se descubre el esplendor original del Padre, que todo lo hizo y hace bien y está dispuesto a dar su gracia a quienes obran a su imagen, siendo *testigos* activos del amor divino en el mundo. La belleza contempla la realidad tal como es; la ensalza a su vez y testimonia su verdad, que sólo resulta posible mediante la acción.

En resumen: Las tres primeras peticiones ofrecen un denominador común de importancia decisiva para el presente y futuro tanto de cada hombre como de los hombres en su totalidad. Conducen al orante a *vivir desde la Trinidad Santa*, a ponerse en sus manos, las más bellas que existen. Las tres peticiones nos llevan a reconocer el Santo Nombre del Dios Trino, a acoger su Bendito Reino y a cumplir la Voluntad Divina, como camino seguro para *ser feliz*, hacer un mundo más humano y procurar para la humanidad un *hogar* habitable y hermoso. Y es que el Padre bueno, a quien nos dirigimos no busca otra cosa que la plena realización de las personas concretas y la felicidad de cada una de ellas. Lo creamos o no, la *alegría de vivir* podemos encontrarla en nuestra interioridad, en la experiencia de la benevolencia del Padre.

5.2.2. Las peticiones «nosotros»

Asistimos a un cambio bien significativo en las peticiones. Las cosas pedidas ahora, por un lado, tienen que ver con *lo concreto y lo cotidiano*, pero por otro lado poseen gran importancia, por empalmar con lo central de la propia experiencia, que no deja de manifestarse *a lo largo de la vida*.

Por eso descubren los aspectos fundamentales de la condición humana en su relación con la trascendencia: la corporeidad, la presencia del pecado, así como el peso tanto de la ofensa como de la culpa, la inevitabilidad de la tentación y el problema irresuelto del mal. ¿No conforman estas realidades las dimensiones más enraizadas en el ser y obrar humanos? Las cuatro, sobre todo la tercera, constituyen un grito de socorro ante la *dureza* de la vida y ante el peligro inminente de torcer las convicciones más profundas. El grito de quien quiere vivir como persona y se encuentra amenazado de continuo por la necesidad física, por la culpa, la tentación y el mal.

El Padre puede *ayudar decisivamente*, pero siempre sin postergar y menos despreciar la propia actuación responsable. Estamos ante el grito de la belleza, que invita a no disolverse en la nada y buscar una y otra vez el *ser propio*, al que el Padre llama. Fascina comprobar cómo estas peticiones presentan a Dios en el mundo, en el corazón mismo de las ocupaciones y preocupaciones humanas. El Padre está a nuestro lado, camina en la cercanía y nos proporciona el Espíritu, con el que somos capaces de salir airoso de las emboscadas que las distintas formas del mal nos pueden tender. ¿Acaso hay una mayor esperanza que ésta, tan hermosamente expresada por san Pablo: «*Si Dios está con nosotros...*» (Rom 8,31ss)... ¿quién conseguirá derrotarnos?

a) *El hombre es su cuerpo*. Lo mismo que es su espíritu. Ambas perspectivas forman una *unidad inseparable* en la vida terrena. Pues bien, el cuerpo necesita insoslayablemente el sustento diario para poder llevar una existencia digna. Por eso el orante pide al Padre con confianza que no le falte el alimento diario, aunque sin intentar acaparar bienes materiales que puedan ir en detrimento de la fraternidad. Por eso la petición va más allá e incluye el pan de la fraternidad y el de la eucaristía como algo imprescindible para vivir como creyentes y hermanos. Estamos ante el cuerpo abierto a las necesidades del espíritu.

b) *El perdón de los pecados* resulta factible allí donde se reconoce la soberanía de Dios, capaz de restablecer nuevas relaciones entre los hombres, donde parecía imposible mantenerlas. Si algo necesitamos los humanos es sentir la *experiencia del perdón divino*, ya que somos pecadores. Pero ese perdón hace de nosotros testigos del perdón divino con *capacidad para perdonar* a los que nos ofenden. Reconocida la compasión y mi-

sericordia divina en la propia vida, nada nos hace más humanos y cristianos que abrirnos al perdón sin límites como lo hizo Jesucristo y lo manifestó de manera estremecedora en la Cruz.

c) Lo peor que le puede pasar al discípulo y al hombre en general consiste en pervertir la vocación y alejarse de la misión a las que ha sido llamado. Nadie escapa a esta *tentación* por bueno que sea y centrado que esté en su religiosidad. De ahí la necesidad de la *fe* para gritar ayuda ante el Padre, cuando sea necesario recurrir a su auxilio. Cuanto mayor es la prueba, más purificada se vuelve la fe, cuando sale victoriosa con la ayuda inestimable de la gracia. De ahí que podamos gritar: «Padre bueno asístenos en la tentación, de un modo muy especial, cuando sea grande y escape a nuestras fuerzas». «Que podamos superar la prueba, porque nunca nos falta la ayuda tu Espíritu con la que siempre contamos». ¿No tiene una gran belleza este grito de socorro ante Dios, así como reconocer la propia impotencia, siempre con la *firme voluntad* de querer salir de la debilidad?

d) Muy posiblemente la oración de Jesús concluía con la alusión a la tentación, aunque Mateo la ha completado, sacando a relucir el tema del mal, tan vinculado con las pruebas por las que pasamos. Quien más nos tienta es el maligno, de ahí que la petición pueda formularse también así: *líbranos del Malo*, que no es otro que Satanás, el padre de la mentira, el destructor del amor y el mayor enemigo de los seres humanos. El mal concreta la tentación y busca destruir la bondad, la verdad y la belleza, que existe en cada persona. El mal, como el nombre indica, nos hace mal a nosotros y a los demás en lo más íntimo. De ahí que tengamos que evitarlo con la ayuda de la gracia y con la puesta en práctica de nuestras propias fuerzas.

Si propio de toda obra de arte es *el realismo*, pero no un realismo chato que termina en la catástrofe, sino un realismo *abierto a la esperanza*, las cuatro peticiones formuladas en este apartado constituyen una obra de arte. El hombre es lo que está *llamado a ser*, tal como se deja traslucir en esas peticiones. Y nada hay que corresponda mejor al ser humano que ir *más allá* en sus realizaciones concretas, ya que tiene multitud de posibilidades aun no adquiridas. Esto es precisamente lo que aparece desde las perspectivas esenciales de cada persona en las cuatro peticiones comentadas aquí.

Una constatación final, muy unida a lo que acabamos de exponer: con bastante probabilidad tanto la última de las peticiones «tu», como la

última de las peticiones «nosotros» de Mateo, no aparecían en la oración rezada por Jesús la primera vez. Pero Mateo integró aquí ambas peticiones, que Jesús había formulado en otras ocasiones, ya que encajaban perfectamente en el original, dejando así constancia que el PN constituye una oración *abierta*, con un gran poder evocador, algo que tiene que ver también con la trascendencia inherente a toda forma de verdadera belleza. ¿Quién podrá entrar en el interior de todos los que hemos rezado y los que rezarán el PN? ¿Qué enriquecedora relación con el Padre descubriremos! Me atrevo a describirlo y *actualizarlo* para el hombre de hoy de esta manera:

Padre del cielo, somos tus hijos, tu amada familia, la comunidad que deseas reunir en torno a tu mesa para hacer de ella una fraternidad sin fin. Por eso con la ayuda de tu Espíritu podemos llamarte nuestro Padre de verdad: *¡Abba querido!*

Revélate a todas las naciones como el Dios santo que eres. Reúne a tu pueblo que con frecuencia se encuentra disperso, dividido y hasta peleado entre sí. Haz de él tu verdadera familia, congregada por tus desvelos con nosotros, de modo que tu Nombre reciba el honor que merece ante todo el mundo. Regálanos la fuerza de tu Espíritu, para constituirnos como comunidad en tu Nombre, dispuestos a caminar juntos como una piña. *Santificado sea tu nombre.*

Irrumpe con tu *amorosa soberanía* en el universo. Sé tú nuestro único Señor liberador. No queremos servir por más tiempo a dioses e ídolos, que nos esclavizan y nos impiden vivir como hijos y hermanos. Danos tu Espíritu, para testimoniarte como tu familia de manera verdaderamente humana, sin recurrir a la violencia y echarnos a perder con el odio y las luchas fraticidas. Siempre dispuestos a favorecer la concordia y a trabajar por la paz, buscando la solidaridad con los más pobres y la compasión con los heridos. *Venga a nosotros tu Reino.*

Lleva a plenitud tus *designios de salvación*, esos designios que tienes para la humanidad entera y que tomaste desde toda la eternidad. Lo que se cumple siempre en el cielo, que se haga realidad también en la tierra, porque estamos convencidos de tu bondad, de la que ya están disfrutando los bienaventurados. Lo que late en tu corazón, lata del mismo modo en el nuestro, ávido de tu complacencia y generosidad. Concédenos tu Espíritu para ser testigos de tu proyecto de amor y así poder colaborar gozo-

samente en él sin ataduras de ninguna clase. *Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo.*

Danos el pan que en este momento necesitamos para pasar de manera digna la jornada. No permitas que amontonemos lo que otros precisan para poder subsistir, siendo generosos en el compartir y prestos en el ayudar. Envíanos tu Espíritu para que ansiemos también el pan de la fraternidad y de la Eucaristía, de modo que ellas sean más importantes para cada uno de nosotros que el sustento diario, al que no podemos renunciar. *Danos hoy nuestro pan de cada día.*

Perdódanos las deudas que tenemos contraídas contigo y que nunca podremos resarcir. Líbranos de la injusticia con los demás, abiertos a la experiencia de tu perdón. Haz de nosotros personas dispuestas a perdonar a los que nos hacen mal, por grande que sea. Infúndenos tu Espíritu para que comprendamos vitalmente que no podemos esperar tu perdón, si no estamos dispuestos igualmente a usarlo también nosotros con los hermanos. *Perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden.*

La tentación nos amenaza por doquier constantemente y se afana en impedir que seamos mejores, imitemos tu amor, haya un mundo mejor y una tierra renovada con nuestra colaboración. Entréganos tu Espíritu para que la tentación, fruto del mal, no nos lleve a una situación tal en la que nos apartemos de tu bondad y del servicio al necesitado. *No nos dejes caer en la tentación.*

Porque el mal se opone con todas sus fuerzas y artimañas a que venga tu Reino, porque su fuerza antidivina destruye lo que tú tratas de construir con nuestra ayuda, concédenos la fuerza necesaria para resistirlo. Danos tu Espíritu, lo más opuesto al Malo, que es el antiespíritu, para que nos haga caer en la cuenta que no podemos servir a dos señores, a Ti, que eres el Bien Ansoluto y al Malo, que es lo peor de tiene el mundo. *Y líbranos del mal.*

5.2.3. En resumen

La invocación y las peticiones del PN despiden un *maravilloso sentido poético*, cargado de belleza, ritmo y sonoridad espiritual. Que esta oración haya sido aprendida de memoria por tantas generaciones creyentes y rezado con frecuencia cotidiana por tantas y tantas comunidades cristianas,

desde que Jesús la pronunció en un día glorioso, tiene mucho que ver con su precioso contenido, que despidе la verdad de la poesía y la fascinación por la obra de arte.

Como ningún otro texto, el PN nos lleva a la *conversión*, al cambio de vida personal y comunitario; en última instancia al encuentro amoroso con el Padre y al servicio incondicional de los hermanos desde el gozarse en el amor, la responsabilidad, el compartir y el perdón. Además, la oración del Señor nos confronta con nuestra misión de glorificar a Dios por encima de todas las cosas, pero *en* las cosas; de acoger su Reino mediante el anuncio gozoso del Evangelio, que el Padre encargó al Hijo y que el Hijo nos encarga hoy a nosotros, teniendo siempre sus mismos sentimientos y obrando con el propio estilo de vida que Él tuvo.

No lo olvidemos nunca: esta plegaria bendita aviva como nada nuestra *pobre fe*, fortalece nuestro *amor*, siempre escaso, y nos llena de la luminosidad de la *esperanza*, para vivir con sentido la vida de cada día, aguardando la futura consumación final. El PN es *personal* y se vive en comunidad. Da mayores frutos cuando es rezado delante de la presencia de Cristo y en compañía de los hermanos, que nos ayudan a sentirnos verdaderos hijos del Padre en el Hijo.

VI. EL PN SIEMPRE EN EL CENTRO

Jesucristo, el Mesías de Israel y el Hijo de Dios, se alza en la historia como la *figura básica*, el *motivo primero*, así como la *referencia central* del cristianismo de todos los tiempos: del presente, del pasado y del futuro. El Jesús terreno puede ser considerado como un *poeta de primer rango*, que con sus *oraciones* (Q 10,21-22; 11,2-4; Mc 14,36 par.) y parábolas *transformó* el concepto de Dios, la idea del hombre y hasta la configuración del mundo como nadie antes lo había hecho hasta entonces. Y pienso que como nadie lo hará después de él. Lo hizo con la sencillez y eficacia de los auténticos místicos, formando a su alrededor un movimiento de seguidores continuadores de su obra. Sus enseñanzas, además de verdaderas, alcanzan lo sublime en *grado superlativo*.

6.1. Significación del PN

Entre todo su legado la plegaria del PN adquiere una significación muy especial, incluso desde el punto de vista artístico, como hemos mostrado pormenorizadamente en este estudio. Constituye todo un canto bellísimo a la verdad y a la grandeza, que anidan en el corazón de las personas, cuando se dejan transformar por la buena noticia del Evangelio, siguiendo las insinuaciones del Espíritu. Y lo más sorprendente consiste en que lo hace con una brevedad nunca alcanzada, sabiendo seleccionar las palabras y escogiendo los motivos centrales de una acendrada espiritualidad. Además, acierta con una *singular precisión*, para llegar allí donde se encuentra el *verdadero secreto* de la existencia humana. Lo formula alguien que sabe muy bien quién es Dios y expresa su convicción más profunda con soberano acierto, porque tiene experiencia directa e inmediata de que Dios es ante todo y sobre todo Padre.

El PN únicamente se puede entender en profundidad desde la *perspectiva trinitaria*. El encuentro orante con el Padre se realiza a través del Hijo Jesucristo con la fuerza del Espíritu, que nos convierte en hijos de Dios con la posibilidad de clamar ante su presencia ¡*Abba!* (Rom 8,15; Gal 4,6). El creyente encuentra en la Trinidad el sentido de su existencia, así como la meta primera y última tanto de su vida como de su oración. La Trinidad, que representa el *núcleo central del cristianismo*, constituye también el meollo mismo de esta bendita oración, cuando se analiza en toda su hondura. El Padre es mencionado directamente, el Hijo humanado es quien formula la oración y el Espíritu en su invisibilidad alienta la experiencia filial y la sinceridad de las peticiones por parte de los constituidos en verdaderos hermanos.

El creyente entra a participar de los dones cristianos mediante la *invocación de la Trinidad en el bautismo*. Del mismo modo logra experimentar los gozos de la oración y, como no podía ser por menos, también del PN, mediante la *experiencia de la Trinidad*. Si pertenece a la identidad más propia del arte mostrar la *realidad esplendorosa de la belleza*, no existe verdad más bella y gozosa que el amor infinito del Padre para el hombre, así como la salvación del Hijo humanado mediante la acción santificadora del Espíritu; y eso es precisamente lo que *encierra* en sí misma la oración del PN, cuando se la considera en toda su hondura.

La belleza tiene que ver con descubrimientos, que ayudan a la felicidad humana en el presente y en el futuro. Mostrándonos al Padre se revela

como lo que es, como el Hijo Unigénito, unido a su Bendito Progenitor por los lazos indestructibles de la *caridad del Espíritu*, esencia misma del obrar divino. A la vez nos descubre, he aquí la buena nueva para todos los tiempos, que pertenece a la misma raíz de la esencia humana *el ser-hijos-para-vivir-como-hermanos*. ¡Puede haber algo más hermoso en el descubrimiento de la verdad inherente a la propia identidad! Y así podemos aparecer ante el Padre como lo que somos: hijos de verdad en el Hijo, que en su día heredarán la bienaventuranza eterna. La solicitud y preocupación de Dios Trino por la humanidad, tiene que ser también la preocupación del discípulo del Hijo del Padre en su cuidado por sus semejantes en la casa común de la creación. ¡Cuánta belleza!

Siguiendo estas pautas, nos alienta a experimentar que, en el Hermano Mayor que no es otro que el Hijo humanado del Padre, todos los hombres estamos llamados a relacionarnos como auténticos hermanos, ya que formamos parte de una *misma familia*, presidida por un Padre común, que quiere lo mejor para cada uno de nosotros. Estaremos cerca o lejos de la filiación y de la fraternidad, en la medida que nos situemos en el *origen y fundamento* del PN y descubramos, mediante la experiencia gozosa, vivida, testimoniada, agradecida, alabada y proclamada, su verdad y su belleza transformadoras del interior humano. Conviene proclamar sin miedo, con valentía el deseo que impregna el PN: La humanidad tendrá un destino asegurado, cuando se vaya haciendo presente y actuante la *fraternidad entre los pueblos*, fuente de derecho y referencia insustituible de verdad y belleza para todas las generaciones.

En pocas palabras, en la teología cristiana existe *algo especialmente bello* a lo que hay que volver una y otra vez, como origen primero e insustituible de la novedad, que descubren las raíces mismas de nuestra fe:

- el *amor entrañable*, lleno de misericordia, del Padre bueno siempre vuelto hacia los hombres, porque nos lo ha dado todo;
- la *salvación concreta* del Hijo hecho hombre para regenerar a la humanidad caída y devolverle la grandeza que había perdido con el pecado;
- la *santificación creadora* del Espíritu Santo, enviado por el Padre y el Hijo en orden a transformar a los humanos en personas nuevas, llamadas a desarrollar la dignidad de los hijos y hermanos del Reino.

6.2. Volver a la realidad primera

Una y otra vez el PN nos devuelve a la *realidad primera*, que llena al orante de asombro y belleza y que no podemos olvidar nunca dada su trascendencia. Rezar una y otra vez el PN nos centra en lo *esencial*, en la raíz misma de la que deriva el ser humano. Orar con la oración del Señor no nos permite olvidar el bien, que anida en nuestro interior y que nos aparta de volver a la barbarie, que acecha al hombre de mil maneras. Nos lleva insoslayablemente a la *práctica del amor*, en el que la persona alcanza su mayor realización.

¿Hay algo más hermoso que volver una y otra vez a la realidad primera de la Trinidad, como fuente de vida y amor? Y esto es precisamente lo que el PN hace cada vez que lo rezamos en nombre de Jesús. Así aparece señalado magistralmente, de forma explícita unas veces e implícita otras, en esta admirable oración con la simplicidad y destreza de la *obra maestra*, consumada por el excelente artista llamado Jesús de Nazaret. Vivió lo que anunció y anunció lo que vivió con hermosas, consoladoras y liberadoras palabras de amor y verdad. Su belleza interior queda reflejada en su oración y de forma singular en el *Padrenuestro*.

Las preocupaciones de este mundo vienen y van. Caen las urgencias de cada día, como las hojas de los árboles. Pero hay Alguien que siempre está con nosotros y nos acompaña aquí y ahora. Es el Padre Santo, que no nos deja solos, nunca se ha ido de nuestro entorno, que nos llama a la comunidad de vida compartida. A ese Ser bendito de los cielos le tenemos junto a nosotros, siempre que le invocamos: ¡Padre! ¿Hay algo más hermoso que la *fe cierta* de encontrarnos continuamente con el Padre bueno, que nos llena de la salvación del Hijo y del amor del Espíritu?

A algunos hablar al Padre de tú a tú les puede parecer subido de tono y hasta *descarado*, no a Jesús y a sus seguidores, que conocen la amabilidad divina. El PN ayuda al orante a experimentar la presencia transparente del Padre en el Hijo y a reconstruir con la gracia del Espíritu la propia existencia, insertándola en la comunidad de los hijos y hermanos del Reino. El trato entrañable y familiar con el Padre lejos de ser impertinente resulta la manera original cristiana de relacionarse con *El Que nos interesa más que nada y nadie* y se encuentra en el origen de la salvación y en la culminación de la felicidad humana.

6.3. Las cosas especialmente hermosas

Pocas cosas tan hermosas, como haber sido alcanzados y sostenidos por la oración del Señor, que nos invita en todo momento a intimar con el Padre de los cielos, a abrirle nuestro corazón. Nada más bello que conocerlo y amarlo de modo semejante a como Él nos conoce y ama. El amor divino nos convierte en familia de hijos y hermanos, nos transforma en una inmensa *fraternidad*, abierta a la verdad y el amor. ¡Cuántas veces lo hemos dicho, porque nos viene bien repetirlo y sobre todo creérmolo! En la maravilla del PN Jesús nos invita a seguir el *orden bello*, inspirado por el Espíritu, que arranca del Padre y se asienta en el hermano, empezando por los más pequeños. Se trata del orden erradicado en la verdad y el amor divinos, que se plasman en el corazón del hombre como buena noticia de salvación, digna de ser puesta en práctica y de llenar de sentido la propia vida. Esta oración obra en el deseo de permanecer en el bien, que rige lo más hondo de la existencia humana.

¿Podemos aspirar a experimentar belleza mayor? Que el Espíritu haga palpable la fuerza de la bondad de nuestro *Abba*, que haga visible también ante nuestros ojos el esplendor de tanta belleza. En fin, el PN nos transmite algo sublime, que no puede ser más consolador y hermoso, a la vez. *Rezo, luego existo felizmente con todas las consecuencias*. Pero existo no colgado de la nada, sino sostenido en los brazos amorosos del Padre, que en el Espíritu me regala, nos regala su amor con el mismo infinito amor con que ama al propio Hijo. ¡Cuánto gozo en esta belleza!

SEGUNDA PARTE:

LA BELLEZA DE LAS IMÁGENES DEL PN EN LOS SALTERIOS

I. INTRODUCCIÓN: SALTERIOS Y EVANGELIARIOS

Toda la Biblia, en realidad es una biblioteca de setenta y tres libros. Cuando la abres, transparenta espiritualidad, despierta belleza por cualquiera

de sus páginas. Le cabe la gloria de ser la obra *más leída y representada en imágenes* de la historia de la humanidad. Entre todas sus aportaciones más espléndidas destacan de una manera especial en el Primer Testamento, el *Libro de los Salmos* y, en el Segundo Testamento, los *Evangelios*. Dada su especial belleza, los artistas han prestado a ambos escritos una esmerada atención, poniendo imágenes preciosas en sus creaciones. Los creyentes no podemos vivir sin ellos; de ahí que hayan sido tan leídos, comentados, rezados y puestos en imágenes, que se entrecruzan entre sí. Contamos con un gran número de *salterios* y *evangelarios* que contienen primorosas miniaturas, que nos muestran de manera magnífica la singular belleza, que se esconde detrás de los poemas y relatos inherentes a la tradición judeo-cristiana.

De una manera muy especial, a raíz del Concilio Vaticano II, más en el momento actual que en los siglos de la Edad Media, los Evangelios y los Salterios alimentan la *espiritualidad* de los clérigos, religiosos y laicos, sirviendo por igual para la liturgia solemne, así como para actos de piedad tanto personal como comunitaria. Por encima de los demás textos destaca *la oración del PN*, la más popular de todos los textos bíblicos, aprendida de memoria con facilidad y recitada por todas las generaciones cristianas.

De acuerdo con lo que acabamos de expresar, cada uno de los salmos no puede considerarse tan solo como *un número* conforme se cita para distinguir su contenido. Tampoco contiene una *espiritualidad hueca*, que está pasada de moda desde hace mucho tiempo y hoy se nos cae de las manos; bien al contrario, ofrece una *religiosidad viva*, en la que el salmista se desnuda delante de la presencia divina y con una sinceridad admirable, presenta su vida ante la presencia de quien puede entenderle y ayudarle en su existencia cotidiana, en la que no faltan pequeñas y grandes dificultades necesitadas de ser conocidas, superadas y sublimadas por el Todopoderoso. Tanto los salmos como los evangelios ofrecen una *perenne actualidad*: se recurre a ellos en el presente, tendrán vigencia en el futuro, aunque vengan de un pasado de miles de años.

Muchos de los mejores códices de los salmos contienen un ciclo completo de escenas tomadas de la vida de Jesús, ya que interpretan los salmos *crístológicamente* en dos sentidos complementarios: es el mismo *Cristo quien habla en ellos* y, en no pocas ocasiones, van *dirigidos a su persona divina* como Hijo del Padre. De esta manera los salmos y los evangelios tienen mucho *de común* en los códices, como vamos a mostrar en esta segunda parte.

1. El Libro de los Salmos

Ningún libro del Primer Testamento ofrece aspectos tan humanos y sinceros como el *Libro de los Salmos*. Estos pueden considerarse como testimonios de una *religiosidad no falseada*, que llega a lo más profundo de lo que reporta la existencia cotidiana vivida con intensidad religiosa. Sorprende a nuestra piedad con toda clase de descripciones de pensamientos, sentimientos y comportamientos, inherentes a la *condición humana*. Sus páginas pasan de la alegría al llanto, de la risa a la lágrima, de la exaltación a la imprecación, de la acción de gracias a la queja existencial, de la alabanza incondicional a la petición interesada, de la aceptación del prójimo a la maldición de los enemigos, de la constatación de lo bueno al rechazo de lo malo, porque así se comporta el hombre religioso en sus estados de ánimo a lo largo de su andadura histórica.

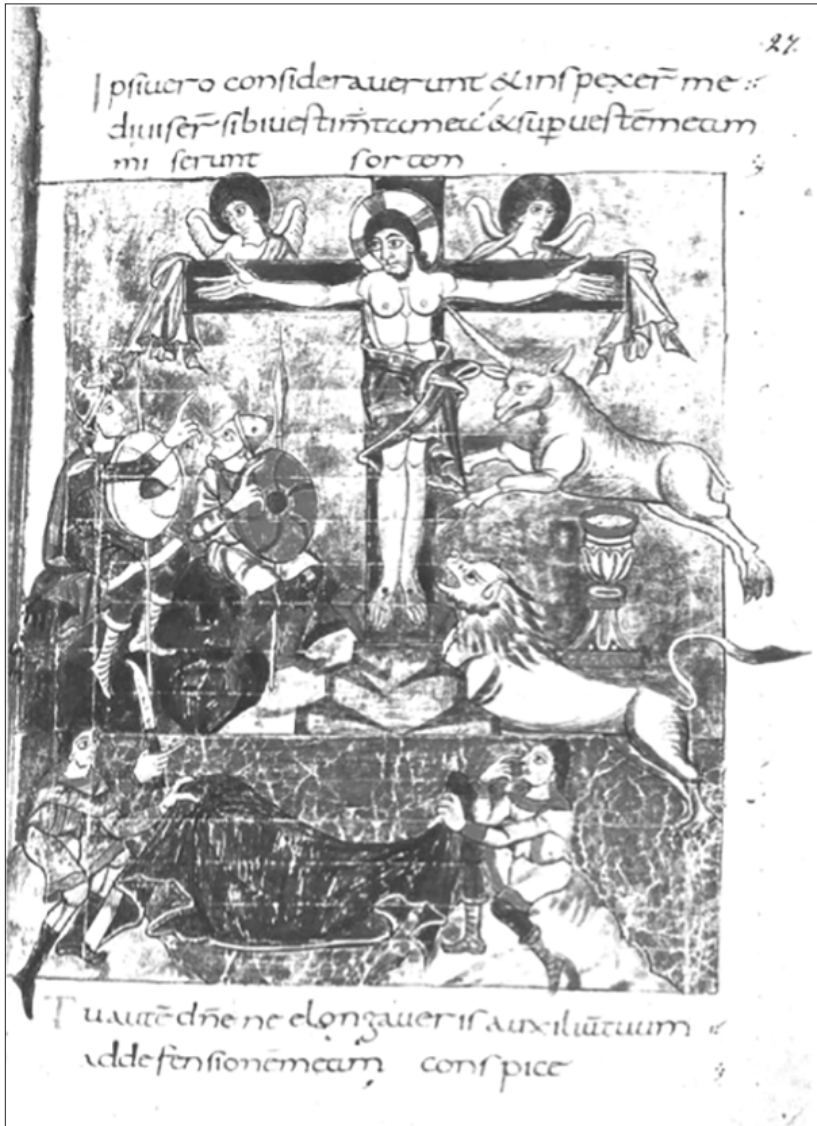
Los contrastes aparecen con frecuencia, para mostrar toda la hondura existencial de la que la persona es capaz, trazando el modo concreto como *el alma se eleva a Dios* entre los muchos avatares de este mundo. Todo lo humano vale para dirigirse a Dios y suplicarle ante las muchas necesidades que acucian al hombre en su discurrir diario. No nos tiene que extrañar entonces que los salterios con imágenes, que recogen todo este mundo interior, lleno de alegrías, pero también de conflictos, se encuentren entre los códices más bellos e impresionantes de la Edad Media.

2. El Salmo 22

Imbuido de la piedad bíblica, posiblemente Jesús conocía todo el salterio de memoria, como muchos de los piadosos judíos de la época. Algunos afirman que rezó *todo el Salmo 22* en la Cruz. Es altamente significativo que el grito de sus palabras iniciales está testimoniado por la llamada Pasión premarquina, probablemente el *primer documento del Segundo Testamento*. Cita esas palabras incluso en su idioma original para conferirle *más realismo*². Jesús, humano entre los humanos, pasó en sus plegarias por algunos de los estadios explicados anteriormente; sobre todo del gozo al sufrimiento, como aparece en la celebración de la última cena y durante los momentos sublimes de su agonía en Getsemaní.

² Cf Luis Ángel MONTES PERAL, *Dios mío, Dios mío ¿porqué me has abandonado?* San Pablo, Madrid 2017.

Pero invariablemente Jesús siempre acaba con el mismo deseo: *Padre, que se haga tu voluntad, no lo que yo quiero*. Acepta el sufrimiento, se somete a su desgarrar, como parte integrante de su redención incondicional en beneficio de los hombres y como expresión de su amor pro-existente, ex-propiado y ex-céntrico.



3. El Salmo 22 en el Salterio en imágenes de Stuttgart

El salterio más antiguo completo, conservado en la actualidad, es el llamado *Stuttgarter Bilderpsalter*, es decir, el *Salterio en imágenes de Stuttgart*, que se conserva en la Württembergische Landesbibliothek de la mencionada ciudad alemana con la signatura (Bibl. Fol. 23). Espléndido ejemplar, el más importante de esta biblioteca, que fue compuesto entre los años 770 al 790 y contiene la *más numerosa serie de pinturas* sobre los salmos de toda la Edad Media: Nada menos que 470 escenas bíblicas individuales, correspondientes a 316 miniaturas, en 168 hojas de pergamino de 26,5 por 17,5 cm. Lo que hacen de este ejemplar un códice de una *importancia excepcional* por su antigüedad y belleza. Las miniaturas, de varias manos ofrecidas en él, tienen la clara función de preparar para el texto y ayudar a entenderlo, de modo que existe una fecunda interrelación entre la imagen y el contenido de cada salmo. En los márgenes de las 18 primeras hojas aparece, a modo de glosas, una aclaración al texto con letra similar más pequeña. Algunos califican este ejemplar como «uno de los grandes libros consoladores de la cristiandad».

Dado el delicado estado de conservación con una enfermedad incluida: «Grünspanfraß» (= cardenillo) — ¡tiene una vida de más de los mil doscientos años! — en la actualidad ha dejado de mostrarse y no se cede ya para exposiciones. Incomprensiblemente no existe una buena edición facsímil, la que se conserva data de los años 1969/70 y deja mucho que desear, cuando se tienen en cuenta las nuevas técnicas. Todo el salterio puede contemplarse en esta página de internet: <https://archive.org/details/StuttgarterPsalter/page/n21/mode/2up>.

Quienes escribieron y pintaron el libro de Stuttgart —el texto sigue el *psalterium gallicacum* en minúsculas; los títulos usan letras unciales y capitales— fueron monjes benedictinos de la abadía de Saint Germain des Prés, que entonces se encontraba fuera de los muros de París y que ahora está en el centro mismo de la ciudad. Aún se conserva su antigua iglesia románica, muy posterior a la confección del salterio. Seguro que gastaron mucho tiempo y esfuerzo para hacer tan bello ejemplar, aunque sin duda se fijaran en alguna copia anterior.

La investigación más reciente sostiene que los salterios carolingios dependen de un modelo de inicios del siglo V, cuando la literatura patristica alcanzaba un inusitado esplendor. Al hilo de los salmos se van inter-

calando las ilustraciones, centrándose un buen número de ellas en la vida de David y de modo muy especial en la de Cristo, sobre todo la Pasión, alargándose hasta el Juicio Final. Nuestros monjes no han legado sus nombres a la posteridad. Para ellos importaba más la obra bien realizada que su identidad de autores. Las imágenes suponen un enternecedor diálogo ilustrado con Dios y Jesucristo. No sólo los salmos son oración, también podemos considerar como tal la contemplación de sus ilustraciones.

4. Salmo 22 (21): «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»

Ya hemos mencionado que una de las características más acusadas de los monjes pintores de este códice está en que interpretan sus salmos *cristológicamente*. Los rezamos no sólo en presencia y compañía de Cristo, que los rezó durante su vida terrena, también se los dirigimos a su persona de diferentes maneras y nos ponemos en su misma situación. «Como el Cristo total es cabeza y cuerpo —enseñaba San Agustín—, por eso en todos los salmos, al oír la voz de la Cabeza, oigamos la del Cuerpo». Así lo hemos adelantado ya y así podemos comprobarlo en los este *ejemplo excepcional*, que exponemos aquí.

Ya hemos señalado, también, que Jesús gritó en la Cruz, al menos el inicio del Salmo: «*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?*» (Mc 15,34; Mt 27,46). El artista ha sabido unir aquí motivos del salmo con la escena de la crucifixión de Jesús, tal como es expuesta en los sinópticos, partiendo de Marcos. Un hombre bueno, que ha pasado la vida haciendo el bien, se encuentra en una situación límite, y acabará su vida muriendo crucificado. El autor del relato ha narrado la muerte de Jesús desde el salmo 22; algo que el artista sabe y quiere que, cuando nosotros lo recibamos, hagamos lo mismo en comunión con el Señor. Implícitamente lo hacen enmarcando las imágenes de la escena entre el texto del salmo en los versículos del 19 al 22.

Y así los motivos del salmo que entran en juego son dos preferentemente: las fieras que rodean al justo perseguido injustamente: «*sálvame de las fauces del león; a este pobre, de los cuernos del búfalo*» (versículo 22) y sortear la túnica: «*se reparten mi ropa, / echan a suerte mi túnica*» (versículo 19). Los dos motivos aparecen en la miniatura: Al lado derecho de la cruz están representados dramáticamente un unicornio, que se acerca peligrosamente con su cuerno al pecho de Jesús y un león rugiente.

Son los representantes de las fuerzas del mal, que acabarán con el Justo por excelencia. Pero en la muerte se anuncia la resurrección, consistente en el definitivo ser en Dios.

En el plano bajo aparecen sentados dos hombres, que quieren repartirse la túnica, conforme dicen el salmo y los relatos evangélicos de la pasión (Mc 15,24; Mt 27,35; Lc 23,34; Jn 19,23s). El de la izquierda quiere partirla, pero el de la mano derecha hace gestos de que no lo haga, tirando de ella. Tienen que sortearla: «*Era una túnica sin costura, tejida toda de una pieza de arriba abajo. Y se dijeron: “No la rasguemos, sino echémosla a suerte, a ver a quien le toca”*» (Jn 19,24). De esta manera se cumple lo que había anticipado mucho tiempo antes por el salmista.

A estos dos motivos el pintor ha añadido, que no está en el salmo y que hace relación a la crucifixión de Jesús, la confesión del centurión romano, representado junto con un segundo soldado: «*El centurión, que estaba enfrente, al ver cómo había expirado dijo: “Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios”*» (Mc 15,39; Mt 27,54; Lc 23,47). El artista da a esta escena gran importancia: está situada a la derecha de Jesús y en contrapunto con las fuerzas del mal. Con el dedo índice de su mano derecha el centurión está reconociendo la verdadera identidad de Jesús.

Quien muere en el madero de la cruz, no es *bandido*, que está pagando sus crímenes, sino el Hijo de Dios, que unido al Padre de los cielos por los lazos íntimos de la una comunión sin límites y que ha derrochado su amor hasta el último suspiro por la humanidad encadenada al pecado. El Justo por excelencia, que no conoció el pecado y se mantuvo alejado de la injusticia, entrega incondicionalmente su vida por los injustos, que le llevaron al matadero. El Inocente muere para que los cumplables tengamos vida en abundancia.

II. TRES SALTERIOS EXCEPCIONALES CON MINIATURAS DEL PN

Me detengo en una tríada de salterios, que no solo contienen los 150 o 151 salmos, también ofrecen otros textos poéticos tanto del Primero como del Segundo Testamento, entre ellos la oración del *Padre Nuestro*

con imágenes adecuadas al texto y maravillosa caligrafía. Entre los muchos y bellos que hay, elijo tres salterios del superlativo, que contienen no solo el texto sino también imágenes, mostrándonos cómo el PN se convierte en belleza de imágenes. Corresponden a tres épocas distintas del arte: al carolingio, el románico y al principio del gótico. Usan el latín, la lengua que se hablaba en la liturgia, la teología y la espiritualidad en la Edad Media.

Podía haber elegido otros de gran belleza, pero al final me he decidido por estos tres, que ponen en imágenes la oración del PN con una significación especial. Además, tienen algunos elementos comunes, como situar detrás del PN el Credo y calificar al PN como «*oratio dominica*», resaltado en rojo.

1. El PN en el Salterio de Utrecht

De la época del renacimiento cultural de Carlomagno (siglos VIII y IX) nos han quedado un buen número de códices con imágenes, casi todos ellos de carácter religioso y de extraordinaria belleza. Destacan las biblias, los salterios, los evangelarios, los apocalipsis y los sacramentarios. Pero entre todos ellos sobresale el llamado «*Salterio de Utrecht*». Son muchos los que lo consideran como quizá la más famosa obra de la pintura carolingia en miniatura y uno de los ejemplos más temprano de un salterio ilustrado en esa clase de figuración en Occidente.

Sus representaciones han influido en pintores tan excepcionales como Durero, Leonardo da Vinci, Rembrandt, Van Gogh y Picasso, por señalar a algunos de los creadores más reconocidos internacionalmente. La Universiteit Utrecht ha digitalizado este códice único bajo el código: <http://psalter.library.uu.nl>. Existe edición facsímil en la Editorial Adeva de Graz (Austria).

Confecionado en la abadía benedictina de Hautviller entre los años 820-840 por encargo del arzobispo de Reims Ebbo, hermano de leche del emperador Luis el Piadoso, contiene los 150 salmos, 16 cánticos, algunos fragmentos de los evangelios, entre ellos el padrenuestro, y el credo de los apóstoles.

En esta obra maestra sin par descuellan tres características: a) La *originalidad* de sus imágenes. No conocemos ninguna obra anterior, que haya podido servir de antecedente inmediato. Su autor expresó las ideas bíblicas

existentes en el salterio con una fuerza creativa sin parangón. b) *La simplicidad de sus trazos*. El artista reduce su dibujo a lo esencial con gran fuerza imaginativa en la expresión del mensaje. Muestra con gran efectividad lo nuclear de lo que desea comunicar sin perderse en detalles innecesarios. c) *La modernidad de sus ilustraciones*. Sus figuras, llenas de movimiento y de expresividad, parecen comics realizados en el momento actual por un artista genial, profundamente religioso, que domina el dibujo como nadie.

Cuanto hemos dicho, vale para el modo cómo ha propuesto en imágenes el PN, que ofrecemos aquí. En medio de la naturaleza y en el corazón del mundo contemplamos a Jesús entre los doce apóstoles, seis a su derecha y seis a su izquierda, en movida actitud orante. Todos ellos sin excepción miran al cielo. Arriba del todo, hacia donde van dirigidas sus miradas, aparece la mano protectora y bienhechora del Padre, en señal de estar escuchando complacido la súplica de sus hijos. La sintonía entre el cielo y la tierra es perfecta.

Únicamente el Señor porta corona de santidad; solo Él, situado en el centro, se legitima como *Maestro de oración*, que ayuda a los suyos a mostrarse unidos y hermanados al amparo del Padre de los cielos. Abajo viene el texto latino del PN en letras mayúsculas, en tres columnas (la segunda y la tercera empiezan con «sicut» = *según*), que se leen perfectamente. Están encabezadas por el título en letras rojas: «*Oratio dominica secundum Matheum*» = «*La oración del Señor según san Mateo*». ¡*Extraordinario!*

Cuatro cosas destacan en esta creativa escena de sencilla belleza, la más difícil de conseguir.

1. Jesús ocupa el centro como autor, maestro y testigo de esta oración a la que volvemos una y otra vez los espectadores, de la misma manera que se han vuelto los orantes cristianos de todas las épocas. Escuchamos su voz, contemplamos su rostro, hacemos sus mismos gestos, cercanos como estamos de su persona con los ojos bien abiertos y los oídos atentos. Nos abrimos a la belleza de su oración, que desde que la pronunció se ha convertido también en la nuestra, a la que más recurrimos tanto en momentos alegres como tristes.
2. El Padre escucha a Jesús y nos escucha a nosotros. Su mano visible en lo alto del cielo nos está asegurando que no se desentiende de nosotros. Al contrario, está a nuestro lado complacido, conoce lo que decimos y hacemos y nos bendice por ello. El hace posible que

nuestra vida se logre, ya que nuestras súplicas alcanzan su corazón que no vemos, pero que lo tiene muy grande.

3. El Espíritu invisible sopla sobre el grupo con fuerza, alentando todo lo que Jesús les está enseñando sobre la oración y moviéndoles a la acción. El que conozcamos ahora el PN, desafiando el espacio y el tiempo, se debe al hecho de que el Espíritu se mantiene siempre activo y no deja de acompañarnos mediante su inefable misterio, atendiendo nuestras necesidades.
4. Cuando el discípulo ora al Padre se sitúa en una actitud trascendente. En su cuerpo destacan sus brazos alzados, una forma bellísima de dirigirse al Altísimo. Aunque es nuestro Padre, nunca alcanzamos todo el amor que nos dispensa, siempre podemos darle más. El creyente tiene sed del Padre y nada más humano y religioso que levantar las manos en actitud de súplica.
5. El PN se reza en la inmensidad del universo, convertido en la casa que el Padre nos ha regalado y donde resuena una y otra vez nuestra plegaria. El orante no solo se pone en relación con Cristo, con el Padre, con el Espíritu, con los hermanos; lo hace también conectando con el cosmos. La creación entera está a su disposición para que su oración pueda ser escuchada, testimoniada y cumplimentada.

Impresiona contemplar cómo el autor de estas imágenes ha sabido crear un clima propicio, especialmente bello, para que tomemos muy en serio en nuestra vida la oración que nos enseñó el Señor y que conserva su atracción.

Si tuviéramos delante esta escena, cuando rezamos el PN, nunca se convertiría en cansancio, monotonía y rutina. En él nos estamos jugando algo muy grande, estamos conectando con algo muy bello que pide de nosotros consideración y consciencia, disponibilidad y respuesta.

Consideración, sí, de la grandeza que nos está proponiendo en el PN; consciencia para tener presente lo que rezamos y dejemos a un lado las distracciones; disponibilidad para estar dispuestos a rezarlo con gozo, siempre que las circunstancias lo pidan; y respuesta, porque la oración del Señor cambia nuestros pensamientos y sentimientos, llegando al comportamiento responsable.

El Padre y Jesús quieren que nos abramos más como hijos y hermanos, que la filiación y la fraternidad, creación de la gracia, sea también el

fruto de nuestra existencia, de modo que seamos conscientes siempre de ello y estemos prestos al testimonio.

Estamos plantados como árboles en este mundo, con raíces profundas y con las ramas hacia arriba, que constantemente están mostrando lo más noble del Padre, su disposición a atendernos y mostrarnos amor.



2. El PN en el Salterio de San Albano

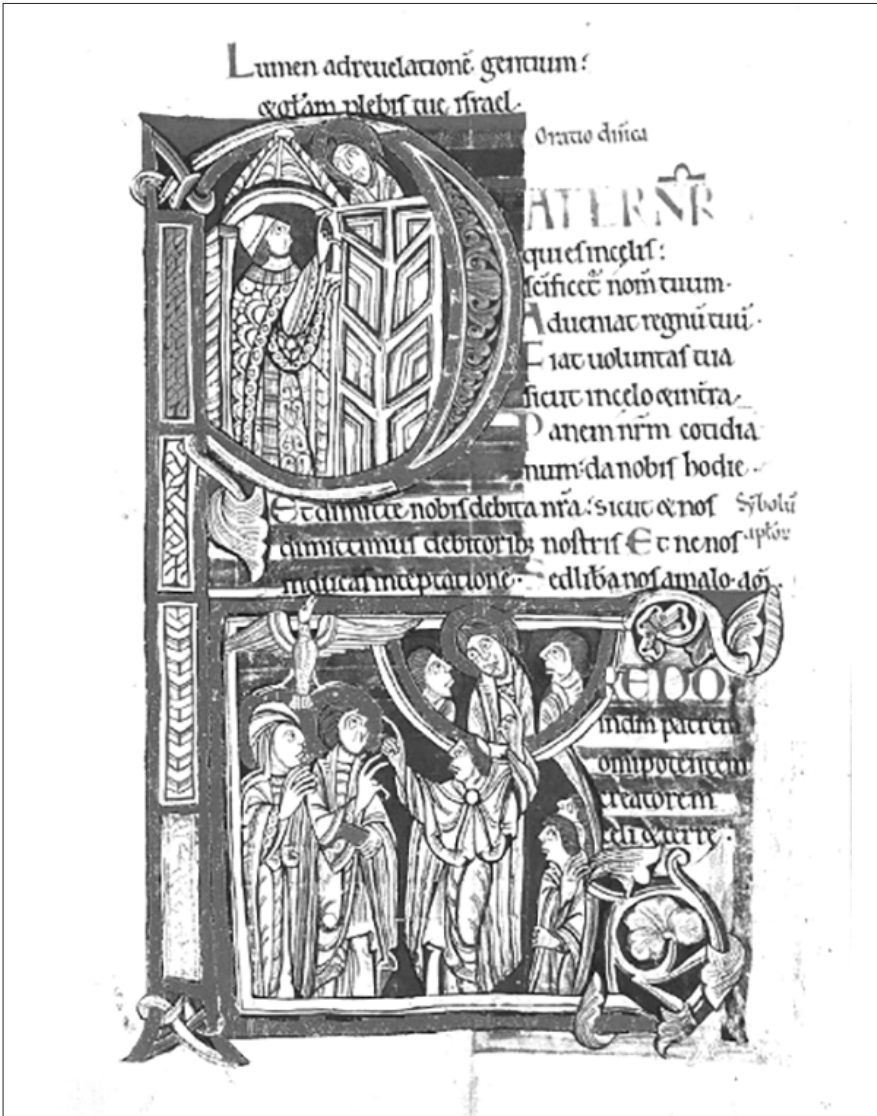
Uno de los salterios más originales de la Edad Media proviene de la Abadía de San Albano, cercana a Londres y muy famosa en su tiempo. Se compuso en plena época románica, concretamente entre los años 1119-1146. Contiene un gran número de miniaturas de bella factura y excelente calidad. Fue encargado por su abad Geoffrey de Gorham para regalárselo a una mujer de fuerte compromiso religioso, llamada Christina de Markyate. Muy posiblemente actuó como su padre espiritual y quiso que tuviera un libro de oraciones e imágenes, que le ayudaran en su vida contemplativa en solitario. Y sin duda lo logró con creces.

Actualmente se encuentra en la biblioteca de la catedral de Hildesheim en la Baja Sajonia alemana. Tenemos la suerte de contar con una edición facsimile, publicada por una famosa editorial de Stuttgart. De igual modo que el anterior, podemos recurrir a Internet (abdn.ac.uk/stalbanspsalter), para hacernos con un estudio exhaustivo del manuscrito. Se nos ofrecen en un color espléndido todas sus miniaturas, incluso en sus detalles más sobresalientes, con la correspondiente valoración artística de cada una de ellas. El conjunto está realizado por un gran especialista inglés, que se ha especializado en este maravilloso códice. Merece la pena conocerlo.

Además de contar con un bellissimo ciclo de 40 miniaturas sobre la vida de Jesús y otro mucho más amplio aún de cada uno de los salmos, visualiza también algo más difícil de hacer: las oraciones y confesiones de la Iglesia, como es el caso del PN y del Credo, cuyas miniaturas ofrecemos aquí: arriba la referente al PN, abajo la del Credo. El texto latino de ambos destaca a mano derecha en cuidada caligrafía. En la imagen que ofrecemos el Credo sólo aparece el comienzo: «Credo in d(eu)m patrem omnipotentem creatorem celi & terre», el resto viene en el mismo folio vuelto. El PN lo tenemos completo en la versión de la Vulgata. Corresponde a la página 396 derecha del códice.

Nos centramos ahora en el PN, titulado en pequeñas letras rojas «Oratio d(omi)nica»: «Oración del Señor». Las imágenes están incluidas en el redondel de una artística «P», la letra con que empieza: «Pater Noster». Arriba del todo se encuentra el busto de Dios, que de forma bien resaltante se asoma por encima de los muros de una bella Iglesia.

Contempla complacido y atento a un orante de pie, que dirige su plegaria con el rostro hacia arriba y con el brazo derecho levantado, apun-



tando el dedo índice — los dedos tienen una especial significación en este códice — hacia donde se encuentra el Padre. Está plenamente convencido de que su oración va a ser debidamente atendida. Está vestido con bellas vestiduras sacerdotales bajo una cúpula. La corona del Padre aún sobresale por encima de ella.

El conjunto desprende un gran encanto por su plasticidad, ingenuidad y sencillez. Muy posiblemente el monje artista quiso significar la fe confiada con que un mandatario eclesiástico, durante una solemne celebración litúrgica, reza la oración enseñada por el Señor. Con su actitud piadosa el presidente de la asamblea está sirviendo de ejemplo para todos aquellos que rezan el PN. No se encuentran en el ámbito del dibujo, pero se supone que acompañan al celebrante.

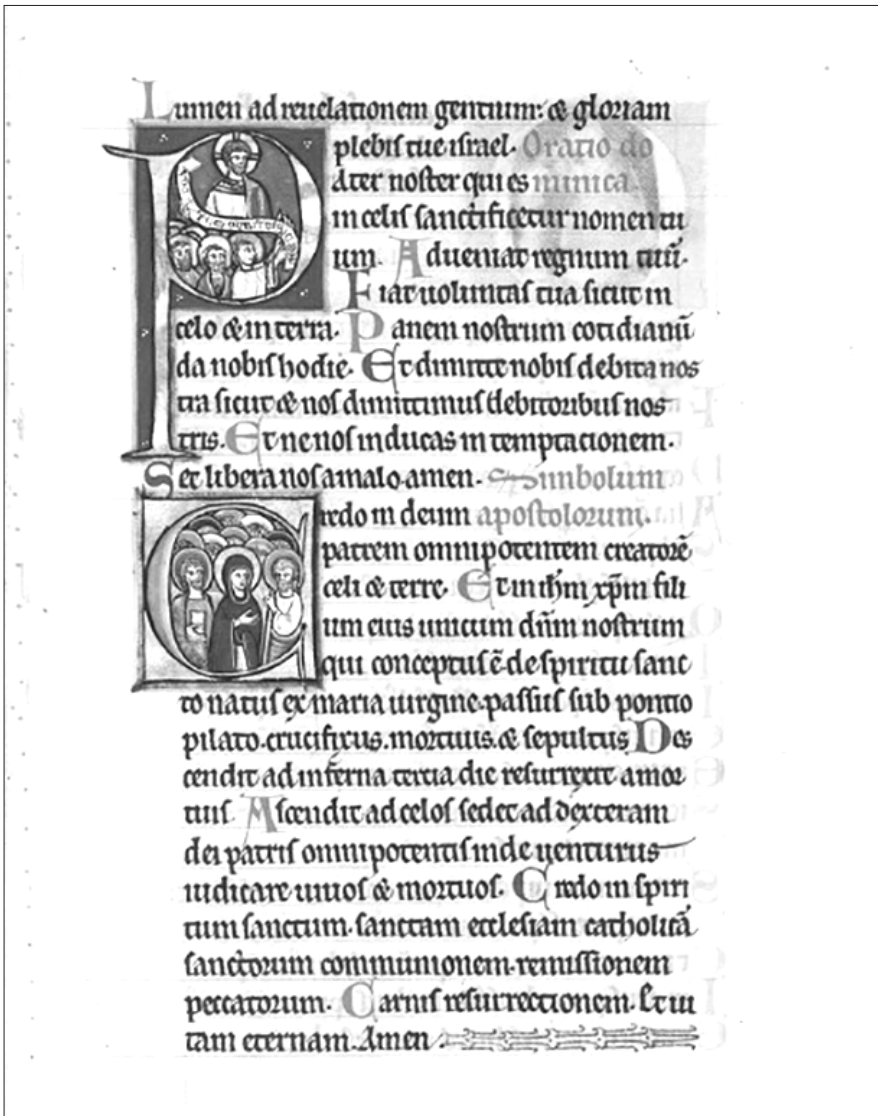
Los colores y las formas motivan la oración e interiorizan su mensaje. Al finalizar este comentario, nos interesa resaltar cómo los artistas del arte religioso por excelencia que es el románico, encontraron su inspiración también en la oración, que un día bendito Jesús de Nazaret, el Hijo de Dios y el Hermano de los hombres, nos enseñó a sus discípulos y en ellos a la humanidad entera.

3. El PN en el Münchner Goldener Psalter

Al final del románico los artistas buscaban crear nuevas formas expresivas, para dar un mayor realismo a sus logros artísticos, puestos al servicio de la oración y espiritualidad. Entre los salterios producidos entre finales del siglo XII y principios del siglo XIII destaca la deslumbrante belleza del llamado Münchner Goldener Psalter. «Münchner», porque se conserva en la famosa Bayerischer Staatsbibliothek (BSB Clm 835) de la capital bávara y «Goldener», porque está pintado con gran profusión de oro. Este bellissimo códice ha sido facsimilado en 2011 por Quaternio Verlag de Luzerna y su totalidad puede contemplarse en <https://daten.digitale-sammlungen.de/~db/0001/bsb00012920/images/>.

Muy posiblemente salió de talleres de la inglesa Oxford hacia el año 1200. Su encargo está en conexión con el priorato de San Guthlac en Hereford, un pequeño cenobio perteneciente a la abadía benedictina de Gloucester. Se piensa que fue un regalo de bodas hecho a Margaret de Briouze en su enlace matrimonial con Walter II. De Lacy, un consejero y protegido de Ricardo Corazón de León. Desconocemos quién encargó tan preciosa joya.

Contiene 27 bellísimas miniaturas del libro del Génesis, algunas sobre el rey David y sobre todo 19 escenas de la vida de Jesús. Entre otras riquezas. ofrece también una bellissima capitular «P» con un logrado dibujo de Jesús con sus discípulos. En el refinado redondel de la P se contempla



a Jesús en lo alto, dando el PN a los discípulos situados en la parte baja y separados por una cartela, que contiene la oración. Corresponde al folio 158 recto. Antes del inicio del Pater Noster en latín, situada a la derecha del dibujo se lee en finas letras trazadas en rojo la expresión «oratio dominica», la oración del Señor.

En la misma página, inmediatamente después, se encuentra el Credo con otra hermosa capitular «C», dentro de ella descubrimos a María en el centro, rodeada de los apóstoles, los representantes más genuinos de la Iglesia universal. El PN y el Credo forman aquí una cerrada unidad, magistralmente conseguida. Podemos considerar el Credo como la explicación más autorizada del PN en la historia de la Iglesia. Tanto el PN como el Credo resumen toda la enseñanza cristiana como ningún otro texto: uno en forma de oración, otro de proclamación de la fe.

La lectura de un fragmento del Evangelio, la profesión del Credo y el rezo del PN constituyen tres momentos especialmente solemnes en la celebración eucarística, el acto central de la comunidad cristiana y el eje de su espiritualidad.

Con el rezo o canto del PN se cierra propiamente la plegaria eucarística, que constituye la presencialización de la Muerte y Resurrección de Cristo. Antes de recibir la comunión, el Resucitado nos invita a ponernos por la acción del Espíritu en manos del Padre y en estrecha relación con los hermanos del Hijo, nuestros propios hermanos.

La presencia de Cristo, hombre como nosotros, se hace transparente en la acción litúrgica, dirigida a los fieles participantes en ella. De ahí que los evangelios, el PN y hasta el Credo sean bellamente iluminados, para recordarnos quién es la Luz y de dónde recibimos la iluminación para orientar toda la vida hacia la plenitud.

FINAL

1. Jesús, el más bello de los hombres

San Agustín tiene un texto famoso, en el que habla de la hermosura del Verbo, comentando el Sal 44 (45), 3: *«Eres el más bello de los hombres, / en tus labios se derrama la gracia, / el Señor te bendice eternamente»*:

«Poco es no avergonzarte de ella, al contrario, debes incluso gloriarte en ella. ¿Por qué, entonces, no tuvo un aspecto atrayente? Porque Cristo crucificado fue un escándalo para los judíos y una locura para los paganos. ¿Y por qué, no obstante, hasta de la cruz le vino la hermosura? Porque la locura de Dios es más sabia que los hombres; y lo que es débil para Dios,

es más fuerte que los hombres. Que a nosotros, que ya creemos, en cualquier situación que se nos presente, el Esposo sea bello. Hermoso por ser Dios, la Palabra con Dios; hermoso en el seno de la Virgen, donde no perdió su divinidad, y tomó la humanidad; hermoso como la Palabra recién nacida; porque aun siendo un infante sin palabras, al mamar, al ser llevado en brazos, los cielos hablaron, los ángeles cantaron alabanzas, una estrella guio a los Magos, fue adorado en el pesebre y manjar de los mansos. Es, pues, hermoso en el cielo, hermoso en la tierra, hermoso en el seno materno, hermoso en brazos de sus padres; hermoso en sus milagros, hermoso en los azotes; hermoso al invitar a la vida, hermoso no preocupándose de la muerte; hermoso entregando su vida, hermoso al recuperarla; hermoso en la cruz, hermoso en el sepulcro, hermoso en el cielo. Escuchad este cántico para entenderlo, y que la debilidad de la carne no aparte vuestros ojos del esplendor de su hermosura. La suprema y auténtica hermosura es la justicia; a nadie verás ser hermoso si lo encuentras malvado; si es totalmente justo, lo es también bello»³.

Jesús, el más bello de los hombres, nos legó la oración más bella *jamás orada*. Lo que reza Jesús en el PN no son *ideas abstractas*, sino pensamientos vitales y sentimientos vibrantes, que hacen latir el corazón ahora y siempre, rompiendo cualquier clase de desamor, cuando se ora de verdad. La auténtica belleza también ofrece estas mismas características. Tiene que ver con lo esencial de la vida de las personas, con su *dignidad concreta*, en el que cada uno se puede sentir reflejado, con el fuerte latir de lo íntimo. El PN y la belleza nos humanizan y nos sitúan en un ámbito trascendente de la condición humana, llegando al Padre de los cielos y a los hermanos de la tierra.

El PN nos propone algo admirablemente bello: Únicamente *me comunico de verdad* conmigo mismo en la medida que *me comunico con el Padre* y cuando lo hago también *con los hermanos*. Esta bendita oración nos rescata de la *soledad* del «yo» y nos pone en la órbita del «Tú» y del «nosotros», de la filiación compartida y la fraternidad, coordenadas vitales, en las que la persona se siente agraciada. ¿Puede haber algo más bello que establecer estos *vínculos* tan firmes, estas *comuniones* tan entrañables, para buscar el cariño, adherirse a la reciprocidad y salir de la fragilidad?

³ *Exposición del salmo* [o *Exp. Sal.*] 44,3. Obras completas de san Agustín XX, BAC 246, Madrid 2018, 426.

¡El PN cuida nuestro desvalimiento y lo cura! Los valores humanos del PN condensan el Evangelio y esto lo han conocido todos los orantes, acogéndolo con gratitud.

En el PN *necesitamos al Padre*, pero también el Padre nos necesita a nosotros, para formar con los que más quiere una familia unida. En esta oración *necesitamos a los hermanos*, pero también ellos nos necesitan para formar la gran fraternidad humana en la que no falte nadie. ¿Puede haber algo más bello? La belleza de las súplicas del PN está en que no busca ceder, dejando las cosas como están. Bien rezadas, están llamadas a producir en nosotros *cambios profundos*, que llevan a la *conversión* del corazón.

El orante del PN se convierte en un *profeta* que busca la paz, que brota en la vida real mediante la experiencia del Padre y la entrega a los hermanos. En la belleza de esa paz nace un *hombre nuevo*, testigo de los dones trascendentes, que confiesa la fe, se orienta hacia la esperanza y vive el amor con intensidad. Qué bonito, qué consolador si rezamos el PN con estas actitudes teologales y escuchamos lo que el Espíritu quiere transmitir como venido de Cristo, el Hijo del Padre.

En el PN el Espíritu está orando en nosotros. San Pablo lo ha expresado de una manera inigualable: «*Dios envió a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que clama “¡Abba, Padre!”*» (Gal 4,6). «*Habéis recibido un Espíritu de adopción, en el que clamamos “¡Abba, Padre!”*» (Rom 8,15). En el PN nos dirigimos al Padre, pero también el Padre se dirige a nosotros, en realidad él reza en nosotros bajo la acción del Espíritu, que se derrama en nuestros corazones. «*Ese mismo Espíritu da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios*» (Rom 8,16). Y este testimonio del Espíritu del Padre y del Hijo y el testimonio de nuestro propio espíritu hacen nuestro rezo del PN aún más atrayente y bello.

2. La respuesta del Padre a nuestra oración

La belleza del PN adquiere nuevo resplandor, cuando lo escuchamos «desde el otro lado»: desde la respuesta del Padre entrañable, que ha aceptado nuestra oración y le da cumplida contestación. Así ha ideado esa respuesta el jesuita José María RODRÍGUEZ OLAIZOLA:

*Hijo mío, que estés en la tierra,
haz que tu vida sea*

*el mejor reflejo de mi nombre.
Adéntrate en mi reino
en cada paso que des,
en cada decisión que tomes,
en cada caricia y cada gesto.
Constrúyelo tú por mí, y conmigo.
Esa es mi voluntad
en la tierra y en el cielo.
Toma el pan de cada día
consciente de que es un privilegio
y un milagro.
Perdono tus errores,
tus caídas, tus abandonos,
pero haz tú lo mismo
con la fragilidad de tus hermanos.
Lucha por seguir
el camino correcto en la vida
que yo estaré a tu lado,
y no tengas miedo
que el mal no ha de tener en tu vida
la última palabra. Amén ⁴.*

En el fondo todo se concentra en aceptar la *soberanía del Padre*, que tiene en el Hijo Jesús a su profeta anunciador; soberanía que se muestra sobre todo en su bondad, protectora de la humanidad entera. Estamos llamados a responder a los valores que se derivan de esa bendita grandeza, oculta en sus inicios, pero que logra imponerse, cuando el PN se va haciendo más *consciente* y *operante* en el comportamiento personal del orante en la relación con sus semejantes. El Padre busca el bien de todos sus hijos, que acaba redundando en beneficio propio. Su amor late dentro del orante y da respuesta a sus buenos propósitos, manifestados en las acciones posteriores. ¡Una última belleza!

3. Desenlace

Como hemos dejado claro en nuestra exposición, el PN nos proporciona una buena noticia en estado puro sobre el Dios Trino, que es *Padre*,

⁴ *Jesuitas* Nr. 132 (primavera 2017) 9.

Abba sin ocultamientos de ninguna clase. Está lleno de bondad sin posibilidad de maldad alguna. Se encuentra junto a cada uno de nosotros, acompañando sin cesar nuestra trayectoria vital. Perdona nuestros pecados, nos sostiene en la tentación y nos libra del mal. Vuelto incondicionalmente hacia todas las personas, se muestra en el Hijo bajo la acción del Espíritu, como el *Amor Sumo*, la *Verdad Suprema*, la *Belleza Absoluta*. Así lo podemos proclamar, cuando como orantes tenemos experiencia de *Quién es Él* y cómo se comporta.

Al mismo tiempo el PN nos descubre la *verdadera realidad* del ser humano, que hace de cada uno en el ámbito de lo creado un ser único. Como persona ocupa *el centro* de cuanto somos, hacemos y rezamos. Esa verdadera realidad, que sostiene su existencia, tiene una *dignidad inigualable*, una grandeza sin par entre los demás seres del universo. Está dotado de libertad, de grandes cualidades, que le permiten reaccionar en el debido tiempo y también aceptar la *responsabilidad*, para cumplir la voluntad divina más allá de los *conflictos* que nos depara el discurrir diario. En el PN no hay *ideología*, sino contemplación de lo existente tal cual es, tal como se realiza de acuerdo con los designios divinos de salvación.

Padre bueno, presérvanos de la *arrogancia* y de las autojustificaciones injustas, que nos apartan de los *humildes* y *sencillos*. No nos hagas insensibles a los valores humanos, alejarnos del comportamiento agresivo y de aferrarnos solo a lo nuestro sin preocuparnos de los demás. Danos un *corazón sensible de hijos y hermanos*, bien dispuesto en sus decisiones, libre de miedos infundados, compasivo y misericordioso, abierto al diálogo y dispuesto a servir, procurando compartir la vida con los más necesitados de pan material y de valores espirituales. Tú eres quien activas en nosotros «el querer y el obrar para realizar tu designio de amor» (Fil 2,13).

Jesús nos legó todas estas actitudes en el PN y así queremos seguir conservándolas, para ser semejantes a él y permanecer fieles a su *seguimiento*. No podemos *enterrar la belleza*, por eso estamos llamados a seguir rezándolo con plena *consciencia* de lo que dirigimos a lo alto en compañía de los hermanos. Sería imperdonable convertirlo en rutina o dejar de rezarlo debidamente. El Padre nos *llama* continuamente en esta bendita oración. Nuestra grandeza consiste en que cada día recemos sus peticiones con *autenticidad*. El PN *entra* en cada orante con corazón sincero como amor y verdad, arte y belleza. Si algo tiene que perdurar en la existencia diaria del creyente es *la oración trinitaria de Jesús y los cristianos*.

